
LA GUERRA AL
HORROR
$500
WARNING:
PLEASE DO NOT FEED THE ZOMBIES
DANGER
ZOMBIE ZONE
CUENTOS DE UNA SOCIEDAD
POST-ZOMBI
NATHAN ALLEN

Créditos

La Guerra al Horror: Cuentos de una Sociedad Post-Zombi (versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Traducción y Edición: Artifacs, octubre 2020.
Diseño de Portada: Artifacs. Imágenes tomadas de Max Pixel bajo licencia CC0.
Publicada en artifacs.webcindario.com

Obra Original: **The War On Horror: Tales from a Post-Zombie Society**

@NathanAWrites
Publicada gratuitamente en Smashwords.

Licencia Creative Commons

Otras del Autor

Todas las siguientes obras están disponibles para descarga gratuita en inglés (Smashwords) o en castellano (Artifacs Libros).

- El Ciclo de Violencia (2015, The Cycle of Violence)
- La Buena Huella (2015, The Fine Print)
- La Guerra al Horror: Cuentos de una Sociedad Post-Zombi (2015, The War on Horror: Tales From A Post-Zombie Society)
- Todos contra Todos (2016, All Against All)
- Chapuza de Hollywood (2017, Hollywood Hack Job)
- La Guerra al Horror II: Regreso de la Amenaza No Muerta (2019, The War on Horror II: Return Of The Undead Menace)
- El Declive de la Moralidad y el Impacto de la Violencia en los Medios sobre Mentes Impresionables en una Sociedad Post-Zombi (2020, The Decline of Morality and Impact of Violent Media on Impressionable Minds in a Post-Zombie Society)

LA GUERRA AL HORROR

Cuentos de una Sociedad Post-Zombi

por

Nathan Allen

Capítulo 1

Elliott estaba revisando los mensajes en su teléfono cuando se enteró de su inesperada ganancia. "No váis a creer esto," dijo él. "¡Acabo de heredar diecisiete millones de dólares!"

Miles se sentó frente a él y trasteó con las rejillas de ventilación encima de él. Estaba tratando de hacer funcionar el aire acondicionado del minibús, pero habían pasado muchos años desde que esas rejillas de ventilación habían ventilado algo distinto a aire caliente. "No me digas," dijo sin apartar la mirada. "Supongo que ahora puedes devolverme los veinte dólares que te presté la semana pasada."

"Aquí dice," continuó Elliott, "que un pariente lejano mío, un tipo llamado Johannes Maxwell Elliott, murió recientemente en un trágico ataque zombi."

"Lamento oír eso."

“Resulta que es miembro de la familia real suiza y yo soy su pariente vivo más cercano. Lo cual es extraño porque nunca he oído hablar de este tipo."

“Lo que es extraño es que su apellido sea el mismo que tu nombre, en lugar de tu apellido. Por no mencionar que Suiza no tiene familia real."

"A ver si adivino," dijo Adam desde el asiento del conductor. "Pueden transferir el dinero a tu cuenta en cuanto pagues una pequeña tasa administrativa."

Elliott hojeó el resto del mensaje. “Aquí no menciona ninguna tasa. Pero aunque la haya, ¿a quién le importa? ¡Son diecisiete millones!"

"Tal vez deberías pedirles que renuncien a la tasa a cambio de un porcentaje de la herencia," dijo Miles.

"Oye, esa es una buena idea." Elliott se sentó en su asiento y

comenzó a componer una respuesta.

“Venga ya, Elliott, lo decía en broma. No deberías involucrarte con personas así."

"Relájate, solo voy a divertirme un poco con esto," sonrió Elliott.

"Dudo que les parezca divertido que empieces a tomarles el pelo. Se sabe que esas personas pueden volverse bastante desagradables."

Elliott dejó escapar un desdeñoso bufido. "¿Y qué van a hacer desde el otro lado del mundo?"

Miles suspiró y abandonó el aire acondicionado. El minibús luchó por ganar velocidad al subir una inclinada pendiente.

Un minuto después, el GPS indicó a Adam que girara a la izquierda en Shriver Court y pronto los tres vieron a la criatura que les habían llamado a recoger. El jovial humor dentro del autobús disminuyó. Elliott guardó el teléfono. El pulso de Miles se aceleró un poco.

"Esto puede ponerse un poco tenso," advirtió Adam. Se detuvo a un lado de la carretera y apagó el motor. "En una situación como esta, hay que tener mucho cuidado."

Su objetivo de este viernes por la noche era un joven de poco más de veinte años. O al menos eso había sido uno o dos días atrás. Ahora era un zombi. Llevaba una camiseta Fugazi empapada de sangre y vaqueros negros y rotos. Pero él no era a lo que se refería Adam al decir que había que actuar con cautela. Se refería a la creciente multitud que se había reunido cerca.

Los tres recogieron su equipo y bajaron del minibús.

El zombi renqueaba por ahí en mitad de la carretera mientras los preocupados residentes observaban desde sus casas. Hacían guardia en su césped blandiendo escobas y rastrillos, o cualquier otra cosa que pudieran usar para protegerse. Algunos lanzaban insultos y palabras malsonantes al intruso del vecindario. Otros arrojaban piedras y botellas.

Adam y Miles sabían por experiencia que ahí yacía el verdadero

potencial de conflicto. El zombi no presentaba ninguna amenaza significativa para la seguridad. Ellos habían recogido cientos (quizá miles) como ese en los últimos tres años. Los zombis eran fáciles de manejar porque eran predecibles. Una multitud inquieta era de todo menos predecible.

Adam veía problemas gestándose. No perdió tiempo en intervenir.

“Escuchen todos," anunció a la multitud. Su voz había descendido una octava en un intento de transmitir masculina autoridad. Los años que había pasado en la escuela de teatro resultaban útiles en momentos como este, cuando la situación requiría a un Bruce Willis. "Sé que todos conocen la ley de NEVADA: cualquier acto de violencia o agresión hacia un no muerto es un delito criminal."

Esta proclamación fue recibida por la multitud con un coro de abucheos. Nuevos misiles volaron por el aire. Adam siguió con ello.

“Puede que no estén de acuerdo, pero así es la ley. Por favor, regresen a sus casas y nosotros lo tendremos bajo control lo antes posible. Gracias por su colaboración."

"¿Por qué protegéis a un asesino?" llegóo una enojada voz desde algún lugar entre la multitud. Varios otros expresaron su acuerdo.

Adam ignoró el vitriolo disparado en su dirección. Tenía bastante experiencia para saber que era inútil razonar con un tumulto volátil. El mejor modo de calmar la situación era terminar el trabajo lo antes posible. Él y Elliott se acercaron al zombi.

Miles retrocedió y mantuvo un ojo abierto en busca de algún indicio de problemas. Se colocó de tal manera que el zombi y la multitud estuvieran dentro de su campo visual. Si bien su función esta noche era vigilar a la multitud, no podía bajar la guardia con un zombi suelto. Confiaba en que Adam y Elliott pudieran aprehenderlo sin demasiada dificultad, pero siempre era mejor tener en mente la posibilidad de un ataque sorpresa.

Observó a la multitud tratando de hacerse una idea de quiénes eran estas personas. Por lo general, eran gente común cuya única preocupación era la seguridad de su familia, residentes habituales

con trabajos e hipotecas y banderas ondeando con orgullo en sus jardines delanteros. Puede que tuvieran miedo, pero eso se debía principalmente a su propia ignorancia y no a una amenaza real para su bienestar. Había una pequeña minoría que era más vocal y parecía ansiosa por provocar problemas, pero todos eran más de hablar que de actuar, más de disparar improperios desde la seguridad de la multitud. Si iban a hacer algo al respecto, si hubieran planeado llevar a cabo sus amenazas de tomarse la ley por su mano, ya lo habrían hecho.

Pero había un tipo en particular que llamó la atención de Miles. Estaba apartado del grupo principal y hablaba por teléfono. Hablaba en voz baja y se tapaba la boca con la mano. Hizo un breve contacto visual con Miles antes de darle la espalda rápidamente.

Esta clase de comportamiento era una bandera roja. Había muchas posibilidades de que el tipo estuviese llamando a sus amigos o contratando músculo para que vinieran aquí y administraran su propia forma de justicia.

"¿Cómo nos va ahí, Adam?" preguntó tentativamente. Había mantenido la calma hasta entonces, pero ahora los nervios comenzaban a hacer efecto.

"Casi hemos terminado, tito," dijo Adam. Recientemente Adam había comenzado a dirigirse a todo el mundo como "tito," creyendo que era así como hablaban los jóvenes hoy en día. Esto había comenzado un par de días atrás, cuando oyó decirlo a Elliott durante una conversación telefónica. Él no sabía que Elliott estaba hablando con su hermano mayor, cuyo nombre era Tito. "Estaremos fuera de aquí en unos tres minutos."

Miles miró a su alrededor y trató de reconstruir la secuencia de eventos de las horas previas a ese momento. No era muy difícil de resolver: las latas de cerveza vacías esparcidas por la zona eran una clara evidencia. Era muy probable que un grupo de jóvenes hasta arriba de licor se hubieran acercado demasiado al ser no muerto y este había sido el resultado.

Y entonces vio la razón de todo el odio dirigido hacia el zombi. Sentado a un lado de la carretera, agarrándose la muñeca con el

rostro surcado de lágrimas, había un joven cuyo nombre Miles pronto sabría que era Lucas. Tenía veintiún años y, gracias al cacho de carne que le faltaba en el antebrazo, no viviría para ver los veintidós.

No era difícil entender cómo había sucedido todo aquello. Lucas y sus amigos se encontraron con este zombi callejero camino a una fiesta y pensaron que sería hilarante hacerse una foto con él. Esta era la última moda que arrasaba en Internet: hacer una pose loca junto a un zombi, echar una foto y publicarla en línea. Por desgracia para Lucas, bajó la guardia medio segundo y terminó pagando el precio definitivo. No sería el primero en acercarse demasiado a un zombi bajo esas circunstancias y era poco probable que fuera el último.

Situaciones como esta se estaban volviendo demasiado frecuentes. Los viernes y sábados por la noche eran el momento más común para los ataques zombi y las víctimas eran predominantemente hombres jóvenes. El alcohol casi siempre era un factor contribuyente, como lo era un bajo CI. No importa cuántas veces se les advirtiera, se negaban a tomarse en serio los riesgos. La "invencibilidad" seguía siendo la principal causa de muerte entre los jóvenes.

Otra botella voló por el aire y se estrelló a los pies del zombi, justo cuando Elliott casi lo tenía bajo control. El zombi se tambaleó hacia atrás unos pasos y soltó un gruñido feroz.

"Será mejor que nos pongamos en marcha," dijo Adam. Sabía que la situación no iba a ser fácil. En trabajos como este, los "ciudadanos preocupados" podían convertirse en "linchadores rabiosos" a una velocidad aterradora. En cuanto algún cabecilla hiciera alguna idiotez, el resto pronto le seguiría.

Una piedra del tamaño de un puño le golpeó a Elliott entre los omóplatos. Él hizo una mueca de agudo dolor y se dio la vuelta, listo para una confrontación.

"¡Ey!" gritó en la dirección de donde había venido la piedra. "¿Quién la ha tirado?"

Esta solicitud fue recibida con nuevos misiles y abucheos. Elliott avanzó un paso con la sangre subiéndole a la cabeza. Miles extendió un brazo para detenerlo.

"Pasa de esto, Elliott."

“¡Solo hemos venido a hacer nuestro trabajo! ¿No se dan cuenta de que están empeorando las cosas?"

“Míralo desde su punto de vista. Dadas las circunstancias, tenemos que mostrar un poco de sensibilidad y comprensión."

De la nada, un coche paró chirriando ruedas. Las puertas se abrieron de golpe y emergió un puñado de tíos tamaño gorila con tatuajes en el cuello y bates de béisbol.

"Oh-oh," dijo Miles al ver acercarse a los furiosos simios.

"¿Crees que esos van a mostrar sensibilidad y comprensión?" Dijo Elliott.

Adam agarró al zombi, quien ahora estaba plenamente encadenado. Le habían atado las manos con bridas y puesto un bozal protector en la cara para evitar que mordiera a nadie.

"Vale, mejor será que lo saquemos de aquí," dijo Adam.

Metieron al zombi en el minibús y cerraron la puerta tras ellos. Sintieron una sensación de creciente pánico. Estaban aparcados en una calle con una única salida. Si otro vehículo les bloqueaba por detrás, podrían encontrarse en un mundo de problemas.

Adam metió la llave en el contacto y rezó para que el autobús no se calara como solía hacer. Sus oraciones fueron respondidas al segundo intento.

Una botella se estrelló contra el lateral del autobús mientras se alejaban de la escena. No se rompió, pero dejó una hendidura considerable.

Adam se encogió. Llevaba meses discutiendo con Steve, su socio tanto en los negocios como en la vida, sobre la necesidad de que

Rito Muerto reemplazara aquel viejo y chirriante minibús. Cada vez que el autobús regresaba con nuevos daños de un trabajo, solo fortalecía la determinación de Steve de no molestarse en conseguir uno nuevo. No quería desembolsar dinero para un vehículo que iba a ser destruido.

"La cosa se ha puesto un poco peliaguda," dijo Adam una vez salieron de allí.

"Ya," fue todo lo que Miles dijo en respuesta.

Elliott pasó la mano por el bulto que se le formaba en la espalda donde la piedra le había golpeado. "¿Siempre se ponen así de mal?" él dijo.

"Es difícil saberlo," dijo Adam. Su voz al hablar había vuelto a su tono normal de campamento. "Creo que las cosas han empeorado en el último año o así."

"Definitivamente han empeorado," dijo Miles. “El primer año vimos algo así tres o cuatro veces. Y eso fue solo en las áreas más duras de la ciudad. Ahora lo vemos tres o cuatro veces al mes e incluso en los suburbios."

Los tres se pasaron por un Aqua Bar (popular franquicia de alimentos saludables) para comer algo rápido. El local estaba casi vacío, salvo por algunos juerguistas nocturnos que pensaban que comer un rollo de sushi en lugar de un kebab anularía todas las calorías que se habían zampado a primera hora de la noche. El trío de amigos había entrado dejando al zombi en el minibús; lo cual era una violación leve del protocolo, pues se suponía que debían llevarlo directamente a un centro de procesamiento; pero ninguno de ellos había comido todavía, así que se pasaron por un sándwich. Además, era una noche bastante tranquila (a pesar de los eventos de los últimos veinte minutos) y pensaban que bien podrían quedarse un poco más por la zona y esperar a que Lucas se convirtiera. Hacer una especie de dos por uno.

"¿Visteis a esos chavales tirando piedras?" Dijo Elliott negando con la cabeza. “¿Qué edad creéis que tenían? ¿Diez, once quizá?

"Y las cosas que sueltan por la boca," dijo Adam. "«¡Mátalo! ¡Aplástale la cabeza!» ¿Dónde aprenden todo eso?"

La hostilidad hacia los no muertos había aumentado dramáticamente en los últimos tiempos. Esta siempre había estado bullendo bajo la superficie, pero últimamente había explotado. Una encuesta reciente mostraba que el 77% de la población pensaba que todos los zombis deberían ser exterminados en lugar de puestos en cuarentena. Otro 73% decía que el gobierno no estaba haciendo lo suficiente para proteger al público de los zombis. Y eso a pesar de que los ataques contra civiles se habían reducido en casi un 80% en los últimos dos años.

Elliott sorbió el resto del zumo y miró el reloj. "Bueno, ¿cuánto tiempo tenemos hasta que Lucas se convierta?"

"No faltará mucho," dijo Miles. "Tal vez otra media hora."

Elliott negó con tristeza. "Pobre tío. No puedo imaginar cómo debe ser eso. No saber cuánto tiempo te queda de vida."

“Ninguno de nosotros sabe cuánto nos queda de vida," dijo Miles.

"Ya sabes lo que quiero decir."

"No lo sientas tanto por él, tito," dijo Adam. "No quiero parecer insensible, pero no puede culpar a nadie salvo a sí mismo. Si esos chavales hubieran hecho lo que se suponía que debían hacer, lo cual es informar del zombi y hacer que acudamos a recogerlo, aún seguiría vivo. Pero no, vieron al zombi como una divertida atracción en lugar de una tragedia. En lugar de algo que no hacía mucho tiempo había sido humano. Esto podría incluso considerarse justicia poética."

"También podría considerarse una mejora del acervo genético," dijo Miles en voz baja.

"Aún así." Elliott jugueteó con su pajita. "Parece un precio muy alto por un momento de estupidez."

Mientras que Adam y Miles llevaban algún tiempo en el negocio de la gestión y control de no muertos, Elliott todavía estaba

relativamente verde. Él se había unido a Rito Muerto solo dos semanas atrás (él y Miles eran amigos desde la infancia, y Miles le había ayudado a conseguir el trabajo) y aún no tenía la endurecida perspectiva de la vida que tenían los demás.

"Dólares de impuestos en acción, ¿eh?"

El trío alzó la vista y vio a un joven festero con una ajustada camiseta naranja pasar junto a su mesa.

Miles alzó las cejas. "¿Perdona?"

"¿Por qué no os buscáis un trabajo de verdad?" Se burló el festero mientras caminaba hacia la puerta.

"¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos?" Le dijo Miles.

Negó con la cabeza, molesto, antes de notar que Adam y Elliott estaban sonriendo.

"¿Qué?" dijo él fulminándoles con la mirada. "¿Que nos financien los contribuyentes significa que no tenemos derecho a un descanso para comer?"

"Ignóralo," dijo Adam más divertido que ofendido. "Que esto no te haga perder el sueño."

Capítulo 2

Eran más de las dos de la madrugada cuando Miles por fin llegó a casa. No le importaba trabajar hasta tarde. La mayoría del resto del personal hacía todo lo posible para evitar ser incluido en la lista de ese horario, pero él era el único que se ofrecía voluntario. Así podía dormir todo el tiempo que quisiera y evitar la parte más calurosa del día durante los meses de verano. También implicaba a veces tener que lidiar con borrachos beligerantes y demás chiflados que solo emergían cuando el sol se había puesto, pero en general no estaba tan mal.

Abrió la puerta principal y le golpeó al instante una ráfaga de aire helado. Si bien esta sensación fue bastante agradable, pronto se vio superada por la idea de que Clea (su compañera de piso) y sus amigos estaban en casa y llevaban quince horas seguidas con el aire acondicionado encendido. Para ser un grupo de comprometidos ambientalistas y defensores de la lucha contra el calentamiento global, no dudaban en consumir megavatios de potencia si eso mejoraba su nivel de comodidad.

Escuchó sus voces mientras pasaba por la puerta del salón. Varios estaban inmersos en una animada discusión sobre los escritos de Friedrich Nietzsche o, para ser exactos, estaban regurgitando los puntos de vista de su profesor de Introducción a la Filosofía y haciéndolos pasar como propios. Esta clase de incoherente conversación serpenteante y pretenciosa solo podía significar una cosa: todos iban colocados. Aunque la pista definitiva era la peste a cannabis ardiendo que flotaba por toda la casa. A Miles no le importaba mucho que se colocaran todos los días, pero le había pedido a Clea cientos de veces que no fumaran dentro de la casa.

También le había pedido cientos de veces que cerrara la puerta de atrás, sobre todo con el aire acondicionado encendido, pero ella a menudo se distraída durante esas maratones de combustión de hierba.

Miles oyó una agitación al ir a cerrar la puerta de atrás. Asomó la

cabeza fuera para investigar. No vio nada, pero definitivamente había algo moviéndose por ahí, algo de descripción animal.

Encontró una linterna y se adentró unos cautos pasos en el patio trasero. El rayo de luz barrió el patio buscando movimiento. Nada. Probablemente solo había sido el gato de un vecino o una zarigüeya.

Escuchó un gruñido y giró la luz hacia el ruido, abajo a su izquierda.

Durante una fracción de segundo, le dejó de latir el corazón. Milles soltó la linterna y giró en redondo de puntillas para entrar en la casa.

Le llevó un rato calmarse después de haberse llevado el susto de su vida. Aunque lo que había visto probablemente era inofensivo, cuando no te lo esperas, la experiencia puede ser bastante aterradora.

Abrió la puerta del salón. Olía como el autobús de gira de un rapero.

Clea estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas en el centro de la habitación. Estaba a mitad de un prolongado soliloquio sobre si los animales eran conscientes de su propia mortalidad.

"Ey, Clea, ¿puedo decirte una cosa, por favor?" Dijo Miles.

Ella se levantó despacio y salió al pasillo con los ojos vidriosos por haber estado fumando todo el día. "¿Qué pasa?" dijo ella.

"¿Noche de diversión?"

"Oh, ya, solo es otra reunión."

Clea era miembro y fundadora de un grupo activista que se hacía llamar la Tribu de los Ceros. Las reuniones generalmente se llevaban a cabo en el salón de Miles, aunque estas tendían a desviarse una vez que se sacaba la marihuana.

"Mañana vamos a hacer otra protesta en el juzgado," continuó ella.

"Deberías venir y echar un vistazo."

"Sí, tal vez lo haga," dijo Miles sabiendo muy bien que no tenía intención de hacer nada por el estilo. "Bueno... ¿hay alguna razón por la que tengamos un cerdo enorme en el patio de atrás?"

"Oh, ese es Chillón," dijo Clea como si esto respondiera plenamente a su pregunta.

"¿Chillón?"

"Si. Ameba y sus amigos de la RATA lo rescataron de un salón de tatuajes."

Cuando Clea iba colocada, hablaba en términos de lo más vago y proporcionaba la menor información posible. Miles sabía que Ameba era uno de las amigos *hippies* de Clea, un artista de *performance* y bicho raro profesional. RATA aludía a Revolucionarios Anti Tortura Animal, un grupo radical defensor de los derechos de los animales del que ella formaba parte. Pero Miles seguía sin entender dónde encajaba un cerdo del tamaño de un pony en todo eso.

"¿Qué estaba haciendo un salón de tatuajes con un cerdo?" preguntó él.

"Los usan para practicar."

"¿Practicar qué?"

“Usan piel de cerdo para practicar sus tatuajes. Es bárbaro total. Así que los tíos de RATA se colaron anoche y lo liberaron. Les dije que me parecía bien que Chillón se quedara aquí hasta que, ya sabes, se calmara el asunto."

Miles encontró graciosa la elección de palabras de Clea, como si la policía estuviese registrando el área en busca de un fugitivo cerdo muy tatuado. También le chocó que Ameba y RATA hubieran reducido sus ambiciones. Unos meses atrás, Ameba le contaba a cualquiera que quisiera escuchar sus planes de irrumpir en un centro de investigación médica que probaba sus productos en animales. Pronto descubrió que estos laboratorios tenían niveles de

seguridad similares a los de una fortaleza y eran más o menos impenetrables. RATA se vio obligado a buscar algo más acorde a sus capacidades, de ahí el salón de tatuajes.

"No será un problema, ¿verdad?" Dijo Clea.

"Supongo que no," suspiró Miles. "Siempre y cuando no ensucie demasiado."

"No lo hará. Los cerdos son animales muy limpios. Más limpios que algunos humanos."

Miles se imaginó cómo iba a oler su salón cuando la Tribu de los Ceros hubiera salido mañana por la mañana. No dudaba de que un cerdo ensuciaría menos que doce fumetas.

Despertó a la mañana siguiente y encontró su casa en el estado exacto que él esperaba. Clea y sus amigos se habían ido, pero su olor perduraba. Era un rancio popurrí de mohosas alubias, incienso y agua de bong tan espeso que casi se podía saborear. En días como ese, Miles tenía que acordarse de salir de casa justo después de ducharse, de lo contrario el olor se adhería a él y le perseguía todo el día.

Se aseguró de que su hermana menor Shae se marchara a la escuela a tiempo y luego se dedicó a limpiar la casa. Sacó las latas de cerveza del congelador (que habían explotado y se había creado una costra de cerveza sobre toda la comida) y el helado del refrigerador (que se había derretido y goteaba por todas partes). Se deshizo de los restos de un sándwich de crema de cacahuete, tocino y Conguitos (ideado probablemente por alguien que había fumado suficiente hierba para que el espíritu de Elvis pudiese pasarse y habitar su cuerpo). Tiró todas las botellas y latas vacías en una gran bolsa de basura negra, vació las montañas en los ceniceros y abrió las cortinas y las ventanas para dejar entrar algo de luz solar y aire fresco.

Fue entonces cuando escuchó un débil gemido detrás del sofá.

"Ey, amigo..." dijo la voz. "¿Te importaría cerrar eso?"

Miles se giró y vio que la pila de ropa sucia y toallas en la esquina de la habitación era en realidad un vagabundo dormido llamado Fabián.

A la intensa luz de la mañana, Fabián parecía aún más malhumorado que de costumbre. Era muy delgado. A Miles le parecía un paciente de cáncer adicto a la heroína. Y estaba más blanco que el cadáver de un albino. Sus rastas pelirrojas se extendían por el suelo como una gigante araña chata y naranja. Llevaba puesto el uniforme hippie: andrajosos vaqueros y una camisa de cáñamo que nunca, nunca, nunca se cambiaba.

"Lo siento, no me di cuenta de que aún había alguien aquí," dijo Miles.

No estaba seguro de por qué se estaba disculpando con Fabián, pues esa era su casa y Fabián no vivía allí, al menos oficialmente. Pero en los últimos meses se había convertido en una especie de residente semipermanente. Ahora pasaba más tiempo en la casa que Miles. Fabián estaba acostumbrado a vivir en la calle, por lo que el concepto de quedarse más tiempo del bienvenido le era ajeno.

"¿Dónde está Clea?"

"Tenía que irse temprano a preparar el mitin o algo así," murmuró Fabián.

"¿Y por qué sigues tú aquí?"

La frente pecosa de Fabián se arrugó, como si no entendiera la pregunta. "¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, si Clea se ha ido, ¿qué razón tienes para estar aquí?"

"Clea me dijo que podía dormir aquí un poco más si quería."

"¿No tienes una casa donde ir?"

"¿Cual es el problema? Ya me he quedado aquí antes, ¿no?"

"Como invitado de Clea. Si ella no está aquí, solo eres un tío ocupando el piso de un extraño."

Fabián inhaló y se frotó los ojos. "¿Y qué estás diciendo?"

"Estoy diciendo que esto no es un hotel, Fabián. No me importa que te quedes aquí de vez en cuando, pero todas las noches durante semanas y semanas es pasarse."

"Jesús, lamento que tengas que lidiar con tan urgentes problemas del primer mundo, amigo." Se tapó la cabeza con la manta. "Envíame la cuenta si es tan importante para ti."

Miles negó con la cabeza y continuó con sus tareas de limpieza. Abrió todas las cortinas y ventanas de la casa y dejó que entrara la cegadora luz del sol. Se aseguró de hacer el mayor ruido posible.

Su trabajo como empleado de gestión y control de no muertos lo colocaba en directa oposición con el espíritu de la Tribu de los Cero. Ellos creían en la liberación de todos los exhumanos de los centros de procesamiento y pedían el fin del encarcelamiento de zombis en todo el mundo. A pesar de esto, Miles y Clea mantenían sobre esto una especie de incómoda tregua. Ella nunca le molestaba por su empleo y él permitía que el grupo organizara reuniones ocasionales en la casa.

A algunos de los otros Ceros (Fabián en particular), no les importaban tales sutilezas. Fabián era abiertamente hostil hacia Miles y nunca se le ocurría que se debería mostrar un mínimo de respeto al dueño de la casa en la que se vivía sin pagar alquiler.

Fabián y Clea se conocían desde hacía años. Compartían una pasión por la justicia social y por organizar protestas, aunque Fabián parecía más interesado en Clea que en cualquier causa en particular. Una pena que Clea no sintiera lo mismo por él. Ella consideraba a Fabián una especie de mascota doméstica, como un fiel cachorrillo que la seguía dos pasos por detrás dondequiera que ella fuera y haciendo lo que se le pedía. Ella era muy consciente de los sentimientos de Fabián hacia ella y no parecía en absoluto culpable por explotar esto en su propio beneficio.

Después de la muerte de sus padres, Miles había regresado a la casa familiar para cuidar de Shae, su hermana menor. Había decidido alquilar la habitación libre para hacer un dinero extra. Aún faltaban

unos años para liquidar la casa y los pagos de la hipoteca eran sorprendentemente elevados. Había descubierto que sus padres se habían excedido al pedir prestado más de lo que podían pagar.

Clea había parecido el más normal y menos amenazador de todos los candidatos entrevistados. Tenía un comportamiento agradable, era razonablemente educada y hablaba bien, y cuando se ofreció a pagar los primeros seis meses de alquiler por adelantado, resultó obvio que el dinero no sería un problema. Miles también pensó que sería bueno para Shae, quien tenía trece años en ese momento, tener una presencia femenina de mayor edad en su vida.

Con lo que él no había contado era el equipaje que venía con permitir que tal "espíritu libre" entrara en su casa. Clea era una especie de hippie (Miles confirmó esto cuando supo que, con veintisiete años, ella aún era una estudiante de arte) y los *hippies* no son criaturas solitarias. Se congregan en manadas, y si dejas entrar a uno en tu casa, los invitas a todos. Son algo así como las termitas y casi igual de complicado deshacerse de ellos.

En los dos años y medio transcurridos desde la mudanza, Miles se había ido encontrando con una interminable cabalgata de coloridos personajes que ahora eran visitantes habituales de la casa. Estaba Tariq, el estudiante de química iraní que también era hijo de un cirujano cardíaco de gran prestigio. Tariq había abandonado la escuela para perseguir su vocación de anarquista incondicional. Esperaba con ansias el día en que las masas se levantaran en rebelión y derribaran el corrupto sistema para dejar que reinara el caos absoluto. Aunque él les encondía a sus padres estas opiniones. Ambos habían arriesgado sus vidas huyendo de Irán cuando Tariq era niño, para escapar de la muy real anarquía que estaba envolviendo el país en aquel momento.

También estaba Mai, una reciente adición a la Tribu de los Ceros, aunque nadie sabía exactamente en qué contribuía ella al grupo. Lo único que Mai parecía hacer era pasar el rato en la casa y fumarse la hierba de todo el mundo. De vez en cuando sostenía carteles en las protestas y cantaba consignas a favor de cualquier causa que Clea estuviera apoyando, pero su gran consumo de hierba hacía que sus esfuerzos resultasen, en el mejor de los casos, mediocres. Algunos en el grupo creían que la principal razón para mantenerla

era por cumplir con cierta cuota de diversidad. Clea insistía en que el grupo tenía la política de membresía del Arca de Noé, lo que significaba que cada grupo minoritario debía estar representado al menos dos veces. Como Mai era asiática y lesbiana, marcaba dos casillas a la vez.

Y luego estaba Fabián, el libertario de veintidós años y autoproclamado "llave inglesa en la máquina corporativa." Fabián era un guerrero anticapitalista, comprometido con derribar el injusto sistema que estaba destruyendo a la humanidad y enriqueciendo a los ricos a expensas de los pobres. Su encaprichamiento con los productos de Apple y su predilección por el calzado Nike sugería que sus ideales eran algo flexibles.

Estos y otros convergían en la casa durante estas reuniones arco iris y a menudo dejaban a Miles sintiéndose como un intruso en su propia casa. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había regresado a casa y se había encontrado a un montón de rastas sin lavar leyendo *Kerouac* en voz alta en el porche delantero mientras un grupo de salvajes rítmicamente retrasados aporreaban unos bongos en el patio trasero. Miles había creído antes que a aquello se le llamaba "círculo de tambores" debido a la forma circular en que se disponían los participantes. Ahora sabía que se llamaba así porque cuando estás escuchando uno, aparentemente no tiene fin.

En su mayor parte, estas personas eran un grupo de inadaptados en una narcisista cruzada de ineficaz rebelión. Perpetuos adolescentes que esquivaban el mundo real durante el mayor tiempo posible. Ninguno tenía empleo y pocos habían trabajado un día en sus vidas. La mayoría, como Clea, eran eternos estudiantes que cursaban títulos de arte de algún tipo, del tipo que no tenía aplicación práctica en el mundo real. Clea se estaba especializando en Sociología y Estudios de Género Contemporáneos.

Aquí había un grupo de futuras camareras y camareros con doctorados en filosofía. Es bien sabido que uno de cada seis camareros tiene títulos universitarios, y el trabajo más común para los graduados en arte es el de operador de *telemarketing*.

A pesar de todo su activismo y agitación socialmente consciente,

sobre lo que en realidad protestaban era de su cómoda educación. Casi todos eran producto de familias estables de clase media alta, un hecho que ahora les molestaba. A sus ojos, crecer sin desventajas era en sí mismo una desventaja. Habían pasado tan gran parte de sus vidas protegidos y seguros dentro de sus capullos que creían que su crecimiento personal se había atrofiado. Esta era su forma de compensarlo.

En realidad todo eso era un ejercicio autocomplaciente de clase turista. Todos podían vestirse con harapos, dejarse crecer el pelo sin lavar y fingir ser pobres, sabiendo que, a diferencia de los pobres de verdad, ellos podían optar por salir de ello en cualquier momento. Una vez que el percibido glamour de la pobreza desapareciera, podrían cortarse el pelo, quitarse los *piercings*, ponerse un traje y retomar su posición en la sociedad burguesa con una colección de anécdotas sobre sus aventuras con las clases bajas que contar en las futuras cenas juveniles.

Capítulo 3

"Albergar a un ser no muerto es un crimen," entonó una voz severa a los pasajeros del tren. “Todo aquel que encuentre a un no muerto, tiene el deber de informar de inmediato. Todo aquel que esconda o proteja a un exhumano se arriesga a multas de hasta cien mil dólares y dos años de prisión."

Sentado incómodo en los duros asientos de plástico del tren, Miles hizo todo lo posible para bloquear otro anuncio de servicio público. Los operadores ferroviarios estaban cosechando decenas de millones de dólares al año desde que habían decidido que sería buena idea dar la murga a los viajeros con anuncios ininterrumpidos durante el viaje, pero evidentemente nada de ese dinero se gastaba en mejorar la comodidad de los pasajeros. Él ya estaba sufriendo una leve resaca y estos incesantes anuncios no le facilitaban las cosas.

"Y recuerde: manténgase alerta. Sea vocal. Ayúdenos a ganar la guerra al horror."

En el asiento tras él, dos desagradables adolescentes se reían como bobos por un vídeo que estaban viendo en sus teléfonos. Era otro de esos sádicos vídeos virales, la última moda de Internet que presentaba violencia cómica contra los no muertos. La moda loca del año pasado fue que los sin techo lucharan contra los zombis por dinero. Este año era sobre parodias de películas. Cineastas aficionados publicaban recreaciones toma por toma de escenas de clásicos cinematográficos, pero con zombis interpretando el papel de víctima.

Hasta ahora estaba la escena de rebanado de oreja de *Reservoir Dogs*, seguida de la escena de *El Padrino* y la escena del bate de béisbol de *Los Intocables*. Cada vídeo intentaba superar el anterior en términos de violencia y pura depravación. Cuanto más extremo era el metraje, más vistas atraía. El poseedor del récord actual, con más de doscientos millones de visitas hasta la fecha, era el vídeo de la cabeza en *Casino*.

A juzgar por los perturbadores sonidos provenientes de los teléfonos

de los chicos tras él, Miles asumió que este último rendía homenaje a la escena de la trituradora de madera de *Fargo*.

Él se puso los auriculares y subió la música.

Miles observó cómo la aguja penetraba en su piel y entraba en la vena. Había tenido fobia a las agujas cuando era joven, pero parecía haberlo superado ahora. Tal vez porque había visto cosas mucho peores, y las cosas menores como sangre y laceraciones en la piel ya no tenían ningún efecto en él. Era un mundo diferente ahora y su idea de lo que era normal había sido alterada irreversiblemente.

A los quince años, casi se había desmayado cuando alguien en su clase de economía doméstica se había cortado el dedo y salpicado sangre por todas partes. Ahora se había vuelto mucho más insensible. Unas semanas atrás, mientras estaba recogiendo después de un trabajo particularmente pringoso, había notado un pie amputado tirado en la cuneta y no había pensado gran cosa de ello.

El laboratorio de investigación estaba más ocupado que de costumbre hoy y Miles había tenido que esperar más de una hora para su turno. Unas treinta personas habían estado en fila delante de él, ansiosas por vender sangre.

A veces se sentía culpable por vender sangre cuando podía donarla para salvar vidas. Se sintió un poco mejor al enterarse de que no habría sido apto para donar de todos modos, ya que cualquier persona que entrara en contacto con los no muertos en el curso de su trabajo lo tenía prohibido. Las probabilidades de que él tuviera sangre infectada eran minúsculas, pero aún así insistían en las precauciones adicionales. Si una persona sana se contaminaba por error con sangre infectada, los resultados serían catastróficos. El destinatario se tornaba una bomba de relojería que podía convertirse en un zombi en cualquier momento. Un hospital local había resuelto recientemente dos demandas que alegaban que los miembros de la familia se habían convertido en exhumanos después de recibir transfusiones de sangre contaminada.

No eran tan quisquillosos aquí en el laboratorio de investigación. La sangre humana se había convertido en un producto muy buscado en un mundo post-zombi, y la carrera entre las empresas de

biotecnología estaba en marcha para entregar una vacuna o una cura para la infección. Esa investigación requería megalitros de sangre, que utilizaban para estudiar exactamente cómo reaccionaba la infección, por qué se comportaba de la manera en que lo hacía y cómo podían evitar que se propagara. A los donantes se les pagaba $200 por pinta. Esto se consideraba una cantidad de dinero bastante generosa, pero dado que una vacuna exitosa era literalmente la idea del trillón de dólares, las empresas involucradas no dudaban en pagar tanto.

La búsqueda de una cura llevaba en marcha desde hacía casi tres años, pero aún no había producido resultados significativos.

El Dr. Martin Bishop, una de las principales autoridades mundiales en la propagación de la infección, creía que se podía desarrollar una vacuna eficaz en los próximos doce meses si las empresas de biotecnología hicieran públicos sus hallazgos. El doctor había hecho una llamada a los gobiernos para que obligaran a estas empresas a revelar los resultados de sus ensayos, y decía que era ridículo que las mentes científicas más importantes del mundo compitieran entre sí en lugar de colaborar y construir a partir del trabajo de los demás. Pero sus súplicas habían caído en oídos sordos y actualmente ninguno de ellos estaba más cerca de encontrar una cura que cuando comenzaron.

El año pasado, Vidar Skredsvig, infame *hacker* y activista noruego, fue arrestado después de filtrar decenas de miles de documentos en Internet robados de las bases de datos de Farmacias Elixxia. Actualmente el tipo enfrentaba una sentencia de prisión de doscientos años por el atroz crimen de poner en peligro las futuras ganancias de una corporación de mil millones de dólares.

“Desde que este gobierno asumió el cargo, ha habido más de siete mil ataques de no muertos solo en este estado," declaró la siniestra voz sobre una dramática banda sonora. "Esta es una cifra que aumenta a diario."

Miles miró la televisión en la esquina de la sala mientras esperaba a que se llenara la bolsa de sangre. Era otro anuncio electoral. Las cadenas llevaban los últimos meses bombardeado a los espectadores con estos anuncios. El contador en pantalla marcaba el recuento

hasta el momento: 7413.

"¿Cuántas más víctimas inocentes tienen que morir antes de admitir que han perdido el control de la situación? El 1 de marzo, vote por Bernard Marlowe. Es hora de sacar a nuestro país de las garras del horror."

Este anuncio se reproducía al menos cuatro o cinco veces cada hora. El contador de muertes se actualizaba semanalmente para mantener al público informado sobre cuántas vidas se habían perdido. Miles ya tenía una opinión bastante negativa sobre los políticos, pero la explotación de una tragedia en curso para aumentar kilometraje político parecía estar llegando a nuevos niveles de bajeza. Apartó la vista de la televisión y observó cómo la sangre se escurría fuera de su brazo. Esta era una vista que encontraba un poco menos nauseabunda.

La bolsa se llenó y la aguja fue retirada. La enfermera tapó el punto de entrada con una tirita. Miles ya llegaba un poco tarde al trabajo y trató de irse de allí inmediato, pero la enfermera le aconsejó que descansara un poco más. Él esperó unos minutos y luego saltó de su asiento poco después de que ella saliera de la habitación.

Se movió demasiado rápido. Su visión se volvió gris y borrosa, como la recepción de televisión en una tormenta eléctrica. Se aferró a la silla para mantener el equilibrio y dio unas cuantas respiraciones lentas y calmadas hasta que se le pasó y recuperó el enfoque.

La mujer de la recepción le entregó a Miles su cheque y le dio una piruleta del frasco que estaba en el mostrador. Él se llevó una segunda cuando ella no estaba mirando.

Depositó el cheque en un cajero automático cercano. Esto elevó su saldo bancario a $15.579,29. Puede que le pareciera una cantidad de dinero significativa, pero no podía evitar sentirse un poco desinflado cada vez que miraba esa cifra. Esto era todo lo que tenía para demostrar dos años y medio de trabajo en Rito Muerto. Después de escatimar y ahorrar cada dólar, poner en alquiler una habitación de su casa, comprarlo todo de marca genérica, ir andando a todas partes y usar el transporte público en lugar de

comprar un automóvil, vender sangre cada dos meses, su cuenta solo ascendía a $15.579,29. Eso equivalía a unos seis mil dólares al año o quinientos dólares al mes. Después de todo ese esfuerzo, solo había conseguido ahorrar diecisiete dólares al día. Clea gastaba eso solo en cafés.

El autobús redujo la velocidad una corta distancia antes de detenerse por completo.

“Lo siento, amigos," anunció el conductor a los pasajeros. “Parece que vamos a tener algo de retraso. Hay una manifestación de algún tipo protestando más adelante."

La forma en que el conductor pronunció la palabra “manifestación” y los lamentos de los pasajeros que siguieron lo decían todo. Esta era la última muestra pública de disidencia de la Tribu de los Ceros, la que habían estado planeando la noche anterior.

La protesta y la desobediencia civil eran ahora la prioridad número uno de Clea, sus estudios quedaban relegados a un distante segundo plano. La primera protesta había sido un año atrás después de que un político finlandés de extrema derecha dijera que solo aquellos con "moral relajada" eran susceptibles a la infección zombi. Miles no estaba seguro de si Clea estaba realmente indignada por estos comentarios de un hombre del que nunca había oído hablar en un país que ella no podía ubicar en un mapa, o si solo quería organizar una fiesta en la calle para ella y sus amigos de mente afín. Él sospechaba que era esto último.

La manifestación de hoy era en respuesta al resultado de un caso judicial a principios de semana. Cuatro hombres habían sido condenados a cinco años de prisión por matar a un zombi. Este era un caso que había dividido a la nación. Los partidarios de los hombres dijeron que los condenados eran honrados ciudadanos que habían brindado un valioso servicio a su comunidad y que ahora estaban siendo encarcelados para apaciguar a los grupos minoritarios. Los oponentes los denunciaron como crueles asesinos que mataban por pura emoción y merecían sentencias mucho más duras.

Era difícil no estar de acuerdo con esta última evaluación. Los

cuatro hombres habían visto al zombi dando tumbos en un parque cercano un sábado por la noche. En lugar de denunciarlo a las autoridades, lo acecharon durante más de veinte minutos antes de golpearlo en la cabeza con el mango de un hacha, encadenarle los pies a la barra del remolque de su camión y luego conducir por la ciudad hasta que las partes del zombi quedaron desparramadas en un radio de dos kilómetros. Probablemente también se habrían salido con la suya (la policía generalmente no tiene el tiempo, los recursos ni la inclinación para investigar todos los casos denunciados de zombicidio) si no fuera por que uno de los hombres había filmado el encuentro y lo había publicado en Internet. El tipo había sido lo bastante inteligente como para difuminar los rostros de todos los involucrados. Por desgracia se había olvidado de difuminar también la matrícula del camión.

Hasta ese momento, las autoridades habían estado dispuestas a hacer la vista gorda ante los casos de violencia contra los no muertos, a pesar de la reciente introducción de la ley de NEVADA, la cual prohibía la matanza premeditada de zombis. Pero ese incidente había sido tan horrible y el alboroto tan rotundo que no tuvieron más remedio que presentar cargos. Los cuatro hombres fueron condenados por usar fuerza excesiva sobre un no muerto y recibieron las condenas de prisión más largas hasta la fecha por un acto de violencia contra un exhumano.

Pero la Tribu de los Ceros aún no estaba satisfecha. Habían salido reforzados hoy y habían retenido el tráfico en todas direcciones. Estaban furiosos y querían que el mundo lo supiera.

Pasaron diez minutos y Miles decidió que ya había esperado bastante. Bajó del autobús pensando que sería más rápido ir a pie el resto del camino.

Miró el reloj mientras se apresuraba por la calle. Su turno debía comenzar dentro de doce minutos. Hoy no tenía ninguna posibilidad de llegar a tiempo al trabajo.

Capítulo 4

Miles llegó al trabajo cuarenta y cinco minutos después de la hora de inicio designada. Estaba a punto de entrar en la oficina de Steve para explicar su retraso cuando vio que nadie parecía haberse dado cuenta. Todavía no habían recibido ninguna llamada y todos los demás estaban ocupados en sus propios asuntos. Y aunque Steve solía ser un jefe bastante comprensivo y flexible, llevaba los últimos días de un humor algo susceptible, así que Miles decidió no arriesgarse.

Eran más de las cinco de la tarde cuando llegó el primer trabajo del día.

Miles, Elliott y Félix, otro compañero de trabajo, fueron enviados a investigar el exterior de una casa en los suburbios. Un residente preocupado había informado de comportamiento sospechoso en una propiedad vecina y Miles no tardó en llegar a la conclusión de que tales sospechas estaban totalmente justificadas. El césped estaba lleno de maleza, el jardín se había marchitado y muerto, y varias semanas de correo se derramaban fuera del buzón. O las personas que vivían aquí eran zombis o todos habían sido sufrido un caso de agorafobia espontánea.

Él dirigió una rápida investigación preliminar de la casa para determinar exactamente con qué estaban lidiando.

"Parece que tenemos cuatro *obis*," le dijo a Elliott y a Félix tras mirar por las ventanas. "Un padre, una madre y dos hijas, de unos doce y dieciséis años."

“Obi” era un término de la industria, abreviatura de obituario, y se refería al número de seres no muertos en un lugar determinado.

Los tres entraron en la casa con cautela y se encontraron con la familia zombi. Con solo mirarlos, Miles notó que llevaban allí algún tiempo. Su piel tenía un pigmento amarillo y se hundía como un globo desinflado. Los cuatro estaban gravemente desnutridos y les sobresalían los huesos bajo la carne podrida. El olor a muerte

flotaba en el aire. Según su estimación, se habían convertido hacía más de tres semanas.

El término de la industria para este tipo de zombi era "podrido". Debido a la suciedad que podían crear, los podridos debían manejarse con cuidado.

Fueron primero a por el padre. Miles avanzó despacio hacia el zombi con cuidado de no asustarlo con movimientos bruscos. Maniobró su palo de lazo trampa hacia el cuello del zombi.

Un palo de lazo era una pieza tubular de aluminio larga y delgada, como los que usaban los cazadores de perros, con una pinza de dos puntas en un extremo. Una palanca en el otro extremo controlaba la pinza y la cerraba alrededor del cuello del zombi.

Miles sujetó firmemente al zombi en el sitio. Elliott pasó por detrás y le deslizó la rejilla alrededor de la cabeza. La rejilla se cerró con un clic y amordazó efectivamente al zombi. Cuando esta quedaba en su sitio, el zombi era incapaz de morder a nadie, por lo que ya no representaba una amenaza.

La parte difícil había terminado. Luego, Elliott juntó las muñecas del zombi, Félix le puso las bridas, lo escoltaron fuera de la casa y lo subieron a la parte de atrás del minibús.

Todo el trabajo llevó poco más de una hora. Cuando terminaron, guardaron el equipo y se aseguraron de que los cuatro zombis estuvieran bien sujetos en sus asientos. Miles regresó a la casa para hacer una revisión final y asegurarse de que no habían pasado nada por alto.

La casa parecía vacía, pero era política de la empresa revisar el interior de cada habitación y detrás de cada puerta antes de irse para estar absolutamente seguro de que se había tomado cuenta hasta el último zombi.

Encontró una puerta que conducía a un sótano. La abrió y descendió despacio las escaleras.

Se detuvo un momento cuando fue vencido por una súbita

sensación de vértigo y por temor a perder el equilibrio y caer al negro abismo de abajo. Se apoyó en la pared un momento hasta que pasó la sensación y se recordó a sí mismo que probablemente aún seguía un poco mareado después de haber donado sangre hacía unas horas.

Bajó los escalones uno a uno, pasando lentamente la mano a lo largo de la pared hasta encontrar un interruptor de luz.

Las luces parpadearon a la vida. Él pestañeó un par de veces y una sonrisita apareció en su rostro.

"Ey, tíos," gritó. "Tenéis que ver esto."

Elliott y Félix bajaron las escaleras un minuto después. Encontraron a Miles de pie frente a una reluciente puerta de acero.

"Mirad esto." Miles pulsó el botón rojo junto a la puerta. "Esta gente tenía una sala de pánico."

La puerta se abrió revelando un compacto recinto equipado con alimentos, agua embotellada y suministros médicos.

"No les sirvió de mucho, ¿verdad?" Dijo Elliott.

"Rara vez lo hacen," dijo Félix secándose el sudor de la frente con la manga.

La popularidad de las habitaciones de pánico se había disparado desde el brote, pero no eran más que una ilusión de seguridad. Había evidencia que sugería que en realidad hacían más mal que bien. Se sabía de familias se atrincheraban dentro y descubrían más tarde que uno de ellos había sufrido un mordisco. Los demás se encontraban entonces atrapados en un espacio confinado con un zombi hambriento. Se habían reportado numerosos casos de trabajadores de los servicios de emergencia que cortaban las puertas de las salas de pánico y descubrían familias enteras de zombis en el interior.

Pero esto no impedía que los crédulos cayeran presa de vendedores persuasivos y manipuladores que les instalaban habitaciones de pánico diciéndoles que no se podía poner precio a la seguridad de

su familia. Algunas personas ni siquiera necesitaban oír ningún argumento de venta, pues ya habían mordido el anzuelo debido a la desenfrenada exageración de los medios de comunicación. Los reportajes sensacionalistas les recordaban a diario que los zombis se escondían detrás de cada árbol y acechaban dentro de cada arbusto, esperando saltarles encima, y que solo era cuestión de tiempo que invadieran su casa en mitad de la noche y le devoraran el cerebros a sus hijos.

La triste verdad era que la mayoría de los mordidos por zombis eran atacados por miembros de su propia familia o por algún conocido.

A pesar de haber pasado más de tres años desde el primer brote zombi, aún había informes contradictorios sobre cómo ocurrían estos eventos. Al principio algunos creyeron que se debía a un efecto secundario de alimentos modificados genéticamente. Otra de las teorías de la conspiración más populares en ese momento se centraba en una empresa farmacéutica que había liberado la infección deliberadamente, a la cual le seguiría el lanzamiento de una vacuna poco tiempo después. Este escenario ahora parecía poco probable, ya que el momento más rentable para el lanzamiento de una vacuna habría sido durante el apogeo del pánico.

Los extremistas religiosos como Ayman al-Zawahiri y Kirk Cameron (como era de esperar) achacaban el brote a la ausencia de fe y la aceptación de la inmoralidad en la sociedad moderna. Mientras tanto, numerosos líderes de cultos y otros chiflados abrazaban felizmente la histeria y afirmaban que la resurrección de los muertos era una clara señal de que el fin de los días estaba cerca y la segunda venida de Cristo era inminente.

Algunas de las investigaciones científicas más creíbles habían rastreado el origen del brote hasta el Dr. Hermann Volk, un cirujano alemán sin licencia. Se decía que el Dr. Volk había estado realizando una investigación experimental en nombre del equipo olímpico nacional, trasplantando órganos vitales de caballos de carreras, como el corazón y los pulmones, a seres humanos. Se creía que el objetivo del Dr. Volk era proporcionar a los atletas una ventaja competitiva insuperable, permitiendo un mayor flujo sanguíneo y una capacidad pulmonar superior, al tiempo que evitaba la detección de drogas que mejoraban el rendimiento. Y

aunque se creía que algunos de los sujetos de prueba habían reaccionado bien a sus nuevos órganos, otros no lo habían hecho. Estos sujetos exhibían efectos secundarios inesperados e impredecibles.

Una vez que la infección estuvo en las calles, se propagó más rápido que el vídeo sexual de una celebridad. Los primeros informes de que un virus degenerativo transmitido por la sangre se propagaba por la Europa continental surgieron un martes. Para el jueves el virus había viajado a Asia. Antes de terminar el fin de semana se había propagado a casi todos los rincones del mundo.

La gente de todo el mundo permaneció pegada a sus televisores (en un momento, se estimó que más del 90% de la población mundial había visto al menos una hora de televisión durante un período de veinticuatro horas, para el deleite de las redes y sus patrocinadores) y los espectadores fueron bombardeados con aterradoras estadísticas una tras otra. Se creía que hasta quinientos millones de personas estaban infectadas, una cifra que podría ascender a la inimaginable cifra de tres mil millones para fin de año, y el mantra se había repetido una y otra vez: "Es posible que estemos presenciando el fin de la humanidad tal como la conocemos."

Solo una cosa se propagó más rápido que la infección y fue el pánico. Las tiendas de alimentos se quedaron sin comida, los saqueos fueron endémicos y las ventas de armas de fuego se dispararon a niveles récord. En medio de todo el caos, el gobierno imploró al público que mantuviera la calma, pero pocos cumplieron. Nadie les creyó cuando aseguraron a todo el mundo que la situación estaba bajo control.

Y luego, menos de tres semanas después del primer ataque zombi reportado, la situación estuvo en gran parte bajo control.

Gracias a la acción rápida y decisiva de la ONU y la OMS, sin mencionar la cooperación sin precedentes entre los líderes mundiales, la mayoría de los no muertos fueron rápidamente detenidos y aislados de la población sana. El número revisado de seres humanos infectados en todo el mundo se estimaba ahora entre veinte y treinta millones, un número nada insignificante, pero nada próximo a los quinientos millones informados inicialmente. Varias

organizaciones de medios de comunicación se vieron obligadas a pedir disculpas por haber exagerado el nivel de amenaza y causar la alarma entre sus espectadores.

Al final, el apocalipsis zombi había sido más bien una aberración zombi. Si bien millones estaban afectados, morían más personas al año por enfermedades cardíacas. Estadísticamente, una hamburguesa era más peligrosa que un zombi.

El brote ocasional aún ocurría de vez en cuando, generalmente en las áreas más empobrecidas y superpobladas del mundo, pero ahora estas zonas las controlaba el PUMA (acrónimo de *Paramilitary Undead Management Authority*, o Autoridad Paramilitar de Gestión de No Muertos) y los brotes eran contenidos rápidamente. El PUMA era un equipo de operativos altamente capacitados que podían ser desplegados en una zona infectada para contener cualquier epidemia leve antes de que esta se propagara más.

Más tarde se supo que esta no había sido la primera vez que se habían levantado los recién fallecidos. Numerosos incidentes se habían reportado durante el siglo pasado, aunque estos habían sido a una escala mucho menor y a menudo encubiertos por los gobiernos de la época. No obstante, todas las naciones desarrolladas eran muy conscientes de que un brote zombi a gran escala no solo era una posibilidad, sino algo inevitable. Se habían establecido precauciones y planes de contingencia durante algún tiempo en preparación para tal evento. Se creía que las muchas películas y programas de televisión sobre zombis producidos en los últimos tiempos eran en realidad una sutil forma de educar al público sobre lo que hacer en caso de un brote zombi y, lo que era más importante, sobre lo que no hacer.

De hecho, el público en general no tardó en darse cuenta de que los zombis no representaban una amenaza real para su seguridad personal. Podías mantener un zombi a raya usando solo una escoba o un paraguas, eran fácilmente repelidos con chorros de agua de una manguera presurizada y podías dejarles atrás con algo tan lento como una silla de ruedas eléctrica. La mayoría de las primeras víctimas habían sido personas que se habían acercado demasiado al intentar grabar a los zombis con sus teléfonos en lugar de hacer lo lógico y alejarse corriendo.

Los temores que todos tenían de que la sociedad estuviera al borde del colapso, de que la población mundial resultara aniquilada, de que la humanidad se volviera contra sí misma cuando los no muertos se apoderaran de ellos, demostraron ser totalmente infundados.

Para que conste, el Comité Olímpico Alemán negó en repetidas ocasiones toda participación o conocimiento de las supuestas actividades del Dr. Hermann Volk y sostiene que el doctor nunca ha trabajado para ellos oficialmente.

Capítulo 5

Miles condujo el minibús a través del denso tráfico, logrando de alguna manera mantener la calma cuando otro conductor se desvió hacia su carril. Elliott y Félix estaban en los asientos directamente detrás de él. La familia de zombis estaba atada de forma segura al fondo.

El viaje era en su mayor parte silencioso, y el único sonido perceptible eran las gotas intermitentes de sudor que caían al suelo de la frente de Félix. Ese era un día bastante templado, lo bastante fresco como para que Elliott llevara el feo suéter verde que su novia Amy le había regalado en su último cumpleaños, pero la cara de Félix goteaba como un grifo oxidado.

Félix era uno de los personajes más peculiares que Miles había encontrado durante su tiempo en Rito Muerto. Quizá lo más extraño de él era que hubiese elegido trabajar allí. La mayoría del resto del personal había abandonado la escuela secundaria, pero Félix poseía un imponente intelecto y un cerebro que hacía horas extra constantemente. Probablemente habría estado más preparado para trabajar en la NASA o en Google que atrapando zombis para ganarse la vida. Si hubiera asistido a una escuela de mejor calidad, sus dotes intelectuales habrían sido reconocidas y él habría prosperado en un programa de aprendizaje acelerado. En cambio, se había inscrito a una escuela estatal de fondos insuficientes donde sus maestros le veían como un indisciplinado y desconcentrado cadete espacial, y sus compañeros de estudios pensaban que era un bicho raro total.

Félix había entrado a trabajar en Rito Muerto casi al mismo tiempo que Miles. Mientras que Miles buscaba un ingreso estable, Félix estaba ansioso por adquirir experiencia de primera mano en el campo de la gestión y control de no muertos (GCNM). Él era algo así como un inventor aficionado, una de esas personas que podía desmontar un motor, averiguar cómo funcionaba todo y luego volver a armarlo y hacerlo funcionar de manera más eficiente. Félix reconocía a los zombis como una industria de gran crecimiento en

las próximas décadas. Una industria en la que estaba ansioso por subir a bordo.

Su trabajo hasta ahora había arrojado resultados mixtos. Uno de sus inventos más prometedores era su cañón-cable, que permitía a un trabajador contener a un zombi desde una distancia de hasta veinte metros. El dispositivo, con la forma de un gran secador de pelo metálico, tenía un diseño simple pero brillante. El trabajador apuntaba al zombi objetivo y pulsaba el botón de disparo. Dos finos cables salían disparados y se enrollaban firmemente en los tobillos del zombi, evitando que se moviera. El botón de retracción servía para recoger los cables y arrastrar al zombi como un pescador arrastra un enorme pez espada.

Todo el personal de Rito Muerto quedó impresionado con el nuevo artilugio de Félix y estuvo ansioso por probarlo en el campo, pero el organismo regulador tuvo otras ideas. Decidieron que el dispositivo tenía el potencial de causar un trauma innecesario al ser no muerto y se movilizaron rápidamente para prohibir su uso.

La otra innovación notable de Félix era su armadura corporal antiperforante. Había desarrollado una especie de mono de malla con fibra sintética que se podía llevar bajo la ropa para protegerse de los ataques zombi. El material era lo bastante fuerte para evitar que los mordiscos de los zombis penetraran en la piel. Por desgracia, también impedía que la piel respirara y esto causaba que el usuario sudara profusamente incluso en condiciones relativamente leves. Aunque el organismo regulador no había tenido ningún problema con el traje protector y lo había declarado apto para su uso, pocas personas, aparte de Félix, se molestaban en llevarlo. El hecho de que era prácticamente inaudito que los zombis atacaran a los trabajadores de gestión y control de no muertos significaba que había poca demanda de los trajes.

El minibús salió de la carretera y el centro de procesamiento apareció a lo lejos. Era un complejo enorme que ocupaba una área equivalente a cinco campos de fútbol. Parecía caído del cielo en un prado vacío en medio de la nada. La mayoría de las ciudades importantes tenían ahora centros de procesamiento. Aquí era donde el personal de GCNM depositaba a sus zombis una vez que habían sido sacados de las calles.

La actividad fuera del centro parecía particularmente agitada hoy. Miles pudo sentir problemas en cuanto se desvió de la carretera para dirigirse hacia la entrada principal. Los manifestantes estaban allí. Tal vez debido al buen clima o tal vez solo para matar el tiempo antes del concierto de Devendra Banhart de esa noche. En cualquier caso, aquello parecía más caótico de lo usual.

Levantaban pancartas con "Todo Exhumano Debería Tener Derechos" y "Los Derechos de los No Muertos Corrigen los Errores Humanos." Zarandeaban de un lado a otro uno de los camiones mientras el vehículo intentaba entrar al recinto. Algunos de los más valientes se tiraban delante del camión, antes de ser apartados a rastras por los guardias de seguridad del centro. A los guardias nada les habría gustado más que partir algunas cabezas o soltar un par de botes de gas lacrimógeno, pero estaban bajo estrictas instrucciones de no hacer nada que pudiera inflamar la situación. Los operadores del centro de procesamiento habían declarado públicamente que apoyaban el derecho de los manifestantes a protestar y sabían que antagonizarlos solo crearía más problemas.

"Esto no tiene buena pinta," dijo Miles mientras observaba cómo se desarrollaba el desorden desde la distancia. "Quizá deberíamos volver más tarde."

El minibús ya se había detenido dos veces en los últimos quince minutos. Lo último que querían era que se detuviera de nuevo al intentar entrar y encontrarse rodeados por una multitud de furiosos *hippies*.

Se acercaron y pudieron ver lo grande que era la multitud. Habría unos doscientos o trescientos en total, batían tambores y cantaban con megáfonos. Por lo general, ellos solo tenían que lidiar con treinta o cuarenta. Los medios de comunicación etiquetaban a estos agitadores con el término peyorativo de "cabezas muertas" debido a su amor por los no muertos y la forma en que migraban en masa de un acontecimiento a otro, como el dedicado ejército de seguidores de *Grateful Dead*.

El minibús pasó el desvío hacia la entrada principal y permaneció desapercibido para los manifestantes. Elliott vio una entrada más pequeña más adelante, una que se usaba principalmente para el

personal y las entregas. "¡Ahí!" dijo señalando hacia esta.

Miles dio un volantazo a la derecha y se detuvo frente a la puerta de la barrera. Mostró su acreditación de Rito Muerto al guardia y les dejaron entrar.

Los tres trabajadores saltaron del minibús y entregaron a la familia zombi a los encargados del centro. Los zombis fueron llevados a otra área donde los desnudarían, lavarían con manguera, examinarían, fotografiarían y les asignarían un número, luego se les colocaría un gotero para alimentarlos con sangre artificial. La sangre contenía un tipo de tranquilizante que los hacía dóciles y más fáciles de controlar. Luego les equipaban con trajes naranja y les llevaban a sus celdas, donde esperarían hasta ser enviados a una instalación de detención en una fecha posterior. Esas otras instalaciones de detención eran gigantescas prisiones ubicadas en algún lugar en mitad del desierto, y era donde acababan eventualmente todos los zombis. En cuanto a lo que les pasaba después de eso, bueno, el gobierno no divulgaba demasiado al respecto. Que la gente supiera, quedaban detenidos allí indefinidamente, abandonados en el limbo y sin un futuro claro.

Félix completó el papeleo y Rito Muerto recibió su paga. Este trabajo les reportó $2000, o $500 por cabeza.

Al otro lado del centro, uno de los camiones por fin logró dejar atrás a los cabezas muertas y entró por la entrada principal. Dos trabajadores saltaron fuera del camión y comenzaron a descargar a los zombis.

Esos eran del personal de Z-Pro, el principal (y ahora único) competidor de Rito Muerto en el negocio de gestión y control de no muertos. En lugar de conducir un abollado minibús, Z-Pro tenía varios camiones enormes pintados de negro azabache con masivos logotipos de la compañía pintados con aerógrafo a los lados. Esto hacía que los vehículos fuesen reconocibles al instante. También hacía que Rito Muerto pasara desapercibido en comparación y les permitía entrar y salir del centro de procesamiento sin llamar atención no deseada.

"Mira quién es," dijo Miles señalando con la cabeza en dirección al

camión. Uno de los trabajadores de Z-Pro, un tipo larguirucho de pelo largo y barba de Jesús, estaba ayudando a descargar la carga reanimada. "Nuestro viejo amigo, Dwayne Marks."

Elliott miró hacia el camión. "¿Quién es Dwayne Marks?"

“Antes trabajaba con nosotros. Tú eres su reemplazo," dijo Félix.

Hasta hacía un mes, Dwayne Marks había sido miembro del equipo de Rito Muerto. Pero Z-Pro le había hecho una oferta y Dwayne no tardó en aceptarla. Su deserción al equipo rival de GCNM había dejado una vacante que Elliott ahora ocupaba. Z-Pro había estado cazando furtivamente a muchos miembros del personal de Rito Muerto durante los últimos años y, con un salario generoso y seguridad laboral, por lo general estos no necesitaban demasiada coerción para cambiar de bando.

Si Rito Muerto pasaba problemas financieros, Z-Pro iba viento en popa. Esto resultaba evidente al ver la cantidad de zombis que se descargaron de su camión. Debía de haber al menos treinta en total. En comparación, el botín de cuatro de Rito Muerto pareciera insignificante. La diferencia entre las dos empresas era enorme: Z-Pro era como un enorme pesquero de arrastre y Rito Muerto un bote para dos con un par de cañas de pescar a ambos lados.

Miles retrocedió y observó durante un rato. Experimentó un ligera punzada de celos.

Rito Muerto y Z-Pro eran empresas de GCNM que habían surgido como consecuencia del levantamiento zombi. Los militares se habían desplegado inicialmente para ocuparse de gran parte de las hordas de zombis, pero por muy hábiles y minuciosos que fueran, era imposible dar cuenta de todos y cada uno de los últimos zombis sueltos en la sociedad. El gobierno había decidido subcontratar esta tarea a empresas privadas; proveedores de servicios a los que llamar si un zombi callejero llegaba por casualidad a tu barrio.

Rito Muerto había sido inicialmente un negocio de control de plagas que Adam había heredado de su tío. Cuando conoció a Steve, el negocio era un caos. Estaban perdiendo clientes, derrochando dinero y eso estaba arruinando a Adam. Steve trabajaba en la

industria financiera en ese momento y se ofreció a ayudar para ver si podía cambiar la suerte de Rito Muerto. Fue idea de Steve diversificarse en el floreciente campo de la gestión y control de no muertos. No fue el único: la recompensa de $500 por zombi trajo una multitud de charlatanes ansiosos por ganar dinero fácil a costa del contribuyente.

Los primeros días habían sido buenos. En un día típico, Rito Muerto traía de veinte a treinta zombis, casi los ingresos que obtenían en un mes matando ratas y atrapando zarigüeyas. Steve dejó su empleo y se unió a Rito Muerto a tiempo completo. Contrataron más personal, unos treinta en total, y se trasladaron a nuevas instalaciones más grandes.

Pero los buenos tiempos no duraron. La población de zombis disminuyó pronto, los ataques se hicieron menos frecuentes y la mayoría de las empresas emergentes de GCNM se hundieron. Y si no era la falta de zombis lo que causaba el derrumbe de los negocios, era el dominio de mercado de Z-Pro el último clavo en el ataúd.

Rito Muerto era el único otro negocio de GCNM que había sobrevivido. Parecía apropiado que hubieran comenzado siendo un negocio de control de plagas, pues Jack Houston, el dueño de Z-Pro, pensaba que eran como las cucarachas, negándose a morir. Aunque Rito Muerto apenas había logrado mantenerse a flote. Habían tenido que despedir a la mayoría de su personal y los pocos que quedaban habían tenido que arreglárselas con un salario significativamente reducido.

La única razón por la que el negocio aún no se había hundido era la tenacidad de sus dos líderes. Steve y Adam eran un dúo formidable. Steve tenía el cerebro y la inteligencia financiera, mientras que Adam tenía la experiencia práctica en el campo. En cuanto a la personalidad, eran completamente opuestos. Steve era serio y de charla suave y no obviamente gay. Cada vez que se aventuraba en un bar, no tardaba mucho antes de que las divorciadas de mediana edad notaran su falta de anillo de bodas y se concentraran en él. Adam, por otro lado, era extrovertido y extravagante, un certificado seis en la escala Kinsey [1]. Si fuese un personaje de ficción en una comedia de televisión, la GLAAD [2] pediría un boicot del

programa por perpetrar estereotipos obsoletos de hombres homosexuales.

Curiosamente, a pesar de que ambos mantenían una relación desde hacía años, nadie hacía bromas sobre sus nombres. Siempre se les llamaba "Steve y Adam," y nunca "Adam y Steve" [3]. Quizá los chistes de "Adam y Steve" eran tan obvios que todos asumían que ya los habían oído mil veces.

Miles se había unido a Rito Muerto en aquellos embriagadores primeros días. Él necesitaba una estable fuente de ingresos después de la muerte de sus padres. Él y Shae habían recibido una pequeña compensación, pero esta solo había dado para unos meses. Así, cuando se enteró de cuánto dinero se podía ganar como agente de GCNM, solicitó un puesto de inmediato.

Había ganado algo de dinero decente al principio, pero luego había llegado la recesión. Pudo haber renunciado, pero siguió siendo un empleado leal. Estos días su paquete salarial típico era solo un poco más alto que el salario mínimo, pero él había caído en una cómoda rutina. En realidad no quería molestarse en buscar otro trabajo y se había resignado al hecho de que esta sería su vida en el futuro previsible.

Capítulo 6

La sede de Rito Muerto era un pequeño almacén alquilado ubicado en una parte industrial de la ciudad. En un curioso giro del destino, el edificio había sido utilizado anteriormente por una empresa que fabricaba, entre otras cosas, ataúdes. En un mundo post-zombi, la industria de los ataúdes había seguido el mismo camino que Kodak y la Enciclopedia Británica en un mundo digital. Es decir, ahora esa industria era mayormente redundante. Después de los acontecimientos de los últimos tres años, pocos querían arriesgarse a la posibilidad de que sus seres queridos reaparecieran inesperadamente en su propio funeral, por lo que el 95% de las personas optaban ahora por la cremación en lugar del entierro tradicional. Steve todavía se estaba castigando a sí mismo porque no haberlo visto venir. Los crematorios era la industria en crecimiento a la que deberían haberse expandido en lugar de la gestión y control de no muertos.

Miles, Elliott y Félix habían regresado del centro de procesamiento y ahora estaban llenando el tiempo antes de su próxima llamada. Félix siempre hacía un uso productivo de este tiempo de inactividad en el tallercito de atrás, trasteando en lo que fuese su siguiente gran invento. Elliott se estaba enviando mensajes de texto con su novia Amy, mientras Miles cenaba en la sala de descanso.

Estaba él a mitad de su rollito de pollo y ensalada cuando oyó una voz familiar en la televisión. Hizo girar la silla y vio a su compañera de piso siendo entrevistada por un reportero al frente de la manifestación. Ella lideraba la protesta contra la decisión judicial dictada a los cuatro convictos por matar a un zombi.

"¡Estamos aquí para hacer una declaración!" declaró Clea ejerciendo su derecho a ser justa. “Estamos aquí para enviar un mensaje a los políticos, a los medios de comunicación y a aquellos que todavía piensan que está bien usar a los exhumanos como sacos de boxeo y prácticas de tiro. Queremos detener la violencia. Detener el odio. ¡Es hora de que todos avancemos unidos para crear una sociedad mejor!"

Las idealistas palabras de Clea y las llamadas a la paz se combinaron con imágenes de la protesta. Los espectadores pudieron ver escenas de manifestantes decapitando una efigie de Bernard Marlowe, el tácito cruzado anti-zombi y aspirante a primer ministro. Otro manifestante exprimía una botella de líquido inflamable sobre la efigie como si estuviera orinando encima de ella, luego le prendió fuego frente a una vitoreante multitud.

En lo que respectaba a las protestas de Clea, esto era parte del menú. Por lo general comenzaban con la mejor de las intenciones, pero no pasaba mucho tiempo antes de que la situación se tornara un caos y el dominio de la multitud tomara el control. Diferentes grupos de protesta, que tenían poco o nada que ver con los problemas de los no muertos (y que a menudo tenían agendas opuestas), comenzaban a gritarse unos a otros y todo el asunto se convertía rápidamente en algo ridículo. El grupo Anti-Comidas GM luchaba por gritar más alto que el grupo Legaliza las Drogas, mientras que el grupo Salva los Oceános competía por tiempo en las ondas con el grupo Cancela la Deuda. Un colectivo feminista desfilaba en *topless* para destacar el tema de la desigualdad de género y el acoso sexual en la sociedad. Este grupo recibía mucha atención por parte de los medios de comunicación, pero era discutible si el mensaje que ellas pretendían hacer llegar se transmitía o no.

Las protestas de Clea a menudo terminaban así, teniendo el efecto opuesto al que ella pretendía. Una protesta anterior dirigida a las grandes corporaciones y a la influencia antidemocrática que ejercían sobre la política del gobierno se había convertido rápidamente en un disturbio, lo cual resultó en la destrucción de decenas de pequeñas empresas independientes. Antes de esta, en una protesta destinada a resaltar los alarmantes niveles de degradación ambiental en el mundo moderno, se había encendido una gran hoguera que los manifestantes no dejaron de alimentar echando basura, zapatos viejos, ropa, letreros de las calles, bancos de madera y cualquier otra cosa que habían podido encontrar. Se estimó que las emisiones de carbono generadas por el incendio equivalían a lo que producían diez mil coches en un año. Lo peor de todo eran las marchas por la paz. Estas casi siempre terminaban en violencia.

Era demasiado fácil para los medios burlarse y menospreciar a estas personas, y para los espectadores descartarlas como grupos de activistas locos con demasiado tiempo libre entre manos. Este reportaje de noticias en particular mostró solo un breve fragmento de tres segundos de un abogado de derechos humanos, pero emitió durante treinta segundos completos a un hombre disfrazado de oso en monociclo que aireaba su visión poco convencional del mundo.

Mientras tanto, en otra parte del país, Bernard Marlowe aparecía en su conferencia de prensa cuidadosamente organizada para denunciar el espantoso comportamiento de los manifestantes. Sostuvo que, si bien los no muertos debían ser protegidos, las personas eran lo primero y las leyes no debían usarse para convertir en criminales a ciudadanos honestos, trabajadores y honrados. Reiteró su convicción de que la legislación actual había ido demasiado lejos a favor de los no muertos y prometió derogar las leyes si ganaba el cargo en las próximas elecciones.

Añadió que sus pensamientos y oraciones estaban con las familias de los cuatro hombres sentenciados a prisión por el asesinato no provocado de un zombi. Aunque no mencionó a la familia de vivos de aquel zombi, que había sido testigo de cómo su hijo había sido despedazado por una pandilla de aburridos matones sedientos de sangre.

Aunque ahora era ilegal cometer un acto de violencia contra un no muerto, aún había personas en la sociedad que se negaban a cumplir la ley e insistían en tomarse la justicia por su mano. Veían a estas criaturas como una amenaza y muchos albergaban un gran resentimiento hacia los zombis después de lo que habían presenciado previamente durante el brote inicial. Creían que el único zombi bueno era el zombi muerto (al parecer ignoraban que los zombis ya estaban muertos), un eslogan que proclamaban con orgullo en las pegatinas de sus parachoques. Otros solo querían probar el armamento de alta potencia que habían comprado durante el brote pero que nunca habían tenido ocasión de estrenar.

En el otro extremo del espectro, había un grupo, pequeño pero ruidoso, que se oponía a esta clase de maltrato. Se denominaba la Liga de Defensa Exhumana ("exhumano" era el término preferido para un ser no muerto, ya que "zombi" se consideraba obsoleto y

ofensivo), compuesto principalmente por amigos y familiares traumatizados que habían presenciado la muerte de sus seres queridos por bandas de palurdos barbáricos. Su objetivo era detener la matanza de lo que consideraban una criatura viviente.

Después de numerosas impugnaciones legales y apelaciones, se dictaminó que los exhumanos, aunque técnicamente no eran criaturas vivientes, se consideraban seres inteligentes y, por tanto, dignos de protección. La Ley Nacional para Poner Fin a la Violencia contra los Muertos (con acrónimo inglés de NEVADA) entró en vigor y estableció que un ser no muerto no podía ser dañado o molestado de ninguna manera excepto en casos de legítima defensa. Matar por deporte o diversión estaba estrictamente prohibido.

Esta sentencia resultó ser muy polémica. Muchos lo consideraban una violación de sus derechos y pensaron que debían poder tomar medidas preventivas para proteger a su familia y propiedad. A pesar de que la ley llevaba vigente desde hacía más de dos años, los zombis seguían siendo atacados y asesinados de forma regular por una minoría de gente que se negaba a aceptarla. El ejemplo más extremo era el de las bandas de justicieros que, según se decía, cruzaban las zonas rurales entre las ciudades acabando con los zombis antes de que los trabajadores de GCNM pudieran llegar hasta ellos.

Clea se había involucrado en varias formas de activismo en su adolescencia y había continuado apoyando sus muchas causas al ingresar a la universidad. Pero en el séptimo año de sus estudios, una sensación de persistente desencanto había comenzado a apoderarse de ella. Empezaba a sentir que, a pesar de las numerosas causas por las que había puesto su nombre, no había nada que pudiera hacer que otros no hubieran hecho antes que ella. Por los Derechos de las Mujeres, Contra la Guerra, Salva las Selvas Tropicales: esas batallas las había librado la generación de sus padres. Poco podía ella hacer para hacerse un nombre por sí misma.

Así que, cuando ocurrió el brote zombi, Clea descubrió su nueva vocación. Esta era su oportunidad de marcar la diferencia y trazar su propio camino. El hecho de que los zombis fuesen tan impopulares entre la población en general lo hacía todo aún más atractivo. Esta era una causa por la que valía la pena luchar. Ella se

enfurecería contra la máquina mientras que sus contemporáneos perderían el tiempo preocupándose por los casquetes polares o los loros en peligro de extinción.

Junto con otros revolucionarios de ideas afines, como Fabián y Ameba, Clea fundó el Comando para la Ecuanimidad y Resistencia de Obis (CERO), aunque más tarde abandonaron ese nombre cuando se estableció que "Obi" era un término despectivo. Ahora se referían a sí mismos como Ceros, o en colectivo como la Tribu de los Ceros. Mostraban su logotipo en graffitis en las paredes y vallas publicitarias y lo rayaban en la pintura de todos los automóviles que encontraban o lo ponían sobre las pegatinas anti-zombi de los parachoques, era un círculo con una Z en medio, como un símbolo de anarquía.

La Tribu de los Ceros se había convertido en una presencia visible y vocal al organizar protestas regulares y acumular numerosas impresiones en los medios. Puede que esos anarquistas de los fondos fiduciarios hubieran abandonado sus comodidades materiales, pero su sentido de derecho y su mentalidad de "nacido para gobernar" seguía siendo fuerte. Estaban más que felices de poder sermonear al público sobre lo que era mejor para ellos y sobre cómo se debía administrar el mundo. Era una pena que sus esfuerzos nunca llegaran a acumularse en gran cosa. Si acaso, terminaban poniendo al público en contra de su causa en lugar de obtener apoyo. Cualquiera que los viera en la televisión o leyera sobre sus payasadas en el periódico, echaba un vistazo a aquel grupo de taimados holgazanes y adoptaba al instante la causa del bando opuesto de lo que fuese que apoyaran.

Clea se negaba a verlo así, por supuesto, y se engañaba a sí misma al creer que ellos estaban suponiendo una verdadera diferencia. Ella afirmaba que habían sido tan eficaces en cambiar la opinión pública que ahora estaban bajo vigilancia de las autoridades, las cuales enviaban regularmente agentes encubiertos para intentar infiltrarse en el grupo. Clea había advertido a los demás sobre la necesidad de estar más alerta ahora después de leer lo que le había sucedido a la ZLF, una organización pro-zombi francesa. La ZLF había sido arrestada recientemente por mantener pisos francos para zombis; refugios diseñados para mantener a los no muertos fuera de los

centros de procesamiento estatales. Más tarde se reveló que varios miembros del grupo eran en realidad informantes del gobierno y que los miembros ahora se enfrentaban a sentencias de diez años de prisión por dar cobijo a seres no muertos.

Capítulo 7

Hacía unas semanas, Miles y Shae fueron invitados a una barbacoa en la casa de su prima Stacey. Miles no tenía ganas de asistir. Tenía poco en común con Stacey, aparte de sus abuelos compartidos. Pero Shae quería ir y él aceptó que sería bueno para ellos mantenerse en contacto con la familia que les quedaba.

Stacey y su esposo Alistair eran casi una década mayor que Miles, pero a él le parecían casi de mediana edad. Pasar una tarde entera oyendo a un par de *yuppies* y a sus amigos de ideas afines hablar sobre las renovaciones de la cocina y lo notablemente dotados que eran sus hijos pequeños, no era la idea de Miles para un día divertido, pero pensó que al menos haría el esfuerzo de ser sociable.

Comenzó de manera bastante prometedora. Escuchó cortésmente mientras Alistair hablaba sobre su nuevo ascenso laboral, y a Stacey mientras describía con meticuloso detalle el plan de comidas para sus hijos de cuatro y seis años. Él podía fingir entusiasmo durante un par de horas siempre que tuviera una de las cervezas importadas de Alistair en la mano en todo momento.

El problema comenzó cuando Miles conoció a algunos de los otros invitados. Comenzó con una pregunta bastante inocua de Lisa, una de las compañeras de trabajo de Stacey, pero la cosa fue cuesta abajo desde allí.

Fue algo así:

Lisa: "Bueno, Miles, Stacey me ha dicho que pronto comenzarás tu licenciatura en comercio."

Miles: “Ese es el plan. Pero ahora mismo estoy trabajando para Rito Muerto."

Lisa: “¿Rito Muerto? ¿Esos no son, eh, los de control de plagas y cosas así?"

Miles: “Lo eran. Creo que aún podrían ocuparse de algo de eso.

Pero su enfoque principal ahora es GCNM."

Lisa: "¿GCNM?"

Miles: "Gestión y control de no muertos."

Lisa: "Ah... ¿te refieres a zombis?"

Miles: “Bueno, sí. Aunque se supone que ya no debemos referirnos a ellos como "zombis." "Exhumano" o "no muerto" son los términos preferidos."

Lisa: "¿Entonces son uno de esos contratistas que tienen matones por ahí dando palizas a los no muertos antes de enviarlos a esas prisiones gigantes?"

Miles: "Uh, sí... bueno, no, no les damos palizas. Al menos intentamos no hacerlo."

Lisa: “Los zombis no representan una amenaza real para los humanos. Lo sabes, ¿no?"

Miles: "Uh..."

Lisa (subiendo a su alto caballo): "Si los dejáramos en paz, no tendríamos todos estos problemas y tampoco estaríamos desperdiciando todo nuestro dinero en ellos."

Daniel (borracho invitado a la fiesta): “Oh, ya estamos. Otra liberal de corazón que se queja de que no estamos tratando a las alimañas de la sociedad con suficiente [comillas con los dedos] respeto."

Lisa: "Sí, soy una liberal de corazón. Ese es el término que usan los ignorantes cuando intentan justificar su propio egoísmo e intolerancia."

Daniel: "¿Eh?"

Lisa: “¿Tienes idea de lo que ocurre dentro de esos centros de procesamiento? ¿Cómo los tratan? ¿Los brutales métodos utilizados para retenerlos?

Miles: "En realidad, tenemos mucho cuidado de no causar ninguna angustia cuando los estamos reteniendo..."

Daniel: "Vale, entonces cuando tienes zombis entrando en tu casa en mitad de la noche y atacando a tu familia, puedes llamar a los [comillas con los dedos] tipos políticamente correctos que usan la [comillas con los dedos] no violencia y las [comillas con los dedos] vibraciones positivas para ahuyentarlo o puedes llamar a los tíos que harán el trabajo de la manera más rápida y eficiente posible. Yo sé a quién voy a llamar."

Lisa: "¿Entonces el fin siempre justifica los medios? ¿Está dispuesto a hacer la vista gorda ante las inhumanas atrocidades que están ocurriendo en nuestro nombre con tal de continuar con tu cómoda existencia sin que te molesten?

Miles (tratando de cambiar de tema): "Ey Lisa, tú y Stacey trabajáis juntos, ¿verdad?"

Daniel: "¿Cómo puede ser inhumano? ¡Esas cosas ya ni siquiera son humanas!"

Alistair (chispado de cerveza importada y usuario de opiniones mal informadas): "¿Por qué molestarse con todo ese sinsentido del procesamiento? Tampoco es que vayan a encontrar nunca una cura. Mételes una bala a cada uno y acaba de una vez con ello."

Stacey: "¡Alistair!"

Alistair: "¿Qué? Solo digo lo que todos estamos pensando."

Lisa: "No, estás diciendo lo que piensaa tú y tus amigos de ideas afines. No hablas por todos."

Alistair: "Bueno, mejor que hagamos eso que desperdiciar el dinero de los contribuyentes para mantenerlos con... vida o como se diga."

Miles (tratando de cambiar de tema): "Hablando de malgastar el dinero de los contribuyentes, ¿alguien ha visto esa nueva obra de arte pública que han instalado en el parque frente al ayuntamiento?"

Lisa: "¿Es que todo se reduce al dinero con personas como tú?"

Alistair: "¿Sabes cuánto se están gastando en zombis estos días? ¿En todos esos centros de procesamiento e instalaciones de detención que no paran de construir, y en toda esa sangre artificial que bombean para que sigan funcionando? Entretanto los hospitales y las escuelas se caen a pedazos por falta de fondos."

Lisa: "¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Los hospitales y las escuelas carecían de fondos años antes de que aparecieran los zombis. No se puede matar algo sin más solo porque cueste dinero mantenerlo vivo."

Daniel: "Primero debemos cuidar a los de nuestra propia especie antes de preocuparnos por los zombis. La caridad comienza en casa."

Lisa: "Eso ni siquiera es lo que significa el dicho, mendrugo."

Daniel: "¿Y qué crees tú que significa, cariño?"

Lisa: "La caridad comienza en casa significa que aprender a ser una persona caritativa es algo que se enseña en el hogar. No significa que solo hay que mostrar caridad a los de tu propia especie."

Daniel: "Dile eso a las víctimas inocentes cuyas vidas han arruinado esos parásitos."

Lisa: "¿Qué quieres decir con eso? ¡Lo que acabas de decir no tiene nada que ver con lo que estamos hablando!"

El debate se prolongó así durante otros quince minutos. Las voces se hicieron más fuertes, el lenguaje más áspero, ambas partes compararon al otro con los nazis, Daniel repitió los lemas que había oído en la televisión y leído en *La Tinta Diaria*, y la frase "la corrección política se ha vuelto loca" fue lanzada con abandono. Stacey y Alistair se desviaron y se involucraron en una disputa doméstica en toda regla, primero sobre la cantidad que él había estado bebiendo hoy tras haber prometido que se lo tomaría con calma, y luego sobre cuánto había aumentado la deuda de su tarjeta de crédito en los recientes meses. La fiesta llegó a su fin cuando Lisa

vació su bebida sobre la cabeza de Daniel.

Miles pensó que aquel era un buen momento para irse, y tomó nota mental de inventar un título de trabajo menos controvertido la próxima vez que alguien le preguntara a qué se dedicaba. Inspector de estacionamiento sonaba bien. Le envió a Stacey un mensaje de disculpa al día siguiente, y aunque ella le dijo que no había sido culpa suya, él tuvo la impresión de que tal vez no ya no iban a invitarle a más barbacoas o cenas en un futuro próximo. A él eso le venía perfectamente bien.

El sentimiento anti-zombi se había intensificado durante el pasado año y solo había empeorado a medida que se acercaban las próximas elecciones. Atacar a los zombis era ahora una forma aceptable de intolerancia; a diferencia del racismo, la xenofobia, la homofobia y la intolerancia religiosa, las cuales ahora se consideraban inapropiadas e inaceptables. La gente era libre de ventilar sus prejuicios sobre los no muertos en público sin temor a ser castigados. La razón de esta dramática oleada de resentimiento podría resumirse en dos palabras: Bernard Marlowe.

Marlowe era un exeditor de *La Tinta Diaria*, el periódico sensacionalista más popular del país, y ahora se presentaba para primer ministro. La edición de un tabloide era un excelente entrenamiento para su campaña actual, que consistía principalmente en buscar chivos expiatorios entre las minorías, avivar temores ilógicos del público y dar al mínimo común denominador de la sociedad razones para sentirse indignado a diario. Él sabía que el miedo se reproducía como los conejos y que no había mixomatosis para frenarlo.

Los resultados de su alarmante estrategia eran espectaculares. Si mañana se celebraran elecciones, se estimaba que Marlowe ganaría más del 75% del voto popular.

Su éxito se debía en gran parte a su capacidad para vender dos mentiras al público. La primera mentira era que vivían en uno de los climas económicos más difíciles de los últimos tiempos. Esta afirmación se parecía poco a la verdad; el desempleo era bajo, el crecimiento de los salarios era alto y la inflación estaba bajando. A pesar del potencialmente catastrófico levantamiento zombi de unos

años atrás, la gente era mucho más rica ahora que en cualquier otro momento de la historia. Pero como la mayoría de las personas no eran tan ricas como pensaban que merecían ser, se tragaban ese argumento con bastante facilidad.

La segunda mentira de Marlowe era culpar a los zombis de esta aparente desventaja y de todo lo que iba mal en el mundo. Él sentía una creciente inquietud por la presencia de los no muertos en la sociedad y no dudaba en cabalgar la ola de la ignorancia y el resentimiento. La mayoría de los demás funcionarios públicos mantenía un respetuoso silencio sobre el tema. No querían dar a entender que estaban sacando provecho del dolor y la desgracia de las personas, por lo que dejaban que los distintos departamentos hicieran su trabajo. Pero Marlowe no tenía tales reparos en apropiarse de la tragedia para promover sus propias ambiciones políticas. En repetidas ocasiones había afirmado que las políticas del gobierno actual que protegían a los no muertos habían dejado a los ciudadanos usualmente respetuosos de la ley vulnerables a los ataques de aquellas criaturas sedientas de sangre, y que se estaba gastando demasiado dinero en asuntos relacionados con los no muertos. Sus políticas estaban sacadas directamente de los manuales de grupos militantes anti-zombi y de los locos religiosos de extrema derecha, pero él lograba presentarlas de un modo que aseguraba al público que ser protector de su familia y su comunidad les convertía más en un patriota que en un iracundo fanático del odio.

Su campaña se centraba exclusivamente en el tema de los zombis, al que se refería como una "emergencia nacional", y trataba todo lo demás, como la educación, la salud, la defensa, el empleo y el medio ambiente, como preocupaciones menores que en realidad no afectaban a la persona promedio. Seleccionaba cuidadosamente los datos de los estudios si se adaptaban a sus intereses e ignoraba la mayoría de las pruebas en su contra. Apelaba a los peores instintos de la gente siempre que hubiera una votación en ello.

Esta estrategia funcionó casi de inmediato y su índice de aprobación se disparó. Las clases bajas elogiaban su comportamiento de hablar francamente y decir las cosas como eran. También les gustaba que les dijeran que si su vida no iba muy bien, probablemente era culpa

de los zombis.

Pero era el apoyo de las clases media y alta lo que realmente solidificaba la popularidad de Marlowe. Muchos estaban furiosos por los costes asociados al procesamiento y el cobijo de zombis, aunque lo que más les molestaba era que se gastara dinero en alguien que no fueran ellos mismos.

La opulencia era una droga y durante las campañas electorales los políticos se convertían en narcotraficantes. Las masas privilegiadas eran todas desesperadas adictas que harían cualquier cosa, sin importar cuán inmoral o degradante fuera, para mantener la droga de su elección. El modo más fácil de que un partido ganara el voto popular era asustar a estos adictos haciéndoles creer que su suministro podría ser interrumpido. Si una mentira se repetía suficientes veces, tarde o temprano todos empezarían a creerla.

Marlowe había hecho más que simplemente convencer a la mayoría del país de que sus vidas estaban en peligro y que solo él podía salvarlas. Había inducido a millones de personas a una psicosis masiva y había creado un ejército de asustados drogadictos enganchados a la droga, asustados de su propia sombra.

El año pasado había aparecido un artículo en *La Tinta Diaria* sobre una ciudad en Dinamarca que había probado un nuevo método para tratar y gestionar a los no muertos. El gobierno danés había cedido a las demandas de entrometidos bienhechores y había permitido que los zombis permanecieran en sus hogares en lugar de ser encarcelados. Unos voluntarios los controlarían regularmente para suministrarles sangre artificial y asegurarse de que todo funcionaba sin problemas. El objetivo de este programa era mejorar su calidad de vida reduciendo la cantidad de trauma y sufrimiento que los no muertos a menudo soportan al ser encerrados en áreas confinadas.

El desastre había ocurrido pocos días después del comienzo de la prueba. Nadie sabe exactamente cómo comenzó, pero la infección se apoderó de toda la comunidad casi de la noche a la mañana. Fue el peor de los casos. Los no muertos se volvieron desenfrenados y nadie escapó de la masacre. Más de la mitad de las víctimas fueron niños, algunos de tan solo dos años.

Aquel fue un caso que había conmocionado a la nación. Por suerte, nada de eso era cierto.

La historia había resultado ser un engaño, una pieza de ficción creativa que ya había estado circulando por Internet unos meses antes. Si el periodista que había presentado la historia se hubiera molestado en hacer un mínimo de investigación y verificación de los hechos, habría descubierto que nunca se había llevado a cabo una prueba de ese tipo, ni en Dinamarca ni en cualquier otro lugar, y que ninguna ciudad danesa había sido arrasada por zombis. Pero Marlowe se había tomado la historia como un evangelio y la había difundido en primera plana.

Pasaron más de dos meses antes de que *La Tinta Diaria* admitiera su error. Finalmente publicaron una pequeña corrección, enterrada al pie de la página treinta y tres junto a un artículo sobre un perro *golden retriever* que había sido elegido alcalde de un pueblo. Algunos teóricos de la conspiración han sugerido que la historia fue plantada por Bernard Marlowe, quien había iniciado su campaña para Primer Ministro días antes. Esta esstaba diseñada para avivar los temores del público y generar resentimiento hacia la población de no muertos. Marlowe negó que se hubiera producido tal subterfugio y que el momento de la publicación del artículo había sido una mera coincidencia.

Capítulo 8

"Será mejor que te des prisa," le dijo Miles a su hermana mientras ella se preparaba deprisa para ir la escuela. "Vas a llegar tarde."

"Sé que llego tarde," respondió Shae con la típica petulancia adolescente. "Sé leer la hora, ¿sabes?"

"Estoy empezando a dudarlo, ya que parece que nunca logras salir por la puerta a tiempo."

Shae puso los ojos en blanco dramáticamente, una afectación que Miles pensaba que había copiado de uno de esos programas de televisión para adolescentes que veía. Él seguía teniendo problemas para adaptarse al reciente cambio de actitud de su hermana. Hasta hacía unos seis meses, ella siempre había sido educada, amable y fácil de tratar. Ahora alternaba entre el sarcasmo y el mal humor y él apenas podía pronunciar una frase sin que ello condujera a una discusión. Aunque sabía que este era el comportamiento bastante normal de una adolescente, le irritaba.

Se preguntó si él había sido igual con quince años, respondiendo constantemente y con galones permanentes en ambos hombros. Era algo en lo que no le gustaba pensar durante demasiado tiempo, ya que probablemente él se había portado peor.

"¿Me das dinero para el almuerzo, entonces?" Shae extendió la mano como un revisor de tren recogiendo los billetes.

"¿Por qué no te preparas tu propio almuerzo?" Dijo Miles.

"¿Por qué no me das tú el dinero para comprar el almuerzo?"

"¿Por qué no te preparas tu propio almuerzo?"

"¿Por qué no me das tú el dinero para comprar el almuerzo?"

"Podemos seguir así todo el tiempo que quieras, Shae, pero no vas a recibir una respuesta diferente."

"¿Por qué no?"

"Porque es más barato, más saludable."

"Me compraré algo en el Aqua Bar."

"La comida del Aqua Bar no es barata y tampoco creo que sea tan saludable como dicen."

"Venga, Miles. Sabes que llego tarde."

"Solo vas a tardar un minuto en envolver el almuerzo."

"Pero no hay nada ahí que me pueda llevar."

“Compré un montón de cosas en el supermercado el otro día. Ve a echar un vistazo a la nevera."

Shae refunfuñó un poco más y luego se acercó pisoteando a la nevera.

"¿Qué?" dijo ella mirando fijamente al tenuemente iluminado vacío. "Aquí dentro no hay nada."

"Hay un montón de cosas que te puedes llevar."

"¿Como qué?"

"Como rollos de pizza, magdalenas, pan de plátano y cuatro tarrinas de ese yogur que te gusta."

"¿Dónde? Yo no veo nada de eso."

"Lo tienes justo delante. Prueba a abrir los ojos."

"Aquí. No. Hay. Nada. De. Eso." Shae habló como si intentara comunicarse con un completo mastuerzo. "Míralo tú mismo si no me crees."

Él se acercó y miró dentro de la nevera. Encontró tofu, tempeh, germen de trigo y quinoa, pero la comida que él había comprado días antes había desaparecido misteriosamente de la noche a la mañana.

"Pero si estaba aquí ayer," dijo.

"Y creo que ahora es hoy," dijo Shae.

Miles estaba perplejo. ¿Cómo podía desaparecer así tanta comida? Aunque una hipótesis no tardó en desarrollarse. Levantó la tapa del cubo de la basura, donde descubrió la evidencia del banquete de la noche anterior: envoltorios de Mars Bar, paquetes de M&M, una caja de galletas vacía y lo que quedaba de los bocadillos que él había comprado. Clea y sus amigos habían vuelto a atacar.

"Bueno," dijo Shae con una sonrisa de suficiencia extendida en la cara. "¿Por qué no me das dinero para que pueda comprar el almuerzo hoy?"

Miles sacó diez dólares de su billetera. Shae se lo arrebató de la mano. Miles exclamó: "Recuerda, esto es para el almuerzo, no para drogas."

"Eres hilarante."

Shae lanzó algunos libros dentro de la mochila y se dirigió hacia la puerta.

"¿A qué hora debería esperarte en casa esta noche?" exclamó Miles.

"No sé. Tengo una reunión de grupo después de la escuela."

Durante los últimos dos años, Shae había estado asistiendo a grupos de apoyo semanales para personas que habían perdido a familiares en ataques de no muertos. Miles había ido con ella al principio, pero pronto decidió que era una pérdida de tiempo. Los grupos estaban compuestos en su mayoría por personas que se revolcaban en su propia autocompasión, compitiendo para ver quién podía contar la historia más traumática. Pensó que incluso el nombre del grupo era estúpido; se habían bautizado a sí mismos como el Grupo de Apoyo a las Víctimas de la Tragedia. Él quiso decirles que nunca seguirían adelante con sus vidas si insistían en etiquetarse a sí mismos como víctimas. Supervivientes sería un término mucho más enriquecedor. Pero aquellas vainas de tristeza no parecían querer seguir adelante. Solo querían que alguien sintiera pena por ellos.

Miles había dejado de asistir a las reuniones, pero Shae pensaba que eran útiles y había seguido. Miles apoyó su decisión, aunque le dejó caer la oportuna indirecta de que tal vez era hora de seguir adelante. Se había olvidado de que pedirle a Shae que hiciera algo casi garantizaba que ella hiciera lo contrario.

Como era de esperar, Clea se había puesto del lado de Shae en el asunto. Afirmaba que la aversión de Miles a cualquier forma de terapia era una prueba más de ser un cienciólogo encubierto. Clea había sido una feroz crítica de la Iglesia de la Cienciología tras leer un artículo bomba sobre este peligroso culto en una de sus revistas de celebridades. La propia Clea era budista, aunque el alcance de su budismo solo llegaba a la posesión de una bandera de oración tibetana y un brazalete de hilo rojo de treinta dólares, y bueno, a veces comenzaba sus oraciones con: "Como budista, yo creo que..."

"Llámame o envía un mensaje para que sepa dónde estás, ¿de acuerdo?" dijo Miles mientras Shae salía por la puerta.

Shae gritó algo en respuesta, pero Miles no lo oyó debido al sonido del portazo.

La cocina seguía siendo un desastre de la noche anterior, por lo que Miles vació el cubo de basura y raspó toda la comida sobrante en un cuenco. Usó el cuenco más grande que pudo encontrar y apenas logró meterlo todo. Era una gran cantidad de comida desperdiciada para un grupo al que le gustaba quejarse del nivel de desenfrenado consumo en nuestra consumista sociedad de usar y tirar.

También encontró un par de bolsas de McDonalds y envoltorios de Big Mac tirados detrás del sofá, lo cual era sorprendente considerando que la mayoría de los Ceros eran veganos o vegetarianos. El único que comía carne era Ameba, e incluso él se describía a sí mismo como un “carnívoro ético". Un carnívoro ético era alguien que solo comía carne de animales que habían muerto por causas naturales. Miles nunca había oído hablar de eso y estaba bastante seguro de que era una creencia que Ameba se había inventado en aquel momento.

Sacó la montaña de sobras al patio trasero y alimentó a la viviente y respirante unidad de eliminación de desechos que residía al final

del patio.

Ver a Chillón el Cerdo a plena luz del día era casi tan desafiante como encontrárselo en la oscuridad. Era enorme, le llegaba a Miles casi hasta la cintura y tenía más tatuajes que un rapero. Casi cada centímetro cuadrado de su piel de cerdo había sido rellenado con tinta decorativa, cubriéndolo de morro a pezuñas con iconografía religiosa, alas de ángel, esvásticas, delfines, mujeres desnudas y caligrafía china.

"Buen Señor, Clive."

Miles se giró hacia la voz y vio a la señora Jensen, su vecina de ochenta y cuatro años, mirando por encima de la cerca. A pesar de conocer a Miles desde que él tenía seis años, la Sra. Jensen nunca podía acertar con su nombre, y recientemente había comenzado a referirse a él como "Clive." Él la había corregido las primeras veces, pero pronto descubrió que resultaba más fácil responder como Clive.

"Menudo cerdo más raro tienes ahí. Tiene la piel con colores muy peculiares. ¿Sabes de qué raza es?"

"Me temo que no. Aunque es de los que siempre tienen hambre," dijo Miles.

Chillón tenía un apetito voraz y comía felizmente cualquier cosa que le pusieran delante. Había devorado los limones mohosos que habían caído del árbol en el patio trasero y que llevaban semanas en el suelo.

"Es una buena idea comprar un cerdo, Clive. No solo se come todas tus sobras, sino que también sirve para proteger la casa. Y hay que tener cuidado en este vecindario. ¿Sabes?, anoche vi a un extraño de color en la casa junto a la mía. Pero eso ya ha pasado ahora. La policía vino y se encargó de eso."

Esta era la tercera vez que la Sra. Jensen denunciaba a este hombre a la policía. En las tres veces el hombre había dado largas explicaciones sobre que llevaba viviendo en esa casa los últimos cuatro años y que él y la Sra. Jensen se trataban siempre

amistosamente. Que él incluso le había cortado el césped en varias ocasiones. Pero en las últimas semanas ella parecía no tener ningún recuerdo de haberle conocido. Miles dio gracias por que lo único que él tuviera que soportar era que le llamaran "Clive" de vez en cuando.

Regresó al interior de la casa y descubrió que Clea estaba despierta. O al menos estaba fuera de la cama, pues era incapaz de verificar si ella estaba consciente y alerta. Clea tenía dificultades para mantener los ojos abiertos durante más de un segundo seguido. Tenía ambos codos sobre la mesa, los cuales sostenían ambas manos que sostenían la cabeza, la cual estaba borrosa debido a una densa niebla de humo de marihuana. Los Ceros habían estado celebrando a lo grande hasta la noche siguiente a la protesta de ayer, aunque lo que habían estado celebrando no estaba claro exactamente, pues en realidad no se había logrado nada.

"¿Gran noche?" Dijo Miles.

"Hmmph," dijo Clea.

"He visto que os entró hambre anoche."

“Sí, perdona por eso. Lo reemplazaré todo la próxima vez que vaya de compras."

"Bueno, ¿y cómo explicas las bolsas del McDonalds?"

Clea se encogió de hombros. "Bueno, seguíamos con hambre."

"Supongo que el veganismo y las creencias anticorporativas no son tan importantes cuando está uno *canino,* ¿eh?"

"Pues demándame. Yo comí un McMerluza."

"Ah, claro. El pescado es como un vegetal."

"No pasa nada por comer pescado de vez en cuando. No es tan malo como comer vacas o cabras."

"¿Cómo te imaginas que es?"

"Bueno, el pescado se habría muerto eventualmente."

"Todos los animales se mueren eventualmente, Clea."

"Quiero decir sueltos por la naturaleza. Los peces devoran a otros peces más pequeños. Como los tiburones o, no sé, los pelícanos. Las ovejas y las gallinas no tienen depredadores naturales."

“¿Y los zorros qué son? Los zorros comen gallinas. Y los lobos atacan a las ovejas."

"Estoy hablando en serio, Miles. Esas cosas solo pasan en los cuentos de hadas."

"¿Es esto una broma o es que aún estás colocada?"

"Hablando de eso, tenemos que hacer algo con el rarito del vecino."

Incluso en su estupor semicomatoso, Clea podía cambiar de tema cuando sentía que estaba perdiendo una discusión.

"¿Qué pasa con el rarito del vecino?" dijo él.

"Le pillé mirando por la ventana anoche."

Miles se sentó derecho. "¿Quieres decir que estaba dentro de nuestra propiedad?"

"No. Nos estaba espiando desde su casa."

"Así que estaba dentro de su casa."

“Sí, pero podía ver directamente hacia mi habitación. Asqueroso."

"Pues cierra las cortinas." Miles dijo esto como si fuera la cosa más obvia del mundo, y probablemente lo era.

"No debería tener que vivir mi vida preocupada por los pervertidos que me espían, Miles. A los hombres se les debe enseñar a respetar el derecho de la mujer a la privacidad."

"Ya, supongo que tienes razón."

Clea debía de haberse despertado un poco más, porque Miles podía sentirla ansiosa por subir a su caja de jabón y criticar alguna injusticia. Él pensó que era más fácil estar de acuerdo con ella que usar la lógica. Y dudaba de que hubiera algo de verdad en esas afirmaciones sobre el Fisgón Antón, probablemente fuese más bien paranoia inducida por la hierba, como sus repetidas afirmaciones de que agentes encubiertos estaban tratando de infiltrarse en la Tribu de los Ceros y ponerles dispositivos de escucha.

La casa de al lado llevaba vacía casi dos años después de que los anteriores ocupantes tuvieran un desafortunado encuentro con un intruso no muerto. Una vez que una propiedad había sido contaminada con sangre zombi, se volvía mucho más difícil de alquilar o vender. El inquilino actual había aparecido hacía unos ocho meses. Miles casi nunca lo veía, había visto de pasada al hombre un par de veces. Un tipo con sobrepeso cerca de la obesidad deambulando por el patio trasero, pero a día de hoy le costaría identificarle en una fila policíal.

Clea pensaba que era perturbador que nunca le vieran ni supieran de él, pero Miles decía que eso era lo que le convertía en el vecino perfecto. Sin perros ladrando, música fuerte, niños gritando. Era como si la casa estuviera vacía. Clea decía que podría ser un asesino en serie, ya que siempre que atrapaban a uno, los vecinos lo describían como “un hombre agradable y tranquilo que nunca causaba problemas y siempre pagaba el alquiler a tiempo." Miles dijo que si el tipo era un asesino en serie, ellos no tendrían nada de qué preocuparse, ya que los vecinos siempre vivían para contarlo.

"Por cierto." Clea se apartó de la cara un mechón de pelo adornado con cuentas. "¿De qué vas, molestando a mis amigos cuando yo no estoy aquí?"

"¿De qué estás hablando?"

"Fabián me dijo que básicamente le echaste de la casa el otro día."

"¡No le eché de la casa!" protestó Miles. "Solo le pregunté por qué pasaba tanto tiempo aquí." No podía creer que Fabián, el maldito chivato, se hubiera quejado a Clea de él como un colegial quejica que corre hacia la maestra.

"¿Tienes algún problema con que yo invite amigos de vez en cuando?"

"No me importaría si fuera una o dos noches a la semana, pero no es así, ¿verdad? Básicamente, Fabián ha estado viviendo aquí sin pagar alquiler los últimos dos meses."

"Eso es un problema del primer mundo."

"Vivimos en el primer mundo, Clea. Todos nuestros problemas son problemas del primer mundo."

"Fabián es un amigo y no tiene ningún otro lugar adonde ir. Como budista, pensé que lo más decente sería dejarle quedarse aquí un tiempo. Pero si te duele tanto, puedo pedirle que se vaya."

"No, no te preocupes por eso," dijo Miles maldiciéndose en voz baja por capitular tan fácilmente. “Puede quedarse un poco de tiempo más hasta que encuentre otro sitio. Solo... intentad no comeros toda la comida de ahora en adelante."

"He dicho que voy a reemplazarla, ¿no?"

Miles había escuchado eso antes, pero cada vez que se reemplazaba la comida, por lo general volvía a desaparecer poco tiempo después. Eso era algo con lo que él había tenido que aprender a vivir después de permitir que un grupo de amorosos y generosos *hippies* entraran en su casa. Cosas como la propiedad de la propiedad y los límites personales eran conceptos nebulosos para ellos, mientras que el compartir y la cooperación comunitaria eran abrazados de todo corazón. Era una pena que aquello solo funcionara en un único sentido: los intrusos aprovechándose de su hospitalidad mientras ellos proporcionaban poco a cambio.

Capítulo 9

La escasez de zombis se había prolongado durante más de un año. La mayoría de la gente consideraba esto como algo bueno, pero había dos grupos que se habían visto afectados negativamente. El primero había sido la industria de gestión y control de no muertos, que dependía de exhumanos como fuente de ingresos. El otro eran los medios impresos. Necesitaban historias constantes de muerte y destrucción para impulsar su menguante circulación. Las buenas noticias no eran noticias, como decía el refrán, por lo que todos los días sus páginas se llenaban de indignación confeccionada y semificticias palizas inventadas que solo ocasionalmente guardaban algún parecido con la verdad.

Ocupando las páginas cuatro a siete de la edición de hoy de *La Tinta Diaria* estaba la triste historia de Lucas, el joven con el que Rito Muerto se había encontrado la noche del viernes anterior. El titular gritaba "Otra Joven Vida Interrumpida" e iba acompañado de una fotografía de Lucas con dieciséis años y vestido como un querubín camino a la iglesia. Era una imagen deliberadamente manipuladora, diseñada para despertar la simpatía del lector, quien era más probable que llorara la muerte de un ingenuo adolescente que la del borrachuzo desgreñado y harapiento en el que se había convertido el chico cuatro años más tarde.

Tras las páginas del dolor, la ira y el examen de conciencia de este último ataque zombi, venía la cobertura de la incansable campaña electoral de Bernard Marlowe. Marlowe (un antiguo editor de ese periódico de "noticias") estaba muy metido en su campaña para primer ministro y sus antiguos colegas le ayudaban en cada oportunidad disponible. Los artículos que respaldaban su severa yihad anti-zombi estaban convenientemente ubicados junto a historias trágicas de ataques zombi, de modo que incluso los lectores más ingenuos (y esta publicación ciertamente tenía muchos de ellos) pudieran establecer un vínculo entre ambos sin demasiada insistencia o coacción.

Para aquellos que aún necesitaban que se lo explicaran, un editorial

separado arremetía contra la administración actual por permitir que la situación de los no muertos se saliera de control, mientras ungía a Marlowe como el mejor equipado para proteger a nuestros hijos de esta pandemia maligna que azotaba el mundo. Y cuando no podían dar una noticia genuina, *La Tinta Diaria* llenaba sus páginas con innumerable escoria de los medios y formadores de opinión profesionales que habían convertido el chivo expiatorio de los no muertos en una forma de arte. ¿Paga usted demasiados impuestos? Échele la culpa a los no muertos. ¿Casa embargada? Échele la culpa a los no muertos. ¿El caos del tráfico le ha hecho llegar tarde al trabajo? En cualquier caso (y vía una especie de lógica de seis grados de separación) estos odiosos hiperventiladores encontraban una manera de convencer a sus lectores de que todos sus problemas se remontaban a esos miserables zombis.

La triste y aburrida verdad era que los ataques zombi eran cada vez menos frecuentes, y los casos como el de Lucas eran pocos y espaciados. Pero los medios basura no iban a permitir que los hechos se interpusieran en el camino de una buena historia y les impidiera exagerar la amenaza hasta proporciones absurdas. *La Tinta Diaria* incluso tenía su propio sistema de alerta codificado por colores en la primera página, aunque nunca se había divulgado cómo medían el nivel de amenaza en un día determinado. La edición de ese día, la que Miles hojeaba mientras mataba el tiempo esperando en Rito Muerto, advertía de un nivel de amenaza naranja. Esto correspondía a una amenaza media; el verde era el nivel más seguro y el rojo significaba que las ventas se habían desplomado y se requería un rápido impulso.

Algunos medios de comunicación parecían suspirar por los días del brote zombi tres años atrás, cuando la histeria inicial había hecho que la circulación de periódicos y el gasto de los consumidores se dispararan a niveles astronómicos. Ahora estaban empeñados en volver a ese nivel de miedo. Era casi como si trataran que el apocalipsis existiera solo deseándolo. La gente no gastaba dinero cuando estaba feliz y contenta. No es una coincidencia que las palabras "pánico" y "compra" a menudo aparezcan una al lado de la otra.

Miles sabía que no debía tomarse en serio nada de lo que había

dentro de esas páginas. Colocaba *La Tinta Diaria* en la misma categoría que la lucha libre profesional; entretenía a veces, pero solo las personas más tontas creían que era real. Definitivamente era una publicación que te hacía sentir más estúpido que antes después de haberla leído.

"Ey, ¿Miles?" Él alzó la vista y vio a una compañera de trabajo, Erin, sentándose en una silla enfrente. "Necesito la opinión de un chico sobre algo."

Era media tarde y el personal estaba perdiendo el tiempo esperando que sucediera algo. Un año atrás, Rito Muerto respondía a docenas de avistamientos zombi todos los días, pero debido a que el trabajo se estaba agotando, al mismo ritmo que el dominio del mercado de Z-Pro, a veces pasaban dos o tres días sin que se llamara ni una sola vez. Así, el personal de guardia pasaba las horas leyendo el periódico, viendo la televisión o, en el caso de Erin, enviando mensajes de texto por teléfono.

"Claro." Miles dejó el periódico a un lado. "¿Qué pasa?"

Erin levantó su teléfono para que Miles lo viera. "¿Tú llamarías a esto grande?"

Miles se protegió los ojos de la pantalla rápidamente. "Erin, hay que advertir a la gente antes de mostrarle la foto de un pene erecto."

También pensó en explicarle lo que era y lo que no era un tema de conversación apropiado para el lugar de trabajo, pero él había oído una vez a Steve y a Adam hablar sobre el nitrato de amilo y agujeros de la gloria, por lo que pensó que no había muchas cosas inapropiadas en este lugar trabajo.

"Me lo envió un tío," dijo Erin. Como tantas mujeres jóvenes de su generación, Erin tenía la molesta costumbre de terminar muchas de sus oraciones con una inflexión ascendente, haciendo que sus declaraciones parecieran preguntas. “Él parece bastante orgulloso. Solo quiero saber si debería estar impresionada."

Miles se movió incómodo en su asiento. "De verdad, preferiría no..."

“Venga, ayúdame con esto. ¿Esto se considera grande?" Erin sostuvo el teléfono a unos centímetros de la cara de Miles, obligándolo a mirar.

"Bueno, es difícil de saber solo viendo eso," dijo finalmente. "¿Cuánto mide él de altura?"

"¿Dice que él mide dos metros, pero aún no nos conocemos en persona."

La sorpresa se registró en el rostro de Miles al oír esto. ¿Algún tipo al azar le estaba enviando fotos íntimas a una chica que nunca había conocido? Lamentó la vida protegida que él debía de haber llevado. Aquí había todo un mundo de noviazgo y citas que él se estaba perdiendo.

"No puedo decirlo en un sentido u otro," dijo él. “Parece un poco grande, pero tal vez solo esté cerca. Hace falta algún punto de referencia."

Erin miró a Miles como le hubiese hablado en klingon. "¿Qué quieres decir?"

“Ya sabes, como en la fotografía natural, cuando hacen una foto de una ranita arborícola. Colocan la ranita junto a una moneda de cinco centavos para darte una idea de la escala."

"Ey, buena idea." Erin tocó su pantalla para producir una respuesta rápida. "Le pediré otra, pero esta vez con monedas de cinco centavos en fila al lado."

Miles estaba a punto de explicar que eso no era exactamente lo que él tenía en mente, pero Erin pareció satisfecha, así que lo dejó pasar. Fue a la cocina a prepararse un café.

Miles y Erin se remontaban unos años atrás. Habían asistido a la misma escuela secundaria y habían tenido muchas clases juntos. Erin había sido una de las chicas bastante populares y Miles uno de los chicos de los que las chicas bastante populares se burlaban habitualmente. Él no había podido soportarla por aquel entonces. Había odiado la forma en que ella y sus amigos le habían

atormentado, la forma en que se habían burlado sin piedad de cualquiera con la más mínima imperfección física, y de sus exageradas opiniones sobre sí mismas. Así, cuando Erin había llegado a trabajar para Rito Muerto el año pasado, Miles había esperado que hubiera cierto grado de hostilidad entre ellos. Esto rápidamente demostró no ser el caso cuando se hizo evidente que Erin no tenía ningún recuerdo de Miles. En lo que a ella respectaba, era un completo extraño. Miles había pensado ocasionalmente en recordarle su asociación pasada, pero al final, como el tatuaje mal escrito en la muñeca de Erin, había decidido que era mejor no llamar la atención sobre él.

Desde que trabajaban juntos, su opinión sobre Erin se había suavizado un poco. Todos esos años de trauma que ella le había infligido no habían sido nada personal. Alguien en una posición de poder victimizando a una persona más débil era simplemente la naturaleza humana.

También estaba el hecho de que Erin había crecido mucho desde la última vez y se había convertido en una persona completamente diferente; específicamente, su masa corporal había aumentado en un cincuenta por ciento. Si bien algunos pueden considerar que el aumento de peso significativo de Erin es una justicia poética para todos los niños gordos que ella había ridiculizado cuando era adolescente, Miles no podía evitar sentir cierta lástima por ella. Erin era lo opuesto a un patito feo; en lugar de ser una niña normal que se había convertido en un adulto atractivo sin dejar de ser una persona amable y decente, era una narcisista extrovertida y demasiado confiada que aún no había notado que ya no podía usar su apariencia para manipular a las personas como solía hacer.

Miles estaba llenando su taza de café cuando se distrajo con la televisión en la habitación contigua. El volumen aumentó repentinamente y todo el parloteo de la oficina cesó de inmediato.

Asomó la cabeza por la puerta para ver a todos apiñados alrededor del televisor. "Qué está pa..."

Inmediatamente fue silenciado por Marcus, normalmente uno de los compañeros de trabajo más bulliciosos de Rito Muerto. Como el resto del personal, Marcus tenía los ojos fijos en la pantalla.

Era un informe de noticias de última hora. El titular decía "Masacre en Fiesta Rave en Toronto."

Miles había llegado a la mitad, pero los hechos y cifras que aparecían en la pantalla pronto le pusieron al día.

Era el peor incidente relacionado con no muertos desde el brote inicial tres años atrás.

De los doce mil festeros que asistieron, se creía que casi ocho mil habían salido como no muertos.

Se había desplegado al ejército para controlar la situación.

Las autoridades no sabían explicar cómo podía haber habido tantas víctimas en tan poco tiempo.

Las imágenes que lo acompañaban parecían algo sacado de una película post-apocalíptica de ciencia ficción. Millares de zombis ataviados con ropa de farra estaban apiñados en un área cercada, mientras que cientos de guardias armados vestidos de pies a cabeza con ropa protectora negra patrullaban cerca. Los helicópteros habían llevado a los supervivientes a un lugar seguro y los angustiados miembros de la familia esperaban desesperadamente saber el destino de sus seres queridos.

"Tío," dijo Elliott negando con la cabeza, incrédulo. "Cuántos zombis."

La primera idea que pasó por la mente de Miles fue cuánto dinero les reportaría un trabajo como ese. Se sintió un poco culpable por pensar esto durante un evento tan trágico, pero estaba bastante seguro de que no era el único. Tarde o temprano, todos los trabajadores de GCNM llegaban a ver a los zombis como seres bípedos con signos de dólar invisibles flotando encima de la cabeza.

"¿No es esta la tercera tragedia zombi-rave en el último año?" dijo Erin.

"Con esta son cuatro, en realidad," dijo Marcus. Ya había habido incidentes similares en "raves" en París, Johannesburgo y Düsseldorf, aunque todas fueron relativamente menores en

comparación con esta última.

“Me pregunto qué lo causa. ¿Por qué sucede esto en las fiestas rave y no en, no sé, los eventos deportivos?" Dijo Elliott.

"Lo causan las drogas," dijo Félix. “Agotan los instintos de supervivencia del sujeto. En lugar de huir de un zombi, los festeros sienten la compulsión de abrazarlo. La infección se propaga increíblemente rápido. Para cuando alguien nota que algo va mal, ya es demasiado tarde."

La última actualización apareció en la pantalla: «Superestrella DJ Belga y Pionera de *SlamCore*, KoreKayeShyn, Entre Las Víctimas.»

Fue como si todo el aire hubiera sido aspirado fuera de la habitación, cuando se enteraron de que uno de los artistas musicales más grandes del mundo ya no existía. Aparte del sonido de algunos jadeos de sorpresa, la habitación se sumió en un silencio sepulcral.

Marcus fue el que más sufrió la noticia. Estaba visiblemente angustiado, enterrando la cabeza entre las manos. "Oh, tío, eso es un desastre," dijo con la voz quebrada. "Tenía entradas para verle el mes que viene."

Miles palmeó suavemente a Marcus en el hombro. “Su música seguirá viva," dijo.

Él no estaba seguro de si esto era lo que Marcus quería escuchar en este momento, pero era mejor que el cliché de «Al menos murió haciendo lo que amaba.» Esa era la frase más vacía del mundo: los especialistas de cine con frecuencia morían haciendo lo que amaban. También los adictos a la heroína.

Marcus era otro recién llegado a Rito Muerto. También era una celebridad menor, habiendo aparecido en una popular telenovela durante su adolescencia. El trabajo de actuación se había secado en los últimos años, en gran parte debido a que él prefería los clubes nocturnos y las sustancias ilícitas antes que aprenderse los diálogos y asistir a las audiciones a tiempo. Su estilo de vida festero había superado todo interés en la actuación y había dejado a Marcus con

una memoria defectuosa y una capacidad de atención minúscula. El trabajo de Rito Muerto era el último de una larga lista de ocupaciones serviles y sin salida que había tenido durante los últimos años.

Adam entró en la habitación con determinación y apagó el televisor justo cuando Bernard Marlowe aparecía para un enlace vía satélite para capitalizar la tragedia e informar al público que no había nada que pudiera evitar que esta clase de masacre ocurriera en esta misma ciudad.

"Acabamos de recibir una llamada," dijo Adam. “Y parece que es grande. Vamos a necesitar a todos y cada uno de vosotros."

El personal salió rápidamente de su languidez y se puso en acción recogiendo su equipo y amontonándose en el minibús. Adam saltó al volante. Aceleró el motor y, después de calarse un par de veces, salió chirrando ruedas del estacionamiento.

Poco antes de que llegaran a su destino, el teléfono de Erin sonó con un mensaje de texto. "Ey, Miles?" decía ella. "Son siete."

Miles miró hacia donde estaba sentada Erin. "¿Siete qué?"

"Ya sabes, siete monedas." Erin se enroscó un mechón de cabello rubio peróxido alrededor de su dedo índice. "Um, treinta y cinco centavos."

Él tardó unos segundos en percatarse de a qué se refería Erin y de que su príncipe azul había respondido. "Eso es un poco más grande que el promedio, ¿no?" dijo ella.

Miles mintió y le aseguró que sí, aunque tarde o temprano Erin descubriría que le habían sisado cambio.

Capítulo 10

Adam abrió la puerta que conducía al sótano. Le golpeó al instante un aluvión de música pulsante. Él y el resto del equipo se llevaron instintivamente las manos a los oídos. Fue en ese momento que Miles notó lo efectivas que eran en realidad las paredes y puertas insonorizadas. Cuando habían entrado en estas instalaciones hace un momento no habían oído ningún barullo. Ahora tenías que gritar al otro para se te oyera más que el estruendo.

"¿Se puede apagar esa música?" gritó Adam al oído de Miles.

Miles volvió corriendo escaleras arriba e hizo que el dueño apagara la música. Se apresuró a regresar al sótano, justo cuando las luces parpadearon a la vida.

Una vez que los ojos de todos se adaptaron a la luz, pudieron ver qué tipo de establecimiento era este. Parecía una mezcla entre una mazmorra y un mugriento bar de carretera. Tenía una especie de decoración goticofuturista, con cadenas colgando del techo, aparatos de tortura medievales colocados estratégicamente por toda la habitación y espejos que cubrían casi todas las superficies. Esta no era la clase de garito nocturno que algún miembro del personal hubiese frecuentado, con la posible excepción de Adam.

Pero lo que de verdad les abrió los ojos fue la clientela del bar. La habitación estaba llena de extravagantes friquis con collares de perro con pinchos y chalecos de cota de malla, chaquetas de cuero y *piercings* en el cuerpo, monos de PVC y máscaras. Cada uno de ellos estaba equipado con un atuendo extremo de BDSM, y cada uno de ellos era ahora un no muerto.

Una joven zombi estaba encadenada a la pared luchando con poca convicción por liberarse. Otro zombi, un hombre de mediana edad, tenía la cabeza y las manos en el cepo, el tipo de castigo que se usaba en la época colonial, aunque en aquellos tiempos era poco probable que también sujetaran los pezones.

Adam hizo un rápido recuento de personas. Quizá había cincuenta

zombis en total, aunque el efecto de los espejos en la sala hacía que pareciera que había miles. Estaba casi mareado de emoción, pero se abstuvo de mostrar emoción alguna. Era poco profesional, por no mencionar de mal gusto, sentir placer por una pérdida de vidas tan grande. Pero no podía negar el puro alivio que sintió al ver tantos zombis en un solo lugar. Rito Muerto necesitaba desesperadamente un trabajo como este para mantenerse a flote.

El resto del personal que observaba el club desde arriba apenas podía creer lo que estaba viendo. Muchos habían pasado por este lugar cientos de veces antes sin la menor idea de lo que acechaba debajo.

"¿Qué creéis que pudo haber pasado aquí?" Dijo Félix. Sudaba aún más profusamente de lo habitual.

"¿Quién sabe, tito?" Dijo Adam. "Tal vez alguien se infectó y vino aquí, luego se extendió a los demás y no pudieron salir a tiempo. Habría estado bastante oscuro y solo hay una salida."

“Podría ser una fiesta de conversión que se salió de control," hipotetizó Marcus.

"Oh, vamos. Eso son solo leyendas urbanas." Dijo Miles.

Las fiestas de conversión eran informes sin fundamento de personas que se juntaban para infectarse deliberadamente y convertirse en zombis. Había informes aislados de este suceso que involucraban a suicidas, enfermos terminales y entusiastas de la modificación corporal extrema, pero la existencia de reuniones a gran escala que Marcus estaba describiendo nunca había sido probada, y toda evidencia al respecto era puramente anecdótica. Pero eso no impedía que los rumores se extendieran, ayudado en gran parte por informes en los medios sensacionalistas. Algunos afirmaban que se hacía como el acto de rebelión definitivo y desafío hacia la sociedad heterosexual. Se decía que otros creían que convertirse en zombis era una forma de inmortalidad, una forma de engañar a la muerte.

El equipo de Rito Muerto se puso manos a la obra, sometiendo cuidadosa y metódicamente a cada zombi y llevándolos hasta el minibús. Todos eran relativamente fáciles de amarrar, más fáciles

debido al hecho de que muchos ya estaban esposados o con grilletes, y algunos incluso tenían mordazas de bolas metidas en la boca, pero el trabajo aún tardó más de cinco horas en completarse. Tuvieron que hacer cuatro viajes al centro de procesamiento, pero a nadie le importó trabajar las horas extra. Este era el trabajo más lucrativo que habían tenido en mucho tiempo.

A algunos de los trabajadores más experimentados este les recordó a otro trabajo que habían realizado hacía un par de años. Dentro de una mansión en expansión en la parte más rica de la ciudad, encontaron la asombrosa cantidad de setenta y ocho zombis. Era increíble: cada habitación en la que entraban dejaba al descubierto más y más seres no muertos, muchos con poca o ninguna ropa. Se rumoreaba que los propietarios habían alquilado la casa como una especie de prostíbulo zombi, aunque estas acusaciones eran solo especulaciones.

"Oh. Dios. Mío."

La boca de Erin estaba boquiabierta mientras miraba al anciano zombi frente a ella, vestido solo con pantalones cortos de cuero y una venda en los ojos. Tenía las manos atadas por encima de la cabeza y recientes marcas de látigos cruzaban su espalda. "¡Conozco a este tipo!" gritó ella. "¡Era el director de mi escuela secundaria!"

Miles entró para mirar más de cerca y vio que en realidad era el Sr. Gordon, el director de sus días de escuela secundaria. "Justo cuando pensaba que este trabajo no podía volverse más extraño," dijo.

"Oh, Dios, mío, ¿ni siquiera sabes cómo era este tipo?" chilló Erin. “Era el tipo más mojigato que puedas imaginar. Era como si hubiera llegado literalmente de una máquina del tiempo del siglo XIX o algo así."

Las palabras salían de ella ahora, sin darse cuenta de que Miles ya sabía todo esto. Él también estaba teniendo problemas para reconciliar el hecho de que el pervertido no muerto casi desnudo que se extendía ante él era el mismo hombre que con frecuencia lo detenía por quebrantar las normas del uniforme escolar. Recordó que el Sr. Gordon se presentaba a menudo a la escuela con hematomas y ojos morados. Afirmaba que eran durante las partidas

de squash, pero Miles ahora sabía lo que realmente había estado pasando. Parecía que, a menudo, cuanto más normal parecía alguien por fuera, más depravado era por dentro.

Un pensamiento terriblemente inapropiado se materializó súbitamente en su mente. Sabía que era muy malo, pero no pudo evitarlo.

«Al menos el Sr. Gordon murió haciendo lo que amaba.»

"¿Estás bien, Miles?"

Alzó la vista para encontrar a Elliott de pie a su lado. "¿Eh?"

"Estás mirando al vacío con una extraña sonrisa tonta en la cara."

"Oh, es que... nada."

Los dos desataron al Sr. Gordon Zombi y lo llevaron arriba.

Estaba oscuro cuando por fin terminaron. La mayoría del personal estaba exhausto y solo quería irse a casa, pero el trabajo había puesto a Miles de buen humor. Con las tarifas de horas extra y las bonificaciones que estaba a punto de recibir por el trabajo de hoy, habría ganado más de novecientos dólares. Ahora tenía ganas de celebrarlo.

Tuvo la mala suerte de que el primer pub en el que entró estuviera lleno de trabajadores de Z-Pro. Si lo hubiera sabido, no se habría acercado al lugar. Pero él estaba aquí ahora y todos le habían visto, y no quería parecer que se escondía de ellos. Conocía a algunos, ya que muchos eran exempleados de Rito Muerto. Dwayne Marks estaba allí, junto con un par de otros cuyos nombres había olvidado rápidamente una vez que abandonaron el barco. Le ofrecieron un saludo amistoso y él les devolvió el gesto, pero ninguno dio ninguna indicación de que deberían ponerse al día sobre los viejos tiempos. Eso le pareció bien.

Fue a la barra y pidió un vaso de whisky.

Los chicos de Z-Pro (y eran exclusivamente hombres) dominaban el pub bebiendo cervezas, hablando a todo pulmón y dando palmadas

a cualquier cosa con una falda. Todos eran exdeportistas de secundaria y aún no se habían dado cuenta de que sus días escolares habían terminado. Eran agresivos machos alfa que rezumaban hiperconfianza, pero con poco que la respaldara. Todos parecían idénticos también: todos tenían tatuajes que cubrían ambos brazos y un parche triangular de vello facial en el labio inferior, y todos vestían polos de colores brillantes con el cuello abierto. Para un observador, esta era una imagen un poco inquietante. Era como si los científicos hubieran cogido al más idiota que habían podido encontrar y lo hubieran clonado quince veces. Incluso Dwayne Marks tenía ahora tatuajes en el antebrazo, evidencia de los primeros síntomas del virus Z-Pro que, lenta pero seguramente, se apoderaría del resto de su cuerpo.

Z-Pro era el polo opuesto de Rito Muerto, el cual era una mezcla de inadaptados, *geeks*, marginados y perdedores, los que la gente siempre elegía los últimos. Z-Pro había despojado con éxito a Rito Muerto de todo su talento al cazar a los mejores y dejar a los rechazados. Muchos de los desertores habían estado deseando escapar de Rito Muerto. No solo el dinero era mucho mejor en Z-Pro, sino que no tenían que vivir con el estigma de trabajar para "un par de *homos*."

El pub estaba más concurrido de lo habitual ese jueves por la noche. Había pasado un tiempo desde que Miles había estado allí dentro. Solía ser una completa ruina, pero eso era lo que le gustaba del local. Tenía la pintura de las paredes descascarada, ventanas rotas tapiadas en lugar de reemplazadas, y un suelo tan pegajoso que temías quedarte adherido permanentemente si te parabas mucho tiempo en el mismo lugar. Un pequeño escenario en la esquina estaba generalmente ocupado por alguna banda punk que, incluso para los estándares del punk-rock, apenas podía tocar los instrumentos.

Pero el año pasado lo habían vendido y había reabierto recientemente con un cambio de imagen completamente nuevo. Roble pulido y liso reemplazaba la gastada barra astillada, cervezas importadas de doce dólares reemplazaban las genéricas baratas, y una cabina de DJ reemplazaba el escenario. El local había sido limpiado de cada mota de suciedad y mugre, junto con todo su

encanto y carácter.

Se bebió otro vaso de golpe y lo colocó junto a los demás. Hizo una pausa cuando contó los vasos vacíos que había alineado uno al lado del otro. Uno dos tres ¿CUATRO CINCO? Eso no puede ser correcto. ¿Cinco chupitos? ¿Ya había perdido la cuenta?

Se recordó a sí mismo que probablemente era una buena idea reducir la velocidad. Tenía una regla sobre no beber licor puro. Había una línea y, si la cruzabas, pasabas de ser "un chico al que le gustaba la fiesta" a "un chico con problemas con la bebida." De igual manera que los consumidores de drogas pensaban que esnifar de forma recreativa estaba bien, pero que las agujas eran para los adictos. Beber las cosas más duras directamente podía llevarte por un camino oscuro. Al minuto lo estás pasando genial y al siguiente estás de rodillas vomitando en un callejón.

Pensó que esta noche podía hacer una excepción. Mientras permaneciera en el bar, podía confiar en que el camarero midiera las cantidades exactas. Él sabría cuando había tenido suficiente. Además, era demasiado caro beber chupitos toda la noche a estos precios. Luego pidió una Coca-Cola Light, solo para andar por el camino seguro.

Un familiar ritmo de bombo resonó por los altavoces del local y una multitud de clientes acudió en masa a la pista de baile. El DJ había lanzado un tema de "Acid Reflux" de la superestrella de *SlamCore*, Chemikal Ali, la canción actualmente disfrutaba de su octava semana en el número uno. Un grupo de *brontosapiens* Z-Pro se acercó a probar sus sórdidos movimientos con el contingente femenino.

SlamCore (o "techno alarma de coche" como algunos lo llamaban despectivamente) había comenzado como una motivación *underground*, pero el año pasado había disfrutado de un ascenso meteórico en popularidad. La escena estaba ahora verdaderamente en la superficie y artistas antes oscuros como Chemikal Ali y KoreKayeShyn se habían convertido en nombres familiares.

El *SlamCore*, una forma hiperagresiva de música dance electrónica, atrajo a muchos que anteriormente no habían expresado ningún

interés en el techno. Los jóvenes varones de los suburbios que daban cabezazos al aire con el *thrash metal* o el *hardcore punk* ahora pululaban por estos mega-raves gigantescos y ponían esa música a tope en sus habitaciones. Lo que una vez había sido un culto, ahora era omnipresente. Estos días, si querías escuchar *SlamCore* solo tenías que asomar la cabeza por la ventana (tronaba por las carreteras en casi todos los SUV propiedad de chicos de fraternidad) o encender la televisión (aparecía en casi todos los anuncios de SUV). Las principales estrellas del pop se subieron con entusiasmo a este último tren, aterrorizadas de quedarse atrás. La música que antaño había sido la banda sonora de raves ilícitas e instalaciones de arte intelectual ahora era sinónimo de borracheras, clubes de striptease y citas rápidas.

La fórmula para una pista de audio típica de *SlamCore* era la siguiente: abre con un patrón de batería básico, construye gradualmente encima cada ocho compases subsiguientes, luego golpea al oyente con el "slam": un anuncio del apocalipsis que induce a un infarto, aluvión de tambores pulverizadores, líneas de bajo que aflojan las entrañas, fuego de ametralladora, retroalimentación mutante, gritos primarios y cualquier otra cosa que pueda usarse para ahogar cualquier melodía o ritmo discernible. Posiblemente era la forma de música menos sutil y más desagradable jamás creada, pero era «El Sonido del Momento». Había sido abrazado por una generación rodeada de miedo, muerte e incertidumbre, que lo único que querían hacer era emborracharse y perder la cabeza en ello. No hace falta decir que cualquier persona mayor de veintiséis años no lo entendía.

A pesar de estar dentro de este grupo demográfico objetivo, Miles hizo una mueca cuando sonó la música. Estaba disfrutando de la fría música house que sonaba cuando había llegado o, al menos, que era lo bastante discreta como para ignorarla, pero era imposible ignorar el *SlamCore*. Si todo ese alcohol no le dejaba con un terrible dolor de cabeza mañana por la mañana, esta miserable música ciertamente lo haría. Era como escuchar el catálogo de un vendedor de sirenas de ataque aéreo.

Su proceso de pensamiento se interrumpió cuando un hombre barbudo y sudoroso con camisa hawaiana entró en su campo de

visión. Era tan ancho como alto y parecía tener vello corporal como para sobrevivir en el desierto sin ropa. Cada área expuesta de piel parecía estar cubierta de un pelaje denso: pecho peludo, brazos peludos, nudillos peludos. Este tipo debía de gastar una fortuna en servicio de desatascos de desagües de su casa a diario.

Miles lo reconoció de inmediato. Su nombre era Jack Houston.

"Eres Miles, ¿no?" Dijo Houston apoyándose en la barra. La gruesa cadena de oro alrededor al cuello y el grueso brazalete de oro en la muñeca le daban un aire de productor porno de los setenta.

"Uh, sí, soy yo," dijo Miles.

"Soy Jack Houston," dijo ofreciéndole la mano. "Propietario de Z-Pro."

"Ya sé quien eres."

Miles trató de no mostrar ninguna molestia cuando Houston le aplastó las falanges en un buen apretón de manos. La palma estaba tan húmeda que Miles sintió la mano como atrapada en un lavavajillas.

Houston hizo un gesto al personal del bar. "Dos whiskys, por favor," dijo. Dos chupitos se entregaron profesionalmente.

"Me ha impresionado lo que he oído sobre ti, Miles," continuó Houston. "Creo que puedes tener el potencial de ser material Z-Pro."

Miles miró al personal de Z-Pro al otro extremo de la barra, quienes estaban ladrando al DJ y simulando actos sexuales entre ellos. No sabía si Houston lo decía como un cumplido o un insulto.

“Siempre buscamos trabajadores con talento. Creo que encajarías muy bien con nosotros."

"¿Me estás ofreciendo un trabajo?" Dijo Miles. Los cinco vasos de whisky habían surtido efecto, entorpeciendo sus habilidades básicas de comprensión mientras eliminaba todo filtro entre su cerebro y su boca.

"Sí," dijo Houston. "Te estoy ofreciendo un trabajo."

Se tomó un momento para pensarlo. "Eso es muy generoso, pero me temo que voy a rechazarlo."

La frente de Jack Houston se arrugó como si esa no fuera la respuesta que esperaba. "Debo decirte, Miles, que me sorprende tu falta de entusiasmo. La mayoría de las personas a las que me acerco con una oferta como esta aceptan antes de que pueda terminar la frase."

"No te lo tomes como algo personal," se encogió de hombros. "Estoy contento donde estoy."

No estaba completamente seguro de si esto era cierto. ¿Estaba contento trabajando en Rito Muerto? Probablemente sería más exacto decir que aunque no estaba plenamente feliz con su vida en ese momento, dudaba que un cambio a Z-Pro hiciera algo para mejorarla.

Houston negó con la cabeza. "¿Cuánto tiempo piensas seguir en Rito Muerto? Toda rata abandona un barco que se hunde, tarde o temprano."

"Steve y Adam lo están haciendo bien. No van a ir a ninguna parte."

No sabía por qué sintió la necesidad de defender a su empleador de esta manera, pero algo en el comportamiento de Houston le tenía a la defensiva.

Houston se inclinó hacia adelante, sus ojos se oscurecieron. "No hay necesidad de insultar mi inteligencia," dijo, su tono se volvió un poco más siniestro. Estaba lo bastante cerca como para que Miles sintiera su aliento caliente con olor a ajo en la cara. "¿Qué clase de idiota crees que soy?"

"Del tipo normal, supongo."

Houston miró a Miles. Hubo un silencio prolongado. Una *pausa embarazada*.

Elliott le había dicho una vez a Miles que el término "pausa

embarazada" aludía a cuando ves a una mujer que podría haber aumentado un poco de peso, pero nadie quiere arriesgarse a preguntarle si está embarazada, así que esperan a que ella lo mencione. No sabía si esto era cierto o no, ya que Elliott a menudo le contaba historias fantásticas por propia diversión. Cuando eran niños había logrsdo convencer a Miles de que su bisabuelo había inventado la risa enlatada que se usaba en las comedias de televisión. Pasaron años antes de que Miles descubriera que esto no era cierto.

Houston dejó escapar una carcajada irascible. No estaba acostumbrado a este tipo de obstinación y Miles tampoco estaba acostumbrado a servirla. Solo cinco chupitos de whisky en su organismo le habían dado el coraje de hacerlo.

"Tú piénsalo," dijo Houston antes de irse. "Una oferta como esta no va a estar sobre la mesa eternamente."

Houston se alejó con su andar de pato y Miles miró los dos vasos de chupito que había en la barra frente a él, los que Houston había pedido. Aunque se había dicho a sí mismo antes que probablemente ya había bebido suficiente, eso no contaba si las bebidas eran gratis.

Después de debatir lo que hacer durante dos segundos, vertió ambos vasos en su Coca-Cola Light y removió el contenido con el dedo.

Capítulo 11

Miles se despertó a media mañana con una resaca devastadora. Salió tambaleándose de su dormitorio y se dirigió directamente a la cocina. Con los ojos inyectados en sangre, aliento rancio y andar torpe, no parecía muy diferente a las criaturas que capturaba para ganarse la vida. Necesitaba desesperadamente una ducha, pero la comida y la cafeína seguían siendo su prioridad número uno. Se había olvidado de comer anoche y su estómago estaba ahora a punto de canibalizarle. Beber con el estómago vacío explicaba por qué se sentía tan mal esta mañana. Beber dos días después de haber donado sangre probablemente no había sido muy inteligente tampoco, y ahora terminaba pagando el precio. Al minuto estaba empinando el codo y pasando un buen rato, y al siguiente estaba de rodillas vomitando en un callejón.

La cocina estaba nuevamente en un estado de desorden. Una montaña de ollas, sartenes, platos y cubiertos sucios yacían arrojados al azar en el fregadero. El cubo de la basura estaba a rebosar. Los fogones estaban cubiertos de mugre marrón. Era el mismo escenario repitiéndose una y otra vez. Miles despertaba y encontraba la casa en un completo desastre, lo limpiaba todo y a la mañana siguiente la descubría exactamente en el mismo estado. A menudo se preguntaba qué pasaría si lo dejara todo y no limpiara nunca, pero ya sabía la respuesta. Aquello seguiría acumulándose durante semanas hasta que al final él cedería y lo limpiaría todo él mismo.

Una vez le preguntó a Clea si no le importaría ayudar a fregar de vez en cuando. Esa sugerencia se vino abajo como el Titanic. Clea se volvió balística, le llamó chovinista y le acusó de tener obsoletos puntos de vista sexistas con respecto a los roles de género de las mujeres y las tareas domésticas.

Lo único que ella y sus amigos lograban limpiar bien era la nevera y los armarios. Fiel a su palabra, Clea había reemplazado toda la comida que ella y sus amigos habían comido la otra noche. Y una vez más, esta se había desvanecido tan pronto como Miles había

querido un poco. Lo único que quedaba en la nevera era un cachito de queso, medio tomate, una lata de crema batida y un tarro de pepinillos, mientras que los armarios solo contenían un tarro de mermelada y un paquete abierto de cacahuetes. Consideró brevemente preparar un plato experimental a lo Frankenstein a partir de estos pocos ingredientes (en su estado de resaca, probablemente sabría tan bien como casi cualquier otra cosa), pero al final decidió que su estómago revuelto requeriría algo un poco más sustancioso para pasar el día.

Caminó penosamente hasta el garaje donde guardaban el suministro de alimentos de emergencia. Estaba raspando el fondo del barril culinario al recurrir a esto.

Apilados en los estantes al fondo del garaje, detrás de las armas improvisadas que habían fabricado con escobas y rastrillos para luchar contra el inminente ataque zombi (pero que solo terminaron usando para asustar a los saqueadores adolescentes), había filas y filas de latas de maíz, latas de espaguetis, latas de sopa, latas de patatas y latas de atún. Esto era un constante recordatorio de la compra del pánico al que todos habían sucumbido en los primeros días del brote, y del hecho de que él podía caer en la exageración tan fácilmente como cualquiera.

Miles y su familia habían acumulado todos los alimentos no perecederos que pudieron conseguir y los habían encerrado en un refugio a largo plazo. Ahora, casi tres años después, dos tercios de la comida seguía sin consumir. No es que no hubieran intentado gastarla toda, es que había una cantidad limitada de atún y espaguetis que uno podía comer antes de cansarse. A Miles le pasó esto pronto. Solo mirar estas latas de comida le revolvía en estómago.

Fue un normal jueves por la mañana unos dos años y medio atrás cuando Miles recibió una histérica llamada telefónica de Shae. No pudo descifrar mucho de lo que ella decía entre todos los sollozos, pero pronto comprendió que había zombis en su propiedad y que existía la posibilidad de que uno o más miembros de la familia hubieran sido mordidos.

Él le había dicho a Shae que fuera a un lugar seguro, luego había

tomado prestado el coche de un amigo y hecho el viaje de tres horas de regreso a casa en menos de dos. Se había preparado para lo peor al llegar, pero pronto supo que no había tenido ni idea de cuán malo podía llegar a ser lo peor.

En el patio trasero no había encontrado uno, sino cuatro zombis. O lo que quedaba de ellos.

Era su padre, su madre y los Parker, sus dos vecinos. Su identidad no había resultado obvia de inmediato. Todos habían sido aporreados hasta la muerte, luego rociados con gasolina y prendidos. En ese momento no habían sido más que cuatro pilas de restos podridos y humeantes; dos debajo del tendedero, uno en la hamaca del jardín y uno en el garaje. Las palabras "MUERE ESCORIA ZOMBI" habían sido pintadas con sangre en las paredes.

La policía nunca llegó a localizar a los responsables, pero era poco probable que se molestaran siquiera en buscar a los culpables. En aquellos días se presentaban pocos cargos contra alguien acusado de zombicidio, y las condenas exitosas eran aún más raras.

Los acontecimientos de ese día de agosto se habían reproducido en su cabeza una y otra vez desde entonces. Durante mucho tiempo albergó mucha ira y resentimiento. Era una forma tan estúpida y descuidada de morir. Habían sobrevivido a lo peor durante el brote inicial, solo para bajar la guardia una sola vez y pagar el precio máximo. Miles estaba molesto con los Parkers, que probablemente habían sido mordidos por un callejero, por no haber tomado las precauciones necesarias para proteger a nadie cuando se convirtieron inevitablemente. Estaba molesto con su padre por haber sido mordido imprudentemente después de eso (aparentemente estaba tratando de sacar a los dos zombis de la propiedad en lugar de llamar a los profesionales) y estaba molesto con su madre por no irse con Shae cuando tuvo la oportunidad.

Sobre todo, la furia de Miles estaba dirigida a los cobardes sin nombre que habían avisado a los justicieros. Tenía que haber sido alguien que vivía en su calle. Era muy probable que viviera a un par de casas de distancia.

Desde ese día, miraba a todos sus vecinos con sospecha. Con toda

probabilidad, nunca descubriría quién había sido, pero era alguien a quien veía con regularidad. Sin duda esa persona le había saludado decenas de veces desde entonces y había actuado como si nada hubiera pasado.

Miles se quedó mirando la gran marca de quemadura negra en el centro del garaje, el lugar donde habían golpeado e incinerado a su madre. Él había fregado esa mancha una y otra vez, pero nunca había podido limpiarla por completo. Servía como una especie de metáfora de su omnipresente rabia. No importaba lo mucho que quisiera pasar página y dejar atrás todo el resentimiento que se acumulaba en su interior, nunca podría deshacerse de ella. Era una mancha en su vida que no podía eliminar por completo. Le preocupaba el efecto que estaba teniendo en él toda esta ira reprimida, y temía que algún día pudiera estallar. Una semanas atrás, en la barbacoa de Stacey, había sentido la abrumadora necesidad de darle un puñetazo en los dientes a Alistair cuando este había hecho el comentario de poner una bala en la cabeza de cada zombi. Y luego, la semana pasada, había estado en un café cuando oyó una noticia en la radio sobre unos justicieros en Sudamérica sorprendidos masacrando a cientos de muertos vivientes. Otro cliente había aplaudido en voz alta esta noticia y les había hecho saber a todos que ese era el mejor curso de acción posible. Miles había salido del local para evitar hacer algo de lo que luego hubiera podido arrepentirse.

Abandonó la idea de la comida y volvió a la cama con la esperanza de dormir una o dos horas antes del trabajo. Eso no sucedió. En cambio, se quedó mirando fijamente a la pared y contó todos los residuos de *blu-tack* que habían quedado de los carteles que él había puesto durante su adolescencia. A veces era extraño que, a los veintitrés, todavía durmiera en el mismo cuarto que había tenido desde los seis. Le hacía sentir como si no hubiera crecido en absoluto, cuando en realidad había tenido que madurar bastante rápido al verse obligado a asumir la responsabilidad de Shae.

Él había vuelto a esa casa después de la muerte de sus padres. Shae tenía trece años y Miles veintiuno (con diferencia de edad de ocho años, Miles nunca dudaba en recordarle a Shae que ella era un desliz), por lo que tenía edad suficiente para recibir la tutela legal.

El cambio en su estilo de vida habíanl sido inmenso; al minuto estaba extendiendo su adolescencia durante su año sabático (que había aumentado a tres años en ese momento) y al siguiente tenía todo un mundo de impuestas responsabilidades adultas sobre las espaldas. Las fiestas y los viajes se habían convertido en compra de bonos de viaje de transporte público y mantener la casa fuera del alcance del banco. Inicialmente quiso vender la casa y alquilar un lugar más pequeño, ya que los reembolsos del préstamo eran sorprendentemente elevados, pero terminó quedándose por el bien de Shae. Ella ya había pasado por suficientes traumas sin tener que lidiar con el trastorno asociado con la mudanza a una nueva casa. Además, esta casa era ahora el escenario de un espantoso zombicidio cuádruple. Su valor se había desplomado y, si la vendían ahora, no estarían ni cerca de cubrir la hipoteca pendiente.

Al igual que su trabajo en Rito Muerto, había pensado que mudarse a su casa no sería más que un arreglo temporal. Había planeado comenzar su título de comercio (que se había retrasado mucho tiempo) cuando comenzara el nuevo semestre seis meses después. Pero seis meses se convirtieron en un año, que luego pasó a dos y ahora eran dos años y medio y contando. En ese tiempo había visto a todos sus amigos graduarse y comenzar sus carreras mientras él estaba atrapado en un trabajo sin salida que no iba a ninguna parte, viendo cómo los planes que había tenido para su propia vida se volvían cada vez más distantes día a día.

Sabía que era egoísta pensar de esa manera y a veces se odiaba a sí mismo por ello, pero a menudo se sentía resentido por la situación en la que se encontraba. Tenía veintitrés años. Este era el momento de su vida que más debía disfrutar. El momento en el que puedes aprovechar todos los privilegios que conlleva ser un adulto sin estar agobiado por ninguna de las responsabilidades.

Casi se había quedado dormido de nuevo cuando le despertó el sonido de música techno viniendo del salón. Esto solo podía significar que había llegado Ameba, el artista de performance amigo de Clea.

Ameba había estado trabajando durante los últimos meses en un montaje audiovisual que llamaba «La Majestuosa Purga del Cáncer Elisiano». Presentaba imágenes de cámaras ocultas de personas con

sobrepeso devorando comida rápida, integradas en las películas de propaganda nazi de Leni Riefenstahl, todo con una banda sonora de contundente techno. La parte de actuación también incluía la quema de dinero real y culminaba con una pintura a spray de colores psicodélicos de Ameba sobre una pila de animales atropellados. No resultaba inmediato cuál era el objetivo de todo eso, pero Ameba insistía en que esta era su forma de protestar contra la crueldad animal.

Su trabajo era con frecuencia difícil de descifrar. Miles una vez había tirado a la basura una botella de vino llena de colillas de cigarrillos sin saber que era una obra de arte abstracto destinada a resaltar la degradación ambiental y los miles de millones de personas que viven en la pobreza en todo el mundo.

Ameba era otro de una larga lista de trotamundos y bichos raros que Clea había invitado a la casa y permitido hacer lo que quisieran sin tener en cuenta a nadie más. Era en días como hoy que Miles se arrepentía de haberla elegido a ella como inquilina y no a ninguno de los otros candidatos que habían entrevistado. Tal vez debería haber elegido a aquel tipo llamado Vincent después de todo. Vincent era un especialista en impuestos de treinta y nueve años que vestía camisas abotonadas y pantalones de pana marrón. Usaba gafas con montura de pasta y el tipo de patillas que no se veían desde 1976. Le gustaba la entomología y la música clásica. Miles pensó entonces que había algo un poco raro en Vincent que no era capaz de precisar. Pero no podía haber sido tan malo. Después de todo, su anterior casero le había proporcionado una referencia que le describía como "un hombre agradable y tranquilo que nunca causa problemas y siempre paga el alquiler a tiempo."

Un fuerte grito agudo resonó por toda la casa. Miles enterró la cabeza bajo la almohada. La conmoción que venía del salón se hacía cada vez más fuerte.

Y luego vino el desesperado lamento de Clea: "¡¡Miiiiles!!"

Él cayó de la cama y corrió al salón. Se encontró con una escena de pandemonio cómico. Un zombi obeso, semidesnudo, deambulaba por la habitación como un bebé gigante, mientras seis *hippies* drogados y chillando se acurrucaban en un rincón. El estéreo emitía

un repugnante techno *SlamCore* y un proyector mostraba imágenes de pollo frito devorado y el Tercer Reich marchando en perfecta sincronía por la pared. Le tomó un segundo darse cuenta de que aquello no era parte del nuevo montaje de Ameba y que un zombi real había entrado en su casa. Le tomó unos segundos más reconocer al intruso no muerto. Era su solitario vecino, el voyeur con dieta rica en carbohidratos y supuesto asesino en serie.

"¡Miles!" volvió a gritar Clea. "¡Haz algo!"

“Está bien, cálmate. Solo es un zombi," dijo Miles.

"¡Date prisa!" Dijo Fabián con su voz elevándose a un chillido agudo. Cuando Miles había oído el grito hacía un minuto, había asumido que provenía de alguna de las chicas. Ahora no estaba tan seguro.

Miles desconectó el estéreo y el proyector en un intento por restablecer el orden. “¿Podéis todos dejar de gritar y moveros tanto? Quedaos donde estáis hasta que yo vuelva."

Salió del salón. Los seis nerviosos Ceros permanecieron congelados en el sitio, temerosos de hacer movimientos repentinos.

"¡Miles!" suplicó Clea. "¿Adónde vas?"

"Necesito encontrar algo con lo que controlarlo," respondió. "Haced lo que os he dicho, quedaos donde estáis y no os pasará nada."

Todos esperaron y contuvieron la respiración. El vecino zombi, el que había parecido tan alterado y agitado hacía un momento, ahora estaba completamente quieto.

Miles volvió un minuto después con un balde de plástico. Podía haber corrido a la sala donde tenía la lavadora y regresar en la mitad de ese tiempo, pero sintió un grado de perverso placer ante el hecho de que ahora todos dependían de su ayuda. Era divertido verles retorcerse.

Clea apenas podía creer lo que estaba viendo. ¿Un cubo, Miles? ¿Cómo va a detener un cubo a...?"

Miles se acercó tranquilamente por detrás del zombi y le colocó el cubo cubriendo la cabeza. Encajó casi a la perfección. La cabeza de este tipo era grande y ahora él era completamente inofensivo.

"Vale, tú." Miles señaló a Fabián. Sabía el nombre de Fabián, pero sonaba más autoritario referirse a él usando el pronombre de segunda persona. "Hay un rollo de cinta adhesiva en el tercer cajón. Ve y tráela."

Fabián se escabulló obedientemente a la cocina. Miles estaba empezando a disfrutar de este subidón de poder. Todo el tiempo que Fabián había estado merodeando por la casa y mofándose de él, nunca había hecho nada de lo que Miles le había pedido.

"No la encuentro," dijo Fabián desde la cocina.

"Mira en el tercer cajón."

“Estoy buscando en el tercer cajón. No está aquí dentro."

Miles retrocedió un par de pasos y miró hacia la cocina. "Ese es el segundo cajón, Fabián."

"¡No, no lo es! Mira." Fabián los contó. "Uno, dos y tres, ¿ves?"

“Es el tercero desde arriba. En serio, ¿quién cuenta de abajo arriba?"

Fabián encontró la cinta y le arrojó el rollo a Miles, quien la estiró un poco y envolvió las muñecas al zombi con ella.

"¿Véis ahora por qué tenemos que mantener cerrada la puerta trasera?" dijo mientras unía las manos del zombi.

"Oh, así que todo esto es culpa mía, ¿verdad?" Dijo Clea.

"Ese era el mensaje general que estaba intentado enviar, sí."

"Eso es culpar a la víctima, Miles."

"No, eso es señalar que si la puerta hubiese seguido cerrada, nada de esto habría sucedido."

"Si alguien tiene la culpa, eres tú por no arreglar la cerca cuando te dije que lo hicieras."

"¿Cuándo me has dicho tú que arreglara la cerca?"

"Uh, ¿el viernes pasado?"

“Me dijiste que la cerca estaba rota. No me pediste que la arreglara."

"¿Por qué si no te lo iba a decir si no la quisiera arreglada?"

“¿Por qué tengo yo que arreglar la cerca? La habéis roto tú y tus amigos."

"Es responsabilidad tuya arreglar las cosas de la casa."

"Clea, parece que tienes puntos de vista sexistas obsoletos con respecto a los roles de género de los hombres y las tareas manuales."

"No, quiero decir que es tu responsabilidad por ser el propietario."

"¿Que yo soy el propietario?"

"Bueno, ¿no lo eres?"

“Soy el dueño de la mitad de la casa. No estoy seguro de que eso me convierta en el propietario."

"¡Sí, lo hace!"

“Shae es dueña de la otra mitad. ¿La convierte eso en la casera?

El zombi estaba efectivamente atado y Miles lo guió hacia la puerta principal y hacia el escarabajo de Clea. Luego enfrentó la abrumadora tarea de encajar al exhumano tamaño zepelín en la parte de atrás de ese pequeño vehículo. Ya era difícil para un humano vivo tamaño normal gatear hasta el asiento delantero y meterse en el compacto coche, pero tratar de obligar a un zombi sin camisa, sudoroso, obeso y con un cubo en la cabeza a hacer lo mismo era un desafío distinto.

El término de la industria para un masivo zombi con sobrepeso como este era "orca."

Clea accedió a que Miles tomara prestado su coche para poder llevar al zombi al centro de procesamiento. Él le preguntó si quería conducir, pero ella dejó en claro que de ningún modo iba ella a subir a un pequeño coche con esa grotesca criatura en descomposición acechando a solo unos centímetros detrás de ella.

Él se sentó tras el volante y salió marcha atrás por camino de entrada. Atrajo muchas miradas extrañas de compañeros automovilistas y peatones en su viaje al centro de procesamiento.

Un sentimiento de melancolía le invadió al acercarse al centro. A pesar de que no conocía a su vecino en absoluto, ni siquiera sabía su nombre, iba a extrañar tenerlo allí. Miles pensaba en él como un vecino casi perfecto. No ponía música alta ni organizaba fiestas salvajes. El único ruido que oía procedente de la casa era la tos de fumador de madrugada y sus ocasionales interpretaciones ebrias y fuera de tono a altas horas de la noche de las canciones de Neil Diamond. No tenía mascotas, por lo que nunca había tenido que preocuparse por perros ladrando o gatos maullando en mitad de la noche.

Lo mejor de todo es que al vecino parecían no gustarle la interacción social sin sentido y las charlas tontas tanto como a él. Los dos parecían comprender esto. Una de las raras ocasiones en las que se cruzaron había sido solo unos días atrás, cuando el vecino estaba recogiendo el correo de su buzón al mismo tiempo que Miles se iba a trabajar. El vecino había fingido estar hablando por teléfono para que él y Miles no se vieran obligados a saludarse. Él le estuvo agradecido por esta farsa en beneficio mutuo.

Pero dado lo que sabía sobre su vecino, los eventos de hoy no cuadraban del todo. No podía entender por qué el vecino había entrado en la casa. Una vez que alguien se convertía, por lo general seguía haciendo lo que haría normalmente si aún viviera. Por lo general, permanecían en hábitats familiares. No tenía sentido que entrara a su casa, ya que nunca antes había puesto un pie en su propiedad. ¿O lo había puesto? Quizá Clea tuviera razón; tal vez era un Fisgón Antón.

Miles mostró su identificación al guardia en el centro de procesamiento y este le indicó que pasara. Después de descargar al zombi del escarabajo de Clea, lo cual fue más desafiante que llevarlo allí, a pesar de que dos empleados del centro le echaron una mano, completó el papeleo requerido y recibió su paga de $500.

Sintió una leve punzada de culpa por hacer un trabajo como este fuera del registro. Había un acuerdo de caballeros entre los trabajadores de GCNM que decía que solo trabajarías a través de tu contratista y no harías otros trabajos adicionales. Esto también era bastante justo. Rito Muerto había invertido tiempo y dinero en capacitar a Miles y en darle su acreditación de GCNM. Lo justificó diciéndose a sí mismo que esto era algo que no volvería a ocurrir. Básicamente, el trabajo había caído en su regazo, por lo que no contaba. Tampoco era como si estuviera buscando trabajo extra activamente en las calles. Se sabía de algunos empleados de Z-Pro con menos escrupulos que tenían amigos y familiares en contacto con ellos por si veían o oían algo sobre zombis sueltos. Esta práctica podría ser bastante lucrativa: permitía al trabajador quedarse con el total de los $500, menos un pequeño porcentaje por el aviso, en lugar de tener que compartirlo con Z-Pro.

Miles se detuvo en una ferretería en el camino de vuelta a casa y usó unos cientos de dólares de su paga para comprar los materiales necesarios para reparar la cerca rota. Luego compró un helado y una lata de Red Bull en una tienda de conveniencia en un intento de controlar su implacable resaca. Se comió el helado mientras conducía, sosteniendo la lata fría y conduciendo con las rodillas.

Le devolvió el coche a Clea, luego se duchó y se fue al trabajo. Se sentía incluso peor ahora que cuando había despertado esa mañana.

El nombre del vecino era Phil Lewellyn. Era un consultor financiero de cuarenta y ocho años y padre de dos hijos. Se había mudado a la propiedad vecina después de su reciente divorcio.

En las próximas elecciones federales el tipo había tenido intención de votar por Bernard Marlowe. Lo había convencido la intransigente postura de Marlowe sobre los problemas de los no muertos y el apoyo a los movimientos para que se derogara la ley de NEVADA.

Capítulo 12

Elliott clavó un clavo en ángulo ligeramente torcido en un trozo de madera. "Estoy cerca de sacarle algo de dinero a ese nigeriano," dijo.

"Oh, vamos, Elliott," dijo Miles fatigado. "No te estarás comunicando todavía con ese estafador, ¿verdad?"

"Suenas como Amy. Ella tampoco cree que pueda hacerlo."

"Quizá deberías hacernos caso a los dos. Es una muy mala idea."

"Te lo aseguro, estoy casi ahí. Le dije que podía conseguir los mil doscientos dólares de los gastos de administración en cuanto vendiera el coche. El único problema es que mi coche ha sido incautado por multas de estacionamiento impagadas y solo necesito pedir prestados doscientos dólares para sacarlo."

Miles quería recordarle a Elliott, una vez más, que no tenía esperanzas de ver dinero de ese supuesto plan suyo, y que los ciberdelincuentes nigerianos no eran el tipo de personas con las que debería estar jugando. Pero él se negaba a escuchar. Llevaba semanas hablando de esto y estaba convencido de que estaba a punto de estafar a un estafador. Una vez que se le metía una idea en la cabeza, nada podía desalojarla.

Él se había pasado por casa de Miles ese miércoles por la mañana para ayudar a reparar la cerca rota, la que se había derrumbado hacía un par de semanas cuando Ameba y otras siete personas la habían usado como escenario improvisado para una de sus actuaciones, y que había permitido que su vecino no muerto entrara andando en la propiedad sin obstáculos.

"¿Cómo es que te toca a ti este trabajo?" Dijo Elliott. "¿No debería ser responsabilidad de Clea arreglarla? Ya sabes, por aquello de que fueron sus amigos quienes la rompieron y todo eso."

"No lo había pensado de esa manera," dijo Miles.

"Buenos días, Clive." Ambos alzaron la vista y vieron a la Sra. Jensen asomada por la otra cerca. Le estaba dando un cuenco de sobras a Chillón, el cerdo tatuado. "Hola, Elliott."

"Buenos días, señora Jensen," respondieron al unísono.

"Un día adorable, ¿verdad?" Añadió Elliott.

Miles estaba molesto porque la Sra. Jensen siempre podía recordar el nombre de Elliott y nunca el suyo, a pesar de haber visto a Elliott solo un puñado de veces.

"Noticias impactantes sobre tu vecino, ¿verdad, Clive?" dijo ella.

“Fue un impacto. Por eso siempre hay que permanecer alerta," dijo Miles.

“Aunque era un poco extraño. Reservado para sí mismo. Nunca lo veía por el vecindario. Ahora sabemos por qué."

Miles no sabía muy bien qué pensar del comentario de la señora Jensen. ¿Había creído que el vecino era un zombi todo el tiempo y se lo había estado ocultando a todo el mundo? Quizá aún estaba un poco confundida sobre todo este asunto de los no muertos. Después de todo, su mente no era tan lúcida como antes. A menudo llamaba a la policía para denunciar delitos que ella había presenciado en programas de televisión de ficción.

"Menos mal que estáis arreglando esa cerca, chicos. Ahora tienes una esposa que cuidar, Clive. Es tu responsabilidad mantenerla a salvo."

La Sra. Jensen raspó el cuenco para limpiarlo. Chillón gruñó su gratitud.

"¿A qué vino eso de la esposa?" dijo Elliott una vez que la Sra. Jensen regresó dentro.

"Ella cree que Clea y yo estamos casados," dijo Miles. "No importa cuántas veces le diga que no lo estamos, nunca lo asimila."

"No puedes culparla de pensar eso, ¿verdad? Los dos discutís como

un matrimonio de ancianos."

"Ey, si tuvieras que aguantar lo que tengo que aguantar, también tú perderías la cabeza de vez en cuando."

“Ahí no tengo nada que discutir. No creo haber conocido a una mujer más objetable que Clea."

"Entonces, obviamente no has conocido a la exmujer de Adam."

Elliott casi se clava la mano en la cerca. "Espera, ¿Adam estuvo casado?"

"Sip."

"¿Quieres decir… con una mujer de verdad?"

"Eso es. Se conocieron en su grupo de teatro. Ambos actuaban en *Cabaret*."

"¿Y aún así ella no sospechó nada?"

"Aparentemente no. Ella aún aparece de vez en cuando para causar problemas, exigiendo una pensión alimenticia o amenazando con demandarle por fraude y todo eso."

Elliott luchó por organizar sus pensamientos y palabras en oraciones coherentes. "¿Qué… cómo es eso posible?"

"No lo sé," Miles se encogió de hombros. "Sucede a veces, ¿no?"

"¡Pero si Adam es más gay que una convención de *Glee!* [4]. Ella tendría que ser Helen Keller o Liza Minnelli para no ver eso."

Miles dio un paso atrás para evaluar la valla. Estaba un poco desigual y era obviamente un apaño de aficionados, pero serviría por ahora. “Supongo que a veces la gente no ve lo que es deslumbrantemente obvio. Aunque lo tengan justo delante de las narices."

Elliott negó con la cabeza con incredulidad. No tenía idea de cómo alguien podía pasar por alto algo tan flagrante. En menos de una

hora descubriría cuán prescientes habían sido las palabras de Miles.

Miles llamó a la puerta de la oficina de Steve. "Adelante," escuchó decir a Steve.

Encontró a Steve detrás de su escritorio, escribiendo con una expresión de enojo en la cara. "Ey, Miles," dijo sin apartar los ojos de la pantalla. Steve o bien estaba enterrado de trabajo hasta las orejas o quería darle a Miles la impresión de que lo estaba.

"Solo estoy verificando si ya se ha ingresado la paga de esta semana," dijo Miles de una manera que casi sonó a una disculpa. Steve solía causar ese efecto en la gente, como si les estuviera haciendo un favor al pagarles por el trabajo que habían hecho.

"Acabamos de tener una especie de fallo técnico," dijo Steve. “Perdón por la espera. Debería estar en tu cuenta para mañana."

Él asintió, aunque no encontró la explicación de Steve muy convincente. Estos "fallos técnicos" se habían vuelto cada vez más comunes en los últimos tiempos, coincidiendo con los perpetuos problemas de flujo de caja de Rito Muerto. Sin embargo, no tenían ninguna excusa para no pagarles esta semana, ya que ese enorme trabajo de hacía unos días debería haber llenado sus arcas de manera significativa.

Cualquier culpa que Miles pudiera haber sentido por no haberles dicho nada sobre ese zombi vecino suyo se evaporó rápidamente. Se preguntó si la oferta de trabajo de Z-Pro aún estaba encima de la mesa. Había abundantes inconvenientes con Z-Pro, pero al menos pagaban al personal a tiempo.

No sabía por qué había tenido que ser tan grosero con Jack Houston la otra noche. En parte se debió a que estaba borracho, en parte por lealtad a Steve y a Adam, pero principalmente porque no quería ser un agente de GCNM durante el resto de su vida. Este trabajo solo estaba destinado a ser algo temporal mientras arreglaba algunas cosas antes de comenzar su carrera. Aceptar el trabajo de Z-Pro le habría legitimado. Le habría dado una carrera. Eso era lo último que quería.

"Ya que estás aquí," continuó Steve. "Hay un turno adicional disponible mañana si está interesado."

"Claro, puedo hacerlo," dijo Miles. Se suponía que era su día libre, pero siempre le vendría bien el dinero extra, y tampoco tenía otros planes.

"No tenemos suficiente personal en este momento. Campbell renunció esta mañana."

La conmoción debió de haberse registrado en el rostro de Miles. "¿Campbell renunció?"

Steve asintió. “Llamó para informarnos cinco minutos antes del inicio del turno. Sin aviso previo ni nada."

Steve parecía un poco molesto por la repentina partida de Campbell, pero en el fondo probablemente estaba agradecido por la forma abrupta en que había renunciado. Dado que Campbell no había avisado adecuadamente, Rito Muerto no tenía la obligación de darle su paga de vacaciones ni ningún otro derecho que tuviera. Eso era un gran alivio para Steve, pues era un dinero que la empresa simplemente no tenía.

Steve y Adam a menudo se sentían culpables de que, debido a su ocupado estilo de vida, nunca hicieran ninguna obra de caridad. Con el estado actual de las finanzas de Rito Muerto, al menos podían afirmar legítimamente que dirigían una organización sin ánimo de lucro.

Campbell no había dado ninguna razón para su repentida partida, pero no pasó mucho tiempo antes de que se corriera la voz de que había aceptado un puesto en Z-Pro. Él era el último de una larga lista de empleados de Rito Muerto en cambiar de bando cuando se le había presentado una oferta mejor. Durante los últimos dos años, Jack Houston había estado usando Rito Muerto como repuestos, desmantelando sistemáticamente el negocio como un BMW robado en un taller de desguace. Esto permitía a Z-Pro robarle a Rito todos los mejores trabajadores sin tener que pagar por su capacitación ni licencias de GCNM.

El ego de Miles sufrió un leve hematoma al oír la noticia. Supuso que cuando Jack Houston se le había acercado en el bar, le estaba cazando debido a su reputación de empleado comprometido y trabajador. Ahora se daba cuenta de que Houston estaba ofreciendo indiscriminadamente empleos a cualquiera. Miles solo había sido el siguiente de la lista. Debía de ser eso, pues Campbell estaba lejos de ser un empleado modelo, o un ser humano semi inteligente siquiera. Era un bobo que respiraba por la boca y caminaba por la oficina haciendo boxeo de sombras. Pensaba que los neandertales eran gente de los Países Bajos y que los albinos venían de Albania. Una vez afirmó haber sido abusado sexualmente, solo para no ser miembro de un jurado.

Después de pensarlo un poco, Miles decidió que Campbell encajaría perfectamente en Z-Pro.

Adam pisó el freno de golpe y ejecutó un rápido cambio de sentido, el cual el minibús apenas pudo completar en la estrecha carretera.

"Bien," dijo poniendo el autobús en primera. "Intentemos esto de nuevo."

Continuó a baja velocidad, entornando los ojos para distinguir los números en los buzones mientras buscaba la dirección.

Miles y Elliott estaban en los asientos de atrás de camino a un nuevo trabajo. Una residente preocupada había llamado para denunciar un comportamiento sospechoso en la casa de su vecino y ellos habían sido enviados de inmediato a investigar.

"¿Quién era ese tipo de aspecto loco que vi merodeando por tu casa?" Dijo Elliott golpeando distraídamente la ventanilla con los nudillos.

"Tendrás que ser más específico," dijo Miles. "Acabas de describir a la mitad de los amigos de Clea."

“El chico pálido y flaco. El de las rastas naranja."

"Ah, ese es Fabián. ¿Por qué?"

“Me parece familiar. ¿Su apellido es Turner?

"Creo que sí."

"Sí, entonces es él."

"¿Le conoces?"

"En realidad no, pero una vez salió con Sophia. Ya sabes, la prima de Amy. Esto fue hace unos años."

"Espera un segundo." Miles hizo una pausa para asegurarse de haber escuchado correctamente. "¿Fabián salió con Sophia?"

"Ajá. Entonces su aspecto era totalmente diferente. Probablemente por eso no lo reconocí al principio."

"¿Sophia, la modelo?"

"Sí."

Miles estaba teniendo problemas para meterse en la cabeza esta nueva información. Nada de lo que acababa de decir Elliott tenía sentido. Fabián parecía la escuálida versión rastafari de Ed Sheeran. Era un vegano incondicional, tenía un aspecto tan anémico que su piel era casi transparente.

La prima de Amy, Sophia, por otro lado, era innaturalmente exquisita. Parecía una ciborg alta y rubia desarrollada por científicos en un intento de crear el ser humano más estéticamente perfecto imaginable.

"¿Cómo demonios ocurrió eso?" Dijo Miles.

“Bueno, ya te he dicho que fue hace unos años. Por aquel entonces él era totalmente diferente a como es ahora."

"Pero, aún así, ¿qué podría haber visto ella en él?"

Elliott sonrió. "No lo sé, Miles. Adivina tú."

"¿Qué?"

"¿Qué es lo único que haría que alguien como Sophia se interesara

en lo más mínimo por alguien como Fabián?"

"Créeme, me estoy devanando los sesos y no consigo rellenar los espacios en blanco."

Elliott suspiró, decepcionado de que Miles no pudiera resolver lo que pensaba que era un acertijo bastante simple. "Porque está forrado, por eso."

"¿Fabián es rico?"

"Bueno, su familia lo es."

"Pero ¿sus padres no tienen un Aqua Bar o algo así?"

"No. Sus padres son dueños de Aqua Bar."

"¿Quieres decir que son dueños de toda la compañía?"

"Así es."

"Pero hay docenas de franquicias de Aqua Bar por todo el país."

"Cientos, en realidad."

Aqua Bar era una franquicia de alimentos saludables que había experimentado un aumento en popularidad en los últimos años. Su comida era un poco cara, pero a sus clientes no les importaba pagar más por algo que era bueno para ellos y para la tierra: Aqua Bar era una empresa orgullosamente ecológica y neutra en emisiones de dióxido de carbono. Los clientes podían felicitarse por salvar el mundo mientras almorzaban. Sin embargo, estudios recientes habían sugerido que sus afirmaciones de "alimentos saludables" podían haber sido algo exageradas, y que sus ensaladas, sushis y zumos totalmente naturales contenían más azúcar que la rosquilla promedio.

"¿Así que los Turner son billonarios?" Dijo Miles.

"Son al menos millonarios," dijo Elliott.

Miles negó con la cabeza con incredulidad. Clea le había hecho

sentir culpable por su confrontación con Fabián unos días antes, cuando ella había insinuado que básicamente Fabián no tenía hogar. Ahora sabía de que Fabián no era más que otro niño rico que vivía en los barrios bajos y se autoflagelaba para expiar su privilegiada educación. Un adinerado parásito que era pobre por elección y vivía un estilo de vida al que renunciaría en cuanto se aburriera de él. Si bien era consciente de que la mayoría de los Ceros provenían de familias bastante acomodadas, Fabián se encontraba en una categoría fiscal completamente diferente.

El minibús redujo la velocidad antes de detenerse por completo frente a una vieja casa de ladrillos grises en uno de los suburbios menos saludables de la ciudad. Adam apagó el motor y dejó escapar un profundo suspiro.

"Está bien, lo logramos," dijo desabrochándose el cinturón de seguridad. "Por fin."

Elliott se congeló al ver dónde habían aparcado. "Oh, no," dijo en voz baja.

"¿Qué pasa?" Dijo Miles. Notó de inmediato de que algo iba mal. El rostro de Elliott era un retrato de la desesperación.

"Esta es la casa de Trent."

Trent era un viejo amigo de Elliott. Se conocían desde la escuela secundaria y habían permanecido unidos desde entonces.

Había sido en esta misma casa donde Elliott, Amy y algunos otros se habían atrincherado durante esas primeras y agitadas semanas del brote zombi. La sala de juegos de Trent en el sótano se había convertido en su refugio contra la lluvia radiactiva, y era el mejor lugar en el que podían estar. Trent era un líder natural, y había sido su pensamiento claro y acción decisiva lo que había mantenido a todo el mundo a salvo durante esos primeros días de incertidumbre. Había tomado el control de la situación y se había asegurado de que nadie entrara en pánico o hiciera algo estúpido. Parecía injusto que él hubiera terminado de esta manera.

Adam se acercó y colocó una reconfortante mano sobre el hombro

de Elliott. “¿Estás bien para hacer esto, tito? Podemos llamar a otro si no te sientes con ánimo."

Elliott se tomó un momento para ordenar sus ideas. "No, estaré bien. Debería ser yo quien lo saque."

Respiró hondo varias veces y luego bajó del autobús. Adam y Miles le siguieron.

"Y nunca se sabe," continuó Elliott. "Podría ser una falsa alarma."

Nadie dijo nada. A veces llamaban a Rito Muerto por una falsa alarma, pero por lo general llamaban por la noche cuando alguien confundía a un borracho o a un merodeador con un zombi. No recibían demasiadas de esas durante el día. Y al andar por el camino de entrada a la casa de Trent, Miles vio todas las reveladoras señales de que algo iba mal: varios días de correo basura saliendo del buzón; cuatro periódicos en el jardín delantero todavía envueltos en plástico; luces encendidas dentro de la casa a pesar de ser mediodía. Eso no parecía prometedor.

Elliott pulsó el timbre. Este era el protocolo correcto: no se les permitía irrumpir en la casa de nadie sin previo aviso. Después de que hubieran transcurrido unos veinte segundos, Adam decidió que nadie respondía y buscó una ventana abierta por la que trepar. Guardaban un pequeño ariete en el minibús, pero eso solo se utilizaba como último recurso.

"No te molestes," le dijo Elliott. Estiró el brazo hasta la parte superior de la caja de fusibles, tanteando hasta que su mano aterrizó en la llave de repuesto.

Entraron en la casa. Adam abrió las cortinas para dejar entrar algo de luz. El lugar era un desastre, pero eso no era nada fuera de lo común. La televisión estaba encendida y contenedores vacíos de comida para llevar cubrían el suelo. Miles se descubrió juzgando a Trent y sus hábitos domésticos en silencio, hasta que recordó que su propia casa no estaba mucho más ordenada cuando había salido ese mismo día.

"¿Trent?" Gritó Elliott. "¿Hola? ¿Alguien en casa?"

Avanzaron por la casa con precaución, revisando cuidadosamente cada habitación. Nada. La casa definitivamente estaba vacía.

Pero la puerta trasera estaba abierta de par en par.

Elliott fue el primero en ver a Trent Zombi. Lo encontró arrastrando los pies por el patio trasero cerca de la valla del fondo, gruñendo a nadie en particular. Como última indignidad, el pobre había tenido la desgracia de quedar completamente desnudo. Ahora su cuerpo en descomposición estaba a la vista de todos.

Adam negó con la cabeza al ver esto. "Eso es lamentable."

Los tres se movieron para frenar a Trent Zombi. Adam se le acercó con el palo trampa y Elliott se quedó atrás con el cañón-cable.

"Lo tenemos," le dijo Elliott a Miles. "Tú ve a buscar algo para taparlo."

Miles se dirigió hacia la casa y luego se detuvo. Había oído un ruido. Algo se movía cerca del lateral de la casa, haciendo crujir los arbustos entre la maleza.

Retrocedió unos pasos. Allí se movía una forma, algo de tamaño humano, oculto entre el follaje. Miles no necesitó ver más para saber lo que era.

"¡Adam!" Gritó "¡Creo que tenemos otro aquí!"

Miles sacó rápidamente su palo trampa y avanzó con pasos lentos y deliberados. Quería ver con qué estaban lidiando. No hacía ni un minuto habían creído que la casa estaba vacía. Ahora tenían dos *obis* confirmados, con posibilidad de más.

Si bien la mayoría de los zombis eran bastante predecibles en sus movimientos, a veces se encontraban con alguno que era un poco más astuto. Estos se escondían en lugares discretos y luego lanzaban un ataque sorpresa contra cualquier desprevenido que pasara por allí.

El término de la industria para este tipo de zombi era "acechador".

Miles se acercó todo lo posible. Apartó algunos de los arbustos con el palo trampa para ver mejor.

Ciertamente lo vio. A Miles se le cayó la mandíbula al suelo.

Fue en ese momento que Adam apareció tras él.

"Adam," dijo Miles con la mayor calma que pudo, dadas las circunstancias. "Saca a Elliott de aquí."

"¿Qué?"

"Confía en mí esta vez. No le dejes ver esto."

Adam notó que Miles no estaba bromeando. Se volvió y vio a Elliott venir hacia él, siguiéndolos para ver a qué venía tanta conmoción.

"¿Qué pasa?" Dijo Elliott.

Adam le tomó del brazo y trató de alejarlo. "Creo que deberíamos dejar que Miles se encargue de esto, tito."

Elliott se zafó de Adam. Se abrió paso a empujones. "¿Qué esta pasando?"

Se acercó por detrás de Miles, luego se detuvo en seco al ver al zombi. Abrió la boca para hablar, pero le tomó varios intentos antes de que salieran las palabras.

"¿Amy?" logró decir por fin.

Era Amy, su novia desde hacía cinco años. Como Trent, ella era un zombi. También como Trent, estaba completamente desnuda. No llevó mucho tiempo unir los puntos.

Capítulo 13

El viaje en autobús desde la casa de Trent hasta el centro de procesamiento dio un nuevo significado al término "incómodo". Elliott estaba sentado detrás, malhumorado, y se negaba a hablar o mirar a nadie. Su zombificada novia y uno de sus amigos de mayor confianza estaban atados a sus asientos a unos metros de distancia.

Miles se sentaba delante de estos, reajustando con frecuencia las mantas que cubrían a los zombis cada vez que estas se caían. Se aseguró de desviar la mirada mientras hacía esto. A pesar de que Amy era ahora un no muerto, no quería darle a Elliott la impresión de que estaba haciendo algo inapropiado o tratando de echar un vistazo. Pero no habría importado, ya que Elliott pasó la duración del viaje mirando por la ventana con un ceño fruncido permanente en la cara.

Si bien simpatizaban un poco con su situación, Adam y Miles no estaban particularmente impresionados con la forma en que Elliott se había comportado en la casa. En cuanto supo lo que estaba sucediendo, había gritado todas las obscenidades de su vocabulario a los Zombis de Trent y Amy, quienes no habrían tenido idea de lo que estaba ocurriendo, antes de salir furioso y encerrarse dentro del autobús. Adam había quedado menos que satisfecho de que le dejaran con un hombre menos para hacer el trabajo. Estuvo aún menos impresionado cuando Elliott se quedó sentado en el minibús y se negó a abrir las puertas durante unos veinte minutos.

El propio Adam era propenso a los ocasionales arrebatos melodramáticos y rabietas juveniles, pero incluso él pensaba que esto era exagerado.

Miles y Adam por fin habían logrado cargar a los dos zombis, y ahora estaban corriendo por el pasillo de castigo de unos "cabezas muertas" mientras intentaban entrar en el centro de procesamiento. Algunos de los manifestantes habían notado que Rito Muerto se había estado infiltrando por la entrada secundaria, y esta vez estaban preparados para ellos. Dos docenas de *hippies* convergieron

hacia el vehículo cuando este se acercó a la puerta y le dieron a la chirriante suspensión del minibús un riguroso castigo.

Después de un par de agitados minutos de ser violentamente zarandeados de un lado a otro, por fin llegaron al centro. Todos quedaron un poco conmocionados. Miles estaba particularmente preocupado; no tanto por los manifestantes, que casi habían volcado el minibús, sino por lo que había visto por la ventana al entrar. En la zona de césped, lanzando un frisbee con algunos de los "cabezas muertas" rastafaris, había visto a un grupo de colegialas. Una de ellas se parecía mucho a su hermana.

No tenía tiempo para preocuparse de eso en ese momento. Quitó las correas que sujetaban a Trent y a Amy en su sitio, y luego él y Adam guiaron a ambos zombis fuera del autobús.

Elliott hizo además de seguirles, pero Adam le detuvo. “Creo que será mejor que te quedes aquí un rato para calmarte," le dijo.

La puerta se cerró y Elliott volvió a caer en su asiento.

Su mente seguía volviendo a Trent y a Amy, reexaminando los recientes eventos en busca de pistas sobre cuánto tiempo había estado sucediendo aquello. No tardó en darse cuenta de que las señales habían estado allí si él se hubiese molestado en buscarlas. Todas las veces que ella le había dicho que estaba enferma o que iba a visitar a unos amigos fuera de la ciudad o que iba a asistir al funeral de unos parientes lejanos, probablemente ella había estado con Trent. Elliott había llegado a pensar que su extensa familia tenía una tasa de mortalidad inusualmente alta, pero no había querido entrometerse. En estos tiempos eso era completamente plausible.

La semana pasada, cuando Amy le había dicho que se iba de la ciudad, había llamado a Trent para ver si quería pasar el rato. No había recibido respuesta y Trent nunca respondió a ninguno de sus mensajes. En aquel momento, Elliott no le había dado importancia.

Trató de recordar cuándo pudo haber comenzado todo, cuándo había notado él por primera vez que el comportamiento de Amy estaba cambiando. Quería tener al menos una idea de cuánto

tiempo había estado sucediendo a sus espaldas. Ella había estado actuando de forma extraña durante tanto tiempo que parecía casi normal. Debía de haber sido años.

Entonces lo supo. Habían sido años. Tres años, para ser exactos.

Todo esto debía de haber comenzado durante las dos semanas que habían pasado atrincheradas dentro de la casa de Trent durante el brote zombi inicial.

En ese momento había pensado que algo extraño estaba pasando con ella. Se despertaba en medio de la noche y no la encontraba, o entraba en una habitación y Amy y Trent de repente se quedaban en silencio. Pero había sido una época loca en aquel entonces. El mundo se estaba derrumbando, nadie sabía cuánto tiempo les quedaba de vida, por lo que él había apartado esos pensamientos de su mente. Había estado agradecido de que Trent les ofreciera seguridad y hospitalidad durante un momento tan angustioso. Resultó que le había estado ofreciendo a Amy mucho más.

Alzó la vista y vio a Trent Zombi frente a él a través del parabrisas delantero del autobús. Le estaban esposando y poniéndole un mono naranja. Sus ojos pálidos y muertos miraban hacia Elliott, como si le estuviera mirando directamente.

Tal vez fuese su imaginación, pero Elliott pensó haber detectado que se formaba cierta sonrisa en el rostro de Trent Zombi.

Si de alguna manera hubiera sido capaz de pensar racionalmente, habría entendido que no quedaba nada de Trent. Esa persona se había ido hacía mucho tiempo. Trent había dejado de existir; no podía reconocer a Elliott, ni saber quién era él mismo ni qué le había hecho. Lo único que Elliott era para él era un organismo vivo que respiraba y a quien no le importaría hundirle los dientes a la menor oportunidad.

Pero en su estado altamente emocional y agitado, Elliott casi podía sentir a Trent Zombi burlarse de él. Este exhumano y antiguo amigo tenía una expresión de presunción, de autosatisfacción, plasmada en ese rostro suyo en rápida descomposición.

Eso fue todo lo que necesitó Elliott para estallar.

Saltó fuera del autobús y se dirigió hacia Trent Zombi. Con poca consideración por su propia seguridad, le dio un puñetazo en la cara.

Trent Zombi cayó como una vaca de matadero. Fue tan fácil como derribar un maniquí en una tienda.

Elliott continuó golpeándole, el zombi en el suelo aún tenía atadas las manos y piernas.

"¿Crees que es gracioso?" Gritó antes de soltar una salva de patadas al abdomen de Trent Zombi. "¿Crees que es gracioso? ¡Sé que puedes oírme!"

Adam y Miles no pudieron llegar lo bastante rápido. Ninguno de los dos podía creer lo que estaba viendo ni que Elliott hiciera algo tan imprudente.

"¡¿Me has estado haciendo esto durante tres años?!"

Miles agarró a Elliott e intentó apartarlo. Su furia ciega parecía darle una fuerza sobrehumana.

Otros dos miembros del personal del centro se apresuraron a ayudar. Finalmente pudieron arrastrar a Elliott antes de que este pudiera infligir más daño.

"¿Has perdido la cabeza?" Le gritó Adam.

Pero Elliott no podía oírle. Su atención se centraba exclusivamente en Trent Zombi.

Había muchas posibilidades de que hubiera perdido la cabeza.

Fabián estaba cada vez más inquieto. Había una guerra en curso, pero lo único que todo el mundo hacía era quedarse y esperar a que sucediera algo. Los Ceros habían estado protestando fuera del centro de procesamiento durante meses y todavía no se había logrado nada. Él sabía que el cambio requería tiempo, pero nunca había tenido la capacidad de atención para esperar las cosas hasta

el final. Si hubiera sabido que iba a tardar todo tanto tiempo, podría haber tenido dudas acerca de involucrarse en primer lugar.

Otro camión Z-Pro se acercó al centro de procesamiento, se desvió de la carretera y se dirigió hacia la entrada principal. Los "cabezas muertas" reunidos dejaron sus guitarras acústicas e interrumpieron sus juegos de carreras de sacos para recuperar sus carteles y hacer los movimientos una vez más. Cantaron consignas. Se tumbaron en la carretera en mitad de la carretera. Golpearon los laterales y zarandearon el camión de un lado a otro, ajenos a la angustia que esto causaba a los exhumanos que estaban adentro. Hicieron las mismas cosas que siempre hacían y produjo el mismo resultado: el camión Z-Pro y el personal del centro de procesamiento sufrieron molestias durante unos minutos antes de que los secuaces contratados entraran y restauraran el orden.

Esto no era una rebelión. No se estaban ciñendo al hombre. Esto no era más que una protesta oficialmente sancionada. Todos permanecían obedientemente dentro de sus áreas de protesta designadas. Esto les permitía creer que estaban manteniendo la rabia, pero era tan efectivo como protestar contra el uso de fábricas tercermundistas clandestinas y la explotación laboral infantil llenando un formulario de queja en una tienda de Apple.

Fabián estaba harto de esperar. Esta era una causa que necesitaba acción, no gestos vacíos.

Mientras todos los demás estaban distraídos por la conmoción en la entrada principal, Fabián logró escabullirse del grupo principal sin ser visto. Encontró un punto ciego en la verja perimetral, sin que ninguno de los guardias lo viera, que le dejaba oculto de la vista de la torre de vigilancia.

Metió la mano en su mochila y sacó un par de cortadores de alambre.

Sus manos se movieron rápido. Una serie de cortes rápidos y había hecho un agujero en la verja de malla de alambre lo bastante grande como para colarse por él. Esto no resultó muy difícil, pues el centro de procesamiento no era Alcatraz precisamente. Se había erigido apresuradamente con vallas temporales. Su función

principal era mantener a los zombis dentro y a los humanos fuera. Era sorprendente que alguien hubiera tardado tanto en intentarlo.

Miró a su alrededor para ver si alguien le había visto. Nadie lo había hecho.

Había pasado una alambrada, pero faltaba otra. Su pulso se aceleró mientras se ponía a trabajar en la segunda. Pero esta alambrada demostraría ser un desafío mucho mayor. Estaba hecha de alambre galvanizado más grueso y resistente. Notó que no había pensado en esta parte.

Apretó con fuerza el mango de los alicates. Nada. La hoja apenas hizo una hendidura. El alambre de esta valla era cinco veces más grueso que el de la primera. Parecía estar usando tijeras de plástico, a juzgar por lo que estaba consiguiendo con los alicates. Ser un vegano con los bíceps de una niña de diez años tampoco ayudaba.

Cuando resultó absolutamente obvio que no tenía la más mínima esperanza de abrirse camino, evaluó sus otras opciones. Sobre él se alzaba una maraña de alambre de espino. Sabía que esta era la más arriesgada de todas sus opciones, pero a esas alturas estaba funcionando con pura adrenalina. Subió a la parte superior de la alambrada y cortó con cuidado el alambre de espino.

Un minuto y una sección de alambre de espino desprendida después, se subió a lo alto y saltó al suelo. Se le enganchó la ropa en la caída y el alambre de espino le destrozó los vaqueros de diseño de $400. Normalmente se habría sentido devastado, pero en esta ocasión no tuvo tiempo de pensar en ello. Estaba dentro.

Por un momento se quedó allí sin saber qué hacer a continuación. Se sentía como el proverbial perro que había atrapado al coche. Estaba dentro del centro de procesamiento. Había llegado más lejos que cualquier otro manifestante. ¿Y ahora qué?

Una oleada de ansiedad le abrumó. A pesar de toda su charla sobre la desobediencia civil, nunca antes había quebrantado la ley, exceptuando cierto vandalismo leve. No estaba seguro de la clase de castigo que enfrentaría por irrumpir en una instalación del gobierno, pero asumió que sería algo más que una ligera palmada

en el dorso de la mano. Y con rastas colgando hasta la mitad de la espalda y una camiseta de "Este Es El Aspecto De Una Feminista," no es que se camuflara con el entorno precisamente.

Pero sabía que no podía quedarse allí sin hacer nada. Y así, Fabián el guerrero anti-corporativo, sacó su iPhone de Apple y filmó lo que le rodeaba.

Lo que capturaba estaba lejos de ser trascendental. Solo un montón de zombis descargados del camión Z-Pro y llevados para su procesamiento. En el otro lado del complejo, una hilera de zombis en traje naranja eran conducidos al área de transporte para ser enviados a una de las enormes instalaciones del desierto donde terminaban todos eventualmente.

Aquello no era nada que no hubiera visto antes en la televisión, y no había nada de los rumores de abuso y degradación de los que tanto se hablaba. Todo era correcto y según las normas. Nadie estaba apalizando a los zombis ni quebrantando la ley de NEVADA. Todo era un anticlímax.

Estaba a punto de perder la esperanza de filmar algo que valiera la pena cuando captó un movimiento con el rabillo del ojo. Un trabajador de GCNM había saltado fuera de su vehículo y se había dirigido hacia donde uno de los zombis estaba esperando a ser procesado.

Fabián giró el teléfono para grabarlo. Al ver los eventos por la pantalla LCD del iPhone a medida que se desarrollaban, no había podido imaginar lo que vino después.

El trabajador de GCNM disparó el puño hacia el zombi y lo tiró al suelo. Descargó un aluvión de crueles patadas, gritando blasfemias e insultos a todo pulmón.

Fabián se acercó más a la acción. Se acercó todo lo que pudo. Fue entonces cuando reconoció al trastornado agresor. Era Elliott, ese perdedor amigo de Miles a quien él había visto merodeando por la casa de Clea un par de veces.

Sostuvo el teléfono con ambas manos temblorosas. Tenía calambres

en la mano derecha después de haber cortado todo ese cable, pero ignoró el dolor. Estaba aterrorizado y regocijado, mareado por la nerviosa anticipación. No estaba seguro de qué estaba pasando ni por qué, pero sabía que esto era importante. Esta podría ser la cinta *Rodney King* de su generación. Este metraje iba a dar la vuelta al mundo.

"¡Ey!"

Se estremeció al oír a un guardia gritándole desde el otro lado del complejo.

"¿Qué crees que estás haciendo? ¡No deberías estar aquí dentro!"

El guardia vio lo que estaba haciendo Fabián, luego vio lo que estaba haciendo Elliott y dedujo rápidamente las posibles implicaciones de lo que estaba a punto de ocurrir. Corrió hacia Fabián mientras el resto de trabajadores de GCNM y el personal del centro apartaban a Elliott del apaleado zombi.

Fabián sabía que tenía que moverse rápido. Trasteó con el teléfono, permaneciendo completamente quieto mientras el guardia se acercaba a él como un toro herido. Ni siquiera intentó apartarse del camino cuando el guardia se abalanzó y lo derribó al suelo.

"¿Cómo has entrado aquí?" gritó el guardia, hundiéndole la cara en el suelo y torciéndole los brazos a la espalda. "¡Esto es un área restringida!"

Otros dos guardias se apresuraron a prestar ayuda. Pusieron a Fabián de pie y le arrastraron fuera del área con una presa estranguladora.

Una vez que se llevaron a Fabián, uno de los guardias notó el iPhone tirado en el suelo. Lo recogió y miró la pantalla.

En esta se leía: "Mensaje enviado."

Capítulo 14

"Sé que estoy pidiendo mucho, pero no publiques ese vídeo," dijo Miles.

“El mundo necesita ver esto, Miles. Necesitan saber qué está pasando dentro de esas instalaciones," dijo Clea.

"Te ruego como amigo que me hagas este único favor. Nunca volveré a pedirte nada."

Si Miles buscaba la palabra inútil en el diccionario, probablemente incluiría alguna descripción de lo que estaba haciendo ahora. Fabián le había enviado el video a Clea, y ahora él estaba rezando para que ocurriera un milagro y ella aceptara dejar que Elliott saliera del apuro. Incluso había considerado ofrecerle un alquiler gratuito durante un año a cambio de eliminar las imágenes incriminatorias, antes de decidir que no podía llegar tan lejos. Además, el dinero nunca había parecido ser un problema para Clea, y era lo bastante rica como para rechazar una oferta así.

“Este es un problema que va más allá de nosotros dos. Cuando se publique, el público podrá ver por sí mismo lo que sucede dentro de esos centros de procesamiento. Esto podría cambiar la forma en que se trata a los exhumanos en este mundo."

“¿Sabes qué otra cosa podría hacer? Podría empeorarles las cosas."

"¿Cómo puedes pensar eso?"

"Si ese vídeo sale a la luz, podría sacar del negocio a Rito Muerto."

"Y se supone que eso debe preocuparme, ¿cómo exactamente?"

“Porque si se cierra Rito Muerto, Z-Pro será el único contratista de GCNM que quede. Y tú y yo sabemos que ellos son mucho peores que nosotros."

"El menor de dos males sigue siendo un mal, Miles."

“Lo que pasó con Elliott fue un incidente aislado, pero ese tipo de cosas ocurren todos los días en Z-Pro. Siempre les están acusando de maltrato de no muertos o de atormentarlos por pura diversión. La única diferencia es que los cargos nunca se mantienen."

A pesar de las frecuentes acusaciones de mala conducta en su contra, Z-Pro había logrado hasta ahora evitar cargos y sanciones. Afirmaban que esto se debía a su disciplinada fuerza laboral y al estricto cumplimiento de los protocolos adecuados, pero probablemente tenía más que ver con las conexiones de Jack Houston. Siempre que surgía una controversia potencial, solo se necesitaban un par de llamadas telefónicas a las personas adecuadas para hacerla desaparecer.

"No te preocupes," dijo Clea. “Z-Pro será el siguiente en nuestra lista de golpes. Les haremos caer a todos, uno por uno si es necesario."

"¿No tienes corazón para perdonar a Elliott?" suplicó Miles. "Ya sabes, como budista."

"Ja," resopló Clea. "Buen intento."

Miles podía discutir hasta quedar con cara azul de triste, pero sabía que estaba librando una batalla perdida.

Al final del día, esos explosivos veintisiete segundos de inestables imágenes de teléfono móvil viajaron por todo el mundo a una velocidad increíble, apareciendo en miles de transmisiones de noticias y video blogs, iluminando todas las plataformas de medios de comunicación conocidas por la humanidad. Los críticos que habían sospechado durante mucho tiempo que se estaba abusando de los zombis dentro de los centros de procesamiento ahora tenían pruebas irrefutables.

El vídeo desencadenó nuevas oleadas de protestas de los partidarios de los derechos de los no muertos y renovaron los llamamientos para la imposición de penas más severas a cualquier persona declarada culpable de maltrato zombi.

Steve revisó los canales de televisión. Todas las cadenas transmitían la misma noticia: las impactantes imágenes del agente de GCNM

pillado golpeando y pateando a un zombi indefenso y semidesnudo. Varios presentadores de noticias y expertos agregaban sus propios comentarios para acompañar las imágenes, describiendo los métodos "brutales" y "confrontativos" que los trabajadores de GCNM empleaban con los exhumanos dentro de los centros de procesamiento. Otros dejaban que las imágenes hablaran por sí mismas.

Los ojos de Elliott seguían pegados al suelo. Las últimas veinticuatro horas habían sido para él una interminable secuencia de miserias, y no parecía que las cosas estuvieran cerca de mejorar en un futuro previsible. Debería haber sido un asunto privado tanto el acto de traición de un amigo como el arrebato violento (aunque posiblemente justificable) del traicionado. En cambio, todo había estallado y ahora era muy público. Si Trent aún hubiera sido humano, esta lamentable saga no habría sido noticia en lo más mínimo, pero ahora era un exhumano, por lo que la historia había estallado en la conciencia pública y parecía que todos tenían una opinión al respecto.

Steve apagó la televisión una vez que decidió que su mensaje había sido trasmitido.

Un cargado silencio llenó la habitación. Una "pausa embarazada".

Elliott no estaba seguro de si Steve estaba esperando a que él se explicara o si solo quería que se retorciera un poco más.

"Steve," comenzó Elliot. "Sé que esto parece tener mala pinta, pero..."

Steve levantó la mano y Elliott guardó silencio.

“Permíteme darte una idea de los problemas que enfrentamos ahora," dijo Steve.

Habló con una voz aparentemente tranquila, pero un ligero temblor sugería que estaba haciendo todo lo posible para contener un enorme reservorio de rabia.

“Nos han pillado quebrantando el protocolo de la peor forma

posible. Nos resulta imposible salir de esta hablando o negociando. Así que esto es lo que va a pasar. Daremos a conocer un comunicado de prensa asumiendo toda la responsabilidad por el incidente. Nos declararemos culpables de los cargos que se presenten contra nosotros. Y anunciaremos las medidas inmediatas que se van a implementar para garantizar que esta clase de cosas nunca vuelvan a suceder. Las cuales comenzarán con la terminación del empleo del agente de GCNM del video."

Elliott alzó la vista. "¿Me vas a despedir?"

"Me temo que no nos has dejado muchas opciones. Si hacemos todo eso, podríamos escapar con una multa. Pero si quieren hacer de nosotros un ejemplo, podrían romper su contrato con Rito Muerto."

Steve bebió de un trago lo que quedaba de su vaso de agua. Tomó una serie de respiraciones lentas y calmadas. Podía sentir que se acercaba otra migraña.

“Aunque al final, dudo que suponga mucha diferencia si terminan nuestro contrato o no," continuó, “ya que es probable que la multa sea tan astronómica que no tengamos la menor esperanza de pagarla."

"¿Y por qué no me dejas seguir trabajando y voy pagando yo la multa?"

Steve casi se rió a carcajadas ante esa propuesta. "No hablas en serio, ¿verdad?"

Cuando Elliott lo pensó, vio lo absurda que era su sugerencia. La multa que se les presentaba probablemente estaría en el rango de las seis cifras. Tendrían que embargar el salario de Elliott hasta bien entrado el siglo siguiente antes de que estuviera siquiera cerca de pagarla.

Steve negó con la cabeza con tristeza. Le caía bien Elliott y entendía las razones de su repentina "ida de olla" cerebral. Pero no tenía otra opción que despedirlo. El cliché sobre estar decepcionado más que enojado parecía encajar aquí.

"No creo que haya nada más que discutir al respecto, ¿no?" dijo Steve.

Elliott tomó eso como una señal para irse. Se puso en pie y salió sin decir una palabra más.

Capítulo 15

Bernard Marlowe se acercó al micrófono. Un silencioso siseo se extendió por el auditorio lleno de veinte mil canosos *boomers*. Después de disfrutar de décadas de riqueza, prosperidad y estabilidad, estas personas (con más edad que la audiencia de los Rolling Stones y más blancas que un mitin del Klan) estaban encantadas de tener finalmente algo por lo que estar enojados. Eso era lo que Bernard Marlowe les proporcionaba y ellos habrían renunciado a sus noches de *The Good Wife* [5] en sus cómodas casas de los suburbios por la oportunidad de echar un vistazo a su ídolo en persona.

"¡Este es el gobierno más peligroso e incompetente en la historia de nuestra nación!" tronó Marlowe. "¡El primer ministro tiene las manos manchadas de sangre!"

Esto, como todo lo que salía de la boca de Marlowe, fue recibido con estridentes vítores.

Apoyando a Marlowe esta noche estaba su amada familia: su esposa Celine mostraba con orgullo su nuevo rostro mejorado quirúrgicamente y envuelto en plástico, y sus hijas gemelas Madison y Stephanie vestían ambas con los últimos diseños de pasarela.

Las chicas habían aprovechado la oportunidad para actuar como accesorios de escenario frente a una audiencia tan grande. Las dos habían abrazado con entusiasmo el estilo de vida del "famoso por ser famoso" desde que habían sido catapultadas hacia el centro de atención, y tardaron poco en aprovechar por ósmosis su reciente celebridad. Apenas pasaba un día sin que su imagen apareciera en las páginas sociales de *La Tinta Diaria*, ya fuera como modelos en desfiles de moda, asistiendo a glamurosos eventos de la lista A, promocionando su gama de bolsos de diseñador, pinchando en clubes o cualquier otra cosa que la gente hacía cuando tenían mucha fama pero ningún talento discernible. Sin embargo, su entusiamo por la fiesta había tenido un coste: ahora eran las jóvenes de veintidós años de aspecto más viejo que nadie hubiese

visto jamás.

“Cuando seamos elegidos para el gobierno," continuó Marlowe, una declaración que fue recibida con un rugido ensordecedor. “Cuando seamos elegidos, derogaremos la ley de NEVADA e implementaremos CADAVER. Nos comprometemos a restablecer los derechos de los ciudadanos de a pie. No seremos chantajeados por los enemigos de la democracia como La Liga de Defensa de Exhumanos y la Tribu de los Ceros. ¡Porque yo creo en la democracia!"

La voz de Marlowe alcanzó su crescendo mientras llegaba al clímax. “¡Vamos a recuperar este país de las garras del horror! Porque los no muertos no gobiernan este país, ¡la gente gobierna este país!"

Esto hizo que la multitud se pusiera artríticamente en pie.

Con un traje de Desmond Merrion de diez mil dólares y zapatos de Tanino Crisci de dos mil, Bernard Marlowe, hijo de un rico banquero de inversiones que vivía en una mansión de siete millones de dólares y tenía una fortuna personal de más de ciento veinte millones, había convencido a esta gente de que él era uno de ellos.

Alzó triunfalmente los brazos al aire y su familia se unió para absorber los aplausos.

"¡Yo creo en la democracia!" declaró una vez más.

Se decía que cualquiera que quisiera postularse para un cargo público, no era apto por principio y, por tanto, debería descartarse de inmediato. El tipo de gente que querría gobernar el país era el tipo de gente que definitivamente no querrías que gobernara el país. No es que una carrera en política te convirtiera en una mala persona; era que las peores personas se sentían atraídas por la política.

Bernard Marlowe era un excelente ejemplo de esto. Su búsqueda de poder era nada menos que sociópatica, y no había ningún nivel al que no se rebajara para lograr su objetivo. Haría cualquier cosa por aumentar su kilometraje político, ya fuese arrastrar ante los medios de comunicación a las madres en duelo para subrayar el coste

humano del azote zombi, desenterrar trapos sucios y difundir insinuaciones sobre sus oponentes y sus familias y transmitiéndolas a sus antiguos compañeros de los medios de comunicación, ignorar todos los consejos de expertos sobre la mejor manera de manejar los problemas de los no muertos en favor de eslóganes populistas y soluciones simplistas.

Nadie entra en política para servir a su comunidad. Lo hace para alimentar sus propios egos rampantes. El interés propio sigue siendo la prioridad número uno. El único objetivo de un político es conseguir un cargo; todo lo demás, incluido lo que es mejor para el país y sus ciudadanos; queda en un distante segundo plano.

La promesa de Marlowe de derogar la ley de NEVADA que protegía a los zombis de la violencia excesiva y no provocada, era su demostración más descarada de querer complacer a las masas sobrealimentadas. La Ley Nacional para Poner Fin a la Violencia Contra los Muertos había recibido el apoyo bipartidista al introducirse por primera vez, y todas las demás naciones desarrolladas tenían acuerdos similares que protegían a los exhumanos de tales atrocidades. Los especialistas en ética y otras autoridades líderes en el tema fueron unánimes en su creencia de que estas leyes eran esenciales para el funcionamiento de una sociedad civilizada.

Ahora Marlowe prometía reemplazar NEVADA con CADAVER (acrónimo inglés para «Ciudadanos Contra la Muerte y la Violencia Que Entra en Nuestras Residencias»). Afirmaba que esto restauraría los derechos de los civiles a protegerse contra cualquier intruso no muerto. CADAVER declaraba que los propietarios de tierras podían usar tanta fuerza (incluida la fuerza letal) como consideraran necesaria para lidiar con un zombi que entrara ilegalmente en su propiedad o sus cercanías. A un ciudadano también se le permitía usar "un nivel apropiado de fuerza" en caso de "una percibida amenaza por parte de un no muerto". En pocas palabras, cualquiera podía matar a un zombi siempre y cuando le explicara a la policía que se habían sentido en peligro.

Muchos no podían comprender la arrogancia de Marlowe sobre este tema. Si derogaba NEVADA, sería la primera vez que un líder mundial anulara la legislación que protegía a los no muertos. Las

leyes propuestas de CADAVER violaban numerosos tratados y acuerdos mundiales, y todo para satisfacer la insaciable sed de poder de un ególatra. Estas nuevas leyes arrastrarían al país al nivel de varias naciones africanas devastadas por la guerra, donde los no muertos solían ser golpeados en las calles hasta matarlos y utilizados por los militares para practicas de tiro y limpieza de campos de minas terrestres. Para los zombis sería "temporada abierta" en cuanto se pusiera en marcha CADAVER, pues la mayoría de la población ahora temía irracionalmente la amenaza zombi. Una amenaza que solo existía en su imaginación.

Pero los hechos no importaban para la multitud de admiradores de Marlowe reunidos ahí esa noche. Ellos creían en algo mejor que los hechos; creían en la democracia y en frases simplistas. También tenían a alguien que les decía exactamente lo que querían oír; que ellos eran los oprimidos, el pueblo olvidado, una minoría perseguida, y él era quien prometía corregir esa desigualdad.

Fabián nunca lo admitiría, pero sintió una descarga eléctrica atravesar todo su cuerpo cuando oyó a Marlowe mencionar a los Ceros por su nombre. Esta era una prueba innegable del impacto que estaban causando y de que ahora estaban en el radar de Marlowe. La Tribu le tenía preocupado. La Tribu de los Ceros había llegado.

Pulsó el botón de silencio en la televisión, interrumpiendo el resto de las bravuconadas y la vacía retórica de Marlowe.

Se plantó frente al grupo de Ceros hacinados dentro de la casa de Miles y que llegaba hasta el patio delantero. El grupo había crecido exponencialmente durante las últimas semanas. La publicación de las imágenes del centro de procesamiento les había brindado la atención que habían ansiado desesperadamente, y Fabián había asumido el papel de líder. Se imaginaba a sí mismo como una especie de Che Guevara, un revolucionario que dirigía a sus seguidores hacia una revolución de masas. Ya no era el perrito faldero de Clea.

“Es nuestra hora," entonó Fabián a su cautivada audiencia. “Este es nuestro momento en la historia. Ha llegado la hora de dar un paso adelante y hacer que las cosas avancen."

Fabián estaba en su elemento, muy consciente y ebrio de su propia importancia. Su vídeo se había vuelto viral, iluminando a los Ceros y su causa. Podía sentir un cambio en el aire. Ellos ya no eran una broma o un cómico remate mediático. Eran una fuerza legítima a tener en cuenta. Y él era el rostro público de su causa. Había estado concediendo entrevistas durante semanas con organizaciones de noticias en todas las zonas horarias, y la mayor visibilidad había convertido a los Ceros en los agitadores *underground* más populares para todo *hipster* con conciencia social que buscara un movimiento al que apoyar. Capítulos adicionales del grupo estaban surgiendo por horas en todos los rincones del mundo, y su logotipo de la Z aparecía por todas partes pintado con esprai en los laterales de autobuses y trenes, en vallas publicitarias corporativas y monumentos públicos, e incluso en el abdomen de supermodelos mientras se pavoneaban por la pasarela en un reciente desfile de moda en Milán. Era el símbolo definitivo de resistencia.

Fabián estaba experimentando un gigantesco subidón. Un mes atrás había sido un aspirante a irresponsable, un niño rico que vivía en los barrios bajos entre la clase baja. Ahora era como el Abigarrado Flautista de los Rastafaris. El incidente en el centro de procesamiento le había valido una seria credibilidad en la calle, así como antecedentes penales (aunque de lo único que pudieron acusarle fue de daño a la propiedad del gobierno, por lo que recibió una pequeña multa). El público le amaba y le odiaba a la vez, y eso era estimulante.

"Vivimos en una cultura enferma y de nosotros depende erradicar el virus." Señaló la imagen silenciosa de Marlowe en la televisión al decir esto. “Porque esto es más que una batalla. Estamos librando una guerra. Estamos en guerra contra el gobierno, contra Marlowe y sus compinches, y contra las billonarias corporaciones que violentan el planeta y con las que todos se meten en la cama."

Tal era la creciente confianza de Fabián que podía lanzar una perorata contra las corporaciones mientras llevaba zapatillas Nike de $300. También eran un par llamativo: rojo neón con trazos naranja brillante.

“Marlowe ha dado el pistoletazo de salida para una contienda de rencor ideológico. Somos nosotros contra ellos y tenemos que estar

dispuestos a ir más allá y hacer lo que la otra parte no quiere. Ahí es donde nos hemos quedado cortos en el pasado. Ellos no juegan según las reglas, y nosotros hemos estado esperando y dejando que eso ocurriera. Bueno, ya no más. Yo digo que es hora de que llevemos esto al siguiente nivel. Es hora de que nos ensuciemos las manos, ¿sí?"

Respaldó esto un coro de "sí" y "ya te digo" del grupo.

“Esta es nuestra única oportunidad y debemos aprovecharla. Si la arruinamos, es posible que nunca tengamos otra oportunidad. Pero si lo hacemos bien, esta puede ser nuestra oportunidad de cambiar el curso de la historia. Ahora, ¿quién está conmigo, sí?"

Los Ceros soltaron un fuerte grito de batalla que hizo que ladraran todos los perros en la calle.

Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro de Fabián. Nunca se había sentido más vivo.

Capítulo 16

"Sé cuáles son las reglas, Steve," suplicó Miles. "¿Pero no podemos hacer la vista gorda por esta vez?"

"Lo siento," dijo Steve negándose a ceder sobre el tema. "Vamos a tener que denunciarla."

"¿Quién se va a enterar de que no lo hacemos?"

"Eso no viene al caso. El negocio ya está en suficientes problemas." Steve deslizó su abrecartas dentro de otro sobre y lo abrió. La mayor parte del correo hasta ahora habían sido facturas, eso era lo único que parecía recibir estos días, y no ayudaba a su mal humor. “Si nos sorprendieran incumpliendo la ley por segunda vez, sería nuestro fin. Esta vez ni siquiera habría una investigación. Nos cerrarían de inmediato."

Esa mañana, Miles y Adam habían acudido a un trabajo donde se descubrió que una anciana griega tenía a su marido zombi encadenado en el sótano. Las leyes al respecto eran bastante claras: Rito Muerto ahora estaba obligado a denunciar a la mujer por dar cobijo a un no muerto, y ella sería multada, encarcelada o ambas cosas.

La mujer les había rogado a Miles y a Adam que no se llevaran a su marido, pues este la había acompañado desde hacía cincuenta y tres años. Como tanta otra gente, la mujer no podía soportar la idea de que un ser querido fuese enviado a una de esas gigantes prisiones de zombis, donde probablemente nunca le volvería a ver.

"Mira, Miles, a mí no me gusta la ley más que a ti," continuó Steve blandiendo el abrecartas en el aire para enfatizar su punto. “Pero nuestras creencias personales sobre el tema son irrelevantes. Hay sanciones graves si no cumplimos las reglas, y no estoy dispuesto a correr un riesgo así."

“La mujer es ya mayor y apenas habla inglés. Ni siquiera estoy seguro de que ella supiera que lo que estaba haciendo fuese ilegal."

Steve le lanzó a Miles una mirada escéptica. Se volvió hacia Adam. "¿Es cierto eso?"

"Ella sabía lo que estaba haciendo," dijo Adam en voz baja. “Solo estaba haciéndose la inmigrante confusa. Ya viste cuánta sangre artificial tenía allí."

Por mucho que Miles quisiera creer que la mujer era inocente, en el fondo sabía que Adam probablemente tenía razón. Habían encontrado botellas de sangre artificial dentro de la casa, la cual ella había comprado a través de Internet y mantenido bombeando dentro de su esposo para evitar que este se consumiera. Había una activa comunidad en Internet dedicada a esta práctica, donde miles de personas compartirían historias y consejos sobre cómo mantener a un zombi en su residencia sin ser atrapados. Incluso había habido rumores de que alguna gente seguía viviendo con sus cónyuges zombis como marido y mujer, con todo lo que eso implicaba. Nadie parecía completamente seguro de cómo se lograba esto y a la mayoría no le gustaba pensar demasiado en ello.

Todas estas personas estaban infringiendo la ley, pero Miles no pensaba que debían ir a prisión por ello. Simplemente estaban haciendo lo que muchos otros harían si se encontraran en una situación similar. Si bien ahora todos sabían el curso de acción correcto en caso de que un ser querido fuese mordido, nadie sabía de verdad cómo iban a reaccionar hasta que les sucedía. Parecía incorrecto castigar a las personas solo por preocuparse por sus familiares.

Miles y Adam notaron que Steve había estado en silencio durante el último medio minuto. Estaba leyendo el correo que acababa de abrir.

"¿Qué pasa?" Dijo Adam.

"Más cartas de fans," dijo Steve. Había una mezcla de ira y diversión en su voz.

Se aclaró la garganta y leyó la carta en voz alta.

“Queridos Peones de Satanás," comenzó. “Disfrutad del tiempo que

os queda aquí en la tierra, porque estáis destinados a pasar el resto de la eternidad revolcándoos en los abismos de fuego del infierno. Ya es malo que la plaga de muertos que camina por la tierra sea la retribución divina de Dios por el tipo de comportamiento pecaminoso en el que vosotros dos os entregáis a diario, pero que ahora os estéis beneficiando de ello asegura que vosotros y todos los demás sodomitas sentiréis toda la fuerza de la ira de Dios cuando llegue el Día del Juicio."

Steve y Adam no parecían estar muy molestos por el contenido de la carta, pero Miles podía sentir que se le calentaba la sangre. Habían recibido correspondencia similar de chiflados religiosos que se aprovechaban de personas vulnerables informándoles que sus seres queridos habían muerto debido al comportamiento inmoral de los demás. Ahora se deshacía de las cartas tan pronto como llegaban, tirándolas a la basura sin abrirlas. Desafortunadamente, había muchos otros que creían todo lo que leían y elegían unirse al Pelotón de Dios en su cruzada contra la depravación.

Steve arrugó la carta y soltó una risa tranquila. “Deberíamos mostrarles nuestros extractos bancarios," dijo mientras arrojaba la bola de papel a la papelera. "Entonces verían que no nos estamos beneficiando de la situación precisamente."

“Quizá deberíamos hacerles saber que ha pasado un tiempo desde que también nos permitimos comportamientos pecaminosos a diario," dijo Adam.

"Adam, no creo que este sea el momento ni el lugar para hablar de eso."

"Bien, ¿y deberíamos ignorar los problemas que hemos tenido y esperar que todos desaparezcan?"

La temperatura de la habitación pareció subir ligeramente. Miles podía sentir que Steve y Adam estaban al borde de otra discusión importante. Salió discretamente de la sala sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Un minuto después, sus voces elevadas resonaron por todo el edificio mientras otra simple discusión se convertía en una pelea sin

sentido por nada. Este tipo de cosas sucedía cada vez más a menudo durante las últimas semanas. No solo Steve y Adam, con todos. Las tensiones aumentaban en la oficina, los nervios estaban crispados y la gente se volvía loca por la más mínima razón. No era el entorno de trabajo más agradable del mundo.

Steve parecía estar bajo mayor presión. El desempeño de Elliott en el centro de procesamiento de hacía unas semanas había dado lugar a que Rito Muerto fuese multado con un cuarto de millón de dólares. No es que esto fuese una sorpresa para Steve; el investigador principal que presidía el caso era un antiguo colaborador y amigo personal cercano de Jack Houston. Tan pronto como escuchó eso, supo que no recibirían nada menos que la pena máxima.

Rito Muerto tenía ahora noventa días para pagar la multa. Para Steve, esto era como una forma adicional de castigo. Aunque les dieran noventa años, era imposible reunir tanto dinero. Prefería que hubieran rescindido su contrato en lugar de prolongarlo durante otros tres meses. Se sentía como un prisionero en el corredor de la muerte esperando a que dieran fin a su miseria.

Miles llegó a casa poco después de las diez. Evitó acercarse a la sala de estar después de oír a Clea y a su grupo de amigos acampados allí. No estaba de humor para aguantar sus payasadas esta noche, así que fue directamente a su habitación.

Le envió un mensaje de texto a Shae preguntándole dónde estaba y luego encendió la televisión.

Las noticias de esa noche estaban dominadas por el último escándalo que había involucrado a una ministra del gobierno y la trascendental revelación de que esta había mantenido una relación sentimental con uno de sus empleados poco después del fin de su primer matrimonio. El informe profundizaba en todos los detalles espeluznantes (él tenía diecinueve años, ella era su jefa de treinta y tres) y en la implicación de que este asunto arrojaba dudas sobre su integridad y su capacidad para desempeñar sus funciones. El reportaje era tan sensacionalista y exagerado que muchos espectadores pudieron haber tenido la impresión de que se había cometido algún delito, en lugar de ser una historia bastante vulgar

de dos adultos con una relación consensuada que había terminado hacía dieciséis años. Toda la sucia saga era propia de las páginas de algún cutre folletín de chismes y no del reportaje principal de un programa de noticias y actualidad supuestamente respetable. Era un entretenimiento de bajo coste disfrazado de noticias, y era un indicativo de las profundidades en las que el periodismo había calado en el clima político actual.

No fue sorpresa alguna que *La Tinta Diaria*, el periódico favorito de Bernard Marlowe, fuese el que publicara la historia y la mostrara en la portada de la edición de esa mañana. Tampoco fue una sorpresa que eligieran apuntar a una ministra rival, ignorando a los muchos políticos masculinos que hablaban de valores familiares y moralidad honrada mientras se embarcaban en aventuras extramatrimoniales y visitaban prostitutas. El propio Marlowe había tenido que hacer desaparecer silenciosamente varias demandas por acoso sexual mediante pagos secretos y acuerdos de no divulgación.

Miles le envió a Shae otro mensaje de texto. Apagó la televisión y se dirigió a la cocina para comer algo.

Uno de los amigos de Clea se le había adelantado y se estaba sirviendo el contenido del frigorífico. Miles nunca había visto a este tipo antes. Al parecer el tipo no había tardado mucho en sentirse como en casa.

"¿Eres Miles?" preguntó el extraño sin levantar la vista.

"Uh, sí, soy yo," dijo Miles. Estaba algo sorprendido de que su reputación le precediera.

"He oído que trabajas para Rito Muerto." Escupió las palabras "Rito Muerto" como si fueran abusadores de niños asesinos de cachorros.

"Ajá."

El extraño cerró la nevera y se volvió hacia Miles. Su cabello estaba teñido de negro azabache y peinado con un cresta moderna. Llevaba un aro en la nariz y perilla, y su camiseta negra rasgada y sus vaqueros estaban sujetos con cinta adhesiva e imperdibles como solían llevar los punks en los setenta. La diferencia aquí era que este

tipo probablemente había comprado su atuendo en una boutique de diseñador en lugar de en las tiendas de caridad preferidas por los punks genuinos. En general, se parecía a lo que el departamento de vestuario de una serie televisiva de policías pensaba que sería la imagen del típico anarquista punk, hasta las pulseras tachonadas en cada una de las muñecas. También parecía unos diez años mayor de lo que Miles había pensado al principio. La mayoría de los Ceros eran jóvenes sin rumbo y en edad adolescente o de veintipocos años. Este tipo parecía estar en el lado equivocado de los treinta.

Inmediatamente comenzó a sospechar sus motivos para unirse a los Ceros. Puede que tuviera menos que ver con la lucha contra la opresión y la injusticia, y más con el acceso a un grupo de chicas universitarias idealistas e impresionables.

A pesar de sus pintas y su edad algo avanzada, era un hombre inusualmente apuesto. Tenía una cara tan angulosa que parecía estar hecha toda de polígonos.

“Arrodíllate," dijo el extraño [6].

"¿Perdón?" Miles quedó desconcertado por esta orden abrupta. Le preocupaba que este encuentro estuviera a punto de dar un giro extraño.

"Es mi nombre," dijo señalándose a sí mismo. "Soy Neil."

"Ah. Hola, Neil."

Neil regresó al salón con una montaña de comida y bebidas.

"Tu amigo es un poco raro," oyó decir a Neil desde el salón.

"Oh, es Miles," dijo Clea. "Es cienciólogo."

Neil, sabría Miles más tarde, había llamado la atención de Clea en uno de sus mítines. Había causado una gran impresión al lanzar un ladrillo y romper una ventana de un Starbucks, luego había escalado a un poste de energía y cortado la electricidad a un McDonald's cercano. El hecho de que se tratara de una protesta contra la censura era irrelevante. A Clea le había gustado su pasión y había decidido que sería un activo valioso para su causa.

Miles fue a la nevera y se puso a preparar un sándwich de jamón y queso. Descubrió que Neil se había llevado lo último del jamón, por lo que se vio obligado a usar como sustituto una especie de extraño alimento vegano gomoso y amarillento.

Oyó que un coche paraba frente a la casa unos minutos después. Dejó su bocadillo en proceso sobre la mesa y esperó junto a la puerta principal.

"Es un poco tarde, ¿no?" dijo tan pronto como abrió la puerta.

Shae dejó escapar un gemido exagerado. "¿Puedo al menos entrar en casa antes de que me interrogues?" dijo ella fatigadamente.

"Son casi las once en punto."

"Soy consciente de la hora, Miles. Estaba en una reunión de grupo. Te lo dije esta mañana."

"Dijiste que terminaba a las ocho."

“Terminó a las ocho. Luego algunos salimos a comer pizza."

"¿Te habría matado llamar antes y avisarme?"

Shae se encogió de hombros. "No pensé en eso."

La impaciencia de Miles iba en aumento. La actitud desdeñosa de Shae no ayudaba. "Te envié unos cinco mensajes de texto."

“Tenemos los teléfonos apagados durante las reuniones. Probablemente me olvidé de volver a encenderlo." Miles encontró esto difícil de creer, ya que Shae apenas podía pasar dos minutos sin comprobar el teléfono. "Si ya has terminado," dijo, alejándose, "me voy a la cama."

"No tan rapido." Él extendió el brazo para evitar que Shae pasara. "Quiero saber por qué no fuiste a la escuela."

Shae le lanzó a Miles otro dramático giro de ojos. "En otro momento, por favor."

"No. Tenemos que hablar de esto ahora."

"No es gran cosa. Me perdí un par de clases de educación física. Tampoco es que sean importantes."

"Eso no viene al caso. No quiero que te acostumbres a saltarte las clases."

"Eso es un problema tan del primer mundo."

"Oh, Dios, no empieces tú con eso."

"¿Me estás diciendo que tú nunca faltaste a clase cuando ibas a la escuela?"

"Tienes razón, falté a clase. Y mira adónde me ha llevado eso."

"Por eso no te preocupes, Miles," dijo Shae abriéndose paso. "Estoy segura de que no terminaré como tú."

Ella cerró de golpe la puerta de su dormitorio para darle un énfasis añadido.

Si la experiencia de Miles de criar a su hermana menor durante los últimos dos años y medio le había enseñado algo, era que estaba siendo castigado por su propio comportamiento cuando era adolescente. Parecía que todo el estrés y el trauma que él había infligido a sus padres cuando tenía la edad de su hermana se volvían ahora contra él multiplicado por diez. Cada vez era más difícil mantener a Shae en el camino recto, ahora que estaba pasando por su obligatoria fase de rebelión adolescente. Siempre que él le pedía que hiciera algo, ella inevitablemente terminaba haciendo lo contrario. Si le dijese que no bebiera un vaso de nitrógeno líquido, ella probablemente lo haría sólo para fastidiarle. Sabía que era un comportamiento típico de su edad, pero eso no lo hacía menos frustrante.

Lo que más le preocupaba era la influencia que parecía estar ejerciendo Clea sobre ella. Que se saltara un par de clases no le preocupaba mucho. Como ella había señalado con razón, él solía hacer lo mismo de vez en cuando. Pero eran las razones tras su ausencia a clase las que le preocupaban. No le habría molestado si

ella faltara a la escuela para ir al centro comercial con los amigos, pero ella lo hacía para pasar el rato con un grupo de *hippies* "cabezas muertas". Temía que ellos estuvieran contaminando su mente y llevándola por un camino oscuro.

No pasaba nada que personas como Clea y Fabián desperdiciaran sus vidas de esa manera, pues ambos provenían de familias ricas y podían permitirse el lujo de abandonar los estudios durante algunos años. Shae no tenía ese lujo. Los siguientes años de su vida serían vitales y, si ella se equivocaba ahora, podría dañar irreversiblemente sus perspectivas de futuro.

Sabía que él estaba siendo sobreprotector, pero no podía evitar preocuparse por la gente con la que su hermana pasaba el rato y las decisiones que tomaba. Cuanto más se acercaba Shae a Clea, más difícil era para Miles comunicarse con ella. No sabía si Clea lo estaba haciendo deliberadamente, pero definitivamente estaba abriendo una brecha entre ellos. Las dos siempre se aliaban contra él y él siempre se sentía superado en número.

Miles se sentía cada vez más preocupado por la forma en que los chicos la miraban ahora. Era algo sutil, pero definitivamente estaba ahí. Su mirada se demoraba un par de segundos más de lo necesario. El desfile interminable de hombres extraños a los que Clea permitía entrar en la casa, como ese sórdido Neil que acababa de encontrarse, no hacía nada para aliviar sus preocupaciones.

Miles volvió para terminarse el sándwich. El timbre sonó unos minutos después.

Respondió y encontró a Elliott agarrándose al marco de la puerta como si toda la casa fuese a colapsar si la soltaba. Si no estaba borracho, la imitación era bastante convincente.

"Eyyy, Miles," dijo arrastrando las palabras.

"¿Adónde desapareciste?" Dijo Miles. "Llevo intentando llamarte las últimas dos semanas."

Unos días después del incidente en el centro de procesamiento, Miles había recibido una llamada telefónica que decía que Elliott

había sido arrestado. La policía sospechaba que era parte de un elaborado plan de lavado de dinero después de pillarlo tratando de depositar un cheque fraudulento de $200. Elliott no ayudó al mostrarse evasivo y negándose a responder cualquier pregunta. Miles había tenido que explicarle a la policía que él estaba intentando estafarle algo de dinero a un estafador nigeriano, pero eso no resultó como él lo había imaginado.

"He estado muy ocupado," dijo Elliott. Combinaba las palabras de un modo que parecía un dialecto nuevo. "Necesitaba algo de passsta."

"¿Tienes nuevo empleo?"

"Nop." Elliott sacó un pequeño frasco de pastillas del bolsillo trasero que contenía varias cápsulas ovaladas azules. "Gano dinero con esto."

"Oh, estupendo, ahora vendes drogas. Y yo preocupado de que estuvieras haciendo algo irresponsable."

"Relájate, no estoy vendiendo drogas. Las estoy tomando. Es un medicamento y me pagan por hacerlo."

"¿Te refieres como...un ensayo clínico?"

"No, me dieron estas pastillas para que me las tomara y luego monitorear cómo reacciona mi cuerpo."

"Eso es lo que llaman ensayo clínico."

"Ah. Correcto."

"¿No se supone que deben aislar a los sujetos de prueba mientras los controlan?"

"No en este. Así puedo hacer dos a la vez."

Elliott buscó a tientas un segundo frasco de pastillas, este contenía pastillas redondas de color naranja.

"¿Y están probando contigo dos clases de drogas?"

"No, estas son para una prueba diferente."

"¿Estás formando parte en dos ensayos clínicos diferentes?"

"Sip."

"¿Al mismo tiempo?"

"Te lo aseguro, el dinero está muy bien." Elliott esbozó una amplia sonrisa, como si estuviera excepcionalmente orgulloso de sí mismo. "Tú también deberías hacerlo."

La frenética prisa por desarrollar una vacuna o una cura para la infección significaba que había una variedad heterogénea de ensayos clínicos disponibles para cualquiera que estuviera dispuesto a arriesgar su salud y bienestar por algo de dinero rápido. Las compañías farmacéuticas no escatimaban gastos en su búsqueda. Algunas se estaban comportando de forma menos ética de lo que lo hubieran hecho de otra manera.

"Pero no sabes cuáles son los posibles efectos secundarios," dijo Miles.

"Nadie sabe cuáles son los posibles efectos secundarios, Miles." Elliott habló lentamente, como si le estuviera explicando algo complejo a un niño pequeño. "Por eso tienen que realizar estas pruebas."

Miles notó pequeñas perforaciones y decoloraciones en los brazos de Elliott. Entonces supo que era aquello, y no el alcohol, la causa del extraño comportamiento de Elliott.

"¿Has estado vendiendo sangre también?"

Elliott negó con la cabeza. "Síiii."

"¿Cuántas veces lo has hecho?"

"No sé," Elliott se encogió de hombros. “Tres veces, creo. O quizá tres. Mi memoria no va muy bien últimamente, no sé por qué."

"Cristo, Elliott, no puedes seguir haciendo eso."

"Claro que se puede. Solo hay que dar un nombre diferente al entrar. No verifican tu identificación ni nada. Además, soy AB negativo. Me pagan más por mi sangre porque es rara."

"¿Podrías cerrar la puerta, por favor, Miles?" gritó Clea desde el salón. "¡Estás dejando salir todo el aire fresco!"

Elliott asomó la cabeza dentro. "¡Hola, Clea!" gritó con su voz más amigable. "¡Soy yo!"

"Oh, Dios," dijo Clea con disgusto. "¿Qué esta haciendo él aquí?"

"Dios bendito, Clive, tu esposa parece estar de mal humor esta noche."

"Mira, probablemente sea mejor que ya no te pases mucho por aquí." Miles intentó sacar a Elliott de la casa antes de que su presencia provocara una nueva escena.

"Uh, mira, Miles, la razón por la que he venido aquí esta noche..." Elliott hizo una pausa mientras trataba de reorganizar sus confusas ideas en una oración coherente. "Necesito tu ayuda con una cosa."

"Claro," dijo Miles captando el repentino giro deprimente de Elliott. "¿Qué pasa?"

Elliott respiró hondo. "Mis abuelos son zombis."

Miles dio una carcajada. Tal revelación había salido de su amigo tan rápidamente y sin previo aviso que asumió que Elliott estaba bromeando. Pero la expresión en su rostro le dijo que hablaba en serio. Salió al porche delantero y cerró la puerta tras él.

"¿De qué estás hablando?"

Elliott explicó cómo había sucedido. Más temprano ese día, había decidido visitar a sus abuelos con la esperanza de conseguir una comida gratis, después de haber agotado su bienvenida en casa de sus padres. Pero al llegar descubrió que era demasiado tarde. Ambos eran ahora no muertos sentados en el sofá viendo *Judge Judy* [7].

"¿Cuando ocurrió eso?" Dijo Miles.

“Los encontré hoy. Salí a visitarles y yo... "

"Espera, ¿fuiste en coche hasta allí?"

"Bueno, obviamente no fui caminando hasta tan lejos."

"No, es que me sorprende que hayas logrado meter la llave en el contacto, por no mencionar operar un vehículo a motor."

"Bueno, ¿me vas a ayudar o qué?"

"¿Ayudar?"

"Ayudarme a llevarlos a un centro de procesamiento y, ya sabes...," se interrumpió antes de que pudiera pronunciar las palabras "cobrar la paga", pero Miles sabía a qué se refería.

"¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer?"

“En realidad no, pero si no lo hacemos nosotros, otro lo hará. Prefiero que seamos tú y yo en vez de que un matón de Z-Pro los golpee y se sirva a sí mismo con las reliquias familiares."

"Yo no tengo esto claro, Elliott."

“Por favor, Miles. No puedo hacerlo sin ti."

Miles se sintió en conflicto. Elliott era su mejor amigo y estaba en una situación desesperada. Pero él ya había cobrado un trabajo a espaldas de Steve y Adam, y no creía que estuviera bien hacerlo otra vez.

"Lo digo literalmente," continuó Elliott. "No puedo hacerlo sin ti. Necesito una licencia de GCNM válida para llevarlos al centro de procesamiento. La mía ha sido revocada."

A pesar de sus reservas, al final accedió a ayudar a Elliott. Esto sería algo de una sola vez, prometió, y dejó en claro que solo lo estaba haciendo debido a circunstancias excepcionales. Hicieron planes para ir a primera hora de la mañana.

Capítulo 17

A pesar de su nombre sombrío, Villa Tumbas era en realidad un pueblo tranquilo y agradable. Una década antes había sido una próspera comunidad semirrural, pero todo había cambiado con la construcción de una carretera de circunvalación que desviaba todo el tráfico que pasaba. Esto provocó el cierre de muchas empresas locales y la caída de los precios de las propiedades a medida que los residentes abandonaban en masa el pueblo.

El otro lado era que el pueblo se había vuelto muy atractivo para los jubilados. Los económicamente precarios ancianos ahora no solo podían permitirse por la mitad de precio una casa dos veces más grande que en el pueblo, sino que no tenían que aguantar gentuza pasando por su pueblo y perturbando la serenidad. Para aquellos que querían estar en paz y disfrutar de sus años crepusculares, el pueblo les venía muy bien. Gracias al desvío, Villa Tumbas era un lugar al que alguien solo podía ir a propósito. Nadie se tropezaba con él por accidente.

No hacía falta consultar las cifras del censo para saber que los ciudadanos del pueblo tenían una edad promedio de sesenta y un años. Esto se podía adivinar por la uniforme pulcritud de cada una de las casas. Toda residencia era una imagen de perfección hogareña, con césped bien cuidado, como una esponjosa alfombra verde e hileras de flores y plantas tan bien mantenidas que parecían casi artificiales. Este nivel de inmaculación solo era alcanzable para aquellos que estaban dispuestos a dedicar días enteros a la presentación y mantenimiento de su morada.

Elliott se detuvo en el camino de entrada de la casa de sus abuelos que, como todas las demás en esta comunidad de Stepford, estaba impecablemente presentada. Solo unas pocas hojas sueltas en el césped delantero insinuaban que algo raro podría estar ocurriendo.

Descubrieron a ambos abuelos zombi dentro de la casa. Estaban haciendo exactamente lo que harían normalmente a esa hora del día, que era ver sus programas de juegos favoritos. La televisión

estaba encendida cuando se habían convertido, lo cual facilitaba mucho las cosas para Elliott y Miles. Ambos pudieron entrar silenciosamente sin llamar la atención. A partir de ahí, no fue demasiado difícil sacarlos del sofá y meterlos en la parte trasera del coche de Elliott.

"Es un poco raro que nadie lo haya informado," dijo Miles mientras abrochaba los cinturones de seguridad.

"No sé," Elliott se encogió de hombros, quitando con cuidado los anillos en los dedos de su abuela y guardándolos en el bolsillo. "Aquí la gente tiende a ocuparse de sus propios asuntos."

Un agudo maullido los interrumpió. Elliott alzó la vista y vio a Ahumado, el atigrado gato de doce años de sus abuelos, posado en el umbral de la puerta.

Elliott gruñó. No había pensado en lo que iba a hacer con el gato. "Dime, Miles. ¿Te gustaría una mascota?"

"Creo que ya sabes la respuesta a eso, Elliott," dijo Miles. Ya era suficiente con tener un montón de harapientos *hippies* y un gran cerdo tatuado apestando en su casa. No le gustaba nada la idea de agregar orina de gato a la mezcla.

"Supongo que se viene a casa conmigo entonces," dijo Elliott con un suspiro.

Se movió para levantar al gato y este se alejó de un brinco de inmediato. "Maldita sea," masculló Elliott mientras el gato pasaba por debajo de la cerca y entraba en la propiedad vecina. Se preguntó si podría dejarlo allí y dejarle el problema a otra persona. Pero luego pensó en lo mucho que amaba su abuela a ese estúpido gato y en cómo hubiera querido que cuidaran a su peludo compañero cuando ella ya no estuviera.

Saltó sobre la cerca y avanzó de puntillas detrás del gato hasta que lo tuvo acorralado. El gato trató de huir de nuevo, pero él lo pescó rápidamente.

"Te tengo, cabroncete," dijo.

Se levantó y se encontró cara a cara con un zombi de pelo blanco.

Elliott dejó escapar un chillidito agudo, del que se habría sentido avergonzado si no hubiera estado tan petrificado. El gato saltó de sus brazos y se subió a un árbol cercano.

El zombi le devolvía a Elliott la mirada, observándole profundamente a los ojos. Elliott se congeló durante lo que le pareció una eternidad, pero probablemente solo fue cosa de medio segundo.

No fue hasta que notó que ambos estaban separados por un grueso panel de vidrio, y que el zombi estaba dentro de la casa del vecino, que su corazón volvió a latir y pudo hacer que sus miembros se movieran otra vez.

Una vez que el pasó impacto inicial, dedujo lo que aquello significaba. Aquí había otro zombi para recoger. Una especie de compre-dos-llévese-tres, y más dinero en su bolsillo. Quizás las cosas estaban empezando a irle mejor.

Se apresuró a volver a la cerca, ansioso por informar a Miles de este último acontecimiento. Subió la mitad del cuerpo y se detuvo. Desde esa posición elevada podía ver directamente el patio trasero de la casa detrás de la de sus abuelos. Allí, un anciano zombi empujaba un cortador de césped apagado arriba y abajo por el patio. Su esposa zombi estaba cerca de un macizo de flores, toqueteando ausentemente la tierra con una azada de jardín una y otra vez.

Elliot siguió subiendo hasta quedar de pie sobre la cerca. Mantuvo el equilibrio agarrándose a una rama del árbol en el que el gato se estaba ahora escondiendo. Desde ahí podía ver todas las propiedades circundantes, donde el mismo increíble escenario se desarrollaba una y otra vez.

Todo residente de cada casa era ahora un zombi.

Elliott saltó y se apresuró a regresar al coche. Miles notó que algo estaba pasando con solo mirarle.

"¿Qué pasa?" dijo Miles.

"Miles." A Elliott le tomó un momento recuperar el aliento y descubrir cómo poner en palabras lo que acababa de ver. Tragó saliva. "Creo que hemos llegado a la veta madre."

El coche de Elliott subía y bajaba por las calles vacías de Villa Tumbas. Él y Miles mantenían los ojos bien abiertos en busca de supervivientes, pero cuanto más conducían, menos probable parecía. En su lugar, lo que encontraban eran zombis allí donde miraran.

Los abuelos iban en el asiento trasero, abrochados con cinturones de seguridad. Los cinturones no eran tan seguros como los arneses que tenían en el minibús, pero eran bastante efectivos. Un zombi no poseía ni las habilidades motoras ni la destreza física necesarias para desabrocharse un cinturón de seguridad. Las rejas que cubrían sus caras les impedían morder a nadie.

"¿Crees que queda alguien?" dijo Elliott mientras escaneaba el área en busca de signos de vida.

Miles negó con la cabeza. "No lo parece."

Había oído hablar antes de este tipo de cosas, en las que un pueblo entero sucumbía a una infección, pero no creía que eso fuese algo que él llegara a ver nunca con sus propios ojos.

Cuanto más avanzaban, menos esperanzas tenían de encontrar a alguien con vida. Lo único que veían eran no muertos. Los ciudadanos de Villa Tumbas, gente que Elliott había conocido desde hacía años, habían sido reemplazados por macabras vainas de sí mismos.

Una escena espeluznante se desarrollaba a su alrededor mientras el automóvil atravesaba el pueblo a baja velocidad. Los residentes continuaban con sus rutinas diarias a un tercio del ritmo de su anterior existencia. Un anciano zombi subía y bajaba penosamente por la acera con la ayuda de un andador de aluminio. Otros dos vagaban sin rumbo fijo sobre *scooters* de movilidad reducida, chocando entre sí y contra los coches aparcados. En un patio se

desarrollaba una interminable partida de bolos sobre césped, jugada a un ritmo glacial.

"¿Cómo ha podido pasar esto?" Dijo Elliott. Todavía estaba luchando por asimilar todo ello. Su reloj sonó para recordarle que se tomara las pastillas. Se movió en su asiento para sacarlas del bolsillo de atrás.

"Es raro, pero no inaudito," dijo Miles. “Sobre todo en pueblos de este tamaño. Se cuela una infección, la persona infectada se muestra reacia a buscar ayuda o sus familias no quieren delatarlo y, por tanto, se propaga. Una población en edad avanzada también habría sido un factor contribuyente. Se convierten mucho más rápido porque sus cuerpos son más débiles y más susceptibles a un ataque, pues no pueden moverse tan rápido. No sería muy raro que un pueblo como este acabara abrumado en dos o tres días."

“Yo estuve aquí ayer," dijo Elliott. Tragó una pastilla naranja con un sorbo de agua. "No puedo creerlo. Todos parecían estar bien. La gente caminaba como si no pasara nada. ¡Hablé con Lyle ayer!"

A su izquierda estaba Lyle Zombi, el propietario de ochenta años de la estación de servicio y superviviente de cáncer de garganta. Lyle Zombi estaba haciendo lo que normalmente haría a esta hora del día: sentarse junto a la nevera, leer un periódico y fumar un cigarro a través del orificio de traqueotomía en la garganta.

“Pues parece que saliste de aquí justo a tiempo. En algún momento de las últimas veinticuatro horas ha alcanzado una masa crítica. Un punto de imposible retorno."

Condujeron durante más de dos horas, hasta que fue evidente que las únicas almas vivientes que quedaban en Villa Tumbas eran las que estaban dentro del automóvil.

"Supongo que será mejor que informemos de esto," dijo Miles rascando distraídamente la cabeza del gato sentado en su regazo. El gato ronroneó ligeramente, disfrutando demasiado para el gusto de Miles.

"¿Es esa nuestra única opción?"

"De acuerdo con la ley, lo es."

A las empresas de gestión y control de no muertos solo se les permitía trabajar con cien "obis" o menos. Si había más se les pedía que informaran a las autoridades. Entonces se enviaba al PUMA y se sellaba el área mientras evacuaban a los restantes habitantes. La empresa recibiría la tarifa nominal de búsqueda por informar del incidente. En el caso de Villa Tumbas, un pueblo de unos cinco mil habitantes, esto equivaldría a unos $20.000.

Elliott había estado en silencio un rato mirando por la ventana. Miles lo conocía bien y sabía que algo se estaba formulando dentro de su cabeza. Tenía esa mirada suya en el rostro.

"¿Qué?" dijo Miles un poco preocupado por el repentino brillo que apareció en los ojos de Elliott.

“Quizás haya otra opción," dijo Elliott.

Steve saltó de detrás de su escritorio y cerró la puerta. Una vez que Elliott le había informado de la situación actual en Villa Tumbas, asumió que el resto de aquella conversación no debería viajar más allá de las cuatro paredes de su oficina.

"¿Cuántas personas viven en Villa Tumbas?" Dijo Steve acomodándose de nuevo en su asiento.

“Unas cinco mil," dijo Elliott.

"¿Y están todas infectadas?"

"Si."

"¿Hasta el último?"

“Que nosotros sepamos, sí. Estuvimos conduciendo dos horas y no encontramos supervivientes."

Steve centró su atención en Miles sentado junto a Elliott. "¿Confirmas tú todo esto?"

Miles asintió. “Es una plaga categoría cinco. El pueblo entero ha

quedado arrasado."

Steve se reclinó en su silla y miró al techo. Los engranajes de su cerebro trabajaban horas extra.

Miles notó algunas abrasiones rojas alrededor del cuello de Steve y se descubrió a sí mismo especulando sobre cómo podían haber llegado allí, antes de reprocharse a sí mismo por tener inapropiadas ideas homofóbicas. Podía haber razones perfectamente inocentes por las que Steve tendía lo que parecían ser marcas de cinturón en la base de la garganta. No se le ocurría ninguna para la parte superior de la cabeza, pero estaba seguro de que existían.

Después de regresar de Villa Tumbas, Miles y Elliott habían llevado a los dos abuelos al centro de procesamiento y cobrado su paga. Elliott se había ofrecido a dividir el dinero al cincuenta por ciento, pero Miles insistió en que él se quedara con los $1000. Pensó que Elliott lo necesitaba más que él y, considerando las circunstancias, se habría sentido raro al aceptarlo.

Luego inventaron una historia tapadera sobre lo que habían ido a hacer a Villa Tumbas (dijeron que habían ido allí para ayudar a los abuelos de Elliott a mover algunos muebles cuando se toparon con el pueblo lleno de zombis) antes de pasarse a ver a Steve y a Adam con una propuesta que podría salvarles el negocio. La respuesta de Steve, sin embargo, no fue tan entusiasta como esperaban.

"Lo siento," dijo Steve sacudiendo la cabeza. "No podemos hacerlo."

Elliott levantó las manos con incredulidad. "Tienes que estar bromeando."

"Tenemos que hacer lo correcto y avisar."

“Este trabajo es un regalo de Dios, Steve. Ha caído del cielo justo en el momento exacto en que más lo necesitábamos. Si le damos la espalda a esto, es como si le estuviéramos mostrando el dedo al universo."

"Lo siento, pero ya he tomado una decisión."

"Esto podría resolver todos vuestros problemas."

"Y también podría crearnos otros aún peores."

“Oh, venga ya, Steve. Dame una buena razón por la que no deberíamos hacer esto."

"Te daré dos. Uno, porque es muy peligroso. Y dos, si nos pillan intentando hacer un trabajo de este tamaño, nos enfrentaremos a una multa de siete cifras y una pena de prisión para Adam y para mí."

"Entiendo que es un gran riesgo, pero ¿no estás de acuerdo en que valdría la pena correr un riesgo así?"

"Eso es fácil de decir para ti, Elliott. Nosotros tenemos mucho más en juego que tú."

"No es tan peligroso. Todos somos profesionales capacitados. Esto no es nada que no hayamos hecho antes, solo que a una escala un poco mayor."

"¿Qué es todo esto de «nosotros»?"

"¿Qué quieres decir?"

"En caso de que lo hayas olvidado, tú ya no trabajas para Rito Muerto. Así que, si decidimos seguir adelante con este hipotético trabajo que estáis proponiendo, y ese es un gran SI, ¿qué te hace pensar que te íibamos a recibir con los brazos abiertos? "

"Bueno..." Elliott vaciló. "Yo pensé que dado que era yo quien os avisaba de esto, estaría involucrado de alguna manera. Y con un trabajo de este tamaño necesitarás todos los trabajadores que puedas."

"Pero no vamos a hacer el trabajo, así que no tiene sentido que lo discutamos siquiera."

“¿Alguna vez ha sido alguien declarado culpable de hacer un trabajo que debería haber sido informado a las autoridades? Esto es un tecnicismo. Nadie ha sido condenado."

“Con la suerte que hemos tenido últimamente, probablemente

seríamos los primeros. Honestamente, ¿no imaginas lo que sucedería si nos pillaran después todo por lo que hemos pasado estas últimas semanas? Nos colgarían, nos arrastrarían y descuartizarían públicamente. Podrían cerrarnos la persiana solo por tener esta conversación."

“Nadie se va enterar jamás. Villa Tumbas está fuera de los caminos trillados. Desde que construyeron la circunvalación de la autopista, ya no reciben tráfico. Las únicas personas que veremos son los lugareños y todos son zombis."

Steve cerró los ojos y exhaló. Elliott parecía tener una respuesta para todo. Sabía que sería más que estúpido e irresponsable estar de acuerdo con lo que se sugería aquí. Pero no podía negar que no estaba un poco tentado.

Miró a Adam. "¿Que piensas tú de todo esto?"

Adam había permanecido mudo durante toda la discusión y dudó al interrumpir su silencio. “Ya sabes cuál es nuestra situación financiera actual," dijo finalmente.

Steve no necesitaba que le recordaran el estado catastrófico del negocio. Ya estaban luchando para llegar a fin de mes, pero la multa con la que acababan de ser sancionados significaba casi con certeza el fin de Rito Muerto, además de llevar a la bancarrota personal a Steve y a Adam.

"¿Crees que podemos permitirnos el riesgo?"

"Eso es decisión tuya," dijo Adam moviéndose incómodo en su asiento. Si bien apreciaba que Steve le estuviera involucrando en el proceso de toma de decisiones, también estaba un poco irritado de que la responsabilidad de tomar una decisión de esa magnitud pareciera recaer únicamente sobre él. "Pero no estoy seguro de que podamos permitirnos no hacerlo," agregó.

Steve suspiró y miró por la ventana hacia el aparcamiento. Lo asimiló todo, sopesando los pros y los contras. Le encantaría poder consultarlo con la almohada y tomar una decisión sin la presión y la emoción que le pesaban ahora, pero ese era un lujo que no tenía.

Esto tenía que solucionarse de inmediato. Cuanto más tardara en tomar una decisión, mayores eran las posibilidades de que otro apareciera y descubriese el pueblo.

Adam, Elliott y Miles se quedaron en silencio y esperaron una respuesta.

"Steve," dijo Elliott, inclinándose hacia adelante. "Si hubiera sido Z-Pro y no nosotros los que hubieran hecho este descubrimiento, ¿de verdad crees que ellos dudarían un segundo en hacer un trabajo como este?"

Eso fue lo último que Steve necesitaba oír, a Elliott invocando el nombre del tan odiado competidor de Rito Muerto. Steve se dio la vuelta para mirar a los demás con una mirada de férrea determinación brillando en los ojos. Se levantó del asiento.

"Vamos a necesitar un autobús más grande."

Capítulo 18

Más tarde ese día, Steve llamó a todo el personal para una reunión de emergencia e informarles de la situación en Villa Tumbas. Describió la propuesta de Elliott: en lugar de informar a las autoridades, lo cual se les exigía por ley, Rito Muerto intentaría realizar el trabajo por su cuenta. Después de un par de semanas, habrían recolectado suficientes zombis para pagar la multa y todas las deudas de la empresa, y cada miembro del personal se llevaría a casa el equivalente a ocho meses de salario. Steve enfatizó que lo que estaba sugiriendo era altamente ilegal y potencialmente peligroso, y que lo entendería si alguien se negaba a participar.

Pero no hubo disidentes entre el personal. Habían tomado una decisión colectiva en cuanto supieron cuánto dinero podían ganar. Todos estaban listos para marchar de inmediato y parecieron un poco decepcionados al saber que tendrían que esperar hasta la mañana siguiente para comenzar a trabajar, ya que Steve quería pasar el resto del día preparándose para ello.

Consiguieron un autobús más grande. Marcus pudo conseguir un viejo autobús escolar de cincuenta plazas con poca antelación gracias al amigo de un amigo que trabajaba en las subastas de la policía. Steve no estaba seguro de tener el dinero para comprarlo, pero Marcus le aseguró que podía conseguirlo por un precio de ganga: "Es increíble lo asequible que se vuelve un vehículo una vez que asesinan a alguien en él," le explicó Marcus.

Elliott, Miles, Marcus y Félix se pusieron a trabajar para modificar el interior del nuevo autobús y adaptarlo a sus necesidades. Arrancaron los asientos para dejar espacio a más zombis y se instaló una puerta plegable retráctil que separara al conductor de la carga de no muertos. Cuando eso estuvo terminado, el autobús podía contener a unos ochenta zombis de pie.

Adam y Erin le dieron un cambio de imagen al exterior. Agregaron una capa rápida de pintura negra brillante y retocaron un logotipo en el costado que fuese notablemente similar al de Z-Pro. Fue Elliott

quien señaló la necesidad de ello. Dijo que si un bus desconocido no dejaba de llegar al centro de procesamiento para descargar un autobús entero de zombis tras otro, podría plantear algunas preguntas. Pensó que si se parecía a un camión de Z-Pro, el personal del centro asumiría que era uno de esa compañía y les indicarían que pasaran.

La otra cosa que necesitaban era más empleados. Steve hizo algunas llamadas telefónicas y pudo encontrar media docena de trabajadores más que podían acudir y ayudar en poco tiempo. Todos eran ex empleados de GCNM que habían perdido sus trabajos al quebrar las empresas para las que habían trabajado.

Era justo decir que estos reclutas no eran exactamente del más alto calibre. Steve se veía obligado a bajar sus estándares considerablemente y estas personas eran más o menos desempleadas. No se molestó en los procesos habituales, como comprobar referencias o sus antecedentes penales, pues dudaba que alguno de ellos pasara tal selección. Lo único que le importaba era si podían aparecer todos los días, hacer lo que se les decía y mantener la boca cerrada.

Miles aún tenía que decidirse sobre el trabajo de Villa Tumbas. La perspectiva de todo ese dinero era sin duda muy atractiva, pero él seguía con una molesta sensación de aprensión que le corroía. Era una oportunidad demasiado buena para ser cierta, por lo que la lógica dictaba que probablemente no lo fuera. Había peligros involucrados en cada trabajo sin importar cuán simple pudiera parecer inicialmente. Hacer uno de ese tamaño era un riesgo enorme, por no mencionar lo que sucedería si los atrapaban.

Regresó a casa esa noche y encontró a Ahumado esperándolo junto a la puerta principal. No estaba seguro de cómo había terminado el gato de los abuelos de Elliott en su casa, a pesar de haberle dicho repetidamente a Elliott que no lo quería. Pero ahí estaba. La única ventaja era que por fin iba a empezar a deshacerse de todas esas latas de atún del garaje.

El gato no estaba solo. Había alrededor de dos docenas de Ceros reunidos frente a la casa. Estaban diseminados por todo el césped, holgazaneando en los decrépitos sofás infestados de enfermedades

que habían arrastrado y echado en el patio delantero. Otros colgaban de uno de los árboles. Otro tipo estaba tendido en el tejado tocando una guitarra acústica mientras miraba al cielo.

La única persona que Miles reconocía aquí era Ameba. Él estaba apoyado en la puerta del garaje y charlaba con una chica que tenía la cabeza rapada. Le contaba sus planes de vivir al margen de la sociedad. Al resto Miles nunca los había visto antes en su vida. Era oficial: su casa ahora era un centro de acogida de cantamañanas.

Avanzó despacio por el camino de entrada. Toda esperanza que pudiera haber tenido de una noche de descanso pacífico antes del gran trabajo de mañana se evaporó en un instante.

Una furgoneta de reparto se detuvo tras él. El conductor saltó fuera sosteniendo una caja grande.

"¿Sebastian Devereaux?" le dijo a Miles.

"¿Perdón?"

"Tengo una entrega aquí para un Sebastian Devereaux."

“Creo que le han dado una dirección incorrecta. Aquí no hay nadie llamado..."

Antes de que pudiera terminar, Ameba se acercó corriendo. "Eso es mío," dijo.

El conductor miró a Ameba de arriba abajo. "¿Eres tú Sebastian Dev...?"

"Ajá, ese soy yo," dijo él buscando a tientas su identificación y firmando el formulario.

Miles negó con la cabeza. Al parecer, Ameba (o "Sebastian Devereaux" como también se le conocía) recibía ahora el correo en su casa.

Subió los escalones hasta la puerta principal, donde Chillón, el cerdo tatuado, bloqueaba la entrada. Estaba tumbado de lado y respiraba con dificultad.

"¿Qué le habéis hecho al cerdo?" preguntó a uno de los intrusos.

"Oh, nada," dijeron. "Solo es un empacho de pastel de nata."

"¿Le habéis dado al cerdo pastel de nata?"

“Bueno, no intencionalmente. Pero Mai se comió como... un montón, y terminó soltando pedazos por todo el suelo del baño. Pensamos que la forma más fácil de limpiarlo sería llevar a Chillón allí y, ya sabes, dejarle hacer lo que los cerdos hacen naturalmente. Ahora está un poco mal por el desgaste, pero no te preocupes, se pondrá como nuevo."

Miles rodeó al cerdo y entró en la casa. Todo el lugar parecía estar abarrotado de gente, cada habitación estaba abarrotada. La casa parecía un organismo vivo.

Decidió que era hora de tener una conversación seria con Clea sobre todo aquello. Esto era demasiado. Él toleraba que ella invitara algunos amigos, pero esto ponía a prueba la amistad. Tendría que haber al menos setenta u ochenta personas dentro y alrededor de su casa, y casi todos eran completos desconocidos. Había aguantado esto en el pasado porque dependía de los ingresos de la habitación que ella alquilaba. Con suerte, si todo salía bien con este trabajo de Villa Tumbas, el dinero ya no sería un problema.

Se abrió camino por el pasillo y llamó a la puerta de la habitación de Shae. No recibió respuesta. La llamó por su nombre y volvió a llamar. Sin respuesta.

Abrió la puerta y la encontró tumbada boca abajo en la cama. Se acercó y le dio un toque en el hombro. "¿Shae?"

Ella no se movió. Al principio Miles pensó que estaba dormida y por eso no respondía. La zarandeó ligeramente y notó que estaba inconsciente.

El pánico le golpeó como un martillo pilón.

La agarró con ambas manos y la zarandeó. "¡Shae!" Le dio un par de palmaditas en la cara.

Shae gimió y abrió los ojos adormilada. "Jesús, ¿qué problema tienes?"

Miles exhaló una bocanada de aire. "Gracias, Dios. Gracias."

Shae luchó por incorporarse. Miró a su alrededor con los ojos todavía medio cerrados. "¿Qué estás haciendo en mi habitación?"

"Mira, solo he entrado aquí para..."

Se detuvo a mitad de la frase. Algo no iba bien con Shae. Tenía los ojos vidriosos y de un tono rojo. Apenas podía mantener la cabeza erguida. Parecía estar a punto de quedarse dormida en cualquier momento.

"¿Qué?" dijo ella irritada cuando Miles dejó que el silencio se prolongara demasiado.

"¿Estas colocada?"

Shae negó con la cabeza. "No, yo solo, um... no."

"Estás colocada."

"No lo estoy."

Miles se puso en pie. "¿Quién te lo dio?"

Shae se derrumbó de nuevo en la cama y se tapó la cara con una almohada. "No irás a montar una escena por esto, ¿verdad?"

Miles sintió la ira burbujeando dentro de él. "Shae, créeme, no te conviene meterte en eso a tu edad."

"Tengo casi dieciséis años, Miles. Ya no soy una niña. Estaría bien que dejaras de tratarme como tal."

"Eso lo entiendo, pero si estás buscando una manera de arruinar el resto de tu vida, convertirte en una fumeta ya en la escuela secundaria es una excelente manera de hacerlo."

"¿Prefieres que sea como tú y me emborrache todas las noches?"

Este comentario le pilló desprevenido. Sus palabras dolieron, porque eran ciertas.

"Cuando tengas mi edad y ganes tu propio dinero, podrás hacer lo que quieras. Hasta entonces, haz lo que yo te diga. ¿Vale?"

En cuanto lo dijo, notó las palabras de su padre saliendo literalmente de su propia boca. Aunque todo el mundo se convierte eventualmente en sus padres, resultaba un poco desconcertante descubrir que le sucediera a la edad de veintitrés años.

"No sé por qué piensas que puedes ocultarlo," dijo Shae. “Veo las botellas vacías en la papelera de reciclaje. Puedo olerlo en ti todas las mañanas."

Miles caminó hacia la puerta. "¿Sabes qué? Ni siquiera me voy a molestar en discutir esto en el estado en el que te encuentras. Ya hablaremos de esto por la mañana."

“¿Podrías, por favor, intentar ser guay sobre algo por una vez en tu vida? Esto no es el fin del mundo."

"Lo siento, pero ya no puedo darme el lujo de ser guay sobre nada," dijo Miles. Su voz estaba subiendo. "Si nuestros padres aún vivieran aquí, podrían ser ellos los que se preocuparan por ti y yo no tendría que hacerlo. Pero como soy responsable de tu bienestar, me toca a mí ser el malo."

“Dios, ¿qué crees que me va a pasar? ¿Te preocupa que termine viviendo bajo un puente mezclando heroína con prostitución?"

"No, me preocupa que termines viviendo en una casa compartida como una estudiante profesional de veintinueve años, mezclándote con artistas de *performance* y activistas sin sentido."

"Oh, genial, ahora me da consejos de vida un glorificado cazador de perros."

"¿Crees que me gusta trabajar allí, Shae?" Miles estaba gritando ahora, algo que nunca había hecho. “¿O que quería poner toda mi vida en espera para trabajar en un empleo sin futuro sólo para cuidar de ti? Yo no pedí nada de esto. No quería esta carga. Pero

estoy atrapado aquí ahora y estoy tratando de sacar lo mejor de la situación."

Él podría haberlo dejado allí, pero la inercia le hizo seguir. Aún había cosas que sacar del pecho.

Estaba tan alterado que no se había dado cuenta de que Shae había quedado en silencio. Ella nunca le había visto estallar así. Su hermano era casi robótico en cuanto al modo en que conseguía controlar sus emociones, sin importar lo mal que se pusieran las cosas.

"Si tienes un problema con eso, no seré yo quien te detenga para que te vayas. Tú, Clea y todos sus indolentes amigos podéis iros a vivir a una comuna, por lo que a mí respecta. Es tu vida, haz lo que quieras con ella."

Miles salió furioso de la habitación. Cerró la puerta tras él, comportándose como un adolescente malhumorado.

Merodeó de habitación en habitación buscando a Clea. Era hora de tener esa tan esperada discusión. Escuchó la voz de Neil al pasar junto a la lavandería.

"La democracia parece buena idea," dijo Neil, "pero es algo que todavía tengo que experimentar. Los titiriteros nos permiten creer que todos tenemos voz y que todos tenemos el control de nuestras propias vidas. Pero la verdad es que la mayoría de las personas son solo marionetas controladas por un puñado de hombres blancos obscenamente ricos. Engañan a todo el mundo haciéndoles creer que pueden pensar por sí mismos, pero eso solo es un control mental a gran escala. Los medios y los anunciantes manipulan a la gente de una forma aterradora. Solo unos pocos son conscientes de esto, por lo que los políticos y las corporaciones hacen todo lo posible para silenciar a personas como vosotros y como yo."

Miles se asomó dentro y vio a Clea sentada encima de la lavadora. Estaba pendiente de cada palabra de Neil. Parecía tan embelesada que él casi dudó en interrumpir. Esa sensación pasó rápidamente.

"Clea. ¿Puedo hablar contigo, por favor?"

"Ey, Miles, ¿conoces a Neil?"

"Ahora."

La contundencia en su voz tomó a Clea por sorpresa. Salieron al patio trasero, lejos del resto de la fiesta.

"¿Qué pasa?" dijo ella.

"¿En qué demonios estabais pensando al darle drogas a Shae?"

"¿Drogas, Miles?" Clea soltó un bufido. "Solo fumó un poquillo de hierba, ¿vale?"

"No, no vale."

"Miles, relájate. Ella quería probar un poco, así que le dejamos dar un par de caladas. Eso fue todo."

"¿Qué demonios te va mal en la cabeza? ¡Es menor de edad!"

"Cálmate. Estás haciendo de esto una montaña. Le dio un par de caladas a un porro. Se le subió directamente a la cabeza, así que no le dimos más. La puse en su habitación para que pudiera dormir la mona."

"¿Qué te hizo pensar que era buena idea darle un poco en primer lugar?"

"Mira, pensé que si lo probaba, era mejor que lo hiciera en un lugar seguro, con personas en las que pudiera confiar, en vez de en una fiesta en la que no sepa lo que está haciendo."

“Esa no es decisión tuya, Clea. Shae es mi hermana, es la única familia que tengo y soy responsable de ella. No tú. Ella no es una mascota para que tú y tus amigos podáis sentiros más jóvenes."

Clea respiró hondo. Nunca había visto a Miles tan alterado. Notó que nunca le había escuchado alzar la voz. Ella se aseguró de hablar en un tono tranquilo y mesurado con la esperanza de que él hiciera lo mismo.

"Entiendo que estés enfadado, pero creo que estás exagerando."

“Llego a casa y encuentro a mi hermana de quince años desmayada en su habitación en una casa llena de extraños. No, no creo que esté exagerando."

Clea alzó las manos en señal de derrota. "Está bien, no me gusta adónde va esto. Si quieres hablar de ello cuando te hayas calmado, podemos hacerlo. Pero yo he terminado con esto."

Ella se volvió para alejarse. Miles la agarró del brazo. Fue un acto impulsivo que los pilló a ambos por sorpresa.

"No, yo no he terminado..."

"¿Qué clase de gente crees que somos, Miles?" espetó Clea. Ahora era su turno de indignarse. "Si piensas por un segundo que alguno de mis amigos le pondría a Shae un dedo encima, o que yo permitiría que algo así sucediera, entonces eres más capullo de lo que te di crédito jamás."

Clea volvió a entrar en la casa. Hubo varios portazos.

Estaba oscuro cuando Elliott salió del edificio de Rito Muerto y se dirigió a su coche. Había sido un día largo y lleno de acontecimientos, pero no estaba cansado. Estaba rebosante de entusiasmo y nerviosa energía, y apenas podía esperar para comenzar el trabajo en Villa Tumbas mañana por la mañana. Tenía un sentimiento de cauto optimismo y la firme creencia de que las cosas por fin estaban empezando a mejorar.

Las últimas dos semanas habían sido difíciles. Su vida se había convertido en una gigante montaña rusa de emociones. Había perdido el empleo y a la novia el mismo día, y luego se había convertido en una figura de odio para millones de personas en Internet gracias a unas imágenes de él golpeando a Trent Zombi. Los extraños ahora le gritaban insultos por la calle y la Tribu de los Ceros había quemado una efigie de él en una reciente manifestación de protesta. Había perdido la cuenta del número de amenazas de muerte que había recibido.

También había recibido mensajes de apoyo de numerosos grupos anti-zombi que lo habían adoptado como su chico portada y habían creado páginas de fans en su honor. Para ellos, era un héroe y se unían a él en la lucha contra esa terrible injusticia que había sufrido. En realidad, esto le perturbaba más que las amenazas de muerte; esos "partidarios" no eran la clase de personas con las que Elliott quería que le asociaran.

Quizá, lo que más lamentaba era que sus acciones casi le habían costado el negocio a Steve y a Adam. Tenía mucho que compensar y esperaba que este trabajo avanzara algo de camino para lograrlo.

Cruzó la calle y buscó en su bolsillo las llaves del coche.

Un joven escuálido emergió de las sombras. Iba vestido con ropa oscura, rostro oculto bajo la capucha de la sudadera. Elliott se tensó un poco, pero intentó que no se notara. Le pilló por sorpresa la forma en que había aparecido de la nada y el hecho de que llevara una sudadera en pleno verano, pero la parte lógica de su cerebro le aseguraba que no tenía nada que temer. Probablemente era un chaval aburrido con un par de horas que perder.

Desvió la mirada para evitar todo contacto visual innecesario y se relajó un poco cuando el chico pasó sin incidentes.

Si hubiera hecho contacto visual, habría notado que el joven tenía un pañuelo rojo tapándole la mitad inferior del rostro. Y eso podría haberle preparado para lo que vendría después.

Al llegar a su vehículo escuchó pasos que se acercaban rápidamente. Se giró y vio a otro joven encapuchado, un tipo más alto y corpulento, cargando directamente hacia él. Elliott no tuvo tiempo para reaccionar. Fue embestido con fuerza contra el lateral del coche y arrojado al suelo.

"Ey, ey... tranquilo, tío," dijo Elliott. Dejó claro que no ofrecía resistencia. "Si quieres dinero, llévatelo." Llevaba consigo unos siete dólares de cambio y no estaba dispuesto a arriesgar su vida por eso.

"No digas una palabra," dijo fríamente el atacante.

Todo a partir de ese momento pasó tan rápido que él apenas tuvo tiempo de darle sentido.

Recordó haber sentido un gran peso en la espalda cuando su atacante le empujó la rodilla entre los omóplatos.

Luego, el joven flaco se había agachado frente a él.

Recordó haberse congelado al sentir algo afilado presionádole el cuello. Algo parecido a la punta de un cuchillo.

Y la sensación de pavor y desesperación abrumadores que le inundaron al percatarse de lo que era aquello de verdad. No era un cuchillo. Era algo más pequeño, como el aguijón de una abeja.

O una aguja.

El personal de Rito Muerto había sido advertido sobre la posibilidad de ataques por parte del público. Ninguno de ellos lo había experimentado de primera mano, pero todos habían oído historias de agentes de GCNM que habían sido escupidos o agredidos. Los informes más inquietantes venían del extranjero, donde se decía que el grupo de resistencia francés ZLF inyectaba sangre infectada a agentes de GCNM y figuras prominentes anti-zombi. Esto hacía que la víctima se transformara lentamente en un no muerto, un proceso agonizante que podía durar entre un par de horas y una semana o más.

Pero eso era algo que solo sucedía en otros países. Aquí nunca había sucedido. Hasta ahora.

Cuando supo lo que estaba sucediendo, Elliott se revolvió como poseído por demonios, luchando por liberarse de sus garras. Se las arregló para apartar la aguja. Sus dos atacantes lucharon por sujetarlo para terminar el trabajo. Él no estaba dispuesto a caer sin luchar.

De la nada, una camioneta dobló la esquina y se detuvo con un chirrido en mitad de la carretera. Los dos atacantes le soltaron y saltaron dentro rápidamente.

“Considera esto tu karma, fascista," gritó el flaco. "No vas a atacar

más zombis ahora, ¿eh?"

La puerta se cerró de golpe y la camioneta desapareció hacia la noche.

Elliott permaneció a un lado de la carretera durante algún tiempo. Se quedó ahí mirando la luna llena flotando en el cielo nocturno sobre él. Debería haber adivinado que pasaría algo así. Tan pronto como parecía que su vida iba a mejorar, llegaba esto. Era otra gran broma cósmica a su costa.

La jeringa llena de sangre de zombi estaba en la cuneta a unos metros de distancia. Por fin Elliott se puso en pie para deshacerse de ella correctamente, para evitar que otra persona inocente se infectara por accidente.

Sostuvo la jeringa ante la farola para ver cuánta sangre quedaba. Estaba casi llena. Solo se había expulsado una pequeña cantidad. Pero eso no importaba. Lo único que se necesitaba era que una gota de sangre tóxica ingresara en su sistema y eso sería todo. Elliott había sido condenado a muerte. Era un no muerto andante. Casi podía sentir el líquido venenoso contaminando su torrente sanguíneo y convirtiéndole en una bomba de relojería.

Más tarde esa noche, y en los días que siguieron, repetía el incidente una y otra vez en su mente. En poco más podía pensar. Nunca llegó a entender del todo por qué había sido tan pasivo durante todo el proceso, y cómo había aceptado y dejado que sucediera. Prácticamente no había opuesto resistencia. Les había dejado hacer con él lo que querían.

Había una imagen recurrente que seguía atormentándolo. Estaba tumbado boca abajo en el cemento, con la rodilla del gordo en la espalda y los zapatos del flaco a centímetros de su nariz. No sabía por qué, y no sabía qué significaba, pero seguía viendo ese calzado en particular en su mente, una y otra vez. Zapatillas que casi brillaban bajo la refracción de la farola.

Eran un par de Nikes rojo neón con rayas naranja brillante.

La fiesta continuó hasta altas horas de la madrugada. Gracias a lo

que había sucedido a primera hora de la noche, Miles tenía pocas posibilidades de conseguir una noche decente de sueño.

¿Había reaccionado exageradamente? ¿O se estaba desquitando con Clea por la forma en que ella le había suplantado como el genial hermano mayor de Shae? Definitivamente ese ya no era su papel. Shae solía idolatrar a Miles cuando ella era más joven. Ahora él era la figura de autoridad contra la que ella debía rebelarse. Miles tenía que ser su padre, su madre y su hermano mayor, todo en uno.

Se había encontrado siendo más protector con ella a medida que crecía, en un momento en que ella ansiaba más independencia. Ella solo estaba haciendo lo que todos los chavales hacían a su edad, que era probar sus límites y ver cuánto podía salirse con la suya. Él sabía que no era el fin del mundo si ella le daba un par de caladas a un porro a escondidas. Sería mucho peor si la dejaba crecer sin reglas y le permitía hacer lo que quisiera.

Recordó la vez en que sus padres se habían vuelto locos con él a los dieciséis años por haber llegado a casa borracho de una fiesta. En ese momento, juró que cuando Shae tuviera su edad, sería el hermano mayor que él habría deseado tener, del tipo que la llevaría a ella y a sus amigas cuando necesitaran un coche, y que le compraría ocasionalmente un pack de seis cervezas cuando ella se lo pidiera. Pero las circunstancias habían intervenido y él nunca había tenido la oportunidad de hacer nada de eso. En lugar de ser aquel que le iba a permitir alguna indulgencia, era quien tenía que decir que no a todo. Solo ahora entendía por lo que él había hecho pasar a sus padres a esa edad. Se preguntó cómo se las habían arreglado ellos para aguantarle.

Capítulo 19

Miles irrumpió en la cocina a la mañana siguiente y se preparó un poco de café. Se había despertado con la boca seca y dolor de cabeza después de haber dormido solo unas tres horas. No era la mejor preparación para el día por delante.

En las últimas dos semanas, su antiguo némesis del insomnio había vuelto para atormentarlo. El insomnio era a veces una cosa temporal, pero últimamente se había vuelto más como Fabián: un molesto visitante indeseado que había sobrevivido demasiado tiempo a su bienvenida.

Una vez más, la casa estaba hecha un desastre. El hedor era abrumador, una mezcla de cigarrillos, cerveza rancia y Dios sabía qué más. Estaba convencido de que este olor incesante estaba afectando el valor de la propiedad. Probablemente era más perjudicial para el valor de reventa de la casa que los cuatro zombis masacrados allí.

Engulló el café de un trago e inmediatamente preparó otro. Se preguntó si le iría mejor consumir cafeína en cadena, hervir un poco de café molido en una cuchara e inyectárselo directamente en la vena.

Recogió el periódico de su vecino del patio delantero (aún seguían entregando el diario, a pesar de que el vecino era ahora un no muerto y languidecía en una instalación de detención en alguna parte del desierto) y se retiró al dormitorio.

Clea también estaba despierta, lo cual era inusual para ella a esta hora. Podía oírla moverse, vagando entre su dormitorio y el baño y viceversa. Él no estaba de humor para hablar con ella, pero tampoco estaba dispuesto a salir de su camino para evitarla. Puede que lo que se hubiese dicho anoche causara cierta incomodidad entre ellos, pero que así fuese. Eso era mejor que embotellarlo todo. Todo estaba a la vista ahora. Si ella quería disculparse, él podría considerar hacerlo también. Pero solo si ella iba primero. Clea tenía más sobre lo que disculparse que él.

Hojeó *La Tinta Diaria* y encontró solo las proclamas habituales del "fin de los días" y noticias que parecían comunicados de prensa de la oficina de Bernard Marlowe. La página tres estaba llena de fotos de Stephanie y Madison Marlowe de fiesta con una banda de rock en gira, saliendo convenientemente al balcón del hotel a la vista de los paparazzi.

Miles se detuvo brevemente para mirar un artículo a doble página sobre Lawrence Devereaux, político mano derecha de Marlowe y perro de presa número uno. Lo leyó y tardó unos segundos en notar que era solo otro adulador artículo, más parecido a un perfil de citas por Internet que a un artículo periodístico.

Tiró el periódico a un lado y se congeló.

No sabía qué le había hecho pensar en ello, pero algo que él recordaba haber oído ayer volvió de pronto a su mente.

Recuperó el periódico y volvió a la última página que había visto. Pasó los ojos por el artículo en busca de información que pudiera confirmar sus sospechas.

Y luego, entre todas las pomposas bobadas sobre que la fuerte fe cristiana de Lawrence Devereaux le había imbuido de los valores de la amorosa bondad, la justicia y la rectitud, encontró justo lo que estaba buscando:

«El Sr. Devereaux lleva casado con Geraldine treinta y un años. Tienen tres hijos: Emily, Sebastian y Thomas.»

Miles estaba estupefacto. Leyó esas dos frases una y otra vez para asegurarse de que no se lo estaba imaginando. Pero ahí estaba, en blanco y negro.

Lawrence Devereaux tenía un hijo llamado Sebastian.

El verdadero nombre de Ameba era Sebastian Devereaux.

¡Anda la hostia!

Lawrence Devereaux era el padre de Ameba.

Llevó algún tiempo asimilar esta revelación. El travestido agitador y artista de performance de dos metros diecisiete de altura conocido como Ameba también era hijo de un altamente divisivo político anti-zombi de alto perfil.

Si bien Bernard Marlowe era la cara pública del movimiento anti-zombi, era Lawrence Devereaux la verdadera fuerza impulsora detrás de todo. Había sido idea suya explotar la situación de los no muertos para obtener beneficios políticos, y era él quien movía los hilos de Marlowe y le decía exactamente lo que decir. Sebastian había asistido con frecuencia a mítines de protesta contra las políticas de su padre. Había quemado públicamente efigies de él.

Con toda probabilidad, existía un vínculo directo entre el estilo de vida actual de Sebastian y la carrera de Lawrence. El hijo parecía estar atravesando toda la fase freudiana de rebelión contra su padre que atraviesan la mayoría de los hombres durante la adolescencia. Quizá a él le había afectado tarde.

Miles dejó el periódico a un lado cuando sonó el teléfono. Era Stacey, su prima.

"Probablemente estés preocupado por Shae," dijo ella. "Solo llamo para avisarte de que está aquí."

"Oh. Es un alivio," dijo Miles. La verdad es que ni siquiera había notado que ella se había ido.

"Anoche apareció en nuestra puerta y pidió quedarse unos días."

Miles se bebió el resto del café. "¿No te importa?"

"Por supuesto que no. A las niñas les encanta que se quede."

Él se dejó caer sobre la cama y exhaló. Esto era lo que Shae pensaba de él ahora. Preferiría quedarse con Stacey y Alistair (un matrimonio de ancianos que había bailado con John Mayer en la recepción de su boda y estaban obsesionados con los programas de televisión de reformas de viviendas) que vivir bajo el mismo techo que él.

"¿Va todo bien por allí?" Dijo Stacey.

Miles suspiró. "Las cosas han ido mejor, a decir verdad."

"Sabía que estaba pasando algo, pero no quise fisgonear demasiado."

"Sí, bueno... ella prácticamente me odia en este momento."

"Es una adolescente, Miles. Si no te odiara de vez en cuando, algo estarías haciendo mal. Sé cómo era yo a su edad. Casi envié a mis padres a una tumba prematura."

“Es que parece como si estuviera peleando constantemente en una batalla perdida. Todo lo que digo o hago está mal."

"Lo estás haciendo bien. Recuerda, eres responsable de un adolescente. Eso es algo con lo que la mayoría de los hombres no tienen que lidiar hasta tener el doble de tu edad. Y, por lo general, tampoco lo hacen solos."

"Todo eso lo entiendo, pero no me parece que Shae aprecie nada de lo que hago por ella."

"Lo hará. En cuanto crecemos un poco, nos damos cuenta exactamente de lo que hicimos pasar a nuestros padres."

Eso era algo con lo que Miles podía identificarse. Se encogía cada vez que pensaba en lo petulante y egocéntrico que había sido él a la edad de Shae. Deseaba poder viajar atrás en el tiempo para meterle a tortazos algo de sentido común a su yo más joven. Todo lo que estaba sufriendo ahora era probablemente el karma haciéndole una visita tardía.

La llamada terminó. Él miró el reloj. Ya casi era hora de irse.

Hizo, y luego bebió rápidamente, una tercera taza de café, luego agarró su billetera y llaves. Se apresuró a salir de la cocina y casi colisiona con Clea.

Él estalló en carcajadas cuando vio lo que ella estaba vistiendo.

"Ya, sí, lo sé," dijo Clea.

Iba vestida con un traje pantalón azul claro. Se había lavado y teñido el pelo, y lo había recogido en un pulcro moño. Se había quitado todos los piercings faciales e incluso había hecho un trabajo sorprendentemente competente al maquillarse. Si Miles se hubiera cruzado con ella en la calle, probablemente no la habría reconocido

"Bueno, ¿a qué hora comienza el seminario de propiedad inmobiliaria?" Se burló Miles.

"Es algo en lo que estamos trabajando, ¿vale? Tengo que ir según el papel."

"Lo siento, no es mi intención reírme ni nada de eso," mintió Miles antes de reír un poco más.

"Me alegra que te resulte divertido."

"Oh, no te preocupes. Es divertido."

Clea logró esbozar una sonrisa. Ambos se sintieron aliviados de que por fin hubieran roto el hielo. Eran demasiado tercos como para disculparse apropiadamente por lo que había sucedido anoche, pero aquello se acercaba bastante.

Miles se puso los zapatos y se apresuró a salir por la puerta con los cordones aún desatados.

Al salir, pasó junto a ocho o nueve Ceros que habían dormido en el jardín toda la noche. Algunos estaban tendidos en los viejos sofás y otros sobre mantas y sacos de dormir. Tariq el Anarquista dormía en una camilla que había robado de la parte de atrás de una ambulancia. Algunos estaban despiertos y disfrutando de su primer cigarrillo de la mañana.

Neil estaba allí con una bandeja de cafés que había comprado para todos. Definitivamente apreciaron este gesto amable y reflexivo. A ninguno de ellos pareció importarle que el café fuera de Starbucks.

Steve condujo el minibús hasta el aparcamiento vacío situado junto a la iglesia de Villa Tumbas. Había decidido que necesitarían un punto de emboscada central que sirviera como base de operaciones. El aparcamiento parecía ideal para este propósito: estaba ubicado

aproximadamente en el centro de la ciudad y había mucho espacio para los dos vehículos y todo su equipo.

Uno por uno, el personal de Rito Muerto bajó del autobús y vio que Villa Tumbas era exactamente como Elliott y Miles lo habían descrito. Los zombis estaban por todas partes, literalmente en cualquier dirección que miraran. Renqueaban por las calles, cuidaban jardines, se congregaban en parques. A algunos miembros del personal les temblaron un poco las rodillas, abrumados por la sensación de vértigo de pensar en todo el dinero que se podía ganar. Para ellos, cada no muerto representaba un nuevo traje que podían comprar o un nuevo par de zapatos o la letra de un automóvil. Las calles de Villa Tumbas estaban pavimentadas con oro zombi.

"Muy bien, todos sabemos qué hacer," dijo Steve a la gente a su cargo. “Dos trabajadores por residencia, en orden secuencial, tal como comentamos. Si encontráis una casa con cuatro o más *obis*, no intentéis hacer el trabajo vosotros mismos. Esperad a que llegue otro grupo y os ayude. Si hacemos esto de forma inteligente, no deberíamos encontrar ningún problema. ¿Hay alguna pregunta?"

Solo se levantó una mano, y pertenecía a Adam.

"¿Estás seguro de que este es el lugar apropiado para instalarnos?" dijo señalando el lugar de culto situado detrás de ellos.

"¿Qué tiene de malo?"

"Es que creo que podría ser una especie de, no sé... sacrilegio."

Steve se mordió la lengua y reprimió el impulso de hacer un comentario sarcástico, como solía hacer cada vez que Adam mencionaba su catolicismo. Como tantos hombres homosexuales criados en la iglesia, Adam estaba atormentado por la culpa de casi todo lo que hacía en su vida.

"Adam, ya hay bastantes sacrilegios en este trabajo," dijo Steve. "Tal vez todos vayamos al infierno, pero no será por hacer negocios pisando tierra sagrada."

Juntó las manos para señalar el comienzo de la jornada laboral, y

cada par de trabajadores se dispersó hacia su primera casa designada.

El primer lugar al que habían sido asignados Miles y Félix era una pequeña residencia adosada y ocupada por una anciana zombi y su gandul hijo zombi de cuarenta y tantos años. Miles llamó a la puerta suavemente, más que nada por costumbre, luego probó el picaporte de la puerta. Estaba abierta.

Los dos entraron sigilosamente. Encontraron a la madre zombi tras la tabla de planchar, continuando con su rutina doméstica, empujando obedientemente una plancha de un lado a otro sobre la camiseta blanca de su hijo. La camisa ahora estaba arruinada, llena de marcas marrón oscuro. El olor a algodón quemado flotaba por toda la casa. Era un milagro que no se hubiese incendiado la casa.

La madre zombi no era mucho problema. Al principio se mostró un poco reacia a dejar sus quehaceres sin terminar, pero después de un par de minutos, Miles y Félix pudieron alejarla de la tabla de planchar, le pusieron el bozal y la ataron. Félix la acompañó hasta la puerta.

Su hijo zombi no fue tan servicial. Estaba en la habitación contigua haciendo lo que había pasado la mayor parte de su vida haciendo: sentado en el sofá y viendo la televisión con los pies encima de la mesita del café. Estaba viendo lucha libre y los ojos del zombi estaban fijos en la pantalla. Parecía que la falta de un cerebro funcional no disminuía de ninguna manera la capacidad de divertirse con el deporte.

Esto representaba un problema para Miles. Como a su encarnación humana anterior, a este zombi no le gustaba que le interrumpieran en medio de su pasatiempo favorito. Siempre que Miles le acercaba demasiado el palo trampa, el zombi soltaba un enojado gruñido y apartaba el palo de un manotazo.

Podía ver que no iba a llegar a ningún lado con el televisor encendido, así que Miles cogió el mando remoto y lo apagó. Gran error: esto llevó de inmediato al zombi a un ataque de rabia. Se levantó del sofá a una velocidad para la que Miles no estaba preparado y se abalanzó sobre él con los dientes al descubierto.

Miles no esperaba este tipo de comportamiento combativo. Parecía que incluso en la muerte, lo peor que se le podía hacer a un fanático de la lucha libre era apagar la televisión en medio de un combate.

Miles retrocedió unos pasos y perdió el equilibrio al tropezar con la tabla de planchar. Extendió un brazo en un intento de estabilizarse. Su mano cayó sobre la plancha caliente. Gritó de dolor y luego chocó con el suelo.

El hijo zombi avanzó hacia Miles con una mirada de puro asesinato en sus ojos. Había calculado mal la altura del zombi al verlo por primera vez. De pie, medía más de un metro ochenta.

Se arrastró hacia la esquina de la habitación y buscó una salida, pero no había ninguna. Estaba atrapado.

El zombi se detuvo de pronto. Como si se hubiera topado con un campo de fuerza invisible. Trató de avanzar, pero descubrió que no podía.

Se miró los pies. Tenía dos finos cables enrollados en los tobillos.

Se tiró violentamente de los pies hacia atrás y el zombi aterrizó de bruces contra el suelo con un ruido sordo.

Miles alzó la vista y vio a Félix de pie detrás del zombi. Llevaba el dispositivo cañón-cable en las manos; el dispositivo que él mismo había inventado, pero que había sido rechazado por el organismo regulador de GCNM.

"¿Estás bien?" Dijo Félix. El cable se replegó hacia el dispositivo. El pesado zombi fue arrastrado por el suelo como una ballena arponeada.

Miles se puso en pie agarrándose la mano quemada. "Creí que se suponía que no podías usar ese chisme en el trabajo."

Félix se secó el sudor de la cara. "Si nos pillan aquí, creo que el uso de equipo no apto será la menor de nuestras preocupaciones."

Miles no pudo criticar esa lógica. Se apresuró a ayudar a Félix. Después de una serie de intentos fallidos, al final lograron deslizar

el bozal en la cara del zombi. Félix sujetó las ataduras de cable en las muñecas y ambos lo levantaron y lo guiaron fuera.

Esa había sido la primera casa de la que se ocupaban. Habían pasado más de treinta minutos allí dentro, cuando solo deberían haber sido diez. Todavía quedaban otras cuatrocientas casas por recorrer antes de alcanzar su objetivo. Ya estaban retrasados.

Steve decidió que nadie se opondría a que la empresa se sirviera un centenar de litros de gasolina de la estación de servicio local. A pesar de que esperaban que este trabajo fuese inmensamente rentable para ellos, seguía teniendo sentido hacer uso del suministro gratuito de combustible, ya que estaban allí. Rito Muerto podría agregar el robo a su lista de delitos menores en rápida expansión, pero en comparación con la miríada de otros crímenes que estarían cometiendo en el transcurso de los próximos días, este era bastante leve.

Había confiado a Marcus y a Erin la tarea de rellenar los dos autobuses. Puede que esta no pareciera la decisión más inteligente que había tomado, pues ninguno de los dos era especialmente famoso por su diligencia, pero ambos se habían ofrecido como voluntarios y era una tarea relativamente sencilla. Steve pensó que incluso un par de completos idiotas podrían ocuparse de eso sin fastidiarla.

No pasó mucho tiempo después de su llegada que Erin sintió un intenso antojo de nicotina y comida basura. Encendió un cigarro (junto a un letrero que le advertía explícitamente que no lo hiciera) y entró en la tienda en busca de comida gratis.

Marcus se quedó en el surtidor para llenar el depósito del minibús. Gracias a su infinitesimal capacidad de atención, habían transcurrido unos diez segundos antes de que encontrara esta tarea tediosa más allá de toda razón. Alivió su intolerable aburrimiento metiendo la mano por la ventanilla delantera y encendiendo la radio. Escaneó el dial hasta encontrar Fusión FM, la única emisora que reproducía *SlamCore* 24/7, y la única emisora que Marcus escuchaba esos días.

Su estado de ánimo se iluminó al instante al oír ese familiar latido.

La canción que sonaba era "Reflujo Ácido" de Chemikal Ali, el fenómeno que había transportado el *SlamCore* desde el *underground* a la cima de las listas. Seis meses antes, este tipo de música solo se escuchaba en fiestas rave en el desierto o en radios piratas. Ahora aparecía en anuncios de comida rápida y comedias románticas de Hollywood.

Marcus encontró el botón de volumen y lo subió al máximo.

Cuando el "golpe" llegó, sintió que el suelo temblaba. Las vibraciones de cada batido recorrieron su cuerpo. Le encantaba la sensación que le daba esta música más que la vida misma. Escuchar *SlamCore* era mejor que cualquier droga que hubiera probado, aunque las drogas mejoraban aún más el placer auditivo.

Recordó la primera vez que había escuchado esta canción en el escenario, a las cuatro de la mañana, de Chemikal Ali del Festival Gutterrave hacía unos meses. Supo en ese momento que era un himno para una generación. Aquí estaba la banda sonora del apocalipsis. Música que podría derretirte la cara.

Erin apareció en el reflejo de la ventanilla del vehículo, regresando de su viaje a la tienda.

"Ey, Erin," dijo Marcus. "¿Puedes ocuparte de esto aquí un segundo y..."

Al girar vio que no era Erin. Estaba cara a cara con un zombi de ochenta años y un mono manchado de grasa y una cabeza llena de pelo gris salvaje. Este era Lyle Zombi, el propietario de la estación de servicio y fumador tan comprometido que se negaba a permitir que algo tan leve como una cirugía de garganta le detuviera.

Lyle Zombi se abalanzó sobre Marcus. Sus dientes amarillos iban dirigidos directamente a la yugular.

Marcus alzó las manos en defensa. Hizo todo lo que pudo para detenerlo, lo cual resultó ser mucho más difícil de lo que había previsto. Lyle era fuerte para ser un anciano muerto. Este tipo de agresión pilló a Marcus por sorpresa. Los zombis solían ser bastante fáciles de manejar, sobre todo cuando tenían algunos kilómetros en

el odómetro. Pero mantener a raya a Lyle Zombi era como intentar apartarse un amoroso rottweiler.

Usaba todas sus fuerzas para empujarlo, pero Lyle Zombi no se rendía. Regresaba de nuevo, abalanzándose sobre él con una velocidad aterradora. Marcus agarró lo único que tenía a su disposición para defenderse: la bomba de combustible.

Él no había intentado meter la boquilla de la bomba en el orificio de traqueotomía de Lyle Zombi. Pero ahí fue donde terminó.

Marcus se aferraba a la bomba de combustible para salvar su vida, tratando desesperadamente de mantener a Lyle Zombi a distancia. El rostro en descomposición del zombi estaba ahora a centímetros del suyo. Incluso vivo, Lyle era bastante aterrador a la vista, pero como no muerto era súper aterrador, cosa que Marcus estaba ahora descubriendo con detalles explícitos, desde la piel flácida y picada de viruela hasta los capilares reventados de los ojos. Era como el peor bajón de ácido jamás visto, multiplicado por mil.

Lyle Zombi dejó escapar un gutural gruñido. Agitaba los brazos salvajemente, tratando de arañar a Marcus. No le desanimó en absoluto el hecho de que tuviera una bomba de combustible atascada en el agujero de la garganta.

Marcus estaba agarrando la manija de la bomba con tanta fuerza que no se dio cuenta de que estaba apretando la palanca. Pronto vio lo que estaba haciendo cuando el estómago de Lyle Zombi se llenó de gasolina y se desbordó y se derramó por la boca y la nariz.

Y entre todo eso, el zombi seguía viniendo y viniendo hacia él con una determinación singular.

"¡Ey!"

La cabeza del zombi se giró justo cuando una lata llena de Pepsi se estrelló contra el lateral de la cara. El zombi dejó escapar un voceo furioso. Bilis y combustible le salían por la boca.

Erin estaba parada cerca con otras tres latas sin abrir en la mano.

"¡Prepárate para correr!" le gritó a Marcus.

Erin tiró una segunda lata. Esta le dio al zombi de lleno en la cara.

Marcus empujó a Lyle Zombi hacia atrás. Trató de huir. Resbaló con un charco de aceite y cayó sobre el cemento.

Erin se acercó y arrojó las dos latas que le quedaban. Golpearon al zombi en el hombro y el pecho.

"¡Marcus! ¡Tienes que salir de ahí ahora mismo!" le gritó ella.

Su única vía de escape estaba debajo del minibús. Ejecutó un rápido giro de barril, justo cuando Erin le arrojaba el cigarrillo al zombi enloquecido.

El cigarrillo aterrizó a los pies de Lyle Zombi, quien quedó envuelto en llamas de inmediato.

Marcus observaba con una mezcla de asombro e incredulidad desde debajo del minibús mientras el zombi se debatía completamente en llamas. La piel y el tejido muscular se derritían y caían al suelo como un sándwich con demasiado queso en un microondas. Marcus casi se desmaya por el espantoso hedor.

Lyle Zombi tuvo un final espectacular unos segundos después, con una explosión de carne podrida a la parrilla.

Capítulo 20

El escozor en la mano quemada de Miles empeoraba. Dejó a Félix para que se ocupara de los dos zombis, luego regresó a la casa y se dirigió directamente al baño.

Pasó la mano por agua fría durante un par de minutos y luego rebuscó en el botiquín. Encontró un tubo de pomada con la etiqueta de alivio para la artritis. No sabía si eso haría algo por las quemaduras, pero estaba dispuesto a intentarlo con cualquier cosa. Exprimió una cantidad generosa y se la frotó la mano, luego envolvió esta con una venda del botiquín de primeros auxilios. La pomada demostró ser ligeramente eficaz. El dolor era un poco más soportable.

Con cuidado, volvió a colocar el tubo en el botiquín y notó que dentro había unas dos docenas de frascos de pastillas. Las etiquetas eran viejas y amarillentas, y tenían nombres como Exelón, Actonel, Claritín, Flomax, Voltarén, Zyloprim, Protonix y muchos otros demasiado descoloridos para leerlos. No tenía idea de lo que era la mayoría de ellos, aparte del tipo de píldoras que la anciana necesitaba para mantener su cuerpo en funcionamiento: pastillas para la presión arterial, suplementos vitamínicos, antihistamínicos, medicamentos contra el Alzheimer. No vio ningún analgésico, que era lo que realmente quería.

Puede que su espionaje fuese una invasión de la privacidad, así como una violación de la política de la empresa, pero dejó esos pensamientos a un lado y siguió buscando.

Abrió un cajón y encontró algo incluso mejor que los analgésicos: un paquete de Ambien con unas diez pastillas restantes.

Solo había tomado Ambien en una ocasión unos cuatro o cinco meses atrás. Una noche había tenido problemas para dormir cuando entró en el baño y descubrió junto al lavabo el alijo de productos farmacéuticos de Ameba, dejado al aire libre para que cualquiera pudiera servirse. Entre esto se incluían un par de píldoras Ambien. Se había tragado una y vuelto a su habitación, donde hubo

disfrutado de casi nueve maravillosas horas de sueño ininterrumpido. Se había despertado a la mañana siguiente sintiéndose mejor que nunca, como si hubiera renacido por completo. Más tarde lamentó no haberse quedado más píldoras, ya que solo estaban disponibles con receta médica.

Hizo una revisión rápida para asegurarse de que Félix no estuviera acechando cerca, luego se metió las pastillas en el bolsillo. La etiqueta indicaba que llevaban casi dos años caducadas, pero eso solo era una guía general y, a pesar de que técnicamente le había robado a los recientes no muertos, en realidad él no estaba haciendo daño a nadie. Este era esencialmente un crimen sin víctimas, como cruzar la carretera sin mirar. No había verdadero daño. No era como lo que hacía Z-Pro, famosos por robar dinero en efectivo, tarjetas de crédito, joyas, dispositivos digitales, básicamente cualquier cosa que pudiera caberles en el bolsillo. Las píldoras se habrían desperdiciado eventualmente, por lo que ni siquiera era un robo.

Steve llamó a todo el mundo alrededor de las seis de la tarde. Podrían haber continuado, pues no oscurecía hasta las ocho en esa época del año, pero no tenía sentido quedarse más tiempo. El día había sido una gran decepción y todos querían irse a casa.

Habían calculado muy mal el grado de dificultad para este trabajo. Ayer, cuando Steve y Adam habían estado evaluando si aceptar el trabajo o no, estimaron que podrían recoger alrededor de trescientos zombis (o cuatro autobuses llenos) por día. Si podían lograr eso, tardarían unos seis o siete días en alcanzar su objetivo. Esa cifra ahora parecía tremendamente optimista. Al final del día, solo habían logrado recoger ciento diecisiete.

Nada había salido como lo habían planeado. Habían asumido que, puesto que se trataba de zombis en edad avanzada, serían más fáciles de manejar. Pronto descubrieron que no era ese el caso. Estos eran más difíciles de controlar en realidad. Tal vez era porque estaban tan atrapados en sus costumbres que se negaban a abandonar su hábitat, o tal vez porque las personas mayores eran más tercas y beligerantes en general. En cualquier caso, persuadir a un zombi anciano para que se alejara de su hogar era como arrastrar a un pitbull lejos de la comida.

Por si eso no fuera lo bastante malo, estaba la debacle en la estación de servicio, donde Erin y Marcus habían conseguido de alguna manera prender fuego a un zombi y al minibús. Esos dos eran una prueba concluyente de que si construías algo a prueba de idiotas, la naturaleza creaba idiotas más idiotas. El minibús aún se podía conducir, a pesar de haber sufrido significativos daños por fuego, aunque ahora parecía un bus rescatado de una zona de guerra en Europa del Este.

El minibús era la menor de sus preocupaciones. Si las autoridades se enteraban de que habían incinerado a un zombi, solo Dios sabía qué tipo de cargos enfrentarían (aparte de todas las demás reglas y regulaciones que habían quebrantado hoy).

Todo esto y más estaba pasando por la mente de Steve mientras conducía de regreso a la ciudad. Estaba solo, al volante del autobús escolar, transportando a los cuarenta zombis restantes al centro de procesamiento. Esto le daba tiempo para pensar y tenía que tomar algunas decisiones importantes. ¿Deberían volver mañana y seguir adelante? ¿Valía la pena el riesgo? Después de haber pasado por lo de hoy, tardarían semanas antes de llevar suficientes zombis para pagar las deudas. Cada día adicional que permanecieran allí aumentaba sus posibilidades de ser atrapados. Por otra parte, ¿qué opción tenía? Era esto o la bancarrota.

Dejó escapar una bocanada de aire. Sería un eufemismo decir que nada había salido como él había pensado. Y aunque hoy se habían quebrantado muchas leyes en Villa Tumbas, parecía que la Ley de Murphy se seguía aplicando estrictamente. Se consoló a sí mismo con el hecho de que su día infernal por fin había llegado a su conclusión y nada más podía salir mal desde aquí.

Se demostró unos minutos más tarde que estaba equivocado, al enterarse de que Adam y el personal habían sido detenidos en el minibús. Se les había puesto una multa por exceso de velocidad, seguida de una segunda por conducir un vehículo no apto para la circulación.

Steve siguió conduciendo y contempló en silencio su próximo movimiento mientras su lista de problemas ganaba una entrada adicional.

Puede que Tariq el anarquista hubiera abandonado su título de química seis meses antes de graduarse, pero aún podía poner en práctica sus conocimientos y habilidades. Ameba y él habían construido un laboratorio improvisado en la cocina de Miles con nada más que los utensilios y equipos que encontraron en los armarios. Ollas llenas de pegamento marrón oscuro burbujeaban al fuego mientras que se usaban vasos y tazas de café para medir lo que parecían ser productos químicos peligrosos. Tariq y Ameba llevaban máscaras quirúrgicas para evitar respirar los vapores tóxicos.

Sobre la mesa de la cocina había una caja abierta con una etiqueta de sulfuro de amonio. Dentro había una tina de plástico con polvo blanco cristalizado. Era la caja que Ameba había recibido en la casa el día anterior.

Cuando Miles vio esto poco después de regresar a casa después de un duro día de trabajo, notó que probablemente no iba a prepararse la cena aquí esta noche.

"Cuidado, hermano," le dijo Tariq mientras vertía un poco del líquido caliente en una botella de Coca-Cola vacía. "Que nada de esto te manche la piel."

Como muchos jóvenes de su generación, Tariq simplificaba deliberadamente su lenguaje en un intento por ocultar su educación en la escuela privada.

Miles sintió náuseas por el hedor que emanaba de las ollas. "¿Qué esta pasando?" dijo.

"Solo es un pequeño experimento científico," dijo Ameba con una traviesa sonrisa.

"Por favor, dime que esto no es un laboratorio de metanfetamina," dijo Miles subiéndose el cuello de la camiseta hasta la boca y la nariz. Él no sabía cómo era un laboratorio de metanfetamina, pero supuso que debía ser algo parecido a lo que Tariq y Ameba habían montado aquí.

“Relájate, hermano. No es nada de eso," dijo Tariq.

"Pues ¿qué es?"

"A ver, ese Marlowe tiene un mitin de campaña mañana y nosotros queremos enviarle un mensaje..."

"¡Ey!" dijo Ameba interrumpiéndole. "¿Qué dijo Fabián acerca de mantener esto en silencio a cualquiera que no esté directamente involucrado?"

Ameba hizo un gesto de cerrar la cremallera de los labios. Tariq se calló de inmediato.

Miles sacó un menú de pizzas del refrigerador y se dirigió al santuario de su dormitorio. Pensó que fuera lo que fuese lo que Tariq y Ameba habían planeado, probablemente lo mejor para él era que permaneciera ignorante (por razones legales).

Al andar por el pasillo notó que la puerta trasera estaba medio abierta. Escuchó a Fabián afuera con una pequeña reunión de sus discípulos.

“Esto es solo el comienzo," decía Fabián hablando en voz baja. “Ese vídeo del centro de procesamiento fue excelente para nuestra causa, pero ahora tenemos que ir más allá. Necesitamos hacer una declaración audaz. Una que haga que todos se sienten y se den cuenta de lo que está sucediendo en este mundo. Porque si no estás de nuestro lado, estás con el enemigo. Cualquiera que permanezca al margen y no haga nada mientras todo este abuso y tortura se realiza en nuestro nombre es tan culpable como Marlowe y Devereaux, o como esos fascistas que trabajan para Z-Pro y Rito Muerto. Somos nosotros contra ellos, y es hora de elegir un bando, ¿no? Porque después de mañana, no hay vuelta atrás."

Fabián dejó de hablar cuando sintió que Miles merodeaba cerca. Uno de sus lacayos se acercó y cerró la puerta.

Miles fue a su habitación y se derrumbó en la cama. Al menos aún había un lugar en su casa donde podía encontrar algo de paz y tranquilidad, aunque fuese solo porque había puesto cerraduras en la puerta. Las había pedido instalar unos meses después de que Clea se mudara, después de llegar a casa una noche y encontrar a tres

Ceros sin lavar durmiendo en su cama. Ese fue el momento en que decidió que era necesario establecer límites claros y que ciertas áreas de la casa se declararan prohibidas.

Le preocupó un poco que la casa de su infancia se hubiera convertido ahora en la sede de un grupo de activistas en proceso de planificar lo que sonaba mucho como un ataque terrorista, creando lo que se parecían mucho a explosivos caseros. Individualmente, los Ceros eran probablemente todos bastante inofensivos. Pero como colectivo, ¿quién sabía de lo que eran capaces? Fabián era la mayor preocupación. Hacía un mes él sólo era otro inútil en busca de una causa contra la que rebelarse. Ahora parecía que podría intentar algo extremo de verdad.

Miles atribuyó esto a dos factores. El primero era la celebridad y notoriedad que había experimentado Fabián después del incidente en el centro de procesamiento. Ese truco lo había puesto en el centro de atención y había tenido mucho más éxito del que él podría haber soñado. Pero eso también significaba que había presión para seguir con algo aún más grande. Su deseo de cambio y justicia social había sido superado por su deseo de fama.

El segundo factor en la reciente metamorfosis de Fabián había sido la llegada de Neil, quien rápidamente se había convertido en uno de los Ceros más populares, especialmente entre las mujeres. Neil obsequiaba a todo el mundo con historias de su vida como un atrevido guerrero ecológico, desde encadenarse a los reactores nucleares escoceses hasta sabotear los barcos balleneros japoneses. Tenía confianza, carisma, era apuesto y un líder natural. Era todo lo que Fabián quería ser pero que no era.

Fabián ni siquiera intentaba ocultar su intensa aversión por Neil. Odiaba la forma en que Neil se había convertido en una especie de "líder de facto" de los Ceros sin haber hecho nada para ganárselo, y estaba celoso por la forma en que las mujeres Ceros, Clea en particular, habían caído bajo su hechizo. Su reacción ante la presencia de Neil había sido llevar las cosas más lejos que nadie. Sus puntos de vista se habían vuelto más dogmáticos y estaba empeñado en lograr una mayor notoriedad.

Había surgido una especie de lucha de poder entre Neil y Fabián, lo

cual había creado una leve brecha dentro de la Tribu de los Ceros. Básicamente, el grupo se había dividido en dos facciones: los tradicionalistas (liderados por Clea y Neil) estaban formados por aquellos que disfrutaban drogándose y quejándose de los problemas del mundo pero haciendo poco al respecto. Luego estaba el grupo escindido de Fabián, que contenía a todos los anarquistas y nihilistas incondicionales decididos a hacer lo que fuera necesario para lograr sus objetivos y al diablo con las consecuencias.

Miles se preguntó si debería hacer algo al respecto antes de que todo se saliera de control. Podría pedirle a Clea que intentara inculcar a Fabián algo de sentido común, o tal vez avisar a la policía sobre lo que el grupo podría haber planeado. Eso sería lo más sensato y responsable. Pero antes de todo eso, tenía problemas más urgentes con los que lidiar. Llamó a su pizzería local y pidió una pepperoni grande con queso extra.

Capítulo 21

El espíritu de equipo no había mejorado a la mañana siguiente durante el viaje en autobús de regreso a Villa Tumbas. Las decepciones del día anterior aún permanecían en la mente de todos y les ponían de mal humor. Lo peor de todo era que Steve y Adam habían tenido una ardiente pelea antes de salir de casa y ahora sus vibraciones tóxicas estaban infectando al resto del personal.

Comenzó cuando Adam hizo lo que pensó que era un comentario bastante inocuo sobre una casa disponible para alquilar. Era una cabañita de piedra centenaria que veían cada vez que viajaban hacia y desde Villa Tumbas. Cada vez que pasaban por allí, Adam no podía evitar fantasear sobre cómo sería vivir en un lugar como ese. Parecía sacado de un libro de cuentos, sola en la cima de una hermosa colina verde con vistas majestuosas de los valles que se extendían debajo. Estaba completamente aislada, sin vecinos en kilómetros a la redonda.

La noche anterior, la curiosidad de Adam se había apoderado de él y había buscado por Internet el listado de bienes inmuebles. Se había sorprendido al descubrir lo asequible que era el alquiler. La casa llevaba en el mercado dos años y el alquiler se había reducido a más de la mitad en ese tiempo. La razón de esto era obvia: los inquilinos anteriores probablemente habían desaparecido debido a algo relacionado con los zombis, pero Adam no era en absoluto supersticioso, por lo que eso no le molestaba lo más mínimo.

Pero las cosas tomaron un giro feo cuando le mencionó esto a Steve durante el desayuno a la mañana siguiente. Steve comenzó burlándose del interés de Adam en la propiedad, diciéndole que Adam había vivido en la ciudad toda su vida y que no duraría una semana en un lugar como ese sin volverse loco, antes de recordarle enojado el estado de sus finanzas y que esa mudanza estaba fuera de discusión. Adam había tratado de explicar que solo estaba pensando en voz alta y que sabía que la casa no era realmente una opción viable para ellos, pero esto solo terminó empeorando las cosas. Rápidamente se convirtió en una pelea de gritos en toda regla

que despertó a la mayor parte del vecindario.

Ahora Steve estaba enfurruñado en la parte trasera del minibús y miraba por la ventana. Steve había estado de muy mal humor últimamente, pero nunca había estado tan mal. Adam estaba empezando a pensar que toda esta presión al final podría ser demasiado para él. Steve se estaba volviendo loco por los problemas más pequeños. La mayoría del personal hacía ahora todo lo posible para evitarlo, prefiriendo acudir a Adam con cualquier problema que tuvieran, pues temían la reacción de Steve.

Adam esperaba que Rito Muerto no se hundiera, pero al menos había un lado positivo si lo hacía. Sería una especie de asesinato por piedad, y quizá fuese mejor para ellos. Steve ya no estaba feliz allí, y cuando Steve no estaba feliz, hacía que todos los demás se sintieran miserables. Un cambio de carrera podía ser bueno para todos los involucrados.

Si el primer día en Villa Tumbas no había salido exactamente según lo planeado, los primeros indicios indicaban que el segundo no iba a ser diferente. Para su primer trabajo de la mañana, Félix y Marcus pasaron casi cuarenta minutos intentando reducir a un viejo cascarrabias y meterlo en el minibús. Habrían completado el trabajo en la mitad de ese tiempo si Marcus no hubiera salido del bus sin cerrar la puerta. El zombi había salido disparado de inmediato (Marcus tampoco lo había amarrado correctamente) y habían tardado otros quince minutos en volver a meterlo dentro.

El olvido y la distracción de Marcus empeoraban tanto que Félix pensó que podría estar mostrando signos de demencia a la edad de veintisiete años. Tenía el cerebro tan frito por las drogas que olvidaba constantemente dónde estaba y qué se suponía que debía estar haciendo. Se desconectaba y miraba fijamente al espacio, durante minutos a veces.

Todavía parecía emocionado por la fiesta rave a la que había asistido el fin de semana anterior. Cualesquiera que fueran las sustancias que había ingerido allí, debían de haber sido potentes porque él no había dejado de hablar al respecto. El *tinnitus aurium* [8] verbal de Marcus, junto con esa espantosa emisora de radio que tocaba sin cesar, estaba haciendo que Félix se subiera por las

paredes.

El minibús se detuvo en el camino de entrada de la segunda casa. Marcus salió de un salto, pero Félix se quedó atrás.

"Sigue tú. Te veo allí en un par de minutos," dijo Félix.

Durante el trabajo anterior, Félix había notado un desgarro en su traje protector de malla de fibra. Por suerte siempre llevaba consigo un par de trajes de repuesto en caso de emergencia.

"No sé por qué te molestas en llevar eso," dijo Marcus. "No lo vas a necesitar nunca."

Metió la mano por la ventana delantera y subió el volumen de la radio al máximo, luego se dirigió hacia la casa.

No pasó mucho tiempo antes de que Marcus se encontrara con el dueño de la casa. Era un tipo calvo de mediana edad con pantalones de deporte y una camiseta manchada. Caminaba pesadamente por el jardín delantero, inestable y con una larga cadena de baba colgando de la boca. El término de la industria para este tipo de zombi era "tío borracho."

El zombi vio a Marcus y se acercó cojeando hacia él.

Marcus se sorprendió gratamente. Después de pasar todo el día de ayer tratando de convencer a un grupo de zombis geriátricos de que salieran de sus casas, aquí había uno que venía directamente hacia él.

No fue hasta que el zombi estuvo a unos diez metros que Marcus notó que algo no iba del todo bien. Este no era el típico ser no muerto que renqueaba por la casa como un perezoso hasta arriba de barbitúricos. Este tipo parecía más bien un babuino hasta arriba de crack. Gruñía y aullaba y se movía a más del doble de la velocidad a la que Marcus estaba acostumbrado. La cosa estaba casi corriendo.

Marcus se aferró al palo trampa, preparándose para contener al zombi.

La velocidad aumentó. Ahora era algo parecido a un sprint. Se

movía en una serie de movimientos torpes y espasmódicos, como una marioneta controlada por un yonqui con abstinencia aguda.

Marcus no sabía qué hacer. No había sido entrenado para manejar algo así. En el último momento, perdió los nervios y salió disparado hacia la calle.

El zombi calvo le persiguió. Él trató de mantener la calma y pensar en lo ridículo que esto debía de parecerle a un tercer espectador, como una parodia de *Benny Hill*. Pero algo iba muy mal aquí. Nunca antes había visto a un zombi moverse de esa manera. No existía un término de la industria para este tipo de comportamiento.

Salió a la calle, donde se encontró con una vista aún más sorprendente.

Los zombis ahora estaban por todas partes. Saliendo de las casas cercanas a la calle con ojos muertos llenos de rabia asesina.

Marcus rezó para que nada de esto estuviera sucediendo de verdad y que todo solo fuera los efectos secundarios de un bajón particularmente desagradable. Pero el miedo que sentía era demasiado intenso para ser diferente a lo real.

Sus pulmones se llenaron de aire y gritó a todo pulmón.

"¡¡FÉLIX!!"

Félix estaba a medio camino de meterse en su mono de repuesto y ajeno al drama que se desarrollaba a su alrededor. Alzó la vista y vio a Marcus en medio de la carretera con zombis acercándose desde todas las direcciones.

Se puso tras el volante del minibús, puso en marcha el motor y lo llevó en marcha atrás.

Pero antes de hacer nada de eso, apagó la radio. Esa música infernal le estaba mareando.

Salió a la calle tan rápido como daba el viejo y destartalado autobús. Se acercó hacia Marcus, que estaba a unos momentos de convertirse en el almuerzo de alguien. En la calle veía ahora al

menos treinta zombis.

Marcus se lanzó de cabeza al interior del vehículo en movimiento y tiró de la puerta para cerrarla tras él. "¡Conduce!" gritó a Félix.

Pero Félix no condujo. Siguió al paso lento en que estaba viajando, estudiando la horda de zombis acumulada con peculiar curiosidad.

¡Félix! ¡Dale! ¡¡Venga!!"

"Marcus," dijo Félix. "Mira."

"¡¡Félix!!" Marcus estaba cerca de perder la cabeza.

"No estamos en peligro." Félix redujo la velocidad del minibús hasta detenerse por completo. "Mira a tu alrededor."

Marcus se armó de valor para mirar por la ventana. Los zombis seguían allí, pero algo había cambiado en ellos. Su ira y agresión habían desaparecido en un instante. Ya no eran las bestias voraces que casi le habían devorado hacía un minuto. Habían vuelto a ser las criaturas dóciles y confusas a las que él estaba acostumbrado.

"Qué extraño," dijo Félix.

"¿Qué demonios acaba de pasar?" Dijo Marcus. Seguía luchando por recuperar el aliento y darle sentido a lo que había visto.

"¿No ves lo que está pasando aquí?"

Marcus negó con la cabeza. "Nada de lo que acabo de ver tiene mucho sentido."

Félix supo que tendría que decírselo. "Creo que los zombis se sintieron atraídos por la música."

Poco después de las nueve de la mañana, Steve llamó al personal para una reunión rápida de equipo. Félix le había informado de su último descubrimiento y Steve accedió a que lo compartiera con el resto. En esta etapa, estaba dispuesto a dar una oportunidad a casi cualquier cosa.

Félix explicó al grupo que los zombis parecían sentirse atraídos por ciertos tipos de música. El tipo más efectivo, el que los convertía de perezosos a psicóticos en un abrir y cerrar de ojos, era el popular género de música conocido como *SlamCore*.

Después del rescate por los pelos de Marcus, Félix había realizado un poco de prueba y error para determinar exactamente qué tipo de música atraía más a los zombis. Quedaban ligeramente excitados por el electroclash, el hip hop agresivo y el rock industrial, pero eso no era nada comparado con lo que el *SlamCore* les hacía. Algo en esa combinación particular de sonidos, ritmos y frecuencias sacaba lo peor de sus impulsos primarios y los atraía como polillas a una llama. La música country parecía repelerlos.

"Eso explica lo que sucedió en Toronto," dijo Elliott refiriéndose a la impactante tragedia "rave" un mes antes. "¿Fue la música lo que lo causó?"

"Eso y todas las demás masacres "rave" de los últimos años, al parecer," dijo Marcus.

"¿Y por qué nadie se ha dado cuenta de esto hasta ahora?" Dijo Adam.

"¿Quién sabe?" Dijo Félix. "Supongo que se debe a que han dedicado la mayor parte de su tiempo y recursos a buscar una cura en lugar de averiguar qué tipo de música prefieren."

Félix describió su estrategia sobre la mejor manera de explotar este conocimiento. Encenderían todas las radios que pudieran encontrar en la ciudad (todos los equipos de sonido de los automóviles, transistores portátiles y despertadores de cabecera) y los sintonizarían en una frecuencia específica con el volumen al máximo. Félix usaría su ordenador portátil, el cual tenía un transmisor de radio incorporado, para transmitir una breve ráfaga de sesenta segundos de *SlamCore* sobre esa señal en particular. La esperanza era que esto atraería a los zombis cercanos fuera de sus hogares y hacia las garras del equipo con el mínimo esfuerzo.

Así, todos regresaron a sus áreas designadas y se pusieron a buscar radios. Dado que los residentes de Villa Tumbas eran bastante

confiados, esto no fue muy difícil. Las puertas de sus casas solían estar abiertas y muchos dejaban las llaves del coche en el contacto.

Diez minutos después, habían encendido y sintonizado unas ochenta radios. Los volúmenes se subieron todo lo que daban, y las puertas de todas las casas se dejaron abiertas para permitir que los zombis salieran directamente.

Justo cuando el reloj marcaba las 9:20 a.m. (todo el personal había sincronizado sus relojes), Villa Tumbas pasó de ser una comunidad semirrural pacífica y agradable a una gran "rave" al aire libre. Los brutales sonidos de *SlamCore* cubrieron todo el municipio. Era como quedar atrapado en una zona de batalla hasta arriba de éxtasis.

La pista que Félix había seleccionado era "Aguántame El Cubata" de Mr. Needlemouse, que posiblemente era la canción más tonta y desagradable jamás grabada. Él había observado que cuanto más estúpida era la canción, más efectiva era atrayendo a los zombis.

Su plan funcionó casi de inmediato. A los pocos segundos de comenzar la música, los zombis comenzaron a salir de sus casas. Uno por uno, todos salían arrastrando los pies, algunos rompieron en lo que podría llamarse una torpe carrera inconexa.

El efecto que esta música tenía en ellos resultó un poco preocupante para algunos. Habían pasado de somnolientos y dóciles a agitados depredadores. Algunos miembros del personal dieron un paso atrás y se agarraron a sus palos trampa. Nunca antes habían visto a los zombis comportarse así.

"¿Por qué reaccionan así?" dijo Erin con preocupación en el rostro.

Nadie tenía una respuesta, pero el impacto que estaba teniendo en ellos era innegable. La música era como una especie de reclamo de apareamiento zombi, aunque nadie querría quedarse a la subsecuente orgía.

Incluso Miles, quien inicialmente se había mostrado bastante escéptico ante las afirmaciones de Félix, estaba sorprendido. Si no hubiera estado aquí para presenciarlo, probablemente no lo habría creído. También pensó que era algo apropiado que se sintieran tan

atraídos por este género de música, dado que el *SlamCore* atraía principalmente a personas con limitada función cerebral que seguían ciegamente al rebaño.

Recordó la única vez que se había expuesto voluntariamente a este tipo de música durante un período prolongado de tiempo. Había sido hacía unos seis meses, cuando Elliott y Amy le habían arrastrado a un club para ver a un adolescente holandés (con solo la mitad de la cabeza rapada) cobrarles por pulsar botones sobre una plataforma elevada y agitar las manos en el aire. La multitud drogada se había vuelto loca, pero para Miles la música había sido una forma de tortura. Sonaba como la banda sonora de una película *snuff* remezclada por un sociópata con discapacidad auditiva. En algunos países devastados por conflictos, era literalmente una forma de tortura: se sabía que los sádicos señores de la guerra encerraban a los soldados enemigos capturados en espacios confinados y les golpeaban con *SlamCore* ensordecedor durante días y días.

Félix detuvo la música cuando su reloj marcó las 9:21 a.m. Los zombis se detuvieron un par de segundos después de eso. Con solo pulsar un interruptor, volvieron a ser los bobalicones pandas ebrios que eran. Se quedaron en el sitio, atrapados en un estado de animación suspendida, sin idea de dónde estaban o qué acababa de suceder.

El personal de Rito Muerto se movió rápidamente para capturar a cada uno de los zombis, colocando las bridas y mordazas y guiándolos hacia el autobús. Después de todas las dificultades que habían experimentado ayer, esto casi parecía demasiado fácil.

El día anterior les había llevado más de seis horas capturar suficientes zombis para llenar el primer autobús. Hoy lo habían hecho en menos de veinte minutos. Marcus saltó detrás del volante y él y Adam llevaron la carga de vuelta a la ciudad para depositarla en el centro de procesamiento.

A partir de ese momento, el equipo no tenía nada más que hacer, excepto tomarse un temprano descanso para almorzar y hablar sobre cómo iban a gastar el dinero que estaban a punto de ganar.

Fabián se estaba volviendo cada vez más aprensivo cuanto más

pasaba el día. Había estado atrapado dentro de este auditorio congestionado durante tres horas, sentado en estos incómodos asientos de plástico y teniendo que soportar los discursos de cuatro políticos indistinguibles, dos capitanes de la industria y un conjunto de canciones patrióticas de un triste cantante de country generosamente anunciado como el entretenimiento de apertura.

Finalmente, llegó el momento que todos habían estado esperando.

Bernard Marlowe subió al escenario flanqueado por su esposa trofeo Celine y sus hijas perseguidoras de fama Stephanie y Madison. Ahora estaba a menos de diez metros de donde estaba sentado Fabián.

"¡Este país no será tomado como rehén por los extremistas y los que están en el lado lunático!" declaró repitiendo las palabras textualmente del *teleprompter* frente a él. A pesar de leer el mismo guión todos los días desde el comienzo de su campaña, Marlowe aún confiaba en el *teleprompter* como confiaba en su aplicación diaria de cabello enlatado. Era un bufón torpe e inarticulado sin él.

El público aplaudió y la manifestación siguió su curso predecible: *esloganeo* vacío de Marlowe seguido del adulador vocerío de la multitud.

“El 1 de marzo diremos ¡No! ¡Al miedo! ¡Diremos no! ¡A la incompetencia! ¡Diremos no! ¡Al peor gobierno que este país haya visto jamás!"

Más vítores de la multitud. Marlowe regurgitaba todas las líneas que había dicho en todos los demás eventos públicos de los últimos doce meses, repitiéndolas como una vieja banda de rock que saca a relucir sus grandes éxitos en busca de un aplauso fácil.

"Los no muertos no gobiernan este país, ¡la gente gobierna este país!"

"¡Juntos saldremos victoriosos en la guerra al horror!"

"¡Yo creo en la democracia!"

La multitud fácil de complacer estaba ahora de pie engullendo cada

palabra. Marlowe dio un paso atrás y lo bebió todo. Más que nada, esto era lo que ansiaba: poder, respeto, adulación. Ésta era la razón por la que había entrado en política.

Los aplausos cesaron y el público tomó asiento.

Pero Fabián permaneció en pie. Vestía un traje de Hugo Boss y un sombrero de lana que no podía contener sus rastas pelirrojas. Su rostro ahora estaba escondido detrás de un pañuelo rojo. Su chaqueta de traje estaba al revés, revelando el gran logo rojo de la Tribu de los Cero pintado en la espalda.

Subió de pie sobre su asiento y levantó el puño en el aire.

"¡Fascismo es capitalismo en decadencia!" gritó.

El pañuelo amortiguaba un poco su voz, por lo que solo aquellos cercanos a él pudieron entender lo que estaba diciendo.

Hubo algunos gemidos y abucheos de la multitud. Alguien gritó: "¡Busca un trabajo, cabeza muerta!" La seguridad se movió rápidamente para someter a este agitador solitario.

Pero Fabián no estaba solo en su acto de rebelión. A él se unieron otros siete asistentes bien vestidos, compañeros Ceros, que también tenían los rostros tapados con pañuelos. Se subieron a sus asientos y gritaron al unísono: "¡Fascismo es capitalismo en decadencia!"

Antes de que Marlowe y sus matones pudieran responder a esta interrupción, los Ceros lanzaron su ataque. En cuestión de segundos, había una docena de proyectiles volando hacia el escenario. El equipo de seguridad de Marlowe entró en tropel para proteger a su líder, corriendo desde todas direcciones para formar una barricada humana.

Un desafortunado guardia en el frente recibió un golpe dirijido a su jefe cuando un globo le golpeó directamente en el pecho. Este se abrió de golpe y la camisa y chaqueta quedaron empapadas con el espantoso contenido. El tipo quedó incapacitado de inmediato y cayó al suelo en agonía.

El pánico y la confusión tomó el control rápidamente, mientras el

olor a cadáveres en descomposición flotaba por todo el auditorio. Era el hedor más repugnante que se podía imaginar. Un olor tan fuerte que dificultaba la respiración.

La mayoría de los asistentes corrieron frenéticamente hacia la salida. Otros no pudieron controlarse y vaciaron sus estómagos en el acto.

Una vez que se agotaron sus reservas de misiles, los Ceros utilizaron el caos creciente en su beneficio y desaparecieron entre la multitud.

Seguridad escoltó rápidamente a Marlowe y a su familia fuera del escenario y lejos del lugar hacia la limusina que les esperaba. Mantuvieron un muro cerrado a su alrededor, aunque varios guardias habían sido alcanzados con las bombas fétidas y sucumbieron a violentos ataques de náuseas y vómitos.

Se abrió la puerta de la limusina. Marlowe ignoró la convención de «las mujeres y los niños primero» y se lanzó de cabeza. Su esposa e hijas le siguieron, pero Madison Marlowe no pudo moverse lo bastante rápido. Su guardaespaldas libraba una valiente batalla para mantener dentro el almuerzo, pero al final sus esfuerzos fueron en vano.

Vomitó sobre el nuevo vestido de Givenchy de Celine, a la vista de los paparazzi que esperaban.

Capítulo 22

Hay momentos en la vida en los que toda la planificación y preparación se van por la ventana y el éxito se reduce a nada más que suerte y a estar en el lugar adecuado en el momento correcto. Puede que el pájaro madrugador atrape al gusano, pero es el segundo ratón el que se lleva el queso. Este era uno de esos momentos.

El personal de Rito Muerto habría cargado a Félix sobre los hombros y le habría llevado en volandas hasta su casa si hubieran tenido la energía para hacerlo. Su nueva y brillante estrategia de atraer y atrapar a los zombis había hecho maravillas y les había enriquecido considerablemente en el proceso. Todos fueron unánimes en su creencia de que era un genio y un héroe.

El segundo día en Villa Tumbas terminó al final cerca de las 8:30 p.m. Aunque exhaustos, nadie había querido dejar de trabajar. Steve solo dio por terminado el día una vez que decidió que estaba demasiado oscuro para continuar.

En total, se habían llenado nueve autobuses durante el día. Eso equivalía a más de setecientos zombis, o $350.000 de ingresos. El trabajo que inicialmente habían pensado que podría tardar entre siete y diez días en completarse ahora podría acabar mañana por la mañana.

No hacía falta decir que el ambiente en el viaje a casa en autobús fue mucho más optimista que el día anterior. Todos los trabajadores llevaban cuentas mentales de cuántos zombis habían ingresado y cuánto dinero iban a ganar con este trabajo. También estaban pensando en qué iban a gastar todo ese dinero.

Uno por uno, discutieron lo que harían con sus inminentes ganancias inesperadas.

Marcus habló de sus planes para recorrer el mundo de fiesta "rave" en fiesta. Iba a pasar el próximo año viajando de festival en festival, de fiesta con los DJs superestrellas del *SlamCore* como una especie

de *groupie* techno de los *Grateful Dead*.

Erin dijo que saldaría las deudas de su tarjeta de crédito y luego haría un pago inicial por ese Volkswagen Escarabajo convertible que había estado mirando desde el año pasado.

Félix no tenía planes definidos sobre cómo iba a gastar la pasta, aparte de decir que podría triplicarlo en un fin de semana en el casino gracias a un sistema infalible que había ideado y que podía vencer a la casa sin llamar la atención.

En lo que respectaba a Miles, dijo que en realidad no había pensado en lo que iba a gastar su dinero. Después de algunos codazos de sus compañeros de trabajo, por fin se le ocurrió que comprar un automóvil de segunda mano para poder renunciar por fin al transporte público.

La verdad era que sabía exactamente cómo iba a gastar el dinero, pero no sería en nada llamativo ni ostentoso. Lo usaría para pagar una gran parte de la hipoteca. Esto le daría el respiro que tanto necesitaba y aliviaría algo de la abrumadora presión económica que sentía. También podría comenzar su licenciatura en comercio, y tendría lo suficiente en el banco para poder estudiar a tiempo completo y trabajar a tiempo parcial, en lugar de a la inversa.

Luego fue el turno de Adam. Dijo que una vez que Rito Muerto hubiera pagado la multa y todas sus deudas, aún quedaría suficiente dinero para cambiar el minibús por fin y actualizarlo a un modelo más nuevo. Esta noticia fue recibida con un fuerte aplauso de aprobación por parte del personal, quienes estaban todos bien hartos de viajar hacia y desde los trabajos en una vieja y poco fiable *Winnebago*.

Unos minutos más tarde, el minibús pasó por la cabaña de piedra en la cima de la colina de la que Adam se había enamorado. Sabía lo que realmente quería hacer con todo ese dinero, pero por ahora eso tendría que seguir siendo una fantasía.

Elliott fue el único que no contribuyó a la discusión. Se quedó sentado en la parte delantera del autobús con la cabeza apoyada en la ventana. Los demás le dejaron en paz y asumieron que estaba

agotado después de un largo día de trabajo. Algunos de ellos habían notado que había estado extrañamente callado estos últimos días, pero lo atribuyeron al alto nivel de estrés al que había estado sometido últimamente.

Los acontecimientos de las últimas doce horas seguían zumbando en la cabeza de Miles cuando salió de la sede de Rito Muerto y tomó el tren a casa. Tenía tantos pensamientos y emociones nadando dentro de la mente que resultaba abrumador. Después de soportar innumerables reveses y decepciones durante los últimos dos años, hoy se sentía como en un punto de inflexión de su vida.

Pasó junto a una licorería de camino a casa desde la estación de tren. Se preguntó si necesitaría un par de tranquilas copas para calmarse después de un día tan estimulante. No tardó en convencerse de que se trataba de una idea excepcionalmente acertada. Por lo general, se abstenía del alcohol cuando había trabajo al día siguiente, pero esta vez lo justificó diciendo que una copa o dos le ayudarían a relajarse y le permitirían dormir mejor por la noche. Esto solo era ser sensato, no una celebración. Aún no, al menos.

Pagó por una botella de vodka y se dirigió a la salida. Las puertas automáticas se abrieron y se encontró cara a cara con Campbell.

"Miles," dijo Campbell. "Qué casualidad verte aquí."

"Oh, ey, Campbell," dijo Miles un poco con la guardia baja.

No había visto a Campbell desde que este había dejado Rito Muerto inesperadamente un mes antes. Ahora aquí estaba, encontrándose con él mientras compraba licor a las diez en punto de una noche entre semana. Probablemente eso no decía mucho en su favor, pero en ese momento no le importaba demasiado lo que Campbell pensara de él.

"¿Cómo va la vida en Z-Pro?" dijo luchando por empezar una charla trivial.

"Ah, ya sabes. El mismo circo, diferentes payasos."

Miles notó lo drásticamente que Campbell había alterado su apariencia en el poco tiempo que llevaba con Z-Pro. Llevaba un polo rosa brillante con el cuello abierto. Le goteaba gomina del pelo y había aparecido una mancha triangular de vello facial en su labio inferior. Su brazo izquierdo estaba completamente cubierto de tatuajes y tenía el comienzo de una manga a la derecha. Se estaba convirtiendo lentamente en otro clon. Era como si Z-Pro le diera a su personal píldoras de idiotez al comenzar el empleo.

"¿Qué tal con Rito Muerto?" Dijo Campbell. "No les hemos visto mucho en los últimos días."

Miles vaciló. ¿Sabía algo Campbell? Había algo en el tono de su voz que sugería que él ya sabía la respuesta.

"Sólo otro de nuestros períodos tranquilos, supongo," se encogió de hombros.

Campbell sonrió y asintió de una manera que Miles no pudo decidir si era comprensiva o condescendiente. "¿Sabes?, hay un rumor sobre un equipo nuevo que trae camión tras camión de zombis. Usan un autobús que se parece casi exactamente a uno de los nuestros."

"¿En serio?" Miles hizo todo lo posible por fingir sorpresa.

"¿Sabes algo de eso?"

"Esta es la primera vez que lo escucho."

Estaba seguro de que algo pasaba con Campbell. Esta amistosa puesta al día ahora parecía más un interrogatorio.

Se disculpó en la primera oportunidad disponible y salió rápidamente de la tienda. Cruzó la calle sin mirar atrás, pero tuvo la inquietante sensación de que Campbell todavía le estaba mirando. Caminó un poco más por la calle y luego se metió en una tienda cercana.

Definitivamente había sido un encuentro extraño. No podía evitar la sensación de que Campbell sabía más de lo que dejaba ver. Cuando Miles se había topado con él por primera vez al salíalr de la tienda,

Campbell no pareció sorprendido en lo más mínimo de verlo allí. Era como si lo hubiera estado esperando. ¿Le había seguido hasta allí? Campbell no vivía cerca de este vecindario, por lo que aquello no parecía un encuentro casual.

Se dijo a sí mismo que debía calmarse y que probablemente estaba leyendo demasiado del incidente. La paranoia era un efecto secundario inevitable de hacer algo ilegal. Era completamente normal, incluso beneficioso, sospechar de todo el mundo en estas circunstancias.

Las puertas automáticas de la licorería se volvieron a abrir un minuto después y Campbell salió con las manos vacías. Miró calle abajo, en la dirección por donde Miles solía volver caminando a casa. No pudo ver a nadie. Lentamente se dio la vuelta y examinió todo el área. Definitivamente estaba buscando a alguien.

Miles observaba esto desde la acera de enfrente, escondido en las sombras de la tienda sin iluminación. Se sintió un poco mejor sabiendo que no se había imaginado todo ese extraño episodio. Sus sospechas sobre Campbell estaban totalmente justificadas.

Miles podía sentir la atmósfera de celebración que impregnaba el interior de su casa desde dos manzanas de distancia. La fiesta estaba en pleno apogeo, con cientos de Ceros convergiendo en el lugar. En circunstancias normales, consideraría esto como una completa pesadilla, pero después del día increíble que había tenido no le molestaba tanto, aunque notó que sus posibilidades de una noche de sueño placentero eran ahora bastante escasas.

Se abrió camino a través de la variedad de juerguistas y parásitos que se arremolinaban dentro de la casa, luego pasó junto a los sopladores de fuego y los músicos de sitar de fuera, y por fin encontró a Ameba en el patio trasero.

"¿Que está pasando aqui?" preguntó.

"Esta noche," declaró Ameba triunfalmente, "¡celebramos la mayoría de edad de la Tribu de los Ceros!"

Una ovación se elevó entre la multitud reunida.

Tariq el Anarquista levantó su cerveza en señal de victoria. “Hoy le hemos demostrado a Bernard Marlowe quién tiene el control de verdad. La élite gobernante no gobierna el país, ¡la gente gobierna el país!"

Se escuchó una ovación más fuerte.

"Entra y enciende la televisión," le dijo Ameba a Miles. "Está en todas las noticias."

"Deberías haberlo visto, hombre," se rió uno de los otros Ceros. "¡Marlowe salió corriendo de allí como una perrilla asustada!"

"¡Esto es solo el comienzo!" Agregó Mai, mostrando más vida y energía de lo que muchos pensaban que era capaz. "¡Recordad este día, porque hoy es el primer día de la revolución!"

Tariq comenzó un cántico de “¡A-NAR-QUÍA! ¡A-NAR-QUÍA!" Pronto se unió toda la multitud. Miles escapó a su habitación y encendió la televisión, feliz de estar lejos de aquella congregación de bichos raros.

El reportaje sobre los Ceros que habían interrumpido el discurso de Marlowe llegó a los seis minutos del boletín de noticias; Ameba había exagerado un poco al decir que estaba "en todas las noticias." Fue precedido por una serie de artículos sobre la campaña electoral del día. Salió Marlowe leyendo a los niños de la escuela, Marlowe reuniéndose con propietarios de pequeñas empresas, Marlowe estrechando la mano a jubilados en centros comerciales, Marlowe recorriendo una fábrica con casco y chaleco de alta visibilidad, y varias otras apariciones públicas orquestadas.

La interrupción en la conferencia del partido se cubrió solo brevemente, y el presentador de noticias afirmó que el discurso de Marlowe había sido interrumpido por «los obligarorios cabezas muertas rent-a-multitud» que habían estado acechando a Marlowe desde el comienzo de su campaña para primer ministro.

La visión que la acompañaba mostraba una ligera conmoción en el auditorio, con los Ceros siendo perseguidos por la seguridad, y luego Marlowe en el escenario continuando con su discurso.

"¡Este país no será tomado como rehén por los extremistas y los que están en el lado lunático!" declaró Marlowe audazmente. "¡Juntos saldremos victoriosos en la guerra al horror!"

Esto fue seguido por una ovación de pie.

Miles negó con la cabeza. Era obvio, al menos para él, lo que estaba pasando aquí. Con la ayuda de una edición creativa y un cambio de la cronología de los eventos, el tono del reportaje se había alterado por completo. En lugar de mostrar a Marlowe corriendo desde el auditorio hacia la seguridad de su limusina, un trabajo de cortar y pegar lo había hecho parecer fuerte y desafiante frente a un grupo de alborotadores rebeldes.

Y así había sido, al parecer, el gran momento de los Ceros. Lo que Fabián creía que iba a cambiar el curso de la historia terminó siendo nada más que una broma de estudiante. Un chorrito húmedo de una declaración que les valió noventa segundos de tiempo en el aire y un párrafo o dos en la edición de mañana de *La Tinta Diaria*, pero que sería casi olvidado en una semana.

Apagó la televisión y echó mano a la botella de vodka.

A las 12:45 a.m., un tercio de la botella se había ido, pero el sueño aún le eludía. La música seguía sonando fuera y la fiesta de los Ceros no mostraba signos de terminar.

A las 12:58 a.m. se bajó de la cama y renqueó hasta el baño. Abrió un cajón bajo el lavabo y recuperó el Ambien que había robado de la casa en Villa Tumbas el día anterior. La etiqueta advertía de la combinación de las píldoras con alcohol, pero supuso que eso solo se aplicaba a los ancianos. Además, en realidad no había bebido tanto.

Se tragó una pastilla con un sorbo de agua. Se tragó una segunda pastilla cuando recordó que él era aproximadamente del doble del tamaño de la anciana y, por tanto, necesitaría el doble de la dosis para que las pastillas tuvieran un efecto real.

Escuchó sonar un teléfono. Era un zumbido procedente del traje pantalón azul claro que Clea había dejado entre un montón de ropa

en el suelo cerca de la bañera. Se agachó y lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

Cogió el teléfono y se tambaleó por la casa buscando a Clea, pero no la encontró por ningún lado. Uno de los Ceros, un tipo bajito con bigote que llevaba un pareo y un sombrero de vaquero, le dijo que creía haberla visto por detrás en alguna parte.

Miles vio a Clea en un rincón oscuro del patio trasero. Estaba hablando con Neil bajo el limonero. Se acercó unos pasos y vio que estaban haciendo mucho más que hablar. Estaban uno encima del otro como un par de adolescentes cargados de hormonas en la discoteca de una escuela secundaria.

"Vaya, lo siento," dijo, pero pronto se hizo evidente que la presencia de Miles ni siquiera se había registrado en ellos. Estaba oscuro, la música estaba sonando y Clea y Neil estaban demasiado interesados el uno en el otro para notar a otra persona.

Rápidamente se retiró a la casa para darles algo de privacidad, antes de dar marcha atrás. Un pensamiento siniestro se deslizó por su mente.

Pulsó el botón de grabación y usó el teléfono de Clea para filmarla a ella y a Neil en acción.

Se sentía un poco sórdido haciendo esto, como si fuera una especie de voyeur salido, pero en esta etapa de la noche todos estaban bastante borrachos. Nadie le prestaba atención y, en el contexto de lo que sucedía a su alrededor, aquello ni siquiera parecía fuera de lugar.

Grabó a Clea y Neil manoseándose y devorándose durante unos dos minutos, luego buscó en la lista de contactos de Clea. Encontró el número de teléfono de Fabián y le envió el video.

No pudo borrar la maquiavélica sonrisa de su rostro una vez que lo hizo. Sabía que Fabián estaba enamorado de Clea y que odiaba a Neil. También sabía que lo que acababa de hacer era completamente desagradable y vengativo. Pero también era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Además, después

de las imágenes que Fabián había filmado en el centro de procesamiento y todos los problemas que estas habían creado, ahora podían decir que estaban en paz.

Miles regresó a su habitación y volvió a meterse en la cama, sintiéndose extrañamente orgulloso de sí mismo. Su radio reloj ahora mostraba 1:14 a.m. Cerró los ojos.

Los volvió a abrir unos minutos después. O lo que se sintió como unos minutos. Alguien o algo estaba dando golpes fuera de su habitación. Escuchó voces ahogadas y lo que parecía una discusión. El picaporte de la puerta se movía, como si estuvieran tratando de entrar.

Miró su reloj y vio que eran las 6:01 a.m. Intentó levantar la cabeza, pero apenas podía moverse. Su brazo izquierdo estaba entumecido después de quedarse dormido encima y cortarle la circulación.

Lo siguiente que supo fue que la puerta se abrió de una patada y dos hombres vestidos de negro se abalanzaron sobre él.

Los hombres lo sujetaron boca abajo. Presionaron su cuello y le torcieron los brazos detrás de pa espalda. Sintió un dolor agudo alrededor de las muñecas al quedar atadas con bridas.

Su primer pensamiento fue que le estaban atracando, hasta que comenzó a descifrar algunos de los gritos ininteligibles que provenían de los hombres. Escogió la palabra ocasional, como "policía" y "permanecer en silencio."

Le pusieron de pie y le arrastraron hacia la puerta. Estaba paralizado tanto por el miedo como por el Ambien, por lo que no ofreció resistencia. Sacaron su cuerpo inerte y lo dejaron en el jardín delantero.

Un millón de escenarios diferentes pasaron por su mente. La primera y más obvia era que nada de eso estaba sucediendo y que todo era un sueño provocado por combinar tontamente el alcohol con medicamentos que no le habían recetado. Todo esto era solo un sueño. Un sueño loco, vívido y aterrador. Eso en el mejor de los casos. O en el peor de los casos, consideró la aterradora posibilidad

de que se hubiera provocado un daño cerebral irreversible y tal vez nunca regresara por completo a la realidad.

Su siguiente pensamiento fue que estaba detenido debido al trabajo de Villa Tumbas. Campbell se había enterado e informado a Jack Houston, quien luego habría informado a las autoridades. Tenía que ser eso. Miles iba a perder el empleo, Rito Muerto iban a ser cerrado y probablemente todos terminarían en la cárcel. No veía otra explicación plausible.

Quedó tendido de lado sobre la fría y húmeda hierba, todavía atrapado en una parálisis parcial, con las ataduras de cables clavándose en su piel. Luchó por encontrarle sentido a todo aquello. También sintió la abrumadora necesidad de rascarse la nariz.

Le llevó unos minutos ordenar sus ideas y pensarlo lógicamente, pero al final fue capaz de reconocer que eran los Ceros, no él, en los que los policías estaban enfocando su atención. Cada uno de los Ceros estaba siendo arrastrado fuera de su dormitorio con las manos atadas. La mayoría iban sólo a medio vestir. Algunos llevaban incluso menos que eso. Algunos, como Mai, pateaban y gritaban, agitándose como un juguete de cuerda. Otros, como Tariq el anarquista, se rompieron en pedazos, aterrorizados al enfrentar a una pequeña dosis de anarquía real.

Solo Neil parecía imperturbable por todo esto. Estaba apartado y observaba los procedimientos a medida que se desarrollaban. Curiosamente, la policía no hacía ningún movimiento para arrestarle.

En medio de su estado de confusión e incapacidad, Miles fue golpeado por un repentino momento de claridad: debía de haber sido Neil quien había delatado a los Ceros. Ese tenía que ser el caso. Después de todo, ¿por qué no lo arrestaban a él junto a todos los demás?

Vio a Neil susurrar algo al oído de uno de los policías y señalar en dirección a Miles. El policía se le acercó y le cortó las ataduras de cables alrededor de las muñecas. Su nariz dejó de picar tan pronto como sus manos estuvieron libres.

"Eres libre de irte," dijo el policía. "Pedimos disculpas por las molestias."

Miles quiso preguntar qué demonios estaba pasando, pero su boca tenía problemas para expresar lo que estaba pensando su cerebro. Para cuando estuvo lo bastante lúcido como para formular una oración completa, el policía ya se había ido.

Luchó por ponerse de pie y se alejó andando frotándose las muñecas por el camino.

Todavía no sabía lo que estaba sucediendo aquí. ¿Era Neil un soplón? No parecía el tipo de cosas que él haría. Neil era más duro que nadie en el grupo. Era alguien que se encadenaba a excavadoras e irrumpía en las sedes de las grandes compañías petroleras para arrojar vida silvestre muerta en el escritorio del CEO. A diferencia de muchos otros que pasaban sus días drogándose y hablando sobre lo que se debería hacer, él en realidad respaldaba sus palabras con acciones. Tal vez Neil había sido sorprendido haciendo algo serio y, mirando por el cañón de una larga sentencia de prisión, había traicionado a sus colaboradores.

No fue hasta mucho más tarde, cuando Miles tuvo la oportunidad de pensarlo bien, que pudo descubrir cuál era la verdadera historia. Neil estaba demasiado relajado y sereno para ser un chivato. Se veía y se comportaba como una persona totalmente diferente. La forma en que hablaba, la forma en que actuaba, su postura y lenguaje corporal, estaba completamente en desacuerdo con la persona que todos conocían.

Y luego lo supo. Era tan obvio que no podía creer que le hubiera tomado tanto tiempo darse cuenta. Neil debía de haber sido un policía encubierto. Toda su personalidad era una invención.

Miles se había reído de Clea cuando ella había sugerido que podían enviar espías para infiltrarse en grupos como los Ceros. Él nunca lo había creído y había asumido que solo era cosa de Clea viviendo en su propio mundo de fantasía paranoica. Parecía que Clea tampoco lo creía del todo, de lo contrario, podía haber sido un poco más selectiva sobre a quién dejaba entrar en el grupo. Él no estaba seguro de cuál era el proceso de selección para unirse a los Ceros,

pero en el caso de Neil, parecía que las buenas apariencias y las historias sobre todas sus locas aventuras eran suficientes para ganar la admisión.

Miles volvió a la cama y disfrutó de otras cuatro maravillosas horas de sueño profundo e ininterrumpido.

Y luego el minibús pasó por un bache, y Miles fue sacado de su país de las maravillas nocturno. Fue un recordatorio insensible de que en realidad no estaba en su cálida y acogedora cama; en cambio, estaba perdiendo y perdiendo la conciencia en el viaje en autobús a Villa Tumbas. Las pastillas para dormir mantenían un agarre firme sobre él y le hacían desconectarse periódicamente. Cerraba los ojos durante un par de segundos y, cuando los volvía a abrir, descubría que habían pasado veinte minutos. Puede que su cuerpo siguiera despierto, pero su cerebro le decía que debía volver a dormir. Deseó que el viaje fuese más largo para tener más tiempo para descansar. Lo que estaba experimentando ahora parecía cien veces peor que una resaca.

Se le ocurrió que tomar esas pastillas podría no haber sido una de sus ideas más brillantes. Combinarlas con alcohol había sido aún más estúpido. Miles maldijo su idiotez. Sabía que no debía haberlo hecho, pero lo había hecho de todos modos. Por alguna razón, siempre insistía en descubrir estas cosas por las malas.

Apoyó la cabeza en la ventana y respiró hondo.

Steve vigilaba de cerca a Miles mientras conducía. Cuando le había visto por primera vez esa mañana, estaba tan pálido y hecho polvo que se preguntó si estaba ocultando un mordisco zombi.

También vigiló de cerca el espejo retrovisor. Puede que solo fuera su imaginación, pero estaba seguro de que el mismo Jeep plateado los llevaba siguiendo durante los últimos veinte minutos.

"Ey, ¿Miles?"

Miles sintió que alguien tiraba de su brazo. Gimió suavemente y se alejó de quienquiera que lo molestara.

"¿Miles?" Erin dijo. "Despierta."

"Estoy despierto."

"¡Miles!"

Abrió los ojos y descubrió que ya no estaba en el autobús. Estaba fuera. Frente a una casa. Apoyado en un árbol.

"¿Estabas dormido en aquel momento?" dijo Erin.

"¿Qué?" Parpadeó un par de veces, esperando no tener tan mal aspecto como se sentía. "Mmm, no."

"Acabo de decir tu nombre tres veces."

"Solo cerré los ojos un segundo."

"Llevas diez minutos apoyado en ese árbol."

"Yo... ¿qué?"

"¿Te sientes bien?"

"Estoy bien," dijo Miles aunque no fue terriblemente convincente al decirlo.

"¿Has estado actuando un poco extraño toda la mañana?"

"Estoy un poco cansado, eso es todo." Señaló con la cabeza hacia la casa. "Bueno, ¿vamos a empezar con esto o qué?"

"No. Ya hemos hecho esta dirección. Estoy tratando de decirte que es hora de pasar a la siguiente. "

"Oh, cierto. Ya lo sabía."

Durante el resto de esa mañana, Miles buscó en todos los baños de cada casa, en busca de alguna ayuda farmacéutica que lo ayudara a despertarse. Ritalin, Adderall, pseudoefedrina, pastillas de cafeína, velocidad de camionero... cualquier cosa que pudiera darle un impulso.

Al final encontró un frasco de baratas pastillas para adelgazar dentro del bolso de una mujer. A juzgar por el mu-mu vestido de zombi zampabollos a quien pertenecía el bolso, no parecían ser tan útiles como suplemento para bajar de peso. Pero tendrían que servir, al menos hasta que apareciera algo mejor.

Aún cuando se había prometido a sí mismo antes que robar en las casas era una cosa de una sola vez, consideraba que estas eran circunstancias extraordinarias. Se tragó seis pastillas y se guardó el resto del frasco en el bolsillo.

Capítulo 23

Fue poco antes del almuerzo cuando el autobús regresó de su tercer viaje al centro de procesamiento del día. Quince minutos después, estaba lleno de otros ochenta zombis. Esto era demasiado fácil.

Devon, uno de las últimos llamados a entrar en Rito Muerto, se ofreció como voluntario para encargarse de las tareas de conducción para el próximo viaje de regreso a la ciudad. Steve estuvo de acuerdo e indicó a Miles que le acompañara. Steve tenía el cuidado de rotar regularmente la lista de conductores para asegurarse de que los mismos dos empleados no aparecieran una y otra vez. Probablemente estaba siendo demasiado cauteloso, pero no quería correr el riesgo de levantar sospechas del personal del centro de procesamiento.

Adam contó a los zombis en cuanto todos estuvieron amontonados. "Ahí va otra carga completa," dijo. "Lo que eleva nuestro gran total de los últimos tres días a más de novecientos."

"¿Y dónde nos deja eso?" Dijo Steve.

Una sonrisilla apareció en el rostro de Adam. "Eso implica que ahora estamos oficialmente en números negros."

La expresión del rostro de Steve lo decía todo: una mezcla de euforia y gratitud, pero sobre todo alivio. "¿Así que ahora volvemos a cero?"

"Más o menos. Hemos recibido lo suficiente para pagar la multa y cubrir todas nuestras deudas. Podemos seguir ahora."

Steve esperó un momento antes de hablar. Quería dar la impresión de que estaba pensando seriamente en su próximo movimiento, pero lo que realmente estaba haciendo era tratar de encontrar la mejor manera de expresar su respuesta. Era el elefante lanudo del tamaño mamut de la habitación. Todos los trabajadores, incluido Steve, querían quedarse y seguir adelante. Nadie saldría justo en ese momento y lo diría, pero estaba en la mente de todos. Habían

dejado de pensar en cuánto dinero habían ganado y estaban empezando a pensar en cuánto dinero estaban dejando atrás.

"Todavía hay al menos tres o cuatro mil zombis aquí, ¿verdad?" Dijo Steve.

Adam asintió. "Eso es correcto."

“Y ya que estamos aquí y ni siquiera es mediodía, tal vez deberíamos quedarnos unas horas más."

Adam se cruzó de brazos. "Acordamos que solo nos quedaríamos hasta que todo estuviera pagado."

“Lo sé, pero... venga, Adam. Llevamos un buen tiempo sin ningún problema. Sería estúpido abandonar esto ahora."

"También sería estúpido volverse codicioso y tentar al destino."

Con su educación religiosa, Adam era muy consciente de que la codicia era el pecado más mortal de todos. Incluso las personas más honorables y moralmente honradas podían sucumbir a la tentación cuando se trataba de grandes cantidades de dinero. Nadie era inmune a que la codicia le nublara el juicio.

Steve exhaló. "Quizá deberíamos someterlo a votación."

Adam consintió, pero sabía que votar era inútil. Por supuesto, todos votarían quedarse. Básicamente estaban preguntando al personal si les gustaría ganar $10.000 adicionales además de los $25.000 que ya habían ganado. Ir a casa ahora sería como forzar la cámara blindada de un banco y salir dejando un saco lleno de lingotes de oro.

Steve llamó a los trabajadores y les informó de la situación, luego pidió que levantaran la mano. Como era de esperar, todos votaron a favor de seguir adelante.

"Solo es otro medio día," dijo Steve una vez que los trabajadores regresaron a sus áreas designadas. "Será mejor que sigamos adelante mientras estamos aquí. Estoy seguro de que todo saldrá bien."

"Ey," dijo Adam encogiéndose de hombros con resignación. "Yo creo en la democracia."

El viaje en autobús de regreso a la ciudad fue silencioso, salvo por el bajo gemido de los ochenta zombis apiñados en el corral improvisado. Devon estaba al volante corriendo por la autopista como si el límite de velocidad fuese solo una sugerencia educada.

Devon había sido contratado apresuradamente un par de días antes para ayudar con el trabajo de Villa Tumbas, y era indicativo de hasta qué punto Steve había bajado sus estándares con respecto a la calidad del personal. Era un vagabundo al límite a quien Miles había visto fumando colillas de cigarrillos desechadas la mañana anterior. Su largo cabello andrajoso estaba atado en una coleta tan apretada que daba la impresión de un estiramiento facial extremo, y sus brazos, manos y cuello estaban cubiertos de tatuajes caseros. Había cumplido una sentencia de prisión de seis meses por saqueo durante el brote zombi inicial. Mientras que algunos saqueadores recibieron sentencias suspendidas si robaban comida u otras necesidades, Devon fue condenado después de ser descubierto robando zapatillas, iPads y doce cartones de cigarrillos.

Miles se sentaba un asiento detrás y todavía navegaba a través de la nebulosa niebla química provocada por sus desventuras farmacéuticas. La combinación de estimulantes con calmantes había creado una mini tormenta eléctrica dentro de su cabeza, dejándole hiperactivo y somnoliento al mismo tiempo. Al minuto se sentía como si estuviera cayendo en coma y al siguiente estaba completamente despierto y tan alerta que creía haber ganado poderes telequinéticos. Esas pastillas para adelgazar resultaron ser mucho más fuertes de lo que él había anticipado. Probablemente debería haber leído la etiqueta antes de lanzarse un puñado por la garganta.

El autobús se aproximaba a los arrabales de la ciudad y Miles sintió que le vibraba el bolsillo. Metió la mano y agarró el teléfono. Era un número que no reconoció.

"Miles, soy yo," dijo la voz temblorosa al final de la línea.

"Jesús, Clea." Se sentó erguido en el asiento. “¿A qué diablos vino

todo eso de esta mañana? ¿Dónde estás?"

"Estoy en la comisaría de policía. Necesito que vengas a buscarme."

"Estoy en el trabajo. No puedo irme así como así."

Clea se lo pidió de nuevo. Sonaba asustada y vulnerable, dos adjetivos que rara vez se usaban para describirla. Miles pensó en recordarle a Clea que él le había pedido un gran favor no hacía mucho tiempo cuando ella estaba en posesión de ciertas imágenes dañinas y que ella no había hecho todo lo posible para complacerle.

"Por favor, Miles," dijo ella con la voz quebrada. "De veras que necesito tu ayuda."

Miles se derrumbó sólo con la amenaza de las lágrimas. Odiaba a la gente que lloraba a su alrededor, y odiaba que las mujeres lloraran, pero Clea llorando era demasiado para que él lo soportara.

Dejó el teléfono un momento y se volvió hacia Devon. "¿Crees que estaría bien que me escabullera durante media hora mientras llevas este lote al centro de procesamiento?" preguntó.

Devon comunicó su respuesta con una mirada severa.

"No lo preguntaría si no fuera una emergencia," dijo. "Un amigo mío está en problemas."

Quizá Miles tenía poderes parapsicológicos después de todo, porque Devon consintió al final. "Media hora," gruñó. "Ni un segundo más."

Regresó a Clea. "¿Que necesitas que haga?"

"Necesito que vengas a la comisaría y me saques de aquí."

"¿Cuánto?"

Hubo una larga pausa antes de que Clea respondiera. "Veinticinco."

"¿De cien?"

"Mil."

Tuvo que evitar reírse a carcajadas. "Clea, no creerás en serio que tengo todo ese dinero en efectivo por ahí, ¿verdad?"

"No te preocupes por el dinero. Yo lo tengo, solo que... no conmigo ahora mismo. Te lo puedo conseguir en un par de días. Primero necesito mover algunas cosas, pero los tengo. Lo único que tienes que hacer es entrar y firmar unos papeles."

"Espera un segundo. ¿Tus padres no son abogados? ¿Por qué me has llamado a mí y no a ellos?"

Clea exhaló antes de decir: "La situación con mis padres es complicada."

A Miles le latió la cabeza con un repentino espasmo de dolor agudo. Se inclinó hacia adelante y se agarró las sienes. Primero Elliott y ahora Clea. Al parecer, él era el tipo a quien acudir cuando necesitabas salir de prisión bajo fianza.

"Estaré allí pronto," dijo él.

Devon le dejó en la comisaría de policía, donde le colocaron delante una serie de documentos. Los firmó todos después de darles el más superficial de los vistazos. De todos modos, sabía lo esencial: Clea sería liberada y su casa se utilizaría como garantía. Era dolorosamente consciente de lo gigantesco que era este acto de fe, y de que él y Shae podrían encontrarse sin un techo sobre sus cabezas si Clea decidía irse de la ciudad. Pero pensó que si no podías confiar en tu holgazana compañera de piso, budista, fumadora de marihuana y abraza-árboles, ¿en quién podías confiar?

Las manos de Clea temblaron mientras encendía un cigarrillo fuera de la comisaría.

Miles se sentó con ella mientras esperaba a que Devon regresara del centro de procesamiento y ella le contaba la historia completa de lo que había sucedido. Como había sospechado, "Neil" era un policía encubierto enviado para infiltrarse en el grupo después de que las travesuras de Fabián en el centro de procesamiento llamaran la atención de las autoridades. Sus payasadas de destrozar el Starbucks habían sido diseñadas específicamente para hacerse notar por los

Ceros y ganarse su confianza.

Una vez que Neil fue parte de su círculo íntimo, recopiló información sobre cada uno de los Ceros, grabando conversaciones y documentando pruebas de lo que habían planeado. Ahora había grabaciones de audio de Tariq el anarquista diciendo que alguien debería "cargarse a Marlowe," lo que equivalía a conspiración para cometer asesinato. Se había escuchado a Fabián hablar abiertamente sobre sus planes de inyectar sangre zombi a Stephanie y Madison Marlowe para que Bernard Marlowe tuviera dos hijas zombis. Todo el mundo había asumido que aquello se trataba de un Fabián charlatán haciéndose el duro, pero con él nunca se sabía. El ataque con bomba fétida, a pesar de ser el tipo de broma juvenil típica de chavales de la escuela, en realidad podía clasificarse como guerra química.

En total, ahora enfrentaban más de doscientos cargos separados, que iban desde desorden público, pasando por posesión de una sustancia controlada hasta retención ilegal de un animal de granja en un área residencial.

Clea estaba fuera de sí por la preocupación. La poli había llegado hasta ella diciéndole que podría enfrentar una pena de prisión de veinte años por su papel en todo esto. Miles hizo todo lo posible para tranquilizarla, explicándole que solo estaban tratando de asustarla, y que si realmente creyeran que ella era una peligrosa bioterrorista no la habrían dejado salir con una fianza de veinticinco mil dólares. Si ese había sido su objetivo, misión cumplida. Todo este episodio había dejado a Clea profundamente perturbada.

"¿Que voy a hacer ahora?" sollozó ella, sus ojos rojos se humedecían de nuevo. "Tengo casi treinta. He desperdiciado mi vida entera."

"Vamos," dijo Miles. "No has desperdiciado tu vida."

“Solo quería marcar la diferencia. Pero nada ha cambiado. Nada cambia nunca."

"Eso no es cierto. Has hecho mucho bien."

"¿Ah, si? ¿Como qué?"

Miles se tomó un momento para formular su respuesta. Los Ceros eran buenos haciendo mucho ruido y llamar la atención, pero sus verdaderos logros eran más difíciles de cuantificar.

"Debes de haber hecho algo bueno si enviaron a alguien para infiltrarse en el grupo, ¿verdad?" Dijo él.

"Eso no significa nada," dijo Clea mordiéndose nerviosamente el aro del labio mientras hablaba.

"Claro que sí. Para ellos, recurrir a ese tipo de medidas significa que deben de haberte visto como una amenaza."

Puede que Miles hubiera dicho esto solo para consolar a Clea, pero una parte de él lo creía de verdad. Pensó en ello un poco más durante el viaje en autobús de regreso a Villa Tumbas. Aunque a veces se burlaba de los Ceros y de sus torpes intentos de influir en el cambio social, también sentía un gran respeto por ellos. Mucha gente dice estar enojada por la injusticia y la desigualdad, pero pocas se molestan en hacer algo al respecto. Los Ceros lograron mantener sus ideales mucho después de que la mayoría de los demás renunciaran a los suyos.

Las personas generalmente se volvían menos idealistas y más conservadoras a medida que envejecían, lo que muchos creen que se debe a la sabiduría y la madurez que conlleva la edad. Pero la verdad es que la opulencia genera conservadurismo; las personas están menos dispuestas a balancear el barco una vez que han alcanzado cierto grado de riqueza. Crean cómodos capullitos para sí mismos y reaccionan con fuerza contra cualquier persona o cosa que pueda amenazar eso.

Marcus esperó hasta que su reloj marcó la una de la tarde, luego pulsó PLAY en el ordenador portátil de Félix. El sonido de su música favorita inundó todo el municipio de Villa Tumbas. La sensación que esta invocaba era indescriptible. Superlativos como "eufórico" y "espiritual" no le hacían justicia. Era como si abandonara su propio cuerpo. Esto debía de ser lo que experimentaban los DJs superestrellas de *SlamCore* cuando actuaban

en el escenario. Una sensación casi sobrehumana o divina.

Ese fue el momento en que Marcus decidió qué haría con el dinero que recibiría del trabajo de esta semana. Su plan inicial había sido viajar por el mundo y acudir a fiestas "rave" por todos los rincones del planeta. Pero eso no era suficiente. Quería más. No se contentaba con ser un cuerpo más en el campo. Su destino estaba allá arriba en el escenario, entregando alegría a las masas reunidas. Para eso había sido él puesto en esta tierra. En realidad no le preocupaba que la música atrajera a los no muertos. De alguna manera, el aspecto del peligro lo hacía aún más atractivo.

Sus pensamientos se vagaron y él descendió a las profundidades de la cueva del "rave" en su mente. Comenzó a planear cómo iba a lograr todo esto. Dejaría su trabajo después de que hubieran terminado hoy aquí y estaría en Ibiza a principios de la semana siguiente. Pasaría las primeras semanas haciendo contactos y entregando CD mixtos a propietarios y promotores de clubes. Comenzaría poco a poco y se iría abriendo camino usando su condición de celebridad menor como trampolín hacia cosas más importantes. Para estas fechas del año siguiente, su meta sería haber hecho de DJ en todos los continentes.

Este sería el comienzo de su segundo acto. Ya no sería un cansino ex-actor de telenovelas antaño moderadamente famoso. Sería una estrella, una vez más.

Marcus estaba tan absorto en sus ensoñaciones que no se percató de que la música había estado sonando durante más de tres minutos. Tampoco notó el zombi con un solo brazo que se acercaba detrás de él, listo para hundirle los dientes en la parte posterior de la cabeza.

Si bien algunas personas afirmaban que debes vivir todos los días como si fuera el último, Marcus era uno de los pocos que seguía de verdad esta filosofía. Perseguía todos y cada uno de sus impulsos hedonistas, que incluían ir de fiesta durante días y días, consumir todas las sustancias alteradoras de la mente que pudiera conseguir y copular con cualquier cosa que tuviera pulso. Vivía según el mantra de que es mejor arrepentirse de lo que has hecho en lugar de arrepentirse de no haberlo hecho.

Marcus vivía cada día como si fuera su último día en la tierra. Y, sin que él lo supiera, ese día había llegado.

Elliott y Félix luchaban por mantener la compostura. Aquí estaban, varados en un callejón sin salida, con zombis furiosos acercándose desde todas las direcciones.

"¿Por qué sigue sonando la música?" gritó Elliott por encima del ruido.

Se apresuraron a intentar apagar todas las radios, pero no les sirvió de nada. Aunque lograran apagar esas, todavía había docenas más en todas las calles circundantes.

"¡Algo debe de haber salido mal!" Dijo Félix. "¡Tenemos que ir a verlo!"

Elliott no estaba tan seguro de que eso fuese una buena idea. Si la música seguía sonando después de cinco minutos, era muy probable que le hubiera pasado algo a Marcus. Y si ese era el caso, poco podían hacer para solucionarlo. Si había sucedido lo impensable, lo más inteligente sería salir de la ciudad lo más rápido posible. Había varios coches parados en los caminos de entrada, y la mayoría todavía tenían las llaves en el contacto. Pero antes de que pudiera hacer algo, Félix se había separado.

Le vio a lo lejos corriendo en dirección al aparcamiento de la iglesia. Le gritó que regresara. Félix no podía oírle por encima de la música.

Elliott maldijo en voz baja y corrió tras él.

Steve y Adam estaban por fin en zona despejada. Observaban cómo se desarrollaba la carnicería desde su escondite, agachados detrás de dos inmundos cubos de basura. Ambos estaban completamente perdidos en cuanto a cómo había podido todo salir tan horriblemente mal.

Diez minutos antes y todo había estado yendo a las mil maravillas. Otros veinte zombis estaban en fila y listos para cargar en cuanto Miles y Devon regresaran con el autobús. Todavía era tarde

temprana y tenían tiempo suficiente para llenar otras tres o cuatro cargas antes de que terminara el día. No había presión. Ya habían ganado lo suficiente para pagar sus deudas, por lo que cada viaje a partir de ese momento era puro lucro.

Pero entonces, por razones desconocidas, la música no se había detenido cuando se suponía que debía hacerlo.

Los veinte zombis que ya habían capturado habían reaccionado a la música, revolviéndose en sus ataduras como feroces perros guardianes intentando atrapar un trozo de carne cruda. No pasó mucho tiempo antes de que se encontraran rodeados por otras docenas sacados de las casas cercanas. Eran como animales salvajes que habían atisbado a sus presas y, antes de que Adam hubiera podido darse cuenta de lo que estaba pasando, se había encontrado acorralado.

Steve había corrido en su ayuda. Había agarrado el ariete del minibús y había bateado con él. Tres zombis fueron golpeados en el pecho y la cara, y acabaron en el suelo. Él había sacado a Adam y ambos habían escapado hasta su escondite. Segundos después, una multitud masiva de zombis se había congregado en el área.

"No podemos quedarnos aquí," dijo Steve. "Como no pare esa música, todo este lugar estará lleno en unos minutos. Tenemos que encontrar un lugar seguro y decidir qué hacer desde allí."

Steve sabía que el tiempo era esencial. No tenía idea de lo que había pasado con la música, pero solo podía asumir lo peor. Si nadie manejaba los controles, la música seguiría sonando hasta que se agotara la batería del ordenador portátil de Félix. Eso podría llevar horas.

Vio la iglesia en la acera de enfrente. Había una entrada lateral. La puerta parecía estar entornada. Aquí estaba su oportunidad.

Steve le transmitió su plan a Adam: él crearía una distracción que permitiría a Adam cruzar la carretera y atrincherarse dentro.

"Tú vienes conmigo, ¿no?" Dijo Adam.

"No puedo."

Steve se subió la manga y Adam vio la laceración en el brazo derecho de Steve. Era pequeña, pero era inconfundiblemente el mordisco de un zombi. Él la había recibido unos minutos antes.

"Lo siento," dijo Steve. "Esto es algo que tendrás que hacer solo."

Adam negó con la cabeza. "No pienso irme sin ti."

"Adam, sé inteligente. Si voy yo, terminarás atrapado en un espacio confinado con un zombi hiperactivo."

"Necesito que vengas conmigo."

"Lo siento, pero no voy a ninguna parte."

"Bueno, en ese caso, yo tampoco"

Steve hizo todo lo posible por controlar su temperamento. "Este no es momento para discutir."

"Si no vienes conmigo, los dos podemos sentarnos aquí y esperar hasta que te conviertas. Y luego puedes morderme la cara. Se me ocurren peores formas de morir."

Adam se cruzó de brazos, lo que Steve sabía que era su forma de decir que el asunto estaba cerrado y que no se entablarían más discusiones. Esto le enfureció, pero sabía que Adam no estaba mintiendo. Era la persona más obstinada que había conocido y no dudó ni por un minuto que Adam dejaría que le mordieran solo para ganar la discusión.

El área de preparación era un enjambre de zombis cuando llegó Félix. No veía señales de Marcus. Aspiró un golpe profundo de su inhalador para el asma y se preparó para hacer una loca carrera kamikaze hacia el ordenador portátil. Antes de que pudiera hacer eso, le agarraron por detrás.

"¿Qué crees que estás haciendo?" le gritó Elliott. Se aferró al brazo de Félix para evitar que siguiera adelante.

"¡Tenemos que parar la música!" Dijo Félix.

"¿Estas loco? ¡Es demasiado peligroso!"

"¡Si no lo hacemos ahora, nos matarán a todos!"

Félix dio la vuelta y, de alguna manera, consiguió soltarse del agarre de Elliott, quien solo podía observar con asombro cómo Félix se agachaba y se abría paso hacia el ordenador portátil, acercándose a centímetros de los feroces zombis. No estaba seguro de si lo que Félix estaba demostrando podía describirse como un coraje extraordinario o una estupidez increíble.

Félix llegó a unos pocos pasos de su objetivo y luego se detuvo. Entre él y el ordenador portátil había un cuerpo inerte tendido boca abajo en el suelo.

"¿Marcus?" Félix se agachó y puso la mano sobre el hombro de Marcus. "¿Estás...?"

Marcus Zombi saltó como un resorte. Mordió con fuerza el brazo de Félix, quien cayó al suelo y dejó escapar un gemido agonizante.

Elliott solo podía mirar impotente mientras Marcus y otros tres zombis se lanzaron encima de Félix.

Capítulo 24

Tan pronto como Miles y Devon pasaron por delante del letrero "Bienvenido a Villa Tumbas," resultó evidente que algo había salido terriblemente mal. Sintieron el batir sordo del *SlamCore* antes de oírlo, el cual se hizo luego cada vez más fuerte, superando el ruido del motor a medida que se acercaban al municipio. Ambos intercambiaron miradas de preocupación y confiaron en que lo que más temían no hubiera sucedido en realidad.

Un zombi psicótico salido de la nada cargaba por la mitad de la carretera, directamente en el camino del autobús. Devon pisó a fondo el freno, pero no tuvo ocasión de detenerse a tiempo. El autobús se estrelló contra el zombi esquizoide y este quedó aplastado como un insecto en un parabrisas.

"¡La hostia!" gritó Devon. "¿Qué diablos está pasando aquí?"

"¡No pares!" le dijo Miles. Algunos zombis enloquecidos ya estaban ojeando hacia el autobús y ambos comenzaron a sentirse un blanco fácil. "Sigue conduciendo."

Intentaron acercarse todo lo posible al área de montaje, pero pronto quedó claro que esto estaba fuera de discusión. Cientos de zombis habían invadido las calles y el área se había transformado en una enorme "rave" zombi. Era un disturbio y una sublevación sucediendo al mismo tiempo con trastornadas criaturas no muertas que atacaban cualquier cosa que se moviera y destrozando el pueblo en pedazos.

No tenían esperanzas de hacer que el autobús pasara por allí. Esa calle era un callejón sin salida, en todos los sentidos, y si intentaban conducir por ella se encontrarían empantanados en segundos. Devon pegó un volantazo y condujo por la siguiente calle lateral.

Miles parpadeó un par de veces y se frotó los ojos. Quería estar seguro de que lo que estaba viendo estaba sucediendo de verdad. Por un momento había esperado que todo fuera una pesadilla provocada por la falta de sueño.

"Esto no tiene buena pinta, colega," dijo Devon con las manos en el volante. "¿Qué hacemos?"

"Aparca aquí." Miles señaló un lugar tranquilo más adelante. Devon detuvo el autobús a un lado de la carretera.

Quedaron en perplejo silencio durante un rato, sin que ninguno supiera qué hacer a continuación.

Un par de zombis pasaron cojeando y golpearon el costado del autobús. Siguieron moviéndose hacia la música una vez que vieron que no tenían forma de entrar.

Miles intentó dar sentido a lo que estaba sucediendo, pero su cerebro se negaba a proporcionar nada parecido a una explicación lógica. Esto era como algo salido de una película de viajes en el tiempo; como si él y Devon se hubieran ido durante noventa años en lugar de noventa minutos. La ciudad a la que habían regresado era irreconocible, no era la que ellos habían dejado.

Miles fue el primero en hablar.

"Tenemos que averiguar si alguien más sigue vivo," dijo.

"¡No, tenemos que salir de aquí, y pronto!" Dijo Devon.

"Devon, no podemos abandonarlos a todos. Si nos vamos y siguen ahí fuera, los estaríamos dejando morir."

"No creerás en serio que alguien pueda haber sobrevivido a todo esto, ¿verdad?"

"No lo sé, pero no nos iremos hasta que estemos seguros."

"Ey, yo solo estoy en esto por el dinero. No voy a arriesgar mi vida por un grupo de personas que ni siquiera conozco."

“Tú puedes hacer lo que quieras. Pero yo tengo que ir a comprobarlo." Miles se puso en pie y se dirigió a la puerta. Miró en ambas direcciones para asegurarse de que no hubiera moros en la costa. "Abre la puerta, por favor."

La mano de Devon no se movió. "No tienes que hacer esto, ¿sabes?"

"Si fuéramos tú o yo, querríamos que ellos hicieran lo mismo."

“Amigo... podemos irnos ahora. Podemos volver y pedir ayuda."

"No hay tiempo. Dame veinte minutos. Si encuentro a alguien, lo enviaré de vuelta aquí. Si no ha venido nadie en ese momento, o si yo no regreso, puedes irte. ¿Cómo te suena eso?"

A Devon no le gustó, pero al final estuvo de acuerdo en que era razonable. Pulsó el interruptor y las puertas se abrieron. Se cerraron de nuevo en el instante en que Miles salió al sendero.

Avanzó despacio hacia la dirección del área de preparación. Unas casas más adelante, vio a tres zombis corriendo por la calle como cucarachas.

Miles casi caminaba de puntillas mientras se movía de un lugar a otro, buscando compulsivamente a su alrededor cualquier cosa que pudiera querer matarlo. Ahora entendía por qué se le instaba a mantener la calma y no entrar en pánico en momentos de crisis. En este momento, el pánico parecía la cosa más natural del mundo.

Pasó junto a una casa con un bote de basura derribado. Sobresalía de este un palo de golf doblado. Se agachó para recogerlo. Era un hierro cinco.

Por alguna razón, pensó en un chiste que le había contado un tío cuando era más joven. Dos exploradores caminan por la jungla cuando ven a un león cargando en su dirección. El primer explorador arroja sus suministros al suelo y huye corriendo.

"¿Qué estás haciendo?" le grita su compañero. "¡No puedes correr más rápido que un león!"

"No tengo que correr más rápido que un león," responde el explorador. "¡Solo tengo que correr más que tú!"

Fue en ese momento que Miles oyó el motor del autobús cobrar vida y luego desaparecer lentamente en la distancia, diecisiete minutos antes de la hora acordada. Puede que él hubiese tenido

problemas para controlar los nervios, pero los de Devon habían desaparecido hacía mucho tiempo.

Puede que Devon no fuera la persona más inteligente que Miles había conocido en su vida, pero era lo bastante inteligente como para saber que no podía correr más rápido que un león.

Se movió por una de las calles laterales de Villa Tumbas. Hizo todo lo posible por permanecer lo más silencioso posible, corriendo entre paradas de autobús, cabinas telefónicas, automóviles estacionados y cualquier otra cosa que pudiera encontrar para esconderse. Pensó que si mantenía la discreción y no llamaba la atención, estaría bien. Un zombi ocasional pasaba arrastrando los pies, y un par se acercaban peligrosamente, pero no le prestaron atención. Su único interés era llegar a la música.

Llegó a la intersección más cercana al aparcamiento de la iglesia. Desde aquí podía ver dónde estaba instalado el portátil, sin personal y transmitiendo a todo Villa Tumbas. Estaba a poca distancia, no más de cien metros, pero separándolos había un océano de cuerpos reanimados. Supo de inmediato que no tenía ninguna posibilidad de llegar hasta el ordenador.

En la distancia, a pocas manzanas de la carretera, un rebaño de zombis venía hacia él. Este grupo contaba con unos cincuenta o sesenta en total. Silenciosamente, Miles se deslizó por un callejón para evitar ser detectado.

Se movía con cuidado por el callejón e intentaba formular un plan en su mente mientras esperaba que pasara la manada. Su estrategia hasta ese momento era simplemente inventarla a medida que avanzaba. Esto no lo había llevado muy lejos. Ahora notaba que probablemente debería haberse tomado un rato para pensarlo todo antes de dejar la seguridad del autobús.

Un cubo de basura se volcó detrás de él, enviando un rayo de frío terror bajándole por la espalda.

Giró y vio que un zombi de la manada le había seguido hasta el callejón. No tardó ni un segundo en huir corriendo. El zombi le fue detrás rompiendo al equivalente a un trote ligero.

A pesar de atraer a este perseguidor no muerto, Miles no se sentía en peligro. Incluso en su trastornado y alterado estado, no era tan difícil para alguien sin discapacidad escapar de un zombi.

Y luego dobló una esquina y se encontró contemplando un callejón sin salida. El pánico se apoderó de inmediato.

El zombi perseguidor se acercaba acechando a su presa de sangre caliente. Miles probó todas las puertas, moviendo desesperadamente los picaportes. Cada una las puertas estaba cerrada.

La valla ondulada al final del callejón tenía casi tres metros de altura. Era impracticable trepar eso.

El zombi llegó hasta una distancia de ataque. Miles intentó mantener la calma y analizar la situación de forma racional. Evaluó todas las opciones disponibles. Eran bastante limitadas. Respiró hondo y aferró el palo de golf ligeramente doblado que sostenía en sus manos.

Varios escenarios se desarrollaron en su mente. Tal vez pudiera esquivar y abrirse camino. Correr a la izquierda, luego girar en el último momento y seguir a la derecha. Seguir eso con un golpe fuerte en la parte posterior de la cabeza con el hierro cinco. Eso debería funcionar. Tenía la ventaja de un mayor tamaño sobre su oponente, así como también un cerebro en pleno funcionamiento, por lo que no debería ser tan difícil.

Pero este plan se tornó irrelevante al ver que otros doce zombis se habían unido a su amigo siguiéndolo al callejón.

m

El zombi saltó hacia adelante. Miles se olvidó por completo de su estrategia de escape y se agachó en una bola.

Tenía los ojos cerrados con fuerza, por lo que no vio lo que sucedió a continuación. No vio caer el barril de cerveza del cielo y aterrizar sobre la cabeza del zombi, aplastándolo como una lata de refresco vacía.

Miles abrió los ojos al oír el repugnante crujido y vio al zombi

salpicado a unos metros de él. Sus extremidades sobresalían por debajo del pesado cañón metálico en ángulos antinaturales.

Alzó la vista hacia donde había caído el misil, pero no vio nada más que un cielo azul claro. Su agnosticismo de toda la vida estaba ahora seriamente bajo cuestión.

Pero aún no estaba a salvo. Se habían ocupado de un zombi y aún quedaba otra una docena, y era que hiciera llover barriles de cerveza era pedir mucho a Dios.

Con todo esto corriendo por su mente, una puerta se abrió tras él. Surgieron un par de manos y lo arrastraron adentro justo cuando la horda se acercaba.

Fue necesario cada gramo de fuerza de Steve y Adam para levantar el pesado banco de roble y llevarlo unos metros hasta la entrada de la iglesia. Steve fue el que más luchó. Hizo una pausa para recuperar el aliento.

La piel de la herida del mordisco ya se había vuelto negra. Tenía inflamado todo su brazo derecho. La infección se estaba extendiendo al resto de su cuerpo. Steve trataba de combatir la fiebre y el delirio, pero sabía que era inútil. Su vida se desvanecía a cada minuto que pasaba.

Al entrar en la iglesia, Steve y Adam habían descubierto que la entrada principal de la iglesia no se podía atrancar por dentro. Pensaron que si empujaban uno de los bancos hasta ella, debería bastar para contener a los zombis que intentaran entrar.

"Estamos a salvo ahora," dijo Adam una vez que el banco estuvo en su sitio.

"Puede que estemos a salvo de los zombis de ahí fuera," dijo Steve jadeando en busca de aire. "Pero aún no estás a salvo aquí dentro. Tendrás que atarme antes de que me convierta."

Steve era sorprendentemente fáctico sobre toda la situación. Parecía tener una filosofía de "lo que está hecho, está hecho," y su principal prioridad ahora era prepararse para su inevitable transformación.

Como todo trabajador de GCNM, sabía que algo así podía suceder en cualquier momento. Lo importante ahora era que mantuviera la compostura por el bien de Adam. Sabía que si se derrumbaba, Adam también lo haría.

Buscó en su mochila y encontró un rollo de cinta aislante.

"Toma." Le arrojó el rollo a Adam. "Según mis cálculos, tenemos menos de una hora."

Steve tomó asiento y Adam desenrolló un trozo de cinta. Se agachó frente a Steve y comenzó a pegarle el tobillo izquierdo a la pata de la silla. Esta era solo una solución a corto plazo. Si la música seguía sonando cuando Steve se convirtiera, Steve no quería que su yo zombi se viera afectado por ella. Pero más allá de eso, ninguno de ambos tenía idea de lo que sucedería con sus planes para los días y semanas siguientes. ¿Le llevaría Adam al centro de procesamiento, donde probablemente nunca lo volvería a ver? ¿O violaría la ley y trataría de ocultarle a las autoridades? Esto no era algo que ellos hubieran discutido nunca.

Hubo un largo silencio mientras Adam envolvía con cinta la pierna de Steve.

"Lo siento, Adam," dijo Steve eventualmente.

"No tienes nada por lo que disculparte."

"Lo tengo. Esto es culpa mía."

Adam negó con la cabeza. "No sabemos lo que pasó ahí fuera."

“Quiero decir, por lo de antes. Tenías razón. Nosotros..." La voz de Steve vaciló. Se aclaró la garganta. "Deberíamos habernos ido cuando dijimos de hacerlo."

"No puedes cargarte todo esto a la espalda. Todos votamos para quedarnos ahí fuera."

“No debería haber sido sometido a votación en primer lugar. Era decisión mía, pero tomé la opción fácil porque quería el dinero. Sabía cómo iban a votar todos los demás, pero no tenía el valor de

tomar esa decisión yo mismo."

Adam rasgó la cinta del rollo. Se puso en pie y miró a Steve directamente a los ojos.

“No podemos cambiar lo que ha sucedido y no podemos quedarnos en el pasado. Lo único que podemos hacer ahora es aprovechar al máximo la situación actual."

El indicio de una sonrisa apareció en el rostro de Steve. Siempre se había preocupado por Adam y sobre cómo podría afrontar que él ya no estuviera cerca. Su mayor temor era que Adam pudiera hacer algo estúpido, como permitirse deliberadamente ser mordido después de haberse convertido. Pero en ese momento, supo que Adam iba a estar bien.

Miles fue arrastrado hacia la oscuridad. La puerta se cerró de golpe tras él. Pasaron unos segundos antes de que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Pareció mucho más tiempo.

Cuando su visión por fin mejoró, vio que estaba dentro de la taberna local y que había sido Erin quien le había rescatado de una muerte segura. Estaba extrañamente tranquila, considerando las circunstancias. Su aliento era una combustible mezcla de vodka, ginebra y tequila. Miles estaba bastante seguro de que ambos factores estaban relacionados.

Elliott bajó las escaleras un minuto después. Había sido él quien había salvado a Miles al arrojar un barril lleno de cerveza desde el tejado y sobre la cabeza de un zombi desprevenido. Por una vez en la vida de Miles, el alcohol había sido la solución a uno de sus problemas, más que la causa.

Los dos supervivientes le informaron de lo que sabían hasta ahora, que no era mucho. Lo único que pudieron decirle fue que todo había ido bien hasta que, por alguna razón inexplicable, la música había seguido sonando mucho después del supuesto momento en que debía haberse detenido. Marcus ahora estaba muerto. También Félix después de haber intentado apagar la música. El resto del personal, incluidos Steve y Adam, permanecían desaparecidos en combate.

"No sabemos cómo sucedió eso," le dijo Erin. "Todo iba bien. Yo estaba fumando un cigarrillo, Elliott estaba trabajando con Félix, Marcus estaba a cargo de la música, y lo siguiente que sabemos..."

"Espera...," interrumpió Miles. "¿Pusieron a Marcus a cargo de la música?"

Elliott asintió. "¿Por qué?"

“Porque Marcus llegó al trabajo hoy rechinando la mandíbula y con las pupilas del tamaño de chinchetas. ¿No creéis que eso tiene algo que ver con lo que está pasando ahora?"

Miles sabía que era algo hipócrita echarle toda la culpa a Marcus teniendo en cuenta las toxinas que él tenía nadando en su sistema cuando llegó al trabajo esa mañana. En el fondo se preguntaba si todo esto era solo una gran alucinación alimentada por el alcohol y el Ambien, como una pesadilla de la que no podía despertar. Aunque todo parecía demasiado real para que fuese eso.

"Vale, ahora que lo mencionas, eso suena a una explicación racional," dijo Erin.

Miles se paseó de un lado a otro durante un rato, como si eso de alguna manera le diera la claridad mental necesaria para pensar en una salida.

“Bien, esta es la situación en la que nos encontramos," dijo. "¿Qué hacemos a partir de aquí?" Esperaba que los demás tuvieran alguna idea sobre lo que hacer, porque él estaba en blanco en ese departamento.

"¿No deberíamos buscar un modo de apagar la música?" Dijo Elliott.

"Eso es más fácil decirlo que hacerlo," dijo Miles muy consciente de que él estaba diciendo lo obvio.

"Yo estaba pensando en algo como cerrar las puertas con llave, emborracharnos y esperar hasta que todo esto se resuelva solo," dijo Erin.

Miles no pudo negar sentirse tentado por esa sugerencia. Erin

estaba en camino de quedar en coma etílico y él sintió el abrumador deseo de unirse a ella. Pero tuvo que recordarse a sí mismo algunos de sus episodios alcohólicos más recientes para concluir que podría no ser una idea particularmente buena.

"¿Tengo que ser yo quien sugiera lo obvio?" Elliott dijo con las manos en las caderas.

"¿Qué quieres decir?" Dijo Miles.

"¿No crees que ya es hora de que mordamos la bala y avisemos de esto?"

"¿Qué? ¿Te refieres a avisar a las autoridades?" Dijo Erin.

"A menos que alguien tenga otra idea mejor."

"¿Y qué les decimos cuando pregunten qué estaba haciendo un equipo de GCNM en una ciudad llena de zombis sin informar de ello?" Dijo Miles.

"¡Les decimos que estábamos trabajando aquí ilegalmente y que ahora lo sentimos mucho muchísimo!" Dijo Elliott.

"No podemos hacer eso," dijo Miles, sacudiendo la cabeza. "Todos acabaríamos en la cárcel."

"No nos arrestarán a nosotros, ¿verdad? Puede que a Steve y a Adam sí, pues son los que están al mando. Pero estoy seguro de que lo entenderán si implica que salva la vida de todo el mundo."

"No. Todos somos responsables."

"Pero Steve y Adam fueron los que..."

“Todos sabíamos que esto era ilegal antes de apuntarnos. Y después de lo que sucedió en el centro de procesamiento el mes pasado, estoy seguro de que no dudarán en usarnos como ejemplo."

“¿Y esas son nuestras dos únicas opciones? ¿Terminamos en la cárcel o terminamos como zombis?" dijo Erin.

"En cualquier caso, probablemente pasaremos un largo período de tiempo encerrados dentro de una pequeña jaula," dijo Elliott.

La habitación quedó en silencio. Todos estaban tan acostumbrados a confiar en el liderazgo de Steve como guía que se sentían perdidos sin él.

"Mira, no podemos quedarnos aquí sin hacer nada," dijo Miles. "Cuanto más esperemos, peor se pondrá."

"Déjame sugerir, una vez más," dijo Erin, extendiendo la mano por encima de la barra para llenar hasta arriba un vaso, "que cerremos las puertas, nos emborrachemos y esperemos hasta que todo esto se resuelva."

Miles decidió ignorar todo lo que Erin dijera a partir de ese momento. "Lo primero es lo primero. Tenemos que apagar esa música. ¿Alguna idea sobre cómo podemos hacer eso? ¿Hay alguna manera de que podamos, no sé, interferir la frecuencia o algo así?"

"Félix probablemente podría," dijo Elliott. "Pero creo que eso está más allá de nuestras capacidades técnicas."

"¿No le estáis dando demasiadas vueltas?" dijo Erin, algo de lo que pocos la habían acusado. "Quiero decir, ¿y si pudiéramos encontrar alguna forma de atraer a todos los zombis fuera del área de preparación?"

"¿Y cómo hacemos eso exactamente?" Dijo Elliott.

"No sé. Este bar tiene sistema de sonido. ¿Y si abriéramos las puertas, subiéramos la música al máximo y los atrayéramos aquí? Entonces, alguien podría infiltrarse y apagar la música."

"Espera un minuto." Elliott cayó en silencio. Se acercó a la ventana de atrás y miró a través de las persianas venecianas hacia las calles llenas de zombis. Se le iluminaron los ojos como si se hubiera encendido un interruptor dentro de su cabeza.

"¿Qué pasa?" Dijo Miles.

Elliott se volvió hacia Miles y Erin. Una amplia sonrisa había

aparecido en su rostro. "Creo que tengo una idea aún mejor."

Capítulo 25

Miles y Elliott no tuvieron problemas para entrar en la casa de los Burton, con los ocupantes anteriores largo tiempo desaparecidos. Una vez dentro, pudieron localizar rápidamente dos juegos de llaves de coche. Un juego de llaves era para la camioneta Volvo de Keith y Joan Burton. El otro era para el Range Rover de su hijo Seth.

Seth Burton era el gamberro local que proporcionaba a los ancianos residentes de Villa Tumbas una juventud irrespetuosa de la que quejarse. Era famoso por perder el tiempo conduciendo por la ciudad en el *fratmóvil* que le habían comprado sus padres y atormentar a los vecinos vertiendo música rap *hardcore* desde su sistema de sonido obscenamente alto. Él mismo había instalado los altavoces; altavoces tan ridículamente enormes que inclinaban un poco la parte trasera del vehículo. Siempre que Elliott venía a visitar a sus abuelos, por lo general oía la música de Seth en algún lugar distante, incluso desde la otra punta del pueblo.

Cuando Erin dijo que necesitaban algo para alejar a los zombis, el Range Rover de Seth fue lo primero que le había venido a la mente a Elliott. Así, él y Miles habían salido de la taberna y podido llegar sin llamar la atención hasta la casa de los Burton a pocas calles de distancia.

Erin había atrancado las puertas después de que ellos se fueran y había saltado la barra. Luego había encendido la máquina de discos y se dispuso a cumplir su promesa de emborracharse y esperar a que todo aquello acabara solo.

Miles subió al Ranger Rover. Puso la llave en el contacto y el motor rugió a la vida.

Dio marcha atrás por el camino de entrada y condujo lentamente hacia el área de emboscada. Elliott le seguía a poca distancia en el Volvo.

Puede que su plan fuese simple, pero era el mejor que tenían para despejar el área de emboscada y llegar a la fuente de la música.

Miles pasaría en el Range Rover con *SlamCore* a todo volumen. Ese infernal volumen debería anular fácilmente el de las otras radios cercanas y atraería a los zombis alejándoles del área. Elliott esperaría hasta que fuese seguro y luego entraría y apagaría el ordenador portátil.

El Range Rover llegó al cruce más cercano a la zona de emboscada.

Miles encendió la radio que había sintonizado en Fusión FM. Sonaba una canción de KoreKayeShyn como parte de su tributo semanal al fallecido pionero del *SlamCore*. El tema se llamaba "Violación y Pillaje." Miles subió el volumen.

Apocalíptico ni siquiera se acercaba a describir aquel impío alboroto. La estruendosa cacofonía cargada de graves proveniente del maletero seguramente quedó registrada en algún sismógrafo de la escala Richter. Las ventanas temblaban. Pájaros caían del cielo. El eje terrestre se alteró unos grados. Toda criatura viviente en un radio de medio kilómetro perdía el control de los intestinos. Pero lo más importante es que el ruido despertaba a los muertos.

Miles puso el coche en primera marcha y siguió adelante a paso tranquilo. Conducía lo bastante rápido como para mantenerse a una cómoda distancia de los zombis, pero lo bastante lento para engatusarlos. Su única preocupación ahora era que si el coche se averiaba de pronto, él se encontraría en un mundo de problemas, pero todo parecía ir bien en ese departamento.

Los zombis acudían a centenares. Desde todas direcciones, en cada calle que pasaba, emergían como hormigas siguiendo un rastro de feromonas.

No pasó mucho tiempo antes de que Miles quedara empapado en sudor. Necesitaba toda la concentración y disciplina que pudiera reunir para controlar los nervios y estabilizar las temblorosas manos. Se recordaba una y otra vez lo importante que era seguir con el plan. Todo estaba funcionando hasta el momento y no podía acobardarse ahora.

Su teléfono sonó con un mensaje. Era de Elliott. Él se iba a poner en movimiento en aproximadamente un minuto.

Miles apartó la vista de la carretera durante unos segundos para leer el mensaje de texto. Aunque hubiera estado prestando atención, no habría podido evitar que el Jeep plateado y fuera de control cruzara la intersección a gran velocidad, pero al menos lo habría visto venir.

Después de que Campbell hubo salido de la licorería la noche anterior, se había convencido de que algo sospechoso estaba sucediendo. Miles definitivamente estaba escondiendo algo, pero era demasiado inteligente para revelar nada.

"Demasiado inteligente" eran dos palabras que rara vez se usaban para describir a Marcus. Así que Campbell le había enviado a este un amistoso mensaje de texto preguntándole por su bienestar general. Marcus había envió una respuesta casi incomprensible, pero después de leerla y releerla varias veces, Cambell había deducido que Marcus estaba en el club nocturno Inferno y que podía unirse a él.

Había ido y encontrado a Marcus bailando sin camisa sobre un podio, colocado de vida y de tres chupitos de MDMA. Cambell se las había arreglado para llevarle a un lugar donde pudieran hablar, y no tuvo que insistir mucho para que Marcus cantara como un ruiseñor lo que Rito Muerto había estado haciendo durante los últimos dos días. Sabía que Marcus quería un trabajo en Z-Pro, por lo que todo lo que Campbell había tenido que hacer fue insinuar que hablaría bien de él con Jack Houston. Después de eso, Marcus le había contado todo lo que él quiso saber: cómo llegar a Villa Tumbas, cuántos zombis quedaban por allí y el método de usar *SlamCore* para sacar a los zombis de las casas. Incluso le había dicho la frecuencia que usaba Félix para transmitir la música.

Luego le había dicho a Campbell por sexta vez en diez minutos que le amaba y que le felicitaba por su hermosa aura. El éxtasis básicamente actuaba como un suero de la verdad. Una vez que Marcus empezó a hablar, Campbell no consiguió que se callara.

Campbell había avisado de que estaba enfermo para ir al trabajo a la mañana siguiente y, junto con su colega de Z-Pro Dwayne Marks, había seguido a Rito Muerto hasta Villa Tumbas en su nuevo Jeep plateado. Se habían instalado en el lado opuesto del pueblo para

evitar ser detectados, luego se habían maravillado de lo fácil que era todo. Habían conseguido meter ocho zombis en el Jeep y, después de medio día de trabajo, habían hecho tres viajes al centro de procesamiento y viceversa, lo cual les había generado $6.000 a cada uno.

Y luego, poco después del mediodía, todo se había vuelto un pandemonium.

Miles quedó aturdido unos segundos después de la colisión. Cuando volvió en sí, vio que el Jeep plateado se había estrellado contra la parte delantera del Range Rover. Los airbags de ambos coches se habían desplegado y de sus destrozados motores salía humo.

Miró por la ventana. El conductor del jeep se había colapsado fuera del coche y se arrastraba ahora por la carretera. Era Campbell.

A unos veinte metros detrás de él, un cuerpo retorcido yacía inmóvil en mitad de la carretera. Tardó un momento en reconocer el cuerpo como el de Dwayne Marks, otro de sus antiguos compañeros. Dwayne parecía completamente diferente a la última vez que lo vio; el cabello largo y la barba de Jesús habían desaparecido, y ambos brazos estaban llenos de tatuajes. Uno de esos brazos tatuados yacía en la cuneta, a cinco metros del resto del cuerpo de Dwayne. El enorme agujero en el parabrisas del Jeep sugería que, aunque el Jeep se había detenido súbitamente, Dwayne había seguido adelante.

Campbell se acercó al Range Rover y golpeó la ventanilla. "¡Miles!" Le gritó. "¡Ayúdame!"

Miles vio a Campbell en un horrible primer plano. Le colgaba la mitad de la cara, como una grotesca máscara de Halloween desecha por las costuras. Le faltaban dos dedos en la mano derecha. Todo su brazo derecho mostraba signos de rápido deterioro.

Campbell tiró del mando de la puerta y trató de abrirla, pero el choque había abollado la chapa de la puerta y no había forma de que se moviera, y Miles no estaba para ofrecer asistencia.

Campbell alzó la vista hacia un ejército de zombis que venía en su

dirección. Desistió de la puerta y se alejó cojeando tan rápido como pudo.

Miles intentó salir del coche para huir también, pero vio que era demasiado tarde. Los zombis le cercaban en enjambre desde todas direcciones.

Lo siguiente que supo fue que estaba rodeado de cadáveres andantes hambrientos de carne y cerebro. Una gran grieta cruzaba todo el parabrisas. No se necesitaría mucha fuerza para romperlo del todo.

En cuestión de segundos, los dos coches fueron engullidos por la horda.

Elliott sabía que tenía que actuar de inmediato. Puso el Volvo en marcha y pisó a fondo el acelerador. Los neumáticos chirriaron y el coche aceleró directamente hacia el área de emboscada. Miles estaba ahora en un mundo de problemas y había que pasar al Plan B. El hecho de que no hubieran discutido un plan B iba a ser todo un obstáculo. Tendría que improvisar un poco.

No tenía un camino claro hacia el ordenador portátil, por lo que simplemente siguió adelante.

El Volvo golpeó rozando a un zombi y luego a otro, derribando a ambos como bolos. Golpeó a un tercero de lleno y este salió volando por encima del techo del coche. Los airbags del Volvo se desplegaron y la visión de Elliott se oscureció. Lo único que podía hacer ahora era pisar a fondo y rezar.

Escuchó y sintió un estrepitoso CRASH cuando el Volvo embistió contra la mesa del portátil. Las patas de esta colapsaron y el coche pasó por encima. Pero la música no se detuvo.

Elliott bajó la ventanilla. El portátil había caído al suelo, pero seguía funcionando.

Segundos después, el vehículo fue asediado.

Dio marcha atrás un par de metros y se lanzó hacia adelante de nuevo, con la esperanza de aplastar el portátil bajo las ruedas del

coche. No pudo acercarse lo suficiente. Una barrera de cemento para el tráfico se interponía entre él y el ordenador portátil, impidiéndole acercarse más.

Había una barra para bloquear el volante en el asiento trasero. Esa era su última opción. Su Ave María. Si eso no funcionaba, no quedaba mucha esperanza.

Agarró la barra y abrió el techo solar. Se subió al techo y quedó de pie sobre la parte superior del Volvo.

El coche estaba rodeado por veinte zombis al menos. Algunos trepaban al capó y trataban de agarrarle. Él esperaba hasta que estuvieran a distancia de ataque y estampaba la barra de bloqueo en el lateral de unas cuantas cabezas. Los zombis salían volando de regreso al suelo.

Por un breve momento vio que tenía un camino despejado hacia el portátil. Saltó del capó y corrió hacia la mesa aplastada.

Usando toda la fuerza que todavía tenía dentro de él, levantó la barra por encima de la cabeza y la bajó hasta el portátil de Félix.

El chisme no era fácil de romper. Algunos portátiles dejaban de funcionar después de sufrir el más leve de los golpes, pero estaba claro que el de Félix era mucho más robusto. Se necesitaron varios golpes sólidos antes de que Elliott lo destruyera por completo y la música terminara por fin.

Si Félix hubiera optado por una marca más barata, la música se habría detenido al primera golpe de la barra, pero había requerido once contundentes golpes antes de romperse.

Fue durante el octavo intento que Elliott perdió un trozo de carne del hombro derecho.

Miles estaba atrapado. Intentaba poner en marcha el motor, pero era en vano. El coche tartamudeaba y gemía, pero se negaba a arrancar.

El Range Rover estaba inundado de zombis. No sabía cuántos. Decenas, tal vez cientos. Lo único que podía ver eran cadáveres

reanimados fuera del coche intentando entrar, lo zarandeaban y arañaban las ventanillas. La grieta en el parabrisas se hacía cada vez más profunda a cada minuto.

Y el parabrisas cedió. Se abrió un agujero del tamaño de un puño y un brazo en descomposición lo atravesó. Miles corrió hacia el asiento trasero. El agujero se abrió más. El zombi sujeto al brazo en descomposición trató de atravesar el parabrisas, pero quedó atascado a mitad de camino. Miles le rechazó con varias patadas fuertes en la cara, pero esto no hacía nada para desanimarlo.

Otro zombi golpeó una ventanilla lateral y el cristal se quebró como una telaraña. Parecía cada vez más precario a cada segundo. Luego vino el ruido sordo desde arriba. Unos zombis estaban en el techo. Desde una vista aérea, el Range Rover parecía un trozo de carne fresca arrojada en un hormiguero.

Y aunque Miles no se rendía en su lucha, en el fondo aceptaba que este podría ser el final. Estaba atrapado dentro de un automóvil con un incontable número de frenéticos zombis que buscaban llegar hasta su carne. No había una vía clara de escape. Las probabilidades no estaban a su favor.

Entonces la música se detuvo. Un par de segundos después, también lo hicieron los zombis. De alguna manera, Elliott lo había conseguido. Había apagado el ordenador portátil.

Pasó un momento antes de que Miles se acordara de respirar.

Seguía rodeado por decenas de cuerpos no muertos, pero la agresión y amenaza se habían desvanecido en un instante. Eran como juguetes a pilas a los que se les acababa de apagar los interruptores. Ahora todos estaban en modo de apagado.

Pero Miles aún no estaba a salvo. Tenía que encontrar la forma de salir del coche. Los zombis estaban en su estado de capa caída, pero no iban a permanecer así para siempre. Esto era solo un respiro temporal. No había mucho tiempo.

Se movió muy lenta y deliberadamente, con cuidado de no despertarlos de su aturdido estupor con ningún movimiento brusco.

Y luego un disparo rompió el silencio. La cabeza de un zombi explotó como un trozo de fruta podrida.

Capítulo 26

Se oyó una ensordecedora ráfaga de disparos. Miles se zambulló en el suelo del coche en busca de cobertura. Docenas de zombis eran convertidos en fertilizante, sangre y vísceras salpicaban el exterior del Range Rover. Balas atravesaban el coche y pasaban zumbando junto a la cabeza de Miles. Llovían cristales rotos y sangre rancia.

El tiroteo continuó sin cesar durante al menos cinco minutos, y no paró hasta que se despachó a todos los cadáveres andantes.

A esto siguió un inquietante silencio.

Después de soportar horas de repetitivo *SlamCore* y una ráfaga prolongada de intensos disparos ensordecedores, el único ruido que Miles podía oír ahora era un zumbido en los oídos.

Él se levantó y miró por la ventana. Había dos hombres en la distancia, ambos portando armas automáticas.

Uno era Keenan, un tipo alto con la cabeza rapada y perilla.

El otro era Grainger, bajito y robusto, de pelo largo y barba abundante.

Unos seis meses atrás, Derek Keenan (obrero de la construcción de cuarenta y un años y en paro) y Richard Grainger (conductor de autobús de treinta y ocho años y en paro) habían decidido que ya estaban hartos de que esa escoria zombi se apoderara de su país. Cada día era peor que el anterior. Los zombis ahora tenían más derechos que los humanos, se malgastaban miles de millones en su bienestar y los contribuyentes respetuosos con la ley debían pagar la factura. El hecho de que Keenan y Grainger no fuesen exactamente respetuosos con la ley ni pagaran ningún impuesto era irrelevante.

La gota que colmó el vaso había llegado al leer que unos zombis corrían sueltos por un pueblecito danés y masacraban a miles de personas inocentes, muchos de ellos niños, después de que un grupo

de benefactores liberales implementara una política por la que se permitía a los zombis vivir con los humanos. Ese fue el momento en que ambos supieron que nunca estarían realmente a salvo con estos salvajes. Tal y como iban las cosas, con el cobarde gobierno que se inclinaba ante los sentimentales grupos minoritarios y permitía que la situación zombi se saliera completamente de madre, solo era cuestión de tiempo antes de que algo así sucediera en su país. No bajo nuestra vigilancia, declararon ellos.

Su solución a este problema no fue sorpresa para nadie que conociera a estos comprometidos patriotas. Grainger sentía un flechazo vitalicio por las armas de fuego y el hiistorial de violencia de Keenan era tan largo como su brazo fuertemente armado y tatuado. Ambos tenían sustanciales antecedentes penales que se remontaban a su primera adolescencia.

Actuando principalmente en base a avisos, cruzaban las áreas rurales administrando su propia forma de justicia. Si bien puede que hubieran sido mediocres trabajadores en sus anteriores empleos, destacaban a la hora de despachar hordas de no muertos. No les faltaba el orgullo por su trabajo, e incluso obtenían de él una especie de enfermizo placer sádico. A menudo se tomaban su tiempo para desmembrar a un zombi: le volaban una extremidad o dos y luego lo observaban cojear sobre una pierna, en lugar de sacarlo de su miseria. Cuando terminaban, se servían de cualquier dinero en efectivo o posesiones de las casas de los zombis, lo cual veían como un pago por el servicio que brindaban a la comunidad.

A menudo hablaban de sus planes para formar su propia milicia, con el objetivo final de derrocar al gobierno si surgía la necesidad.

Miles abrió silenciosamente la puerta trasera y salió. Se mantuvo tan cerca del suelo como pudo, escondiéndose de la vista desde detrás del Range Rover.

Oía cada vez más alto el clop-clop-clop de las botas de cowboy de Keenan. Luego, el repentino rugido de los disparos cuando este abatió con su pistola Glock a uno de los pocos zombis restantes.

Miles tenía que pensar rápido. ¿Debería salir ondeando una bandera blanca? No estaba seguro de que eso fuese muy buena idea. Estaba

de pies a cabeza lleno de sangre y tripas de zombis y; aunque no le habían mordido, al menos él creía que no lo habían hecho; estos hombres podían confundirle fácilmente con uno de los no muertos. Estos tipos parecían tener la política de disparar primero y preguntar después. Aunque él pudiera convencerles a ambos de estar en perfecto estado de salud, era poco probable que le inspeccionaran en busca de abrasiones en la piel antes de darle el visto bueno y enviarlo a su camino. Miles acababa de presenciar cómo masacraban a un número incalculable de zombis, un crimen que podría llevarlos a la cárcel durante décadas. Que él supiera, los dos podran acabar con él sólo para atar cabos sueltos.

Permaneció escondido detrás del Range Rover y observó a Keenan caminar hacia Campbell, quien seguía despatarrado sobre la carretera a poca distancia. Campbell seguía siendo humano, pero no se quedaría así por mucho tiempo. Miles calculó que sería un zombi en menos de quince minutos.

Campbell vio a Keenan acercándose. Con gran esfuerzo, se incorporó hasta quedar en cuclillas.

Keenan levantó la Glock y apuntó a la cabeza de Campbell.

"Guoh, uoh, con calma, hombre." Campbell levantó ambas manos en un gesto de rendición. "No dispares, no soy un zom..."

Campbell fue silenciado a quemarropa con una bala en la cabeza. Su cráneo estalló en pedazos como al aplastar un huevo. Keenan lo aniquiló como si estuviera pisando un insecto.

Miles se estremeció de horror ante la absoluta insensibilidad y total ausencia de emoción de Keenan al presenciar cómo se desarrollaba todo esto a solo unos metros de distancia. Campbell había sido asesinado sin la menor vacilación. Para estos tíos, la distinción entre "exhumano" y "humano actual" parecía ser mera semántica. Miles pensó que probablemente sufriría un destino similar si le descubrían allí.

Hizo lo único que se le ocurrió: se tumbó sobre la carretera entre todos los cadáveres y partes corporales zombi y se hizo el muerto. Se colocó de tal manera que la mitad superior de su cuerpo quedara

debajo del Range Rover, con solo sus piernas sobresaliendo.

Los pasos de Keenan se hicieron más fuertes lentamente mientras este rodeaba el área.

Miles utilizó todo su enfoque y concentración en permanecer absolutamente quieto. Trató de controlar el movimiento del pecho tomando pequeñas respiraciones superficiales. Sabía que cualquier movimiento que hiciera, por leve que fuera, probablemente sería el último.

Las botas de Keenan aparecieron ante él mientras rodeaban los dos vehículos accidentados. Le latía el corazón como una cuna de Newton, baiendo tan fuerte y tan rápido que temió que Keenan pudiera sentir las vibraciones a través del suelo.

Escuchó un ruido y no era Keenan. Era otra cosa. Algo se acercaba arrastrándose. Luego un vago raspar. Venía de su izquierda.

Por el rabillo del ojo vio un cadáver no muerto al que todavía le quedaba un poco de vida. Estaba plagado de agujeros de bala, le faltaba el brazo izquierdo y la cabeza estaba torcida en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Pero todavía estaba vivo. Era Dwayne Marks Zombi.

Los ojos de Miles se agrandaron mientras Dwayne Zombi reptaba por el suelo a unos metros de distancia, usando el único y tatuado brazo que le quedaba para acercarse.

Hizo lo que pudo para repeler a Dwayne Zombi, pero considerando la posición en la que se encontraba no podía hacer mucho más que ofrecer un suplicante gesto facial. Zombi Dwayne seguía llegando, mostrando los dientes, acercándose cada vez más.

Miles se enfrentaba a una nada envidiable elección: muerte rápida por arma de fuego o muerte lenta por zombi. Cerró los ojos con fuerza y rezó por la intervención divina.

Estalló un disparo. La cabeza de Dwayne Zombi se separó del resto del cuerpo.

Miles intentó controlar el temblor involuntario de su cuerpo, pero

no fue muy eficaz. Estaba seguro de que se había delatado. Keenan estaba de pie junto a él y, si le estaba mirando, no había forma de que no se diera cuenta de que su cuerpo temblaba

Pero, por algún milagro, el hombre siguió adelante.

Keenan rodeó a Miles y sus pasos se desvanecieron lentamente en la distancia.

Miles permaneció en la misma posición, boca abajo y pegado a la carretera, durante otros diez minutos hasta que estuvo seguro de que Keenan se había ido y regresado a su camioneta. Esperó el momento adecuado, luego se levantó de un salto y corrió hacia el punto de emboscada fuera de la iglesia. Allí encontró a Elliott acurrucado en una esquina del aparcamiento, protegido detrás del minibús.

“Elliott. Arriba. Tenemos que salir de aquí."

Miles le ayudó a levantarse. Elliott se agarraba el hombro derecho. Su rostro ahora estaba desprovisto de color. Su camisa tenía un parche oscuro por donde se había filtrado la sangre.

Hubo un momento de silencio entre ellos cuando Miles entendió lo que significaba aquello.

"Por aquí," dijo en voz baja, y se apresuraron hacia la casa más cercana.

Keenan regresó tranquilamente a su camioneta, animado por la salvaje sesión de práctica de tiro que él y su compañero acababan de disfrutar. Echó la Glock en la guantera y se dirigió a la parte trasera del vehículo.

La zona de carga estaba llena de un impresionante alijo de armas, desde AK-47 hasta rifles de asalto M16, pasando por espadas samuráis y un lanzallamas casero. Las dos pegatinas de los parachoques de la parte posterior expresaban sus visiones del mundo. Uno preguntaba "¿Qué haría Jesús?" junto a una ilustración de nuestro señor y salvador llevando un cinturón grueso y sosteniendo una Uzi. La otra decía: "Vota a Marlowe: Los No

Muertos No Gobiernan Este País, La Gente Gobierna Este País."

“Este ha sido mi lugar favorito hasta ahora," le dijo Keenan a su compinche. "Me he cargado casi un centenar y creo que todavía hay otros cien de donde vinieron estos."

Grainger se puso un impermeable amarillo y se cubrió la cara con un par de gafas de plástico. "Estoy contando con ello," dijo. Metió la mano en la parte trasera del camión y sacó su siguiente instrumento de tortura: una motosierra con una enorme barra guía de metro y medio.

Tiró del cable y la motosierra cobró vida. "¿Vienes?" dijo con una maníaca sonrisa en el rostro.

Keenan estaba distraído por algo en la distancia. Había visto dos cadáveres escapando del aparcamiento de la iglesia y entrando en una de las casas cercanas. Al principio pensó que podría haber sido otro par de zombis que él podía haber pasado por alto, pero ambos se habían movido demasiado rápido.

"Ve tú delante," dijo recuperando el calibre 12 y un puñado de cartuchos del camión. “Parece que tenemos compañía. Quizá tenga que ir a hacerles una pequeña visita primero."

Miles no tardó en notar que no había elegido el lugar ideal para que Elliott y él se escondieran. Había elegido esta ruinosa casa de la esquina porque sabía que estaba abierta: la puerta principal estaba abierta de par en par. No fue hasta que estuvieron dentro de la casa que descubrieron que no tenía puerta de entrada. O la tenía pero no estaba sujeta. Estaba apoyada contra una pared en el lado opuesto de la habitación. Los propietarios al parecer habían estado en medio de una reforma antes de su prematura desaparición. Había equipos de construcción y herramientas eléctricas esparcidos por todas partes. El interior estaba completamente destruido, las paredes habían sido derribadas y faltaban todas las puertas y ventanas.

Miles miró afuera. Keenan caminaba casualmente hacia ellos con una escopeta calibre 12 colgada al hombro. Sabía que él les había visto.

Comenzó a buscar desesperadamente una forma de asegurar las entradas.

"Miles, no te preocupes por eso," dijo Elliott mientras se desplomaba contra la pared. "No voy a quedarme por mucho tiempo."

Miles le ignoró. Levantó la puerta y la llevó a la entrada principal.

“¿No has oído lo que he dicho? Sálvate tú. Yo bien podría dejar que él me sacara de mi miseria."

Miles colocó la puerta y se volvió hacia Elliott.

“Elliott, puedes intentar hacer lo correcto y honorable todo lo que quieras," dijo con calma pero con firmeza. "Pero de ninguna manera voy a dejar que un psicópata de gatillo fácil te vuele la cabeza."

"Miles, escucha..."

“Las personas que mataron a mis padres eran personas así. No voy a dejar que te pase lo mismo."

Por mucho que Elliott estuviera dispuesto a admitir la derrota, podía ver el punto de vista de Miles. Para él esto era personal. Y tenía razón. Sabía que el final se acercaba con cada minuto que pasaba, pero no estaba dispuesto a quedarse ahí sentado y dejar que fuera a manos de un jodido justiciero innato.

"Sal por la puerta de atrás. Cruza la cerca y espérame en la calle que recorre la parte trasera de la propiedad."

Elliott luchó por ponerse en pie y se sacudió el serrín de la ropa. "¿Qué vas a hacer?"

"Voy a buscar un coche y a recogerte allí."

"No, me refiero a qué vas a hacer con nuestro amigo de ahí fuera."

“Ah, él. No te preocupes por él. Ya pensaré en algo."

"Venga ya, Miles. No tienes que hacer esto, ¿sabes?"

“Tú arriesgaste la vida ahí fuera para salvar la mía. Yo solo estoy haciendo lo que puedo para devolverte el favor."

"Yo no arriesgué mi vida," dijo Elliott con tristeza. "Ya estaba muerto mucho antes de hacer eso."

Y luego Elliott le contó a Miles lo que le había sucedido tres noches antes; sobre cómo había sido atacado por los dos hombres e inyectado con la sangre de zombi, y que básicamente él había sido una bomba de relojería desde entonces.

“Podría haberme convertido en cualquier momento," dijo. "Me sorprende haber conseguido durar tanto."

Miles apenas podía creer lo que estaba escuchando. "¿Por qué no dijiste nada?"

"No lo sé," Elliott se encogió de hombros. “Supongo que quería compensar a Steve y a Adam. No quería que nadie se preocupara por mí."

Miles trató de responder, pero no pudo encontrar nada que articulara remotamente la avalancha de emociones que estaba experimentando en ese momento. Escuchar a Elliott revelarle esto, además de todo lo demás que había soportado hoy, era demasiado.

Elliott ofreció una débil sonrisa, luego se volvió y salió cojeando hacia la puerta trasera. "Entonces, te veré en unos diez minutos," le dijo a Miles.

La puerta trasera se cerró y Miles se quedó solo en la casa. El único sonido que podía oír era el zumbido de una motosierra a unas manzanas de distancia.

A través de la ventana delantera vio a Keenan de tamaño *Sasquatch* cruzando la calle con el calibre 12 de su lado. Tenía que encontrar una manera de detenerlo. Si lo dejaba pasar, seguramente mataría a Elliott, y posiblemente a él mismo también.

Escaneó la habitación en busca de algo con lo que defenderse. Supuso que una casa llena de herramientas eléctricas y equipos de construcción tendría una gran cantidad de armas potenciales, pero

ahora todas parecían tan útiles como un paraguas de papel. ¿Cómo iba detener un taladro eléctrico a un furioso paleto de 120 kilos? ¿O una pistola de clavos o una lijadora de cinta? No, necesitaba otra cosa. Algo más contundente.

Algo como esa maza, la que se había utilizado para demoler la pared de la cocina y el comedor y que ahora estaba apoyada en la chimenea.

Le costó un poco levantar la maza y llevarla hasta la puerta principal. Luego se plantó a un lado y esperó agarrando el mango con fuerza.

Los pesados pasos de Keenan reverberaron sobre los crujientes escalones de madera.

Capítulo 27

Grainger iba rebanado por la calle principal de Villa Tumbas dejando un rastro sangriento de partes del cuerpo y entrañas de zombi a su paso. La motosierra era enorme y casi tan grande como él. Era del todo excesiva y poco práctica, algo que normalmente se usaba para talar árboles centenarios. No te hacía falta un título en psicoanálisis para ver que el corpulento Richard Grainger de metro sesenta y tres estaba compensando en exceso sus defectos.

La gabardina le goteaba sangre. Tenía que parar periódicamente para limpiarse la sangre y las vísceras de las gafas.

Grainger no podía negar la pura emoción que sentía por esa desenfrenada brutalidad. A él nunca le había gustado matar zombis de inmediato. Quería verlos sufrir. Cortar la cabeza era divertido, pero comenzar con un brazo o una mano, ver cómo el zombi se agitaba durante un rato y luego cortarlo por la mitad desde la ingle hacia arriba era una experiencia mucho más gratificante. La inestable infancia de Grainger, su adolescencia violenta y su reprimida bisexualidad se manifestaban en forma de sádicos arrebatos.

Paró a tomar un respiro. Volvió a mirar por donde había pasado y admiró los resultados de su obra. Había eviscerado un ejército de zombis y todavía quedaban cientos, quizá incluso miles. Se sentía como un niño en la mañana de Navidad.

Miró a su izquierda y descubrió que estaba frente a la iglesia del pueblo. En interior vio movimiento. Una silueta.

Una sonrisa apareció en el arrugado rostro de Grainger. La idea de descuartizar a un zombi en un lugar de culto producía una emoción innegable. De hecho, parecía bastante apropiado. Después de todo, estaba haciendo la obra de Dios.

Keenan se tambaleaba por la habitación como un marinero borracho en una violenta tormenta. Si fuese de dibujos animados, ahora mismo tendría pájaritos dando vueltas por la cabeza.

Segundos antes, Miles había estado esperando detrás de la puerta a que entrara Keenan. Tan pronto como Keenan puso un pie dentro, Miles blandió la monumental maza con todas sus fuerzas. Keenan no la vio venir hasta el último momento, cuando giró la cabeza hacia un lado. Aún así la maza contactó con la parte posterior de la cabeza, pero fue más un golpe de refilón que un golpe directo.

Keenan había dado un desequilibrado traspiés y dejado caer la escopeta antes de agarrarse la cabeza.

Miles se había movido para otro bateo, esta vez apuntando a la pierna. Sabía que otro golpe en la cabeza podía matar al palurdo, pero una rótula rota les daría a él y a Elliott amplio tiempo para escapar.

Pero Keenan anticipó esto y esta vez intervino primero. Se abalanzó sobre Miles durante el bateo y le arrancó la maza de las manos. Esta cayó al suelo con un pesado ruido sordo.

Miles estaba ahora seriamente aterrorizado. Tenía la esperanza de que el golpe en la cabeza hubiera dejado inconsciente a Keenan, o al menos lo hubiera frenado, pero había hecho justo lo contrario: le había espabilado. Casi podía verle el humo saliendo de las orejas. Si antes no había estado seguro de las intenciones de Keenan, ahora no cabía ninguna duda.

Keenan agarró a Miles por la camisa. Lo levantó del suelo y le dio un cabezazo en la cara. El dolor agudo y punzante que esto le causó no se parecía a nada que Miles hubiera sentido nunca. Se le inundaron de agua los ojos y un río de sangre brotó de la nariz. Le flaquearon las rodillas y él cayó al suelo como un fardo. Miles también cayó en la cuenta de que nunca le habían golpeado en la cara. Decidió que era algo que habría deseado no tener que experimentar en toda su vida.

Intentó ponerse en pie, pero las piernas se negaron a recibir órdenes cerebrales. El suelo se elevó en un lado de la habitación hasta que supo que en realidad era él cayendo. Le escocía la cara, se le nublaba la vista y tenía ganas de vomitar. Se obligó a tragar la bilis que le presionaba la garganta.

Avanzó a cuatro patas por el suelo en una desesperada búsqueda de una salida.

Lo siguiente que oyó fue el siniestro sonido de cartuchos siendo cargados en una escopeta.

Vio un banco de trabajo más adelante y se gateó hacia él convencido de que aquella mesa de madera podría ofrecerle protección contra un palurdo psicótico. Llegó hasta la mitad cuando sintió la mano carnosa de Keenan agarrarle el tobillo y arrastrarle hacia atrás.

Keenan sujetó el pie de Miles con una mano y apuntó la escopeta a su cabeza con la otra. Aunque esto no era sencillo, la conmoción cerebral estaba tomado forma y Miles se negaba a quedarse quieto. Keenan estaba ahora viendo dos versiones diferentes de Miles y no sabía a cuál tenía que apuntar. Solo permanecer consciente ya era una lucha constante

Keenan intentó estabilizarse. Apoyó una mano en un caballete y presionó la frente de Miles con cañón del arma.

A pesar de la terrible situación en la que se encontraba, Miles podía apreciar la ironía de haber sobrevivido hoy a múltiples encuentros zombi para acabar siendo asesinado por una especie mucho más violenta y peligrosa.

"¿Preparado para morir?" gruñó Keenan.

Miles hizo un último ataque desesperado. Estiró el brazo hacia atrás y agarró la herramienta eléctrica que estaba junto al banco de trabajo. Una pistola de clavos. La apretó contra la parte inferior del caballete.

"Todavía no," dijo Miles.

Apretó el gatillo. Un clavo de quince centímetros se disparó a través de caballete de madera y perforó la mano de Keenan.

Keenan aulló como un animal herido pillado en un cepo. Disparó la escopeta, pero más como acto reflejo que otra cosa, abriendo un agujero en la pared y creando una lluvia de polvo de yeso.

Miles se puso en pie de un salto y disparó otros tres clavos en el dorso de la mano de Keenan.

La escopeta cayó. Keenan se aferró a la mano tratando de liberarla.

Miles dio una patada al arma hasta el centro de la habitación, donde quedaba fuera del alcance de Keenan. Ignoró el aluvión de violentos insultos y amenazas que Keenan lanzó en su dirección y corrió hacia la puerta principal. Estaba libre.

Salió renqueando unos pasos, agarrado a la barandilla para evitar caer por los escalones de la entrada. Llegó a la calle y luego quedó paralizado.

Fue ese el momento cuando Miles se topó con la enormidad de la destrucción que Keenan y Grainger habían causado en el pueblo. Aquello era la definición de genocidio. El pueblo estaba lleno de cuerpos descuartizados, las calles eran rojas por la sangre. Era una escena de absoluta devastación. Miles había sido testigo de muchas cosas durante los últimos tres años y pensaba que tal vez se había vuelto insensible a todo, pero esto no se parecía a ninguna otra cosa que hubiera visto.

Recordó la última vez que se había encontrado con una atrocidad similar. Había sido casi tres años atrás. El día en que había llegado a casa y descubierto que sus padres y vecinos habían muerto a golpes y les habían quemado en su patio trasero. Recordó los abrumadores sentimientos de ira y desprecio hacia quienquiera que había hecho aquello, junto con la impotente rabia por no poder hacer nada al respecto. Probablemente nunca descubriría quién había sido el responsable. Él nunca podría clausurar aquello.

Ahora miraba todos los cadáveres, o lo que quedaba de ellos, y le vino una leve epifanía. Puede que fuesen zombis, pero alguna vez habían sido personas. Habían tenido vidas. Habían tenido familias. Y luego, por causas ajenas a ellos, ya no eran humanos. Él siempre lo había sabido, por supuesto, pero había tenido que apartar esos pensamientos de su mente para poder continuar con su trabajo. No era el único. Todo el mundo había sido condicionado a pensar en los no muertos como monstruos y asesinos, era más fácil y conveniente de esa manera... pero ellos solo habían estado en el

lugar equivocado en el momento equivocado.

Podía dejar a Keenan donde estaba, pero ¿y luego qué? Tarde o temprano se liberaría. Se curaría la mano y continuaría con su matanza.

Miles decidió que no podría vivir consigo mismo si dejaba que eso sucediera. Las familias de estos desafortunados zombis merecían algo mejor. Aún cuando nunca llegara a pasar página con respecto a su propia familia, esto era lo menos que podía hacer por ellos.

Keenan seguía tirando violentamente de su mano ensangrentada, pero no importaba cuánto tirara, apenas se movía un milímetro. Ese caballete estaba unido a él como un apéndice extra.

Miles regresó tranquilamente a la casa. Recogió la escopeta de Keenan del centro de la habitación. Los ojos de Keenan se oscurecieron.

"Adelante," dijo el hombre arrastrando las palabras. "Hazlo. Dispararme. Veamos si tienes agallas."

Miles ignoró a Keenan. Apoyó la escopeta en la pared en el lado opuesto de la habitación. Luego encontró una pequeña radio portátil que los constructores habían dejado allí. Keenan trató de gritarle otros insultos, pero su estado en rápido deterioro producía una cadena ininteligible de confusas vocales y eso era todo lo que vomitaba.

Miles buscó en el dial hasta encontrar lo que estaba buscando: Fusión FM, la enisora de radio favorita de los no muertos. La canción que estaba sonando era la épica "Xenotransplantación" de Chemikal Ali.

Subió el volumen hasta once. La abrasiva canción llenó la casa y se derramó hacia las calles.

"Quería dejarte algo que oír mientras esperas," sonrió a Keenan antes de hacer una escapada rápida.

Capítulo 28

Adam observó con horror cómo la motosierra atravesaba la puerta de la iglesia como si fuera madera de balsa. Buscó una salida, pero no había salida. Bueno, eso no era del todo cierto. Podría haberse escabullido fácilmente por la puerta trasera. Pero eso habría significado dejar a Steve atrás.

Steve ya se había ido de este mundo hacía unos veinte minutos, Steve Zombi había ocupado su lugar. La enormidad de lo que había sucedido aún estaba por asimilarse. Era casi demasiado para que Adam lo comprendiera. Ya había perdido a la persona más importante del mundo para él. Ahora estaba a punto de verlo morir de nuevo.

Grainger entró a patadas, pasando por encima de la pila de serrín y madera astillada que antes habían sido las puertas y los bancos de la iglesia. Aceleró la motosierra salivando de impaciencia por lo que iba a venir a continuación.

Quedó un poco decepcionado por lo que encontró dentro, solo un zombi, pero serviría. Al menos el zombi estaba atado a una silla, por lo que eso lo haría más agradable. Podía ser creativo con su evisceración y el zombi tendría que quedarse allí y aceptarlo.

Entonces Adam se plantó desafiante entre Grainger y Steve Zombi.

"Por favor," dijo, su voz temblorosa apenas podía pronunciar las palabras. "Déjenos en paz."

Grainger caminó tranquilamente por el pasillo. Se había encontrado antes en situaciones similares a esta, en las que algún confundido héroe trataba de interponerse en su camino y evitar que él hiciera su trabajo.

“Aquí tienes dos opciones," dijo Grainger. “Puedes hacerte a un lado y dejarme hacer lo que he venido a hacer aquí. O puedo cortarte a ti primero. Te toca mover."

Grainger se acercó un paso más. Adam se mantuvo firme. Esto sorprendió a Grainger. Los familiares de los no muertos a veces presentaban cierta forma simbólica de resistencia, pero por lo general se apartaban del camino en cuanto les mostraban una motosierra funcionando en la cara.

"No voy de farol con esto," advirtió Grainger. “De una forma u otra, esa cosa va a ser cortada por la mitad antes de que me vaya. Ahora, ¿quieres salir de mi camino o quieres ser el primero?"

Todo el cuerpo de Adam se estremeció de miedo. Luchó para contener las lágrimas. Pero sus pies permanecieron firmemente plantados en el sitio. No iba a ir a ninguna parte. Él ya había ido hoy al infierno y había regresado. No había nada que este tipo pudiera hacer para lastimarle más de lo que había sufrido.

"Tú mismo," dijo Grainger encogiéndose de hombros. Aceleró la motosierra y dio un paso adelante. "No digas que no te avisé."

Grainger se acercó a Adam con la motosierra gritando.

Adam cerró los ojos con fuerza. Había tomado una decisión. Solo esperaba que todo terminara rápido.

La motosierra se llegó a centímetros de la nariz de Adam.

Y luego Grainger se detuvo involuntariamente.

Algo lo estaba frenando. No era su conciencia, eso nunca había sido un problema. Era otra cosa. Físicamente no era capaz de moverse más. Intentó dar otro paso, pero sus piernas no se movieron. Miró hacia abajo y vio dos finos cables enrollados a sus tobillos. Tenía las piernas atadas.

Eso fue una de las últimas cosas que vio. Lo siguiente que supo fue que sus pies fueron violentamente arrancados de debajo y él aterrizó boca abajo en el suelo. Justo encima de su motosierra en funcionamiento.

Grainger cayó sobre la motosierra en diagonal y la hoja giratoria le cortó profundamente los brazos y el pecho. Se cortaron arterias. Huesos de las costillas seccionados por la mitad. Órganos internos

quedaron expuestos. Sangre brotó de él como una tubería de agua reventada.

El código samurái japonés establece que cuanta más sangre se derrame al morir, mayor nirvana se logra en la otra vida. Si esto era cierto, Grainger había comprado un boleto en primera clase a Shangri-la.

Adam abrió los ojos al oír los horribles aullidos de dolor y angustia de Grainger. Se tapó la boca con la mano, incapaz de creer lo que estaba presenciando. Tampoco podía creer quién había venido a rescatarle.

De pie en la entrada de la iglesia, y blandiendo su confiable pistola de cable, estaba Félix. Estaba golpeado y magullado, y su ropa estaba hecha jirones, pero por lo demás parecía muy vivo.

"¡Félix!" Adam pensó por un momento que podría haber estado alucinando. “¿Estás... estás bien? No te habrán mordido, ¿verdad?

Félix se subió una manga hecha jirones para mostrar la armadura protectora de malla de fibra que llevaba bajo la ropa. "¿Entiendes ahora por qué todos deberíamos llevar esto?" Le dijo.

La euforia del momento se disipó rápidamente cuando notaron que tendrían que lidiar con asuntos más urgentes; es decir, qué hacer con Grainger. Podían dejarlo ahí desangrándose hasta la muerte y con los intestinos por fuera. Probablemente era más de lo que se merecía. Pero aún así parecía demasiada sangre fría hacerle eso a otro ser humano. Tampoco es que pudieran pedir ayuda, ya que él no sobreviviría el tiempo que tardaría en llegar una ambulancia.

Félix y Adam se plantaron junto a Grainger mientras su sangre llenaba el suelo de la iglesia.

"¿Qué haría Steve en una situación como esta?" Dijo Félix.

Se miraron y sonrieron. Ambos habían tenido la mismo idea al mismo tiempo. Sin duda, sería un final apropiado para Richard Grainger.

De alguna manera, Keenan se las había arreglado para arrastrar con

la mano clavada el pesado caballete más de la mitad de la habitación. Todo un esfuerzo hercúleo. Cada movimiento le enviaba agudos temblores de dolor por el brazo, y su mano seguramente se rompería en pedazos si alguna vez encontraba un modo de liberarse. Pero en ese preciso momento tenía asuntos más urgentes que tratar. Como llegar hasta esa elusiva escopeta.

Podía ver las decenas de zombis acercándose desde fuera. No sabía qué era, pero algo los estaba atrayendo hacia la casa. Él y Grainger habían masacrado a cientos en las últimas dos horas y aún así seguían llegando más y más.

Hizo otra mueca al tirar del caballete unos centímetros más. Esto lo acercó angustiosamente a la escopeta. Se estiró hacia esta esperando agarrarla con la punta de los dedos, pero permanecía tentadoramente fuera de su alcance.

El primer zombi tropezó con la puerta principal. Era enorme, una orca, y le faltaba la mitad de una oreja y la parte inferior de la mandíbula. Sus ojos se iluminaron al ver a Keenan.

Keenan hizo una última estirada desesperada hacia la escopeta. El caballete se volcó y cayó al suelo con la mano aún sujeta. El dolor que esto le causó fue insoportable, pero no le importaba. Ahora tenía su arma.

Apuntó y disparó al zombi, quien fue alcanzado en la cara y el resto de la cabeza salió volando.

Otros dos entraron por la puerta. Keenan disparó y les dio a ambos en el pecho. Sacó algunos cartuchos de escopeta más de su bolsillo y recargó. No era fácil hacerlo con una sola mano.

Abatió a los siguientes tres zombis en rápida sucesión, pero pronto supo que estaba en problemas. Aunque Keenan tendría dificultades para completar un examen de matemáticas de cuarto de primaria, aún podía deducir que la cantidad de zombis que convergían hacia la casa superaba con creces el número de cartuchos en su poder. Tarde o temprano tendría que encontrar otra salida.

Así que siguió con lo que pensó que era la única opción que le

quedaba. Se arrancó una tira de la camisa y se la ató alrededor de la muñeca. Encontró un pequeño trozo de madera en el suelo y se lo puso entre los dientes. Apuntó con la escopeta a su mano izquierda y...

La radio en la esquina de la habitación ahora estaba sonando a todo volumen con "Ciclo de Abuso" de KoreKayeShyn. Si Keenan hubiera sabido que era esto lo que atraía a los zombis, podría haber hecho pedazos la radio y escapar fácilmente.

Pero él permanecía felizmente ignorante, así que cerró los ojos y mordió con fuerza la madera. Sabía que esto convertiría su mano en comida para gatos, pero que él supiera, era su única salida.

Apretó el gatillo y no pasó nada.

Lo intentó otra vez y otra. Todavía nada. La escopeta se había encasquillado.

El pánico se apoderó de él. Keenan apretaba el gatillo una y otra vez, pero esto sólo resultaba en una serie de clics.

Los zombis se cernieron a él.

Keenan no estaba dispuesto a caer sin luchar. Agarró la escopeta por el cañón y la balanceó violentamente. Se las arregló para apartarse a los primeros, pero es que había demasiados. Ahora había docenas dentro y sus esfuerzos no hacían nada por repeler su sed de sangre. Solo estaba retrasando lo inevitable.

No pasó mucho antes de que una fea bestia con el torso abierto y las entrañas arrastrándose por el suelo le atacara. Hubo un momento de breve reconocimiento cuando Keenan vio quién estaba a punto de devorarle.

Sus ojos se agrandaron. "¿Grainger?"

Lo último que Derek Keenan vería en su vida fue a su compinche de crimen hundiéndole los podridos dientes en la cara.

Estaba oscuro cuando Miles y Elliott regresaron. Pararon frente a la casa de los padres de Elliott, dentro de la camioneta azul que Miles

había tomado prestada en una calle en Villa Tumbas. Aquí era donde Elliott quería pasar sus últimos momentos como humano. Aún seguía vivo, para su sorpresa, debería haberse convertido ya, pero seguía aguantando. Aunque con su tez pálida y sus habilidades motoras en rápido deterioro, sabía que su transformación post-humana no estaría muy lejos.

Miles abrió la puerta del pasajero y ayudó a salir a Elliott. Este tenía las manos atadas con bridas, algo en lo que Elliott había insistido por si se volvía zombi durante el viaje a casa. Le ofreció a Miles un «Gracias» en voz baja y luego desapareció dentro de la casa.

Miles volvió al coche y condujo unas cuantas manzanas.

Se detuvo a un lado de la carretera y apagó el motor. Se sentía... bueno, en realidad no sabía lo que sentía. Ira. Dolor. Gratitud. Culpa. O tal vez nada de esto, porque en realidad nunca más volvió a sentir nada a partir de ese momento. Se había convertido en un agujero negro emocional que no experimentaba ni altibajos. Esos días él era principalmente entumecimiento mental. No recordaba la última vez que había llorado. No lloró cuando murieron sus padres y no lloró cuando se despidió por última vez de su mejor amigo. Le resultaba mucho más fácil reprimir todo sentimiento con la ayuda de grandes cantidades de alcohol que lidiar con ellos adecuadamente.

Trató de averiguar dónde estaba la licorería más cercana hasta que recordó que no tenía dinero. Empujó el asiento del coche hacia atrás todo lo que pudo y cerró los ojos.

Un camión de leche pasó rugiendo y zarandeando el coche. Miles abrió los ojos y vio la luz del día.

Su reloj le decía que eran las 7:15 a.m. Llevaba dormido más de diez horas. Era el mayor tiempo que había dormido en su vida y estaba en la cuneta de la carretera, en el asiento delantero de una camioneta robada. Abandonó el coche con las llaves aún en el contacto y caminó el resto del camino a casa.

"¡Clive!"

Caminaba penosamente por el camino de entrada cuando escuchó la voz de la Sra. Jensen llamándole. Se volvió y la vio en el jardín regando los narcisos.

"¿Qué fue todo ese juu-jaa en tu casa ayer, Clive?" dijo ella.

Miles tardó un momento en percatarse de que ella se refería a la redada policial de la mañana anterior. Habían sucedido tantas cosas en las veinticuatro horas intermedias que parecía que había pasado un mes desde entonces.

"Oh, no fue nada, Sra. Jensen," dijo adormilado.

"¿Qué estaba haciendo la policía ahí?"

“Fue solo un malentendido. Ya está todo resuelto."

"¿Sabes a quién creo que perseguían, Clive? Apuesto a que estaban buscando a ese chico llamado Miles del que no dejo de oír hablar."

Miles asintió. "Puede que tenga razón."

"Me da que ese muchacho son problemas, Clive. Harías bien en mantenerte alejado de gente así."

Con cansancio, Miles subió los escalones hasta la puerta principal. Le llevó tres intentos meter la llave en la cerradura. En el momento en que se abrió la puerta, se encontró con su furiosa hermana menor.

"¿Dónde has estado?" exigió saber Shae. "Estaba preocupada. Pensé que te podría haber pasado algo. No sabía lo que estaba pasando. Llegué a casa y no había nadie aquí, Clea ha sacado todas sus cosas, tú no contestas al teléfono. ¡Y al parecer ahora tenemos un gato!"

Shae respiró hondo y estaba lista para continuar con su diatriba, pero se detuvo cuando vio el estado en el que se encontraba Miles. Tenía el rostro cubierto de sangre seca y la ropa empapada de rojo oscuro. Tenía dos ojos negros. Parecía haber envejecido diez años de la noche a la mañana y mostraba el distante aspecto de alguien que regresa de la guerra.

"Oh, Dios mío," dijo ella, de pronto preocupada por su bienestar. "¿Que ha pasado?"

"Creo que necesito sentarme," dijo.

Ella le ayudó a sentarse en el sofá, luego corrió a la cocina para prepararle una taza de té. Ella tenía muchas preguntas, pero sabía que ahora no era el momento de hacerlas.

Miles quedó senado en el sofá mirando al frente. La televisión estaba a todo volumen, así que la puso en silencio. Solo entonces su cerebro comenzó a procesar exactamente lo que había pasado.

Casi había perdido la vida. Varias veces.

Varios de sus colegas no habían tenido tanta suerte. Steve era un zombi. También Marcus. A estas alturas, Elliott también.

Había sido testigo de la brutal matanza de cientos de zombis. Técnicamente él era un asesino, Aún cuando lo que le había hecho a Keenan estaba justificado.

Y ahora Clea se había ido. Había desaparecido junto con los $25,000 que él había usado para rescatarla. Si quería mantener con la casa, tendría que usar el dinero que había ganado con el trabajo de Villa Tumbas. Es decir, asumiendo que le pagaran. Si no no tendría nada que mostrar de los últimos tres días.

Shae le trajo el té. Le temblaban las manos cuando él se llevó la taza a los labios. Dio un sorbo y supo de inmediato que ella le había puesto un poco de whisky. Le deprimió que ella supiera que necesitaba eso para funcionar. Le deprimió aún más que ella supiera dónde estaba su escondite secreto.

"¿Quieres hablar de lo que ha pasado?" Preguntó Shae después de unos minutos de silencio.

Miles hizo ademán de hablar, pero se distrajo con algo en la televisión.

Un gráfico en pantalla declaraba que Bernard Marlowe ahora tenía una ventaja inexpugnable en las encuestas. Se predecía que ganaría

las elecciones de la próxima semana de forma aplastante. Su índice de aprobación había subido otros seis puntos en los últimos días. Los analistas atribuyeron este fuerte aumento a su actuación en la conferencia del partido dos días antes, cuando se le vio enfrentándose a los intrusos que habían interrumpido en el evento. Los votantes le percibieron como audaz y como un estadista frente a la adversidad.

La noticia golpeó duramente a Miles. Las cosas seguían empeorando. Sintió como si el mundo entero se derrumbara a su alrededor. Después de todo lo que había pasado, este era el insulto final.

Por primera vez en años, Miles se disolvió en lágrimas.

Capítulo 29

En los días y semanas posteriores a la redada policial, la Tribu de los Ceros luchó por mantener algún sentido de unidad. La moral del grupo se desplomó y las luchas internas abundaban. Era difícil para cualquiera saber en quién confiar. Entró en vigor la teoría de la "Ley de Neil," que afirmaba que "a medida que una discusión entre dos Ceros se prolonga y acalora, la probabilidad de que uno acuse al otro de ser un informante del gobierno se acerca a 1." El grupo pronto salió farfullando y eventualmente se disolvió.

Fabián había sido el primero en pasar el rodillo sobre sus antiguos camaradas. Aún había estado dolido por el video que le habían enviado mostrando a Clea y a Neil en un apasionado abrazo. No sabía quién lo había filmado, pero asumió que había sido alguien del lado de Neil tratando de restregárselo por la cara. Tras su arresto, había delatado de inmediato a los demás y afirmado que Clea era el cerebro detrás de las actividades del grupo.

Una vez que Fabián se derrumbó, el resto cayó como fichas de dominó. La policía había podido apenas ocultar su diversión cuando aquellos comprometidos luchadores por la libertad cedieron ante la más mínima coacción, diciéndoles todo lo que querían saber (y más) a cambio de inmunidad o cargos reducidos. Los asignados al caso estaban acostumbrados a lidiar con tercos criminales y terroristas genuinos, el tipo de personas dispuestas a sacrificar sus vidas por lo que creían. Pero apenas tuvieron que sudar con estos tipos. La parte más difícil de su trabajo había sido mantener la cara seria durante todo el proceso.

Unos meses después de la redada, todos los cargos se retiraron silenciosamente. Muchos creían que las autoridades nunca habían tenido intención de perseguirles. Sabían que estaban lidiando con un grupo de mocosos privilegiados disfrazados de revolucionarios, y hacer de ellos un ejemplo sería como usar una apisonadora para abrir una nuez. En cualquier caso, las pruebas en su contra eran tan endebles, por no mencionar los cuestionables métodos que habían empleado en la recopilación de esas pruebas, que era probable que

los cargos se hubieran desestimado antes de llegar a juicio. Parecía que su único objetivo había sido asustarles deliberadamente. Encarcelar a los Ceros podía terminar radicalizándoles y eso era lo último que querían.

Clea se fue a vivir con sus padres. Dejó de lado su activismo y demás actividades extraescolares ante la insistencia de su padre y centró sus esfuerzos en completar los créditos restantes de su carrera de Sociología y Estudios de Género Contemporáneos. Actualmente trabaja (junto a dos recién graduados en Filosofía y un tercer estudiante de Historia del Arte) sirviendo mesas a tiempo parcial en un restaurante local.

Ameba se fue a vivir con sus padres. Volvió a su nombre de nacimiento de Sebastian Devereaux y aceptó un puesto de asistente parlamentario ofrecido por su padre (ahora ministro de Asuntos de los No Muertos en el nuevo gobierno de Marlowe).

Se rumoreaba por todos lados que Lawrence Devereaux era la fuerza impulsora detrás de la infiltración y el asalto de los Ceros, al creer que eran una secta que le había lavado el cerebro a su hijo. Permitió que Sebastian languideciera en la cárcel durante varios días después de su arresto, el tiempo suficiente para que lo "desprogramaran" antes de acudir a su rescate, sacarle y darle la bienvenida de regreso a casa.

Sebastian mantiene un gran interés en el arte de performance, aunque hasta la fecha La Majestuosa Purga del Cáncer Elisiano sigue sin terminar.

Miles todavía recibe a veces correspondencia dirigida a Sebastian.

“Neil," cuyo nombre real era oficial Timothy Hutchinson, recibió grandes elogios de sus superiores por su papel en la infiltración y la recopilación de inteligencia sobre la Tribu de los Ceros. Gracias a su buen trabajo, la policía ahora tenía archivos detallados sobre cada uno de los actores principales en la escena del activismo *underground*. Incluso Miles tenía su propio archivo que decía que él era un Cienciólogo que a veces usaba el alias de "Clive."

Desde entonces, el oficial Hutchinson ha trabajado en otras

operaciones encubiertas y vive con su esposa y sus dos hijos pequeños en una casa en los suburbios frente a la de Clea y su familia.

Poco después de la disolución de la Tribu de los Ceros, Fabián intentó iniciar un grupo disidente con algunos disidentes restantes. Se llamaron a sí mismos El Colectivo Vacío, pero esta empresa resultó ser de corta duración. Su primer acto de rebelión fue echar abajo el sitio web del clásico juego de mesa *Monopoly*, que creían que lavaba el cerebro a los niños desde una edad temprana para que abrazaran el despiadado capitalismo. Fueron localizados y arrestados rápidamente. Ahora a Fabián se le prohibe contactar o acercarse a quinientos metros de *Hasbro Inc.* o cualquiera de sus empleados, de acuerdo con la orden de alejamiento.

Poco tiempo después, Fabián volvió a vivir con sus padres. Se cortó el pelo, se quitó los *piercings* y aceptó un trabajo como gerente en prácticas en un establecimiento de Aqua Bar recién inaugurado.

Miles se encontró con él unos meses después mientras Fabián trabajaba detrás de la caja registradora. No lo reconoció al principio y, cuando lo hizo, Miles no mencionó la vida anterior de Fabián ni mostró ningún indicio de que se conocieran. Fabián quedó agradecido por esto.

"Apuesto a que vas a extrañar tener a Clea por aquí," dijo Shae un día, así de la nada, cuando estaban desayunando frente al televisor.

Habían pasado algunas semanas desde la última vez que habían visto a Clea, y todo había vuelto a algo parecido a la normalidad. Miles aún no se había acostumbrado a lo silenciosa que era la casa ni a lo limpia que olía. De hecho, se sentía un poco culpable. La noche anterior a la redada, cuando él había estado luchando por conciliar el sueño con todo el ruido, rezó para que todos desaparecieran y le permitieran una sola noche de paz y tranquilidad. Se asustó un poco cuando eso sucedió.

"¿Qué te hace pensar eso?" dijo él.

"Ya sabes, por la forma en que vosotros dos siempre os poníais contra mí."

Miles le lanzó a Shae una mirada de reojo. "¿Cuándo nos pusimos contra a ti alguna vez?"

"Um, ¿siempre?" dijo Shae con la boca llena de cereal. "Siempre que yo me quejaba de ti, como cuando me regañabas por salir hasta demasiado tarde, o cuando esa vez que me salté la escuela, ella siempre se ponía de tu lado."

"Sí, claro," se burló Miles. "Puedo garantizarte que eso nunca sucedió."

“Ella solía hacerme eso siempre. «Shae, escucha a tu hermano. Shae, solo quiere lo mejor para ti.» Nunca podía salirme con la mía con vosotros dos encima mia todo el rato."

Unos días después, Miles encontró un sobre deslizado debajo de la puerta principal. No tenía nombre ni dirección, ni indicación de quién era. Dentro había un cheque bancario por $25.000.

Dos días después del incidente de Villa Tumbas, se había dado una pista anónima sobre la plaga de zombis que se había apoderado de la ciudad. Se enviaron a los PUMA, la ciudad quedó sellada y la población zombi restante fue evacuada y transportada al centro de procesamiento más cercano.

Una investigación descubrió que lo que había sucedido en Villa Tumbas había sido solo una infección descontrolada y que se había permitidp que se propagara sin obstáculos por esta comunidad aislada. Los brotes de este tipo se estaban volviendo cada vez más frecuentes debido a que miembros del público asumían más riesgos y se volvían menos vigilantes en general.

El informe tomó nota de los numerosos cadáveres encontrados en toda la ciudad, que se creía que había sido obra de justicieros. Los PUMA descubrieron un camión cargado con armas de alta potencia, pero no encontraron ni rastro de los dueños del camión. Solo pudieron concluir que los justicieros responsables de la masacre estaban ahora en algún lugar entre los exhumanos que habían enviado al centro de procesamiento.

El informe también destacó una serie de sucesos inusuales: se

encontraron muchas casas con las puertas abiertas de par en par; numerosas radios encendidas pero sin sintonizar ninguna emisora; cientos de coches con llaves en el contacto y baterías agotadas y un exhumano fue descubierto con la mano clavada en un caballete. Los teóricos de la conspiración pasaban incontables horas estudiando detenidamente cada detalle del informe cuando se lanzó al público, y presentaban sus propias versiones fantasiosas sobre lo que había sucedido de verdad en Villa Tumbas.

Unos meses más tarde, un musicólogo envió un artículo a una revista científica sugiriendo un vínculo entre ciertos tipos de música electrónica y el comportamiento impredecible y agresivo en los exhumanos. La noticia envió una onda expansiva a la industria del entretenimiento y el gobierno de Marlowe tomó medidas para prohibir estas formas específicas de música. Introdujeron la ley de CACA (Ley de Contaminación Acústica y Comportamiento Antisocial), la cual prohibía tocar o interpretar música con "ritmos repetitivos, bajos distorsionados e instrumentación agresiva o frenética" en lugares públicos.

Muchos DJ y artistas han desafiado abiertamente estas nuevas leyes en protesta, lo que ha dado lugar a numerosos enfrentamientos violentos entre la policía y los manifestantes.

Menos de un mes después de ser elegido, el gobierno de Marlowe cumplió su promesa al derogar la ley de NEVADA e implementar CADAVER, que, según afirmaron, restablecería los derechos de los ciudadanos comunes para defenderse de los no muertos y su capacidad para tomar medidas preventivas como mejor les pareciera.

Poco después, los informes de civiles atacados por zombis aumentaron drásticamente. Muchos atribuyeron este fuerte aumento al número de personas no capacitadas que intentaron deshacerse de un zombi en lugar de contactar a los profesionales. Bernard Marlowe y Lawrence Devereaux descartaron estas afirmaciones como una tontería y continuaron echando la culpa directamente a las bases de las blandas políticas del gobierno anterior.

Adam disolvió Rito Muerto inmediatamente después de regresar a

casa desde Villa Tumbas. Le pagó a su personal el dinero que se les debía, más bonificaciones generosas, y luego desapareció junto con los $400.000 que se suponía que iban a usarse para pagar la multa y las deudas de la empresa. Los descontentos acreedores acudieron a las oficinas de Rito Muerto para exigir su dinero, pero lo único que encontraron fue un almacén vacío.

No se ha vuelto a ver ni a saber nada de él desde entonces.

El resto del personal de Rito Muerto no estaba particularmente molesto por perder el empleo. La mayoría de ellos había planeado dejarlo de todos modos, y no tenían ningún deseo de acercarse a un zombi nunca más. Solo Erin continuó en la industria. Encontró empleo en Z-Pro unas semanas después. Según todos los informes, amaba su nuevo entorno de trabajo y disfrutaba de la atención que recibía al ser la única mujer en un lugar de trabajo lleno de machos alfa.

Félix logró el éxito con dos de sus inventos. Su artilugio cañón-cable llamó la atención de la policía y las empresas de seguridad, quienes creían que podría usarse como un método eficaz de control de multitudes. Se produjeron y distribuyeron miles de unidades, que ahora se utilizan como una forma segura y eficiente de someter a delincuentes no violentos y manifestantes ruidosos. El gobierno de Marlowe ayudó a facilitar esto al aprobar su uso y declararlos una alternativa preferible a las pistolas Taser y el espray de pimienta.

Sin embargo, su mayor éxito fue su mono de malla de fibra. La demanda de esta forma de protección se disparó cuando Miles sugirió que la comercializaran en territorios con climas bajo cero, como Alaska, Rusia y las regiones escandinavas. Los trabajadores de GCNM en estas áreas quedaron impresionados con la capacidad del mono para protegerse tanto de las mordeduras de zombis como de la hipotermia. Los trajes entraron rápidamente en producción y ahora tenían problemas para satisfacer la demanda.

Miles invirtió alrededor de un tercio de lo ganado en Villa Tumbas para pagar la hipoteca, y el resto lo utilizó para hacer negocios con Félix. Finalmente decidió que la universidad no era para él. Había tenido mucho tiempo para inscribirse en el pasado, pero no dejaba de poner excusas y posponerlo. No sentía que se estuviera

perdiendo nada: la educación que había recibido durante los últimos tres años era algo que nunca podría enseñarse en el aula.

Ahora se ocupaba de las tareas entre bastidores dentro del negocio, lo que le daba tiempo a Félix para trabajar en el desarrollo y perfeccionamiento de sus creaciones. Miles pasaba los días completando tareas domésticas como contestar teléfonos, contar existencias, completar pedidos y emitir facturas, y no podía estar más feliz.

Una semana después de lo de Villa Tumbas, un hombre entró en las oficinas de una agente inmobiliaria local para expresar su interés en una de sus propiedades en alquiler. La agente se ofreció a fijar una hora para que él inspeccionara la casa, pero el hombre dijo que no era necesario. Presentó su solicitud sin ser visto y pagó el alquiler del primer año por adelantado y en efectivo. La agente pensó que este tipo de comportamiento era un poco inusual, pero no hizo demasiadas preguntas. La casa, una cabaña de piedra aislada situada en la cima de una gran colina en las afueras de la ciudad, llevaba desocupada más de dos años y ella estaba encantada de haber encontrado por fin un inquilino adecuado.

La agente encontró que el nuevo ocupante era un poco extraño: parecía tener prisa por mudarse y fue muy cauteloso cuando ella le preguntó si alguien más viviría con él, pero ella no estaba muy preocupada. Lo único que importaba era que el tipo era un inquilino modelo; un hombre agradable y tranquilo que nunca causaba problemas y siempre pagaba el alquiler a tiempo.

La población mundial de zombis asciende actualmente a cuarenta y siete millones y sigue creciendo. Se construye una nueva instalación de almacenamiento cada ciento setenta días.

Todavía no hay vacuna ni cura.

Capítulo 30

Los ojos de Elliott se abrieron. Estaba suspendido en el aire. Una luz brillante flotaba en la distancia frente a él. Estaba envuelto en una completa nada. Solo un espacio diáfano y vacío con aquel resplandor brillante que le indicaba que se adelantara. «¿Dónde estoy?», pensó. «¿Es esto la muerte? ¿Es esto lo que ves cuando te conviertes en zombi? ¿Estaba destinado a pasar el resto de la eternidad atrapado dentro de este vacío?»

Sus ojos se enfocaron unos minutos más tarde y se hizo evidente dónde estaba. No estaba en el purgatorio y no estaba atrapado dentro del cuerpo de un ser no muerto. Estaba en una habitación de hospital bien iluminada pero bastante corriente. La sensación regresó gradualmente a sus extremidades una vez que su sangre reanudó la circulación, y pudo saber que estaba tumbado en una cama incómoda. La luz brillante que había visto no era más que el sol reflejándose en una ventana y brillando directamente en sus ojos.

Trató de sentarse, pero pronto descubrió que eso era una terrible experiencia. Cada gramo de su fuerza había desaparecido. Había perdido tanto peso que apenas reconocía su propio cuerpo. Sus ojos luchaban por permanecer abiertos durante más de unos segundos, como si sus párpados tuvieran un pesado lastre adherido a ellos.

Una enfermera que pasaba vio que estaba despierto. Rápidamente alertó a sus superiores y luego entró en la habitación. Le ayudó a sentarse en la cama y le puso tan cómodo como pudo.

Él intentó hablar, pero incluso esto resultaba agotador. Solo podía pronunciar unas pocas palabras antes de quedarse sin aliento.

Su cerebro trabajaba horas extra tratando de averiguar qué estaba pasando, de reorganizar sus fragmentados recuerdos en una narrativa coherente. El trabajo en Villa Tumbas. Todo saliendo mal. Ser mordido. Sentir que su vida se desvanecía lentamente en el coche con Miles. La aplastante comprensión de que estaba a punto de morir.

Pero no estaba muerto. De eso estaba seguro. Sabía que tenía pulso gracias a los agudos espasmos de dolor que sentía en la cabeza a cada latido de su corazón. Sabía que estaba respirando por la forma en que le dolían las costillas con cada inhalación.

Otras dos enfermeras entraron en la habitación, seguidas por un hombre alto y barbudo de unos cincuenta años. Elliott creyó reconocerlo, pero no recordaba de dónde.

El barbudo le dijo que era bueno ver que finalmente estaba despierto. Elliott trató de corresponder al saludo, pero solo pudo conseguir un pequeño gemido. El hombre supo entonces que tendría él que hablar la mayor parte del tiempo. Se presentó como el Dr. Martin Bishop, director de operaciones del Laboratorio Internacional de Biodefensa. Elliott ahora recordaba haberlo visto en la televisión un par de veces, generalmente en un acalorado debate con algún portavoz de la industria farmacéutica sobre qué medidas se debían tomar para encontrar una cura para la infección.

El Dr. Bishop comenzó con las buenas noticias. Le habían estado haciendo pruebas desde su llegada hacía más de dos meses y parecía que se iba a poner bien.

¿Dos meses? ¿Cómo era posible eso? Pareciía como... bueno, Elliott no sabía cómo parecía. Villa Tumbas parecía que acababa de suceder, aunque también parecía que había ocurrido en otra vida. Su cerebro estaba en peligro de colapsar debido a la sobrecarga de información.

El Dr. Bishop luego dio un breve resumen de lo que había sucedido desde entonces. Elliott había llevado al hospital al día siguiente de su regreso de Villa Tumbas. Había sufrido una mordedura de zombi en el hombro derecho, un escenario que el personal del hospital había visto innumerables veces. No habían podido hacer nada salvo esperar la conversión. Pero él nunca había llegado a convertirse.

Habían pasado las horas y luego los días. Él había entrado y salido de la consciencia, pero permanecía completamente humano en todo momento. Los médicos se habían mostrado desconcertados. Nunca habían visto nada parecido. La mayoría de la gente se convertía después de un par de horas. Algunos podían tardar un día en muy

raras ocasiones, pero todos se convertían eventualmente.

Elliott era una maravilla médica. Debería estar muerto, o más bien no muerto, languideciendo en un centro de procesamiento en algún lugar. Pero no había sido así. Él era la primera persona conocida que había sido mordida y había sobrevivido.

Pero luego llegó la noticia más asombrosa. Los médicos habían analizado su sangre mientras estaba en coma y habían encontrado que no solo no había rastro de la infección, sino que en realidad él era inmune.

Elliott no tenía idea de qué entender de esto. No sabía cómo procesar esta información. Parecía una gran broma pesada o un sueño delirante y retorcido. Hacía un momento pensaba que estaba muerto. Ahora le decían que la clave de la cura estaba corriendo por sus venas.

Pero, como había expliado el Dr. Bishop, no tenían idea de la causa. Todos los médicos tenían sus teorías sobre cómo podría haber ocurrido esto, pero aún tenían que localizar varias piezas vitales del rompecabezas. Tenían que realizar ingeniería inversa en todo, lo cual era un proceso frustrante y que requería mucho tiempo. El Dr. Bishop esperaba que Elliott pudiera llenar algunos de los espacios en blanco.

Interrogó a Elliott sobre una serie de temas relacionados con el período previo a la mordedura. Le preguntó sobre su salud, su dieta, su estilo de vida, sus antecedentes familiares, su grupo sanguíneo y si había estado tomando algún medicamento. Elliott respondió lo mejor que pudo, generalmente con respuestas de una o dos palabras, o negando o asintiendo con la cabeza.

Y luego, a mitad de aquel interrogatorio, guardó silencio. Fue como si todas las confusas piezas de información de su cerebro encajaran de repente en su lugar. Todo empezó a tener sentido.

Recordó los dos tipos de medicamentos experimentales que había estado tomando como parte de los ensayos clínicos.

Y la enorme cantidad de sangre de la que se había desprendido para

ganar algo de dinero extra.

Y esas pocas gotas de sangre zombi que le habían inyectado.

La boca de Elliott se abrió. Era absurdo y, sin embargo, tenía perfecto sentido.

Ese pequeño pinchazo de sangre de zombi, el que había estado destinado a matarle. ¿Podría haber sido eso, combinado con la medicación no probada que había estado tomando, lo que le había salvado? Tal vez eso había funcionado como la vacuna contra la gripe: se usa una pequeña cantidad infectada para combatir la enfermedad. Se habría reído a carcajadas en ese momento si eso no le hubiera causado un dolor insoportable.

Miró al techo. ¿Cómo podría explicar todo lo que había pasado? ¿Cómo explicar la secuencia al parecer aleatoria de eventos desde el descubrimiento de la aventura de Amy y Trent, hasta el ataque en el centro de procesamiento, el vídeo viral, el ensayo clínico, el asalto en la calle y toda la escapada de Villa Tumbas, que le había conducido adonde estaba ahora?

Miró al Dr. Bishop y respiró hondo.

FIN

¿Fin?
La historia continúa en La Guerra al Horror II: Regreso de la Amenaza No Muerta.

Notas de esta versión

Fuente: Wikipedia.

Capítulo 5

[1] **escala Kinsey**: La escala Kinsey es una escala creada en 1948 por el biólogo Alfred Kinsey en el Informe Kinsey, que establece siete diferentes grados de comportamientos sexuales (cuando tradicionalmente se consideraban sólo tres: heterosexual, bisexual y homosexual). La escala de Kinsey establece una serie de 5 grados de bisexualidad, entre la homosexualidad (6) y la heterosexualidad (0) exclusivas, siendo el grado 3 la bisexualidad completa.

[2] **GLAAD**: Alianza de Gays y Lesbianas Contra la Difamación (Gay and Lesbian Alliance Against Defamation), es una organización sin ánimo de lucro dedicada al activismo LGBT que se autodefine como «dedicada a promover imágenes veraces y objetivas de la comunidad lésbica, gay, bisexual y transgénero en los medios de comunicación para eliminar la homofobia y la discriminación basada en la identidad de género y orientación sexual.»

[3] **Adam y Steve**: *Adam & Steve* es una película estadounidense de comedia romántica gay del 2005 dirigida y protagonizada por Craig Chester, quien también escribió el guión. Trata de la vida de dos hombres homosexuales, interpretados por Craig Chester y Malcolm Gets.

Capítulo 12

[4] **Glee**: Glee es una exitosa serie estadounidense de televisión de comedia musical juvenil emitida por FOX desde el 19 de mayo de 2009 al 20 de marzo de 2015. Transcurre en la escuela secundaria William McKinley High School en la ciudad de Lima, Ohio, y está centrada principalmente en el club del coro de ese colegio denominado «New Directions», que participa en el circuito de competición de coros, de modo que los personajes, jóvenes estudiantes, abordan temas como las relaciones amorosas, la

sexualidad y la discriminación.

Capítulo 15

[5] **The Good Wife**: es una serie estadounidense de televisión estrenada por CBS Television Studios el 22 de septiembre de 2009. Es un drama legal en el cual las historias personales de los principales protagonistas se entrecruzan con los casos judiciales en los que participan.

Capítulo 16

[6] **Arrodíllate** (*Kneel* en el original): Perdido en la Traducción. *Kneel* y *Neil* suenan parecido en inglés.

[7] **Judge Judy**: es un *reality show* estadounidense emitido por primera vez en 1996 y presentado por Judy Sheindlin. El programa presenta a Sheindlin adjudicando disputas de reclamaciones leves en la vida real dentro de una sala de tribunal simulada.

Capítulo 21

[8] **tinnitus aurium**: Los *tinnitus* o acúfenos son un fenómeno perceptivo que consiste en notar golpes o sonidos en el oído que no proceden de ninguna fuente externa. Pueden ser provocados por gran número de causas, generalmente traumáticas, ser producto de un síntoma de taponamiento de los oídos o de síndrome de Ménière. También pueden ser causados por situaciones de estrés por estudios, trabajo, entorno familiar, económico, social o exposición a ruido.